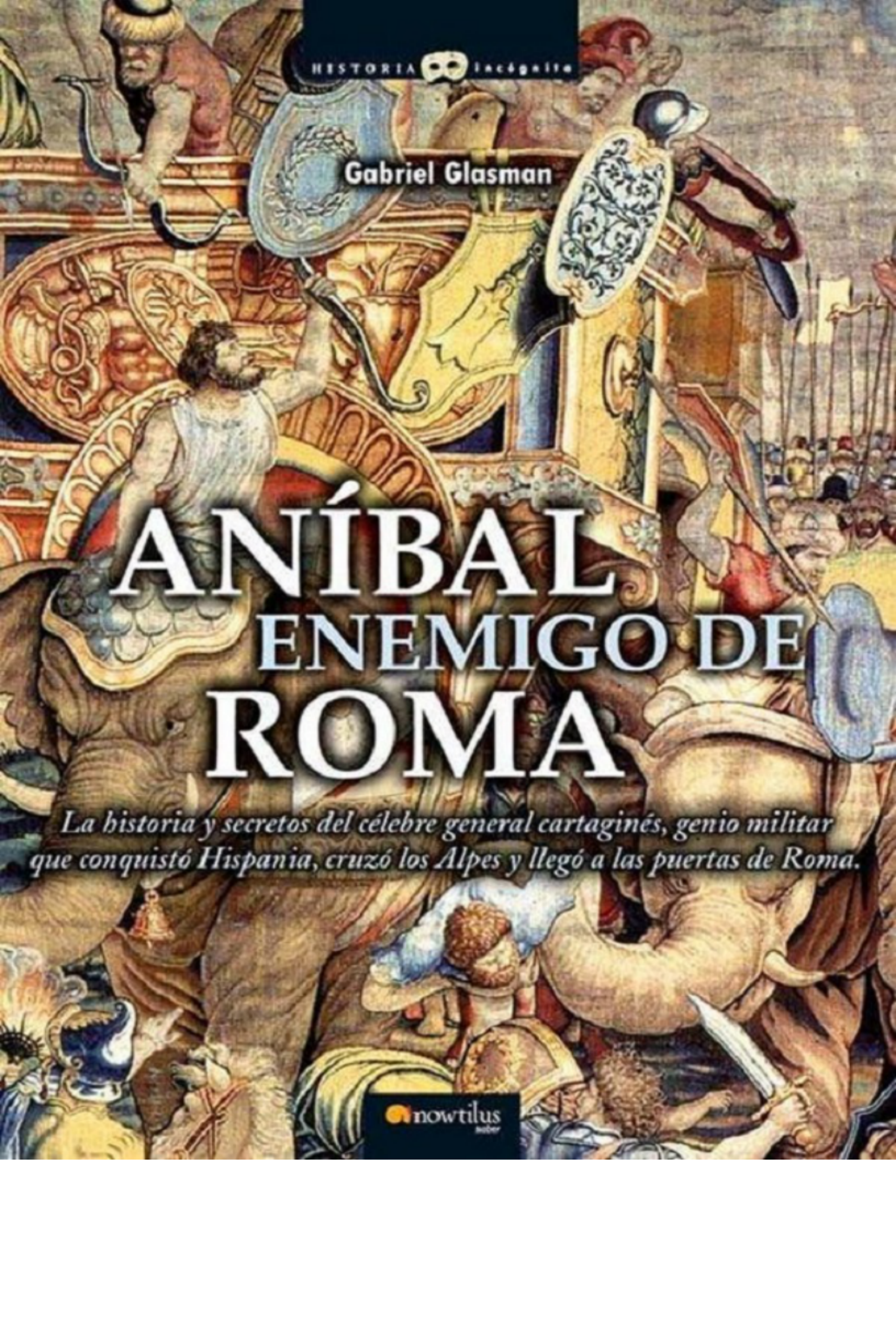
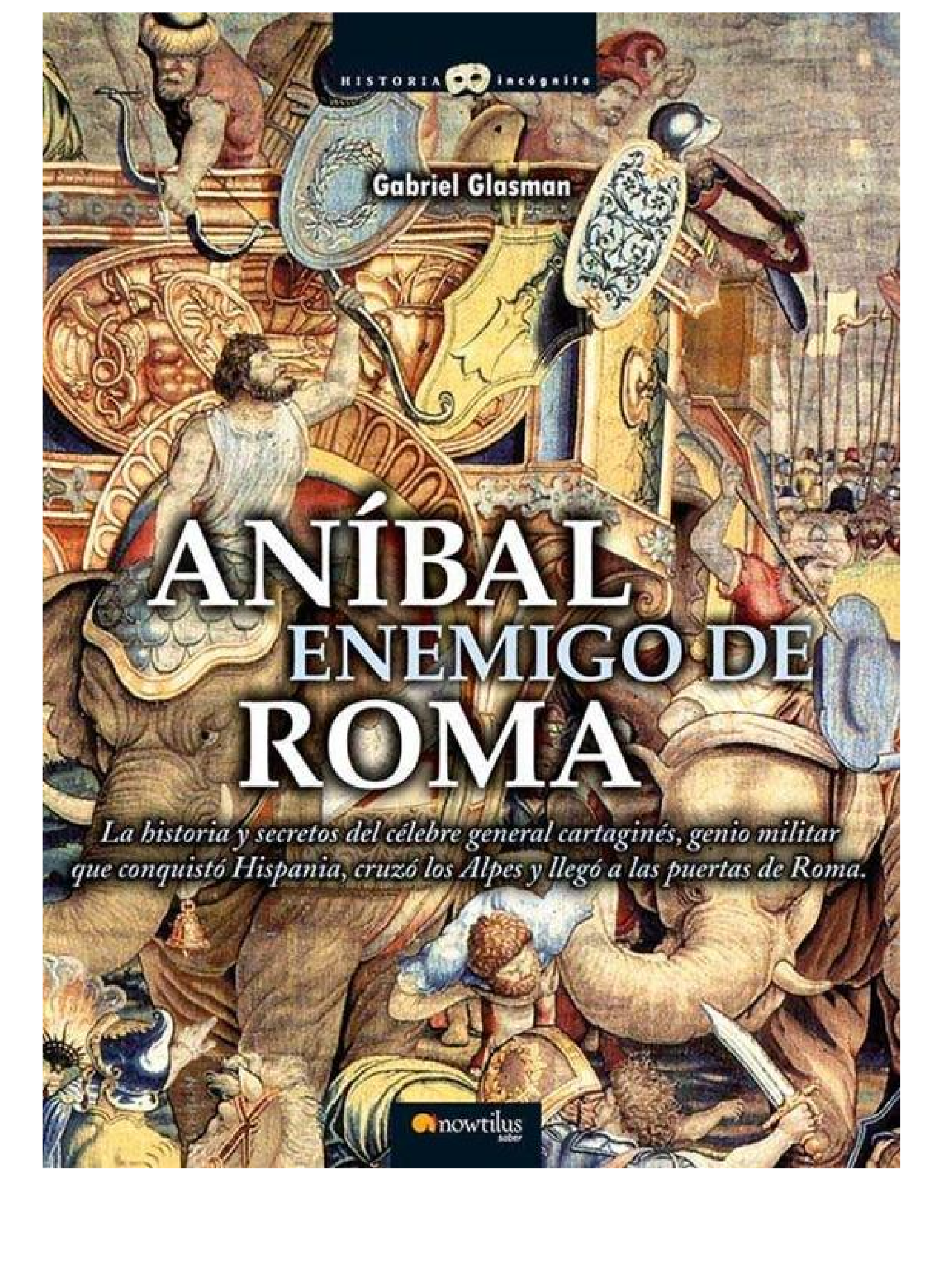

HISTORIA incógnita
Gabriel Glasman
ANÍBAL
ENEMIGO DE
ROMA
La historia y secretos del célebre general cartaginés, genio militar
que conquistó Hispania, cruzó los Alpes y llegó a las puertas de Roma.
nowtilus


HISTORIA incógnita
Gabriel Glasman
ANÍBAL
ENEMIGO DE
ROMA
La historia y secretos del célebre general cartaginés, genio militar que conquistó Hispania, cruzó los Alpes y llegó a las puertas de Roma.
nowtilus
saber



ANÍBAL

enemigo de

ROMA

La historia y secretos del célebre general cartaginés, genio militar que conquistó Hispania, cruzó los Alpes y llegó a las puertas de Roma.

GABRIEL GLASMAN



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Aníbal, enemigo de Roma
Autor: © Gabriel Glasman

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Director artístico: Carlos Peydró
Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman
Maquetación: Ana Laura Oliveira
Proyecto editorial: Contenidos Editoriales s.r.l.
Producción: Grupo ROS

ISBN-13: 978-84-9763-310-9

Libro electrónico: primera edición

A Tomas y Lucas

Índice

Introducción

1. Cartago, la cuna
2. Roma, Cartago y la primera Guerra Púnica
3. Amílcar Barca en escena
4. Los Barca y la conquista de Iberia
5. Aníbal y la campaña italiana
6. Cannas: los ejércitos en pugna
7. La batalla de Cannas
8. A las puertas de Roma
9. El imperio contraataca
10. La guerra de Hispania
11. El principio del fin
12. Derrota en África
13. El fin de Aníbal
14. El último escarmiento

Conclusiones

Cronología desde el inicio de la primera Guerra Púnica hasta la muerte de Aníbal

Anexos

Reseñas Biográficas

Bibliografía

Introducción

Pocas veces un individuo ha tomado tanto protagonismo en el desarrollo histórico como Aníbal, el notable general cartaginés. Hijo pródigo de la próspera Cartago, supo encumbrarse con su consecuente oposición a la orgullosa e imperial Roma, a cuyos ejércitos y políticos jaqueó como ningún otro militar lo hiciera en su época. Personaje excluyente de la Antigüedad clásica, alrededor de Aníbal se han tejido desde entonces los más diversos relatos. Las más de las veces separado del contexto político y cultural en que se halló implicado, su figura ha crecido merced a sus actos audaces, muchos de ellos sobredimensionados a la categoría de leyenda.

En términos generales, son dos las miradas más difundidas sobre el general cartaginés.

Por un lado, se lo considera como estandarte de un mandato familiar antirromano, labrado tras la derrota de Cartago en la llamada Primera Guerra Púnica (264-241 a.C), aquella que opuso a los ejércitos cartagineses frente a las legiones de Roma cuando se disputó por primera vez la supremacía sobre el Mediterráneo, la gran vía que permitía extender la influencia política y económica de los pueblos costeros. Por entonces, sostiene esta línea argumental, fue Amílcar Barca, padre de Aníbal y general de los vencidos, quien transmitiera a su pequeño hijo un rencor visceral contra el imperio que puso de rodillas a los ejércitos y políticos cartagineses.

Según la tradición, Aníbal habría juramentado ante su padre y sus dioses odiar por siempre a Roma, y desde entonces nació en él la misión de hacer pagar a sus declarados enemigos cada uno de los pesares que le ocasionaron a su pueblo. Cornelio Nepote –una de las fuentes clásicas esenciales del período– en su obra *Vidas* transcribe un supuesto diálogo entre Aníbal y el rey Antíoco, en donde el primero dijera decidido:

“Mi padre Amílcar, cuando yo era apenas un niño de nueve años, al salir de Cartago rumbo a Hispania sacrificó varias víctimas a Júpiter Óptimo Máximo. Fue entonces que me preguntó si quería acompañarlo a la guerra. Yo le respondí que sí, que lo haría con gusto, y mi padre me contestó: Muy bien, vendrás conmigo si me juras lo que te pido’. Luego me

llevó junto al altar de los sacrificios y ordenó dejarnos solos. Y tras ponerse la mano sobre sí, me hizo jurar que jamás firmaría una paz con Roma. Ese juramento lo he venido conservando desde entonces, y nadie puede dudar que lo seguiré cumpliendo en el futuro".

El mito de un Aníbal vengador había hallado así su piedra basal.

Por otro lado, la persistente oposición al Imperio Romano que ejerciera Aníbal dio suficiente argumentación para presentarlo como una figura justiciera e, incluso, como el brazo ejecutor de una ecuanimidad "nacional" en una región conmovida por continuas crisis políticas y económicas, que invariablemente se dirimían en el terreno militar. De hecho, se le acredita a Aníbal cierta misión "igualitaria" abonada en su supuesta frase: *"Nunca odié a Roma. Todos tienen los mismos derechos: Siracusa, Roma, Atenas…. Pero Roma sólo se reconoce a sí misma".*

De esta manera, Aníbal fue convertido en un adalid en la lucha contra el atropello y la impunidad romana, y sus campañas militares contra la Loba resultaron algo así como una respuesta tan necesaria como forzada por la sed imperial de los latinos. El historiador Eduard Meyer, por caso, llega a formular la guerra de Aníbal contra Roma como *"una guerra por la independencia de los pueblos y los Estados",* cuyo sentido final sería el *"mantenimiento del sistema político existente hasta entonces."*

Así las cosas, me apresuro a subrayar que si el argumento del compromiso de odio y venganza resulta por demás vidrioso, en tanto excluye como determinante la historicidad de los acontecimientos, no menos frágil es el que lo señala como un estadista respetuoso de las soberanías de los pueblos en las zonas en disputa. Basta echar una mirada sobre la invasión y conquista púnica en África, Italia, Hispania y en la Galia para descartar de plano este argumento, pues cabe preguntarse legítimamente qué fue de los derechos de los pueblos conquistados y sometidos por el propio Aníbal.

De todos modos y a pesar de sus diferencias, ambas orientaciones explicativas del "fenómeno" Aníbal se emparientan con una misma mirada sobre su capacidad militar, generadora de acontecimientos triunfales de reconocida genialidad estratégica a pesar de contar casi siempre con menos recursos que su enconado enemigo. Al calor de estos sucesos, su figura y liderazgo creció para ser comparado sólo con Alejandro Magno y Napoleón Bonaparte.

Tal vez este último factor es el que más ha contribuido a generar en el imaginario popular un Aníbal luminoso, único, capaz de cuestionarle y, aún más, arrebatarle la iniciativa a una Roma voraz de arcas colmadas de oro y plata, siempre custodiadas por las más efectivas legiones.

Ahora bien: ¿Quién fue en verdad Aníbal? ¿Acaso un símbolo de rebeldía? ¿Un caudillo de un imperio en disputa? ¿El brazo ejecutor de un mandato familiar? ¿El brillante estratega político y militar?

Ciertamente, la vida privada de Aníbal no estuvo al margen de sus decisiones públicas, como así tampoco sus elecciones individuales divorciadas de las que involucraron a centenares de miles de hombres y mujeres en las dos orillas del Mediterráneo. Aníbal, pues, fue todo ello a la vez y ninguno de manera excluyente.

Fue político y militar, tan frío y calculador en los campos de batalla como generoso y diplomático en la búsqueda de aliados. Actuó con el sentimiento devenido de su legado familiar y representó sin dudas una opción política de su pueblo y sus representantes. En ese marco, brilló por su audacia y creatividad; acertó y se equivocó, y conoció los placeres de la victoria y la humillación de la derrota inapelable. Vivió rodeado de la admiración de propios y ajenos, y murió traicionado y en soledad.

Por más que a simple vista su vida pareciera un conjunto de paradojas, nada sería más desacertado. Por el contrario, estuvo signado por elecciones y actuaciones comprometidas con la historicidad de su vida, en un contexto que no eligió, pero decidió alterar para el beneficio personal y de un colectivo social que depositó en él sus expectativas y anhelos más íntimos.

Quien crea que Aníbal fue esencialmente un gran militar no se equivoca, aunque lo haría si no agregase de inmediato a sus cualidades la de un político excepcional, tanto por su racionalidad como por su capacidad de gestión. Fiel representante de la cultura fenicia, fue hábil en la negociación, y supo reconocer los límites del poderío de las espadas tanto como el valor de los pactos. Y pocos entendieron como él las motivaciones de un pueblo para ir a la guerra y cómo incentivarlo. Tampoco se le escapó la actuación y la idiosincrasia de sus enemigos, a quienes analizó detenidamente antes de enfrentarlos y vencerlos en numerosas oportunidades.

En términos históricos, puede decirse que Aníbal estuvo presente en uno de los acontecimientos claves de la humanidad, cuando se dirimió la hegemonía de un sistema político y económico, el del Imperio Romano, que dejaría su huella en los siguientes siglos, y cuya influencia se prolongaría a lo largo de Occidente hasta Oriente. De alguna manera, no se entiende la fuerza y la dimensión de aquel Imperio –el mayor y más extraordinario de la Antigüedad– sin un Aníbal que se atreviera a enfrentarlo. Y hasta es posible conjeturar que sin ese enfrentamiento, tal vez Roma no hubiera sido tal, pues en la lucha contra el genial cartaginés forjó los sostenes que la mantuvieron vigente en los siglos siguientes.

Analizar a Aníbal en tal contexto tiene sus bemoles. La historiografía clásica romana y pro romana, la que más ha recogido su trayectoria o, por lo menos, la que ha sobrevivido a los tiempos, resulta una fuente documental de excepción, pero sus juicios están viciados de un encono de igual dimensión que el del cartaginés contra los romanos. No podía ser de otra manera. En general, Apiano, Tito Livio, Polibio, Cornelio Nefote y Plutarco, por citar a los más importantes, no dejan pasar la oportunidad para descubrir la "oscura trama" que anidaba en Aníbal –crueldad de "bárbaro", avidez de riquezas, sed de venganza, etc.– mostrando facetas de su personalidad de por lo menos dudosa veracidad. Incluso es posible que la hostilidad de los historiadores latinos y pro romanos hacia Aníbal haya contribuido de alguna manera a conformar un estereotipo –por oposición– aún más grandilocuente y heroico, una suerte de nueva edición de David frente a Goliat.

Lamentablemente poco se sabe del otro lado, ya que los escritos de los historiadores y escribas contratados por los púnicos, como Sósilo –a la sazón maestro de Aníbal– y el griego de Sicilia Xileno o Sileno, por ejemplo, nos han llegado fragmentariamente y habiendo pasado previamente por el tamiz romano. Ambos acompañaron al general en su campaña italiana con la pretensión de retratar los acontecimientos en griego, tal como asevera Kienitz, pero de sus trabajos sólo quedan citas y traducciones latinas.

Tampoco son muchos, y menos completos aún, los registros biográficos de Aníbal, carencia que se extiende a toda la dinastía Barca, al grado que ni siquiera se tiene con precisión una iconografía familiar digna de certeza histórica. En general, los retratos de todos ellos que han sobrevivido se han realizado mucho tiempo después, y suelen estar confeccionados según la imagen que se forjaron los diferentes autores, en general con una elevada cuota de idealización. De hecho, y baste como ejemplo, hay numerosos retratos de Aníbal con gesto esplendoroso y aire triunfal, sin que se consigne la temprana pérdida de uno de sus ojos en campaña, detalle que está fehacientemente documentado y certifica dramáticamente los fragores de sus expediciones.

Esta imagen idílica se ha visto especialmente alimentada por sus acciones militares y, entre ellas, el cruce de los Alpes que realizara con su impresionante ejército ocupa un sitial de privilegio. El propio Montesquieu, el célebre autor de *El Espíritu de las Leyes,* escribía admirado:

"Cuando examinamos la multitud de obstáculos acumulados ante Aníbal y vencidos todos por este hombre extraordinario, contemplamos el más bello espectáculo dado por la Antigüedad".

De hecho, pocas estrategias militares han sido tan minuciosamente analizadas y universalmente difundidas como la de Aníbal. Algunos comentaristas sostienen que hacia finales del siglo XIX la bibliografía específica sobre la campaña italiana y el cruce de los Alpes era superior a trescientos estudios profesionales, cifra que se incrementó aún más en el período previo a la Gran Guerra de 1914-1918, cuando la confrontación mundial puso a los Alpes una vez más como escenario bélico. En efecto, realizado por primera vez por un ejército de gran envergadura, el cruce de los Alpes sostiene como ningún otro elemento la imagen mítica del estratega púnico, revistiéndolo de una heroicidad que, en su afán de ensalzar al individuo, casi siempre termina por obturar la racionalidad y justeza de sus movimientos. No obstante ello, es lícito cuestionarse los límites de hazañas semejantes, y preguntarse si atravesar una cadena montañosa a costa de perder casi la tercera parte de sus fuerzas resulta en sí mismo una acción ejemplar, puesto que en términos prácticos significó un debilitamiento que, años después, redundó en un fracaso político y militar de proporciones dramáticas. Una suerte de Pirro cartaginés.

Dicho en otras palabras: el mito difícilmente permite la apropiación humana e histórica real del personaje, sino tan solo su reflejo idealizado. En este sentido, es nuestro interés marchar por otro rumbo.

Por supuesto, triunfos militares no faltaron en su campaña hispana e italiana como para convertirlo en un estratega admirable: Trebia, Trasimeno y, sobre todo, Cannas bien pueden dar cuenta de ello. Pero ninguno de sus triunfos políticos y bélicos, como así tampoco las tácticas empleadas –desde el cruce de los Alpes y la utilización de elefantes como la reiterada apelación a las emboscadas– se ven seriamente justipreciadas si no se supera el mero marco de la individualidad.

Nuestra mirada sobre Aníbal, pues, está determinada por su participación en un marco de tensión colectiva. Aníbal es, ciertamente, un producido de época en un contexto social y político determinado, que influyó decisivamente en él y predeterminó sus respuestas. Claro está que la Historia no es una ciencia exacta que puede preverse con facilidad matemática. La formación personal y espiritual tienen un peso excluyente y, en definitiva, también permitieron a Aníbal concretar sus singulares realizaciones.

Aníbal estuvo en el momento oportuno, al igual que sus adversarios. Encarnaciones de proyectos históricos y sus fuerzas motores, uno y otros contaron con las herramientas subjetivas y objetivas que el desarrollo de sus respectivas sociedades produjo, y sus éxitos y fracasos mucho tienen que ver con el proceso que afectó a las mismas,

aunque sus aptitudes personales le dieron singulares formas y contenidos.

Héroe y mártir para algunos, ávido y despiadado conquistador para otros, el paso de Aníbal por el universo histórico y cultural de la humanidad sigue despertando controversias y admiraciones. Si estas páginas contribuyen a echar luz sobre ellas, nos daremos por satisfechos.

Capítulo I
Cartago, la cuna

Como en buena parte de las civilizaciones antiguas, los mitos fundacionales ocupan también en Cartago un sitial de privilegio. Indica la leyenda que la ciudad de Cartago fue fundada por una mujer llamada Dido o, según la procedencia de la versión, Elisa, quien era hermana del rey de Tiro, Pigmalión. La existencia de la joven no parece haber estado desprovista de avatares. De hecho, Pigmalión había mandado asesinar a su esposo, el sacerdote Acerbas, por cuestiones de competencia de poderes o por dinero, ya que Acerbas no sólo era la máxima autoridad religiosa de la ciudad, sino también el propietario de una cuantiosa fortuna en oro y joyas que el codicioso rey anhelaba para sí.

Cualquiera haya sido la motivación de Pigmalión, lo cierto es que el lamentable episodio obligará a Dido a abandonar los placeres palaciegos para adentrarse en una vida plena de aventuras. Por lo pronto, y siempre según la tradición más difundida, tras el asesinato de Acerbas, Dido urdió un plan para huir de su cruel y ambicioso hermano. Su estrategia era audaz. Prometió con forzado amor filial entregarle al rey la fortuna en cuestión, para lo que debía, primero, ir a buscarla adonde se hallaba escondida. Su hermano accedió encantado, aunque sospechando las verdaderas intenciones que animaban a la princesa. Heredera al fin de una dinastía de mercaderes marinos, Dido no tardó en embarcarse con un puñado de seguidores, quienes la acompañaron hacia el oeste con destino a Chipre. Era su intención no regresar jamás. Cuenta la leyenda que Pigmalión, receloso de los propósitos de Dido, mandó seguir su nave: si en verdad iban a buscar los tesoros de Acerbas, ellos mismos los tomarían; si los tesoros ya estaban escondidos en la nave de Dido, la abordarían en alta mar para apropiárselos.

Pero resulta que también la joven había pronosticado esta contingencia y tenía bien previsto cómo eludir compañía tan poco deseada. Fue entonces que, en plena travesía, Dido ordenó arrojar por la borda grandes y pesadas bolsas, supuestamente contenedoras del tesoro, por lo que los perseguidores la dejaron huir para concentrarse en la recuperación del mismo. Después de todo, era lo único que les

interesaba. Grande sería su frustración cuando, tras haber recuperado las cargas arrojadas al mar, comprobaron que todas ellas sólo poseían arena.



Imagen de la ciudad de Cartago en la que se ve a Dido y Eneas. Óleo de Claudio de Lorena (1676 -Hamburgo Kunsthalle).

Con su hermano burlado y ya libre de acechanzas, Dido recorrió las aguas meridionales de África, más allá de Egipto y Libia, alcanzando por fin las costas del actual Túnez. Una vez allí y decidida a establecerse, solicitó al monarca de la región una franja de tierra donde fundar una ciudad. El rey local, desconfiado de la extraña presencia, le asignó por toda extensión la tierra que lograra cubrir con la piel de un toro. Pensada como una burla, la propuesta no tardó en convertirse en su propia humillación. En efecto, dotada de un ingenio excepcional, la doncella cortó entonces la piel del animal en tiras tan finas que, unidas entre sí, trazaron una línea divisoria muy extensa, detrás de la cual podía levantar libremente su ciudadela. El burlador, pues, resultó burlado. La astucia, como alma de la futura civilización cartaginesa, echó así sus más profundas raíces.

Dido y sus hombres no perdieron tiempo, y comenzaron a edificar el núcleo original sobre un promontorio bautizado merecidamente Birsa o Byrsa (piel, en púnico), protegido por una muralla. Alrededor de ese centro se extendió la ciudad que fue bautizada Qart Hadasht, nombre que en lengua fenicia significa Ciudad Nueva. Más tarde los griegos la llamaron Karchedon y los romanos Carthago.

El relato, leyenda al fin, dejó de todos modos una huella en el imaginario popular de gran verisimilitud: Cartago fue la hija de la inteligencia, la misma que cimentará un comercio prodigioso que la catapultará como un imperio que sobrevivirá por siglos. La leyenda aportará otro elemento que enmarcará el devenir de la ciudad. Según la tradición, el rey local vencido por la brillantez de Dido pretendió

convertirla en su esposa. Ella, en cambio, resuelta a rechazarlo, prefirió quitarse la vida arrojándose a las llamas de una enorme pira que mandó preparar especialmente.

Virgilio, el gran poeta latino, le dio a la saga de Dido un final distinto aunque no menos dramático. Según escribió en La Eneida, el héroe troyano Eneas naufragó en las costas de Cartago, donde pidió a los lugareños auxilio para sus hombres, al menos hasta reparar la nave y continuar viaje. Pero Eneas venía precedido por su gloriosa fama en la guerra de Troya, y cuando la novedad llegó a la corte de Dido fue enviado a buscar para ser recibido con todos los honores.

Cuando la reina lo vio se enamoró perdidamente de él, y muy pronto su amor le fue correspondido. Todo parecía en orden y los placeres más dulces envolvían a la pareja, pero los dioses tenían otros planes para su héroe, y con la inflexibilidad que les caracterizaba movieron una vez más la vida de los mortales. Entonces Júpiter le ordenó a Eneas que siguiera su camino y su misión de levantar un gran imperio, aun superior al de la destruida Troya, y partió presuroso. Dido, con el corazón quebrado por el abandono, se lanzó a una pira funeraria.

Como fuera, lo cierto es que la reina original de Cartago murió abrazada por las llamas, el mismo final que siglos más tarde tendría la ciudad toda a mano de los romanos. La gran paradoja es que Eneas logró sentar las bases de un nuevo y vasto imperio, señalado en algunas tradiciones como el fundador pionero de la mismísima Roma.

La astucia, el fuego y Roma, pues, constituyeron las presencias que marcaron con significativo empeño el surgimiento, la existencia y el fin de Cartago, ciudad que durante siglos constituyó la luz más brillante del mundo mediterráneo antiguo.

La Cartago histórica

En términos históricos, y fuera ya de los singulares márgenes de la leyenda y el relato mitológico, la aparición de Cartago en el mundo mediterráneo respondió a precisos factores sociales y económicos de antigua data, cuyas raíces se remontan hacia el fin del primer milenio antes de Cristo. Por entonces, un importante movimiento migratorio comenzó a acelerarse desde el Cercano Oriente y Grecia hacia el oeste mediterráneo, especialmente en búsqueda de nuevas fuentes productivas.

Principales protagonistas de este movimiento fueron los llamados phóinikes, individuos de diverso origen que, guiados por apetencias económicas, se libraron a excursiones exploratorias dejando a sus

espaldas los imperios de la Mesopotamia, el altiplano iránico, Egipto y las cuantiosas ciudades griegas del Egeo y el Ática. Entre los nuevos migrantes no tardaron en destacarse los semitas de Tiro, la poderosa ciudad fenicia. Fueron ellos quienes se aventuraron más allá del estrecho de Gibraltar, las míticas Columnas de Heracles para los griegos, estableciendo su presencia a lo largo del Mediterráneo. Fruto de ello fue la fundación de numerosas ciudades, entre ellas Cartago, acaecida entre mediados y fines del siglo IX a.C. Incluso algunos historiadores –avalados por los descubrimientos arqueológicos realizados en su emplazamiento– indican con más exactitud el año 814 a.C. como inaugural de la misma, casi medio siglo antes de la fundación de Roma, su histórica rival.

Enclave comercial sobre el Mediterráneo, la ciudad se levantó en el noreste del Magreb, en un estratégico istmo con puerto natural que ofrecía una escala ideal para las florecientes líneas comerciales fenicias. Más tarde, con la caída de Tiro en manos de Nabucodonosor II, Cartago sustituyó por completo en importancia a la vieja metrópoli y se convirtió definitivamente en el centro púnico por excelencia.

Hacia el siglo VI a.C. un nuevo acontecimiento aparejó consecuencias decisivas para el ulterior desarrollo de la pequeña ciudadela. El acoso de Tiro, encabezado por el rey asirio Senaquerib, hacia el año 574 a.C., debilitó considerablemente la fortaleza de los fenicios, quienes iniciaron un proceso de decadencia militar y comercial de sus principales ciudades agravado por la continua pérdida de posesiones ultramarinas. En ese contexto, numerosos pobladores huyeron de Tiro y Sidón, encontrando en la lejana Cartago un refugio de excepción donde reiniciar su vida.

Entre los primeros en llegar se contaron enriquecidos mercaderes, los que no tuvieron mayores problemas en conformar una nueva e influyente elite que dirigiera los destinos de la ciudad portuaria.

Desde entonces el crecimiento de la ciudad fue colosal. La posesión de las tierras se resolvió rápidamente a favor de los nuevos dirigentes que desplazaron a los colonos originales y a los habitantes naturales de la región hacia el interior del continente, sometiendo a la población negra a la servidumbre. El tráfico marítimo, tradicional en la economía fenicia, cobró una mayor dimensión que no tardó en hallar límites precisos en la propia estructura portuaria original, incapaz de seguir albergando los volúmenes de mercancías cada vez mayores. La insuficiencia, sin embargo, lejos de producir una crisis paralizante impulsó la construcción de dos nuevos puertos que, por sus cualidades técnicas y capacidad operativa, se convirtieron en los más célebres de la Antigüedad.

La inmediata construcción de los puertos puso de manifiesto toda la

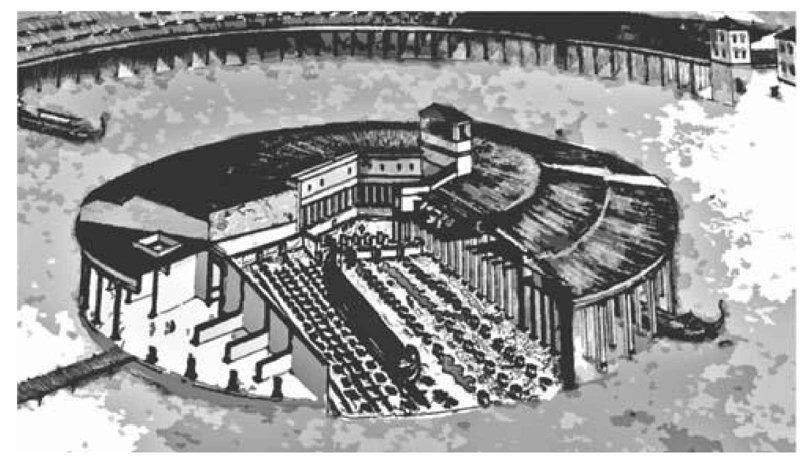
capacidad de Cartago para establecerse como potencia económica. Uno de ellos, de uso mercantil, tenía un formato rectangular, a diferencia del otro, de exclusivo uso militar y de forma circular. Según el historiador griego Apiano –una de las principales fuentes clásicas– ambos estaban dispuestos en forma sucesiva. El primero, con salida al mar, se cerraba con unas cadenas de hierro y daba acceso al puerto militar que tenía en su centro una pequeña isla ocupada por un edificio destinado a los mandos. Según aquel, además, los puertos cartagineses tenían capacidad para albergar a unas 200 naves en diques de seis metros de ancho dispuestos en forma radial.

Durante muchos años la descripción dada por Apiano resultó para investigadores e historiadores por lo menos exagerada, cuando no fantasiosa. La arqueología moderna, no obstante, le concedió todos los créditos, sobre todo a partir de las excavaciones realizadas primero por el francés Beulé, hace ya casi un siglo, y posteriormente por el inglés Henry Hurst, en la década de 1970. El primero halló hileras de bloques de piedra que indicaban la existencia de un muelle de unos 1.100 metros con aproximadamente 160 diques. Hurst, por su parte, excavó bajo las posteriores construcciones romanas en Cartago y halló los cimientos de un gran edificio y, saliendo de él en forma de radio, varias hileras de bloques de piedra rectangulares, rastros inequívocos de otros tantos diques que calculó en alrededor de treinta.

Además de la construcción de tan portentosos puertos, y para evitar sorpresivos ataques, los cartagineses rodearon todo el perímetro del istmo con una triple muralla fortificada. De tal forma, Cartago contó con los elementos necesarios para erigirse en una potencia marina y comercial hegemónica en todo el Mediterráneo.

Cartago se expandió con rapidez. Hacia el siglo VI a.C. había sojuzgado a las tribus libias y anexionado las antiguas colonias fenicias, controlando por completo la costa del norte de África, desde el océano Atlántico hasta la frontera occidental de Egipto. También Malta y las islas Baleares cayeron bajo su dominio.

Con mayor población y una clase dirigente económicamente poderosa, Cartago sólo competía con los griegos quienes, afincados en el sur de la península itálica, también disputaron por el dominio de Sicilia –situada a sólo 160 kilómetros de Cartago– y el mar Tirreno. Para griegos y car tagineses, estos puntos resultaban clave para imponer su predominio en el Mediterráneo, por lo que no es extraño que dirimieran su disputa al calor de las armas.



Cotbon, o puerto militar cartaginés, circunscripto por una muralla triple que ocultaba el interior de la vista enemiga. (Ilustración: Ricardo Ajler).

En el año 535 a.C. los cartagineses, aliados con los etruscos de Caere, fueron derrotados por las flotas griegas en la batalla de Alalia, al este de Córcega. Pero no obstante salir victoriosos, los griegos debieron abandonar esa isla merced a las cuantiosas bajas que sufrieron. De este modo los cartagineses pudieron ocupar buena parte de Cerdeña y Córcega, asumiendo de hecho el control sobre el Tirreno.

El enfrentamiento en Sicilia, en cambio, se prolongó un tiempo más, fundamentalmente por la resistencia de las ciudades de Siracusa y Agrigento –ubicadas en el este y en el sur de la isla–, que resistieron la expansión púnica. Hacia el siglo V a.C. los cartagineses se habían consolidado en la mitad oeste del territorio, estableciéndose en Panormos y Lilibaeum (Palermo y Marsala).

La suerte militar de los cartagineses en Sicilia continuó siendo errática durante muchos años. Fueron derrotados por Gelón, rey de Gela y Siracusa, en el año 480 a.C., aunque posteriormente el equilibrio se rompió en favor suyo, sobre todo cuando el general Himilcón logró tomar en el año 405 a.C. las ciudadelas de Agrigento y Gela. El cambio de situación generó, a su vez, que Dionisio I de Siracusa firmara la paz y reconociera el predominio púnico en el resto de la isla. De todos modos la guerra entre unos y otros se continuó un siglo y medio más, cuando un nuevo actor ingresaría en escena: Roma.

Política y poder en Cartago

Con sus nuevos puertos y murallas fortificadas, la vida en el nuevo faro del Mediterráneo siguió su curso próspero.

La dirección del gobierno recaía, al decir de Pierre Grimal, en un

complejo sistema de asambleas, consejos y magistraturas hegemonizadas por una oligarquía poseedora de la mayor parte de las tierras y concentradora del comercio marítimo.

Así las cosas, una suerte de gran Senado, formado exclusivamente por miembros de las familias más influyentes, constituía el núcleo de poder. Este Senado encomendaba la ejecución de sus decisiones a una o dos figuras centrales designadas sufetes o shofetes –literalmente "jueces", del hebreo shofe–, título que originariamente parece haber sido impuesto por los gobernantes de Tiro. Los shofetes llevaban adelante la administración y la promulgación de las leyes, y para acceder a tal cargo debían también pertenecer a las elites de la ciudad. Según Werner Huss:

"Parece además que las finanzas del Estado eran controladas en definitiva por los sufetes, quienes eran asistidos por un cuestor. Para la ejecución de asuntos oficiales –continúa Huss– *los sufetes se servían de las fuerzas de policía, cuyos mandos superiores parecen haber sido ellos mismos".*

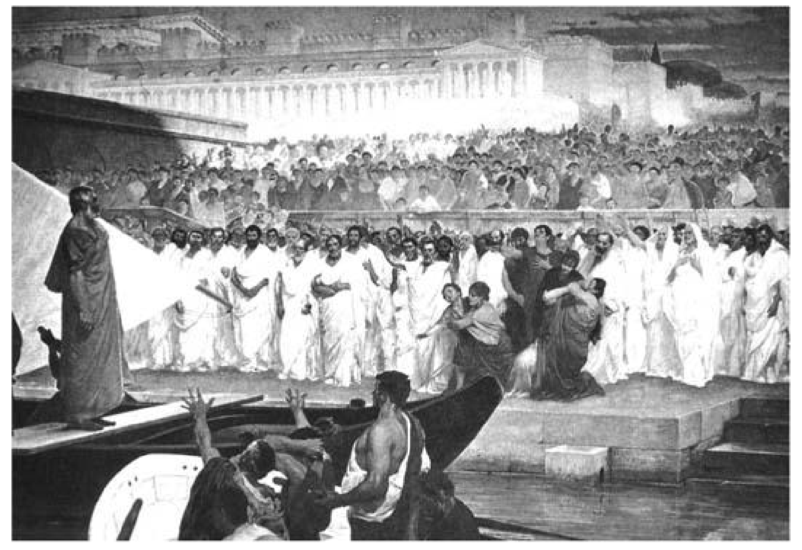
Por otra parte, también ellos estaban controlados por una comisión fiscalizadora conformada por ciento cuatro miembros elegidos por el Senado. Esta magistratura parece haber tenido una notable importancia en el esquema político cartaginés –los militares, por ejemplo, debían rendir cuentas de sus campañas ante ella–, y fue creada posiblemente después del siglo IV a.C. Sus miembros sólo podían ser senadores, y sus cargos eran vitalicios, por lo menos hasta que el propio Aníbal, hacia el año 196 a.C., reformó su estatuto haciendo que sus miembros fueran electos cada año, sin que pudieran renovarse en su función.

Otra de las instituciones fundamentales de la antigua Cartago se hallaba dentro del mismo Senado: se trataba de una suerte de Consejo Sagrado, conformado por treinta senadores, al que Tito Livio consideraba de gran poder para dominar al conjunto del Senado cartaginés. Un séquito de numerosos jueces menores completaban el cuadro dirigente.

El pueblo tenía alguna participación activa en la elección de los shofetes y los senadores a través de una Asamblea del Pueblo, cuyos miembros tenían el derecho de expresar libremente sus opiniones. Además, la Asamblea del Pueblo podía tomar resoluciones, pero sólo en caso de ser convocada por los shofetes y senadores. De esta manera, el poder real únicamente podía ser ejercido por miembros de la oligarquía dominante, lo que habla, en el mejor de los casos, de una democracia restringida en sus más elementales principios de libre participación. De todos modos, algunos rastros de sociedad democrática debieron haber tenido su vigencia ya que Aristóteles, por

ejemplo, se refirió a la existencia de una Constitución que regía los destinos sociales, jurídicos y políticos de la ciudad. Aún más, en su obra *La Política,* Aristóteles se refiere a la constitución cartaginesa como "justamente célebre", como las de Lacedemonia y Creta. Por su parte, Polibio se explayó un poco más en el asunto y vale citarlo ampliamente porque da cuenta, desde su óptica, de los manejos políticos en el imperio cartaginés. Dice Polibio:

"En cuanto al Estado cartaginés, me parece que sus instituciones han sido, en sus características esenciales, bien concebidas. Tenía reyes; el consejo de ancianos, de naturaleza aristocrática, disponía por su parte de determinados poderes y el pueblo era soberano en las cuestiones que eran de su incumbencia. En conjunto, el reparto de poderes en Cartago se parecía al que había en Roma y en Esparta. Pero en la época en que comenzó la guerra de Aníbal, la Constitución cartaginesa se degradó y la de los romanos demostró ser superior. La evolución de todo individuo, de toda sociedad y política, de toda empresa humana está marcada por un período de crecimiento, un período de madurez, un período de decadencia. Y es en el momento de la madurez cuando se alcanza el grado más alto de eficacia en todos los órdenes. Es en eso donde se sitúa la diferencia entre las dos ciudades. Los cartagineses habían conocido la pujanza y el expansionismo algún tiempo antes que los romanos y habían sobrepasado entretanto el estadio del apogeo, justo en la época en que Roma, para la cual no era tan importante su sistema de gobierno, se hallaba en plena fuerza. En Cartago, la voz del pueblo se convirtió en la predominante en las deliberaciones, mientras que en Roma, el Senado se hallaba en la plenitud de su autoridad. Entre los cartagineses, era la opinión de un elevado número la que prevalecía; entre los romanos, de la elite de los ciudadanos, de suerte que la política llevada por estos últimos era la mejor y pudieron, a pesar de las aplastantes derrotas, imponerla finalmente en la guerra contra Cartago gracias a la sabiduría de sus decisiones".



Representación del momento en el que Marco Atilio Régulo se embarca hacia Cartago. En la pintura aparecen el cónsul, la nobleza y por detrás el pueblo. El sistema de gobierno cartaginés, al igual que el romano o el espartano, se basaba en un senado aristocrático.

La diplomacia fue otro de los decisivos roles también ejercido por la elite gobernante. Fundamental en el curso de las transacciones comerciales con los más diversos pueblos del Mediterráneo, los cartagineses eran hábiles en el manejo del protocolo, las lenguas y las costumbres de sus vecinos, y eficaces y efectivos en las artes de la negociación. En tal dirección, supieron conformar un cuerpo diplomático prestigioso por su capacidad para concertar provechosas alianzas y tratos que en su practicidad impulsaran aun más las posibilidades expansionistas de Cartago.

Pero así como era importante la estructura administrativa y jurídica de la ciudad, no parece haber tenido una dimensión de similar importancia la carrera de las armas, por lo menos en un principio, posiblemente por lo poco preocupante que le parecían sus vecinos africanos. Con el tiempo, y sobre todo a partir del siglo VI a.C., consideraron la cuestión militar con mayor atención, especialmente, al decir de Huss:

"…si no se quería aceptar una merma de los intereses cartagineses territoriales y político-mercantiles por obra, de una parte, de los libios, y por otra, de los etruscos y, en especial, de los griegos".

Paulatinamente, pues, Cartago comprendió la necesidad de estructurar una organización militar para sostener la expansión económica.

En este esquema, la marina de "guerra" tenía su lugar de privilegio,

ya sea como protección de las naves mercantiles o de los mismos puertos de la ciudad, y con los siglos llegó a convertirse en la pesadilla de los imperios rivales. De hecho, durante las posteriores guerras púnicas, Cartago echará al mar una flota de aproximadamente 350 grandes embarcaciones con unos 150.000 hombres, equiparable, según Aymard y Auboyer, con la de Atenas de los siglos clásicos. Será también durante los años de sucesivas empresas militares contra los griegos, primero, y contra los romanos posteriormente, que Cartago dio cabida a grandes estrategas, quienes asombraron con sus campañas al mundo antiguo todo. De alguna manera, no es posible explicar los genios estratégicos de la dinastía de los Magónidas y la de los Barca sin algún tipo de fermento iniciado en el corazón mismo del expansionismo cartaginés. Tampoco la fuerza militar terrestre de los púnicos era poca, y en términos generales operaba más allá de los límites de la ciudad y, principalmente, en los extensos territorios ultramarinos adonde llegaba su influencia. Los datos de los que se disponen remiten fundamentalmente al período de confrontación con los romanos. Aníbal, por ejemplo, contaba con una dotación aproximada de 120.000 soldados y realizará su fantástico cruce de los Alpes con casi la mitad de ellos. Por operar justamente en territorios alejados y obligados a marchas permanentes y extensas, el ejército cartaginés careció de una importante cantidad de maquinarias de guerra, como catapultas y arietes, aunque sí contó durante la dirección de Aníbal con la inestimable presencia de elefantes, posiblemente de origen hindú, aunque su utilización y eficacia haya sido sobredimensionada por el imaginario popular.

Más notorio parece haber sido la utilización conveniente de recursos humanos originarios de las regiones conquistadas. Sobre todo a partir de que el imperio cartaginés adopta en Europa dimensiones continentales, Cartago impone una suerte de servicio militar obligatorio y una contribución en tropas auxiliares que le serán de suma utilidad, por ejemplo, en las campañas italianas. De todos modos, esto implicó para el ejército cartaginés una complicación extra, puesto que la dirección de tropas tan poco homogéneas constituyó en algunas oportunidades un problema que ni aun el genio estratégico de Aníbal pudo resolver por completo. No fue el único inconveniente que debió afrontar el ejército de Cartago. Empeñado en tierras alejadas, el aprovisionamiento y el financiamiento del mismo implicó renovados esfuerzos que, si bien fueron generalmente satisfechos, plantearon un desgaste formidable. Más adelante nos ocuparemos detenidamente del ejército púnico.

Las posibilidades de un desarrollo autónomo de la casta militar que persiguiera intereses particulares y propios parece también haber sido una preocupación de los sectores dominantes, aunque los indicios de

acciones del tipo conspirador son relativamente pequeños en relación a la cantidad de siglos que sobrevivió el imperio. Es posible que la falta de desarrollo de los militares como casta con intereses propios haya sido el resultado de una doble condición que sobrevoló a los generales cartagineses. Por un lado, tenían excelentes relaciones con la elite gobernante o eran directamente parte de ella, como el caso de los Magónidas y los Barca. Por otro lado, los dirigentes políticos de Cartago instituyeron las acciones del Tribunal de los Ciento Cuatro, ante el cual los militares debían dar sagrada rendición de cuentas de sus éxitos y fracasos, y cuyas sentencias morales podían engrandecer un apellido o sumirlo en la más vergonzante de las acusaciones y la muerte. De hecho, hay registros de algunos generales cartagineses que terminaron ajusticiados, ya sea por probada impericia profesional o por sospechas de aspiraciones de poder. Cualesquiera hayan sido los motivos, lo cierto es que la elite dirigente tenía como objetivo impedir que los militares tuvieran una influencia propia desmedida y, sobre todo, incontrolable. En ese sentido, la figura de Aníbal será una espina en los tradicionales intereses del Senado púnico.

La sociedad cartaginesa

El poder en Cartago lo ejercían fundamentalmente los representantes de las grandes fortunas e intereses económicos. De alguna manera, esta clase propietaria y rica constituía la realeza local. Diógenes Laercio consideraba a la realeza cartaginesa como “ajustada a las leyes”, y en este punto señalaba la notoria diferencia entre cartagineses y macedonios, pues en este Estado primaba la “realeza fundada en la sangre”. Siguiendo este razonamiento, Huss sintetiza:

“En Cartago no es el nacimiento real, sino el personal compromiso dentro del espacio de la Constitución, lo que abre el paso a la realeza –un compromiso inimaginable sin la posesión y la garantía de una considerable fortuna–”.

Pero a su vez, la dirigencia política y económica de Cartago estaba seriamente dividida según sus intereses particulares, es decir, según el origen de sus riquezas: el comercio, por un lado; la producción agrícola, por el otro. Montesquieu hace una síntesis ejemplar de la situación imperante en la época de confrontación contra Roma:

“De las dos facciones que reinaban en Cartago –escribe– *una quería siempre la paz, otra, siempre la guerra; era, pues, imposible ni gozar de una ni hacer la otra en buenas condiciones”.*

Y concluye:

“Mientras en Roma la guerra servía para reunir todos los intereses, en

Cartago los separaba más y más".

En su lúcido retrato de las diferencias entre estos dos enemigos implacables, Montesquieu traza las líneas diferenciales de una dirigencia y otra:

"Cartago, que con su opulencia luchaba contra la pobreza romana, tenía por eso una desventaja: el oro y la plata se consumen; la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza no se agotan jamás. Los romanos eran ambiciosos por orgullo; los cartagineses por avaricia; unos querían mandar; los otros, adquirir; éstos, calculando sin cesar las pérdidas y ganancias, hacían la guerra, pero no la amaban."

La población de Cartago

Lamentablemente no son demasiados los datos que se tienen de la situación de la población cartaginesa, aunque diversas fuentes nos acercan un poco a su cotidianidad. Según algunas estimaciones, hacia el siglo VI a.C. la población sumaba entre doscientos y trescientos mil habitantes; Estrabón, por su parte, estima que para poco antes de la desaparición de Cartago su población oscilaba alrededor de los 700.000 habitantes. Si bien esta última cifra parece exagerada, sobre todo en un período pos bélico, hay que tener en cuenta la alta migración que Cartago recibía desde numerosas poblaciones vecinas, inclusive de los griegos de Sicilia. Más vagos aún son los datos que aporta Kienitz, quien sostiene que en la "gran ciudad de Cartago" antigua habitaban unas 120.000 personas, aunque advierte que el cálculo reviste "poca seguridad". De todos modos, más allá de las variadas estimaciones, se sabe con certeza que por lo menos desde el siglo VI a.C. Cartago era una ciudad populosa.

Según Huss, la sociedad cartaginesa estaba dividida en dos estratos, uno superior –propietarios ricos– y uno inferior –labradores, pescadores, obreros navales, transportistas, marineros, etc. – , que:

"…no habrían estado rigurosamente separadas una de otra, pero la ascensión del estrato inferior al superior sólo podía ser lograda por unos pocos".

También había una importante población esclava, formada especialmente por prisioneros capturados en las expediciones militares en el norte de África, Sicilia y Cerdeña. En general, los esclavos podían pertenecer tanto al Estado como a particulares, y eran empleados en diversas tareas domésticas, manufactureras, rurales y como remeros en la marina mercante.



Interior de un palacio cartaginés donde resalta la presencia de una gran piscina. La nobleza vivía en confortables mansiones que no tenían nada que envidiarle a las romanas.

Excluyendo la población esclava y una importante cantidad de trabajadores rurales, la población urbana se distribuía en casas de alto, los más pobres, y en soberbios palacios con jardín y piscina, los más acaudalados. También abundaban los templos y los baños públicos. Vale la pena citar en extenso un pasaje de *Salambó,* novela de Gustave Flaubert, más teniendo en cuenta que para la composición de su obra leyó y respetó numerosas fuentes clásicas. Dice el genial escritor:

"Por detrás, la ciudad desplegaba en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica. Eran de piedra, de tablas, de guijarros, de cañas, de conchas y barro apisonado. Los bosques de los templos formaban como lagos de verdor en esta montaña de bloques, pintados de diversos colores. Las plazas públicas estaban niveladas a distancias desiguales; innumerables callejuelas se entrecruzaban, cortándola de un extremo a otro. Se distinguían los recintos de tres viejos barrios, ahora confundidos, destacándose acá y allá como grandes escollos, en los que se alargaban enormes lienzos, medio cubiertos de flores, ennegrecidos, muy manchados por el arrojo de las inmundicias, pasando las calles por sus amplias aberturas como ríos bajo puentes… El azul del mar, destacándose en el fondo de las calles, hacía parecer a éstas, por efecto de perspectiva, más escarpadas".

En general, el paisaje urbano de la Cartago antigua denotaba una fuerte influencia helenística, con calles trazadas en forma regular y manzanas perfectamente delimitadas, donde abundaban drenajes de

agua, sistemas cloacales, escaleras, y hasta sectores pavimentados.

De la vida cotidiana del pueblo apenas si quedan testimonios, especialmente aportados por historiadores y escribas romanos quienes, debido a la histórica rivalidad entre ambas ciudades, resultan habitualmente hostiles en sus juicios. Sabemos que la lengua y los rasgos de los cartagineses no ocultaban su origen semítico. De tez color oscura, en general lucían largas barbas sin bigote, y gustaban llevar turbantes. Los más pobres, que probablemente procedían de mezclas con la población indígena y que por tanto tenían la piel más oscura, vestían una suerte de largo camisón que les llegaba hasta los pies. El calzado generalizado era la sandalia. Las personas más acaudaladas, en cambio, llevaban trajes elegantes, bellamente adornados. Entre las mujeres, habitualmente confinadas en sus hogares, abundaban los velos; sólo aquellas que alcanzaban cierto rango dentro de la carrera sacerdotal solían portar vistosos vestidos.

Los escribas, literatos e historiadores romanos han pintado al pueblo cartaginés con cierto aire despectivo y burlón. Para Polibio, por ejemplo, el cartaginés era un individuo esencialmente aprovechador. Plutarco no fue menos crítico:

"Su carácter es triste y sombrío, son serviles con los magistrados y duros con sus súbditos; sin constancia en los peligros, se dejan arrebatar sin medida por la cólera, se obstinan cuando han decidido algo y rechazan inhumanamente todo lo que encanta, todo lo que es bello".

También ambos coinciden en caracterizarlos como grandes bebedores e insaciables comensales, siempre bien dispuestos a pasar noches de tabernas y juergas. Flaubert retrata una cena de soldados en Cartago donde abundaba la carne de:

"…antílopes con sus cuernos, pavos con sus plumas, carneros enteros guisados con vino dulce, piernas de camello y de búfalo –entre otras delicias con las que se hartaban–, en esa actitud pacífica de los leones cuando despedazan su presa."

Estas características, no obstante, no eran únicas, y hasta parecen reñidas con las sugeridas por otros relatos de los propios romanos. De hecho, la vida cultural, artística y espiritual de los cartagineses acerca alguna luz al respecto.

Cultura y religiosidad en Cartago

Que los cartagineses no se distinguían por sus hábitos gastronómicos como actividad excluyente es un dato comprobado, mal les pese a los escribas pro romanos de entonces. Se sabe, por ejemplo, que cuando Escipión el Menor arrasó la ciudad encontró numerosas bibliotecas,

dato que sugiere una cierta vida y riqueza cultural. Huss señala al respecto:

"...no hay duda alguna de que existió una extensa literatura púnica. Esto se infiere ya – continúa el autor – *de la observación de Plinio el Viejo, según el cual el Senado romano después de la ruina de la ciudad regaló a los 'dinastas de África'... las existencias de las bibliotecas cartaginesas, que probablemente habían estado guardadas en los templos"*.

En verdad, nada de esto resulta extraño teniendo en cuenta que los fenicios inventaron la escritura alfabética, aunque, como es sabido, no se hayan recuperado textos en lengua cartaginesa original. De hecho, del famoso Periplo de Hannón y de los escritos sobre agricultura de Magón apenas si se conservan sus versiones griegas y latinas.

De todos modos, algunos indicios dan por sentado que desde muy temprano existieron narraciones mitológicas, como así también una importante literatura historiográfica, puesto que ya el propio Avieno certifica la presencia de "viejos anales púnicos".

La actividad cultural de los antiguos cartagineses también puede rastrearse en su arquitectura y creaciones artísticas, aunque de ellas también han quedado exiguas muestras después de que Roma arrasó la ciudad con particular saña.

Los griegos subrayaron la belleza de la ciudad de Cartago y sus ornamentaciones, en tanto los pocos restos arqueológicos descubiertos hablan de la influencia escultórica greco-fenicia.

Tal vez donde mejor puede detallarse la arquitectura y el arte cartaginés es en su confluencia con lo sacro, donde se identifica con la arquitectura de la metrópolis fenicia, a su vez influenciada primero por la arquitectura sagrada egipcia y luego por los griegos.

Como se sabe, la espiritualidad de los cartagineses abunda en relatos. Herederos de la cultura y religiosidad fenicia, tomaron también sus dioses aunque con ligeros cambios nominales: así, el Baal-Moloch y Astarté de Tiro y Sidón, ellos los rebautizaron Baal-Haman y Tanit. También rindieron culto a Mellcart (literalmente "llave de la ciudad"), a Ehsmun, el señor de la riqueza y de la buena salud, y –no podía estar ausente– a Dido, la reina fundadora. La forma en que los cartagineses adoraron a sus dioses fue particular, ofreciéndoles recurrentes sacrificios de sangre con cabras y vacas, especialmente a los dioses menores, y con niños cuando se trataba de Baal-Haman, según los relatos de Plutarco, Tertuliano y Diodoro. El sacrificio de estos últimos también estaba ligado al fuego, destino final de los sacrificados. Los estudios arqueológicos permitieron echar un poco más de luz en todo esto. Así, se descubrió al sur de la colina Byrsa un santuario (tofet) en donde se realizaban sacrificios humanos. Allí se

hallaron grandes cantidades de urnas funerarias de cerámica que contenían restos de niños recién nacidos y de entre dos y cuatro años, sacrificados en ceremonias consagradas a Baal-Haman y a Tanit.

Carl Grimberg señala la existencia de una gran estatua dedicada al dios Baal, realizada en oro macizo y ubicada en un templo cuyo techo también estaba recubierto de placas del mismo material. Flaubert mismo describe en la novela ya citada un paisaje urbano con numerosos y lujosos templos:

"El de Kamón, enfrente de los Sisitas, tenía tejas de oro; el de Mellcart, a la izquierda del de Ehsmun, ostentaba en su techo ramas de coral; el de Tanit, más allá, redondeaba entre palmeras su cúpula de cobre, y el templo negro de Moloch estaba al pie de las cisternas, del lado del faro."

Los registros arqueológicos también hablan de cierta producción ceramista de cualidades esencialmente utilitarias y de una marcada inclinación hacia la joyería, a la sazón una de sus más particulares exportaciones. Esto lleva a Huss a señalar que:

"Si no nos engañamos, los artistas cartagineses desarrollaron su mayor maestría en el ámbito de las artes menores profanas y sacras: en la fabricación de monedas, lámparas, trabajos de marfil, objetos de adorno, sellos, pendientes, amuletos, estuches para amuletos, las llamadas navajas de afeitar, cáscaras de huevo de avestruz pintadas, y más cosas".

También se descubrieron trabajos en terracota, en general estatuillas cilíndricas, sumamente simples, ocasionalmente decoradas con pinturas.

El imperio económico púnico

El poderío de Cartago tenía una base esencial en su prodigiosa economía mercantil. En sus orígenes, este desarrollo fue relativamente dependiente de sus relaciones con Tartessos y otras ciudades de la península ibérica, de donde obtenía grandes cantidades de plata y estaño, esenciales para la fabricación de bronce, el metal más preciado por casi todas las civilizaciones contemporáneas. Las rutas comerciales que desde los inicios transitaron habían sido heredadas de Tiro, aunque luego las proyectaron hacia el noroeste de Hispania, las islas británicas –a donde a mediados del siglo V a.C. llegó la expedición de Himilcón– e incluso hasta Senegal, en la costa atlántica africana, donde se proveyeron de metales preciosos como el oro.

Ninguna otra civilización tenía bajo su dominio las artes de la navegación como ellos. Eso que Giancarlo Susini define como un "auténtico sentido del mar", es decir, la capacidad para reconvertir el enigmático e inconmensurable mar en la fuente primordial de su

riqueza y su seguridad. En este sentido, la pericia marinera de los púnicos era inigualable.

"Las naves, los remos, los cordajes, las velas – subraya Susini – *eran tan importantes como el vigor de los remeros y la maestría de los pilotos; a esto debe agregarse el conocimiento de las costas y de los puntos de posible recalada (posibilidad de reabastecimiento, maderas para reparar las naves, fuentes en las cuales obtener agua dulce…) y la capacidad de traducir las nociones marineras en perfiles cartográficos, en derroteros."*

Las naves púnicas eran de tipo "panzona", es decir anchas y de gran capacidad, dotadas de remos y una gran vela rectangular soportada por el mástil mayor. En algunas se distinguía una proa levantada y bellamente adornada con la figura de una cabeza de caballo, de ahí que los griegos las llamaran hippos. En general, las naves comerciales eran celosamente custodiadas por naves de guerra, entre las que destacaba el llamado "trirreme", que poseía treinta remos dispuestos a lo largo de ambos lados de la nave y dos espolones de proa. Luego fue más desarrollada y se la dotó de cincuenta remos –la "quinquirreme"–, cuya velocidad era muy superior. Romanos y griegos no tardaron, a su vez, en incorporar para su marina este tipo de naves. Volveremos sobre esto.

El mismo hecho de que naves cartaginesas al mando de Hannón hayan recorrido la costa atlántica de África hasta lo que los investigadores sitúan en el río Senegal, es un acontecimiento único tanto por su envergadura como por su coordinada organización. Dicho periplo se conoce con detalle a partir del descubrimiento del único texto cartaginés que sobrevivió hasta la fecha, el diario de navegación del propio Hannón, un testimonio inigualable para retratar esa particular relación entre los cartagineses y el mar. Hannón emprendió su recorrido con 60 barcas trasladando aproximadamente unos 30.000 hombres y mujeres. Durante su viaje fundó siete colonias, lo que da cuenta de las dimensiones exploratoria-colonizadora de su empresa, siendo Cerne la más alejada de ellas. Posteriormente avanzó hasta hallar un gran río donde abundaban hipopótamos y cocodrilos.

Exploraciones de este tipo fueron frecuentes; Kienitz señala que alcanzaron las islas Canarias, las Azores y las "Islas Casitérides", en la costa occidental de Bretaña, para luego seguir rumbo a Inglaterra e Irlanda. La certeza, pues, de que los cartagineses explotaron su dominio marítimo en pos de nuevas rutas de acceso y el descubrimiento de plazas donde obtener materias primas –y, a su vez, abrir mercados a sus exportaciones– es un hecho indiscutible.

Las expediciones cartaginesas no obturaban el ejercicio del comercio, sino que, por el contrario, lo intensificaban. El mismo Heródoto proporciona una descripción sin igual acerca de las prácticas

de este tipo, cuya modalidad asombra por su disciplina y ordenamiento:

“Los cartagineses – describe el historiador griego – *desembarcan en la playa sus mercancías para exponerlas. Regresan a los barcos y hacen humo para avisar a los indígenas. Éstos, al ver el humo, se acercan al mar y colocan al lado de las mercancías el oro que ofrecen para el cambio, y luego se retiran. Los cartagineses vuelven a bajar a tierra y miran lo que han dejado. Si les convence, cogen el oro y se van. Si no, vuelven a subir al barco a la espera de que los nativos mejoren su oferta”.*



Monedas cartaginesas con la imagen de un jinete númida y un africano osprey. Síntesis del negocio y la guerra, los pilares fundamentales de la economía cartaginesa.

El potencial comercial de los púnicos era por demás variado, aunque es evidente que se inclinaron por mercaderías de utilidad general, lo que garantizaba su demanda: telas, vasijas, ropa de cama, cerámica, joyería y cristalería sencilla y económica. También comerciaban animales salvajes que capturaban en las junglas africanas vecinas, fruta, nueces, marfil y maderas. Por otra parte, la venta de metales, especialmente estaño, plata y oro, les proporcionó una considerable cantidad de clientes y, por supuesto, de riquezas. Todas estas mercaderías se transportaban rápida y cuidadosamente desde Grecia hasta la península Ibérica, distribuyéndose a ambas márgenes del Mediterráneo. Además, otros comerciantes cartagineses recorrían por tierra nuevos itinerarios buscando especies, materias primas y manufacturadas para llevar a su ciudad y eventualmente embarcarlas para los pueblos vecinos, siempre ávidos de novedades. Si en sus recorridos los hallazgos ameritaban una expedición mayor, el gobierno cartaginés se encargaba de financiarla y ponerla en marcha. El comercio, pues, fue la principal e inicial fuente de sus riquezas, siendo sus más importantes clientes tanto los pobladores de las regiones conquistadas como sus propios coterráneos, colonizadores de diversos puntos del Mediterráneo.

Pero que el comercio haya sido, efectivamente, la substancial fuente de riquezas de Cartago, no significa que haya sido la única, una noción generalizada y que de alguna manera obtura una mejor conceptualización de un pueblo cuyos ingenios eran mayores. De hecho, la explotación minera y agropecuaria no le fueron ajenas y contribuyeron grandemente tanto en el desarrollo económico púnico como en la gestación de una conciencia de sus potencialidades como imperio, elemento esencial en la conformación de una dirigencia capaz de conquistar buena parte de Europa.

Los cartagineses redujeron a la esclavitud a importantes sectores de la población indígena del África, a los que condenaron a producir en las minas de oro y a organizar una explotación rural y arbórea intensiva. Los expertos marinos, pues, no tardaron en incorporar una organización extractiva eficiente y las artes helenas de la agricultura, incentivados sin duda por los casi virginales yacimientos y los fértiles suelos que fueron descubriendo y ocupando tanto en el viejo mapa europeo como en el del continente negro. Es particularmente notorio el testimonio brindado por Diodoro, escrito en tiempos en que la dinastía siciliana de Agatocles incursionó en África en un intento de neutralizar el poderío cartaginés. Diodoro manifiesta el cuadro que sus expedicionarios hallaron en tierras bajo influencia cartaginesa: campos perfectamente organizados en los que se destacaban, siempre según su relato:

"…huertos y vergeles de toda clase, cortados por numerosos arroyos y acequias que regaban las menores parcelas. Sin ninguna discontinuidad – continúa – *se veían magníficas casas de campo enjalbegadas y construidas con esmero. Por su aspecto denotaban la riqueza de sus propietarios… La tierra estaba cubierta de viñas, de olivos y de otros árboles frutales. A ambos lados de la llanura* –concluye admirado– *pastaban rebaños de bueyes y de ovejas. En las hondonadas se veían caballos. En resumen, en esos lugares se revelaba una abundancia de bienes de toda clase…".*

Fuera fruto de su observación directa –que algunos historiadores ponen en duda– o de un comentario recibido, lo cierto es que el detalle que brinda de las producciones cartaginesas trasciende la idea vulgarizada del exclusivo ejercicio de la compra-venta. Por otra parte, está fehacientemente documentado que uno de los mayores agrónomos antiguos fue el cartaginés Magón –probablemente entre finales del siglo IV a.C. y III a.C.–, cuyo texto sobre horticultura en veintiocho tomos sorprendió a propios y ajenos, llegándose a convertir en una pieza fundamental para los agricultores romanos y griegos. El desarrollo agrario de Cartago, pues, fue de suma importancia y, lejos de caracterizarse como una explotación de subsistencia –como durante tanto tiempo fue la romana, por ejemplo–, tenía como finalidad

“capitalista” –según la expresión de Grimal– “dejar la mayor ganancia posible al propietario”. Consecuentemente, y siempre según el mismo historiador, “la agricultura cartaginesa era una de las más 'científicas' del mundo”.

El auge comercial de Cartago, especialmente a partir de la mitad del siglo IV a.C. fue correspondido también con un rápido desarrollo monetario, evidente a partir de la aparición de las primeras monedas acuñadas de bronce, de plata y de oro, aunque es cierto que mostró cierto retraso en relación a Grecia, en donde la moneda circulaba desde hacía bastante tiempo.

Organizada política, administrativa y jurídicamente, poseedora de una fuerte estructura militar y naval, y atiborradas sus arcas por las exitosas empresas productivas y comerciales, Cartago se erigió como una ciudad próspera que no dejaba de extenderse hacia el interior del continente. Entre los siglos IV a.C. y II a.C., Cartago ya se había constituido en una ciudad-república de indiscutible poderío. No resulta extraño que en ese contexto surgiera una dinastía, la de los Barca, llamada a engrandecer su propia historia. Aníbal será su más valiosa perla.

Capítulo II
Roma, Cartago y la Primera Guerra Púnica

Durante todo el proceso en que Cartago se fue convirtiendo en un imperio económico y militar predominante en el Mediterráneo, en la vecina península itálica un nuevo actor con ansias hegemónicas siguió un curso expansionista similar. Paciente pero persistentemente, Roma había extendido su poder por casi todo el mapa de Italia, desde el Rubicón hasta el extremo sur, reduciendo a diversas tribus y pueblos, como los galos y los samnitas. El poder de Roma se había consolidado merced a una compleja y extensa red de colonias militares, aglutinadas férreamente gracias a la unidad lingüística y una misma actividad económica basada especialmente en la explotación agraria. Las otrora fronteras naturales entre las diversas tribus no tardaron en desaparecer y la unidad política de un estado nacional romano quedó finalmente fijada. Desde el año 338 a.C. la fundación de colonias se extendió rápidamente por la península, en lugares estratégicos por su ubicación y por sus recursos, como Cales (334 a.C.) y Suessa (213 a.C.), en Campania; Venusia y Luceria, en Apulia (300 a.C. - 290 a.C.); Brundisium (244 a.C.), en territorio mesapio; Hadria (290 a.C.), en el Piceno, y Paestum (273 a.C.) sobre la ribera tirrena. Además, las necesidades de defensa del litoral fueron cubiertas con la creación de guarniciones costeras como Castrum Novum (289 a.C.) y Sena Gallica (283 a.C.), sobre el mar Adriático, y Tarracina (327 a.C.), Minturna (299 a.C.) y Alsium (245 a.C.) sobre el mar Tirreno.

Ya desde el siglo V a.C. la fundación de colonias fue parte integral de la política de guerra romana de ocupación, pues en la medida en que aumentaba su territorio, a expensas de los vencidos, automáticamente se producía la fundación de colonias en los territorios anexados. Esto fue fundamental no sólo para el control de los nuevos territorios, sino también para el almacenamiento de víveres y pertrechos, lo que demuestra un alto nivel de previsión por parte de la conducción sematorial. En tanto, la política de construcción de “vías” que unían a Roma con sus colonias tenía una misión estratégica y logística, ya que durante las campañas de la unificación italiana las legiones se desplazaban por líneas interiores utilizando estos caminos y se apoyaban en la intrincada red de pequeñas fortalezas que

conformaban las colonias. En ellas, eventualmente, las legiones podían encontrar todo lo necesario: refugio, provisiones y armas.

Pirro o el juego de alianzas

En el año 280 a.C. Roma debió enfrentar a un enemigo de peso, cuyas intenciones cuestionaban su política expansionista. Pirro, rey del pequeño estado griego de Epiro y miembro de la familia del mismísimo Alejandro Magno, desembarcó en el sur de Italia para dar auxilio a la colonia griega de Tarento, bañada por las aguas del mar Jónico. Precedido por su fama de guerrero y estratega, Pirro marchó al frente de una fuerza de 25.000 hombres excelentemente preparados en las artes de la guerra. Su intención, en verdad, trascendía la solidaridad con la colonia griega y, tras haber fracasado en la conquista de Macedonia, Pirro intentaba encabezar un imperio griego que se extendiera a ambas orillas del mar Adriático, por lo que precisaba de una cabecera en el sur de Italia. Un pacto establecido previamente con Tarento le brindó la oportunidad ansiada.

La campaña de Pirro en Italia estuvo jalonada de paradojas. Brillante conductor de un ejército considerado entre los más efectivos, venció en numerosas oportunidades a los romanos, aunque a costos tan elevados que paulatinamente fueron debilitando su posición. Los triunfos inmediatos, pues, se convertirían en su derrota final. De ahí la tan mentada frase "Un triunfo a lo Pirro", que hace referencia a un éxito con sabor a derrota.

Cuando posteriormente Pirro avanzó sobre el interior de Italia hacia la Campania, en busca de la solidaridad y acompañamiento de los pueblos sojuzgados por los romanos, se encontró con una realidad que selló la suerte de su expedición: Roma había establecido fuertes alianzas con las tribus de esa región y de la Italia central, las cuales no se mostraron dispuestas a cambiar de dominación. Solitario en su lucha, Pirro no tuvo más opción que regresar sobre sus pasos. Vencedor en las batallas y vencido en los objetivos, se apresuró entonces a ofrecer a los romanos la paz.

Para Roma la paz era por demás conveniente. Pirro y sus ejércitos sólo le habían propinado derrotas y pérdidas materiales que sumieron al Estado en una situación de inestabilidad. No obstante, rechazó la propuesta, y la guerra continuó. ¿Por qué Roma desaprovechó la oportunidad de cancelar la beligerancia que sólo sumaba ruina a sus arcas? Los historiadores consignarán la vigencia de un principio inquebrantable, fundante de la sociedad imperial: no negociar con quien viola su territorio. Sin embargo, es ciertamente dudoso que la

política del Senado, inclusive la de sus sectores más belicistas, se fundamentara sólo en ella. Otros acontecimientos y actores intervinieron para acuñar como definitiva tal opción.

En efecto, la proyección del conflicto que hicieron los romanos daba cuenta de cierto equilibrio de fuerzas. Pirro vencía a las legiones, pero no podía tomar y mantener las regiones que atravesaba. Su debilitamiento se acentuaba en tanto no podía asentar una sólida base de aprovisionamiento y reclutamiento en el continente, lo que quedaba claro con su renuncia de avanzar sobre Roma, aun cuando había llegado a estar de la misma a sólo dos jornadas de marcha. La opción de Pirro, pues, estaba en retirarse a la isla de Sicilia, e intentar desde allí fortificar sus aspiraciones de una nueva invasión a la Italia continental en un fututo próximo.

Para los romanos, el retiro de Pirro a Sicilia entrañaba nuevas posibilidades de éxito. En la isla se asentaban varias colonias cartaginesas que por entonces habían establecido un pacto de buena vecindad con los romanos. Aliados en la lucha común contra Pirro, podían asegurar la victoria definitiva.

Las relaciones cordiales entre romanos y cartagineses –salpicadas a veces por incursiones corsarias que involucraban, en verdad, sólo al jefe de la nave– se remontaban al siglo VI a.C., tras la firma de un acuerdo de conveniencia para ambas partes. Firmado en el año 508 a.C., el mismo comprometía a los romanos a no avanzar más allá del estrecho de Sicilia y a no desembarcar en Cerdeña y en Córcega -apetecidas por Cartago-, más que en caso de reabastecimiento o reparación de alguna de sus naves.



El rey Pirro de Epiro (319-272 a.C.) fue, de todos los líderes griegos, el que más se asemejó a Alejandro Magno. Sin embargo no logró consolidar su gran número de conquistas con asentamientos militares que le permitieran defender la extensión territorial. Pirro intentaba encabezar un imperio griego que se extendiera hacia ambas orillas del mar Adriático, por lo que precisaba de una cabecera en el sur de Italia.

La cierta exclusividad púnica en las islas no conformó, por el momento, un problema de envergadura para los romanos, cuyos intereses marítimos eran por demás acotados. Para los cartagineses, en cambio, el pacto era de suma importancia, más aún con el avance helénico en el mar Egeo y en el mar Jónico. La no ingerencia romana en Córcega y Cerdeña, pues, mantenía el equilibrio: hacia el este de Sicilia, las aguas tenían predominio griego; hacia el oeste de la isla, el Mediterráneo se extendía como un largo campo azul púnico. Por su parte, los romanos también tenían su ganancia momentánea: se

aseguraban un estado de no beligerancia con los cartagineses en un momento en que mantenían guerras con distintos pueblos del interior de Italia. Un nuevo enemigo y frentes de batalla hubieran significado, posiblemente, su ruina.

Teniendo en cuenta este antecedente, los romanos confiaban en que, unidos a los cartagineses, podrían derrotar definitivamente a Pirro. Sus expectativas se fundaban en otro hecho no menos importante para el mundo mediterráneo de entonces. Tras haber conquistado el mar Egeo y el mar Jónico, los helenos comenzaron a desembarcar en las costas meridionales y sicilianas, donde fundaron colonias que más tarde se convirtieron en un verdadero imperio. Esta incursión griega en Sicilia entorpecía las pretensiones púnicas de someter a la isla, debiéndose confinar sólo a un sector de la misma.

En el siglo III a.C., la disputa entre griegos y cartagineses y la de Pirro con los romanos, pues, reestableció un nuevo equilibrio de fuerzas y de alianzas. En ese contexto, romanos y cartagineses pactaron una vez más para mantener las posiciones que tan arduo trabajo les había costado conquistar.

Así las cosas, Cartago se dispuso también a guerrear contra Pirro. Para su decepción, no obstante, no pudo vencerlo cuando aquel se trasladó a Sicilia, ni tampoco pudo impedir que reuniese bajo su mando a todas las colonias griegas existentes en la isla. Más aún, la guerra entre griegos y cartagineses se desarrolló con el éxito inicial de los primeros, al grado de que los cartagineses se vieron acorralados en un pequeño sector de Sicilia. Posiblemente alentado por estos triunfos iniciales, Pirro entonces se decidió a regresar al continente, donde esta vez fue derrotado por las legiones romanas en el año 275 a.C., en las inmediaciones de Benevento. Vencidas sus fuerzas y vacías sus arcas, Pirro emprendió la vuelta a Grecia, donde continuó con su carrera de conquistador en el Peloponeso, liberándolo del yugo macedonio. La tradición dice que una anciana lo mató con su honda en el año 272 a.C., cuando libraba una batalla para someter a la ciudad de Argos. Culminaba así la marcha de quien quiso emular a Alejandro Magno.

La lucha por la hegemonía

Cuando los romanos desactivaron definitivamente el peligro que representaba Pirro, no hicieron más que establecer quien sería su próximo rival. Dicho de otra manera, los fundamentos para una colisión contra los cartagineses quedaron definitivamente fijados. Para los romanos, quedaba claro que Cartago tenía sus pretensiones sobre el mar Tirreno, fundadas en sus posiciones en Cerdeña, situación que

resultaba ciertamente amenazante para Roma. Si se sumaba la ubicación en Sicilia de los púnicos, no era extraño pensar en una doble vía de acceso hacia el continente. Al decir de Polibio, para los romanos urgía impedir que los cartagineses *"construyeran un puente que los condujera a Italia"*. Desde entonces, la disputa por la hegemonía económica en el Mediterráneo daría paso a una confrontación militar extraordinaria entre las dos mayores potencias regionales. La guerra, pues, constituía la única salida, y los acontecimientos no tardaron en precipitarse. El disparador fue un conflicto surgido en Sicilia, alrededor de la posesión de la ciudad de Mesina.

Eliminado Pirro, en Sicilia quedaban las fuerzas de Cartago, en el oeste, y las de la Magna Grecia, sometidas a Roma. Siracusa poseía el dominio de la parte oriental, y en el norte predominaba Mesina. La situación en esta ciudad era ciertamente curiosa y, de alguna manera, había modificado el mapa político local. En el año 289 a.C., una numerosa banda de mercenarios, enrolados en todas partes de Italia por Agatocles de Siracusa para combatir a los cartagineses, desoyó la orden de culminar las hostilidades y asaltaron la ciudad de Mesina, saquearon a gusto, realizaron grandes matanzas entre la población y expulsaron a los colonos griegos, apoderándose del lugar. Como corolario de su accionar, tomaron el nombre de *mamertinos,* que significa "Hijos de Marte", un apelativo ciertamente desmedido y hasta quizá burlón para una banda de salteadores profesionales.

A lo largo de las siguientes dos décadas los *mamertinos* no dejaron de acometer distintas incursiones contra sus vecinos, incluso sorteando el estrecho que los separaba del continente. En tanto mercenarios, los *mamertinos* no tuvieron inconvenientes en atacar a cartagineses y romanos, y hasta el propio Pirro sufrió episódicamente sus embates.

También por entonces un fenómeno similar sucedió en la ciudad de Regio. Aparentemente el Senado de Roma tuvo cierta complicidad en esta última operación, ya que le era más conveniente que la ciudad estuviera en manos de reclutas itálicos que de griegos. Las cosas variaron, sin embargo, cuando finalizó la guerra contra Pirro y las colonias helenísticas de Sicilia se avinieron al poder de Roma. El Senado entonces dispuso castigar a los sublevados de Regio, escarmentándolos con la pena de muerte, y devolver la ciudad a sus legítimos dueños, ahora aliados a ellos. Cuando en el año 270 a.C. Regio pasó a ser nuevamente dominada por los griegos, la alarma cundió entre los *mamertinos,* cuya condición era la misma que la de los sublevados de aquella ciudad. Las cosas se pusieron aún peor para ellos cuando Siracusa cayó en manos del heleno Hierón, proclamado como nuevo rey. Los *mamertinos* se desesperaron en su aislamiento y decidieron pedir ayuda. Entre ellos había dos posiciones encontradas.

Unos querían solicitarla a Cartago y otros a Roma. Los primeros pusieron la ciudad de Mesina bajo la dirección de un púnico; los segundos, por su parte, enviaron un embajador hasta Roma, para establecer un pacto de mutuas conveniencias. En un principio no obtuvieron lo que esperaban del Senado romano, pero cuando el pedido de ayuda llegó a oídos del pueblo itálico, según la versión de Polibio, las cosas variaron de raíz. La ciudadanía romana apoyó a los *mamertinos* y el Senado finalmente accedió, enviando a Sicilia una expedición al mando del cónsul Apio Claudio.

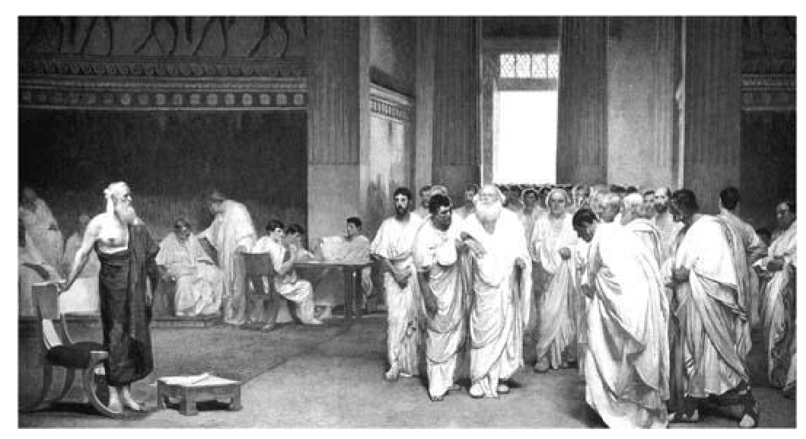
Hasta dónde la posición del pueblo fue funcional a los intereses del Senado, o de un sector del mismo, es una cuestión fácil de prever, ya que el mantenimiento de Mesina en manos cartaginesas era sin duda el paso previo a la conquista púnica de toda la isla. Por lo menos, si no se trataba de un asunto de resolución inmediata, se tornaba inevitable que en un tiempo más los intereses de Cartago en la isla colisionarían con los de Roma y las colonias griegas, sobre todo por el dominio marítimo de los primeros. Estos elementos debieron influir en algún sector de la elite –los más *"clarividentes",* en términos de Grimal– que se inclinaron finalmente por estrechar lazos con los griegos y apartarse de Cartago.

Ambos contendientes, pues, movilizaron sus fuerzas.

El poderío que sumaba Roma era destacable, sobre todo en el aspecto militar, cuya organización comienza a esbozarse durante los siglos VI y V a.C. cuando se inician las luchas por el dominio del Lacio. A partir del siglo IV a.C. es cuando su organización militar se hace más evidente, con las reformas introducidas en los campos táctico, estratégico y logístico. Sus ejércitos cuentan entonces con un gran poder de movilización, que conocemos gracias a Polibio, quien probablemente haya recogido la información de Fabio Pictor, dándonos la cifra impresionante de unos 770.000 hombres movilizables, aunque P. Brunt propone la cifra total de 634.000, de los que solamente 273.000 serían romanos. Esta superioridad numérica de reserva le permitiría a Roma emprender operaciones de ultramar en Hispania, Iliria o África mientras mantenía el conflicto en su territorio. En su composición integral, el ejército de Roma era en su mayoría italiano –entre el 55% y el 65% de sus soldados–, y por cada legión de ciudadanos había otra integrada por los contingentes equivalentes de aliados italianos. Además, en el año 311 a.C. los romanos crearon el cargo *de Duoviri navales* o jefes de escuadra que, aunque incipiente, da acabada idea de la importancia que irá tomando el poder naval.

De tal forma, el ejército de Apio Claudio marchó para franquear el estrecho que lo separaba de Sicilia. Vigilado por los cartagineses, recurrió entonces a la astucia. Hizo circular la noticia de que la

situación le obligaba a regresar a Roma para recibir órdenes y, en efecto, mandó algunas embarcaciones a navegar rumbo al Norte. Tranquilizados, los cartagineses disminuyeron la vigilancia en el estrecho. Y en la primavera del año 264 a.C. Apio aprovechó para desembarcar sus fuerzas –veinte mil hom bres–, un poco más al sur de Mesina. Luego tomaron la ciudad y apresaron al general cartaginés Annón.



Apio Claudio entrando en el senado romano. Este cónsul fue uno de los hombres que dirigió las operaciones militares contra Cartago.

En tanto, alentados por el apoyo recibido, los *mamertinos* desalojaron a los cartagineses de la zona. La situación creada motivó un nuevo reacomodamiento de fuerzas. Hierón, convencido de la posibilidad de incorporar Mesina a su imperio siracusano selló un pacto con los cartagineses, que aguardaban expectantes alrededor de la ciudad. Conocedor de la estrategia de sus adversarios, Apio Claudio la emprendió primero contra Hierón, al que venció rápidamente, para luego atacar a los cartagineses en su propio reducto, en el cabo Peloro, manteniéndolos a una prudencial distancia de Mesina. Con tales éxitos en su haber y confiando en poder resolver la cuestión de Sicilia con una única campaña, Apio Claudio avanzó sobre Siracusa, aunque debió retirarse con prisa ante la resistencia ofrecida. Luego, dejando parte de sus fuerzas vigilando, volvió a Roma para informar y pedir refuerzos.

Los triunfos obtenidos por los romanos no fueron suficientes y la guerra se prolongó más allá de lo deseado y previsto. En el año 263 a.C. las legiones romanas conquistaron diferentes ciudades sicilianas, generando en Hierón un cambio fundamental. Convencido de que no lograría más que desgastar sus fuerzas, propuso la paz a Roma, la que aceptó de inmediato. Según lo pactado, su reino quedó limitado al ángulo sudeste de la isla, con una única concesión en Tauromenio.

Pero Cartago no estaba dispuesta a ceder, por lo que no tardó en enviar un nuevo ejército a la isla, negociando con los griegos una alianza contra Roma. Los éxitos diplomáticos se sucedieron, y en poco tiempo más los cartagineses contaban con la ayuda de los helenos de Agrigento.

Hacia el año 262 a.C., los romanos avanzaron con gran iniciativa y capturaron la ciudad de Agrigento y otras del interior, destruyendo y saqueando las nuevas bases púnicas. Por supuesto, nada de esto resultó sencillo. Agrigento, por ejemplo, no se rindió de inmediato, y recién tras siete meses de sitio los romanos obligaron a los ocupantes a intentar una salida desesperada por el hambre. Fue el fin de la resistencia, y los sitiados terminaron inapelablemente derrotados. Por otra parte, los cartagineses apelaron a su mejor y más preparada maquinaria bélica: la armada, intentando equilibrar el desastre de Agrigento devastando las ciudades costeras romanas.

Las incursiones púnicas, si bien inquietaban a los romanos, no lograron detenerlos. Por el contrario, resueltos a dar por terminado el conflicto con los cartagineses, comenzaron a construir una flota importante que pudiera hacerles frente. En definitiva, era la asignatura pendiente y se abocaron con todo su ingenio a ello. En un principio los fracasos fueron su única compañía, pero con el tiempo desarrollaron mejores naves, especializaron a los miembros de la flota y hasta las dotaron de un instrumento que revolucionó la lucha marítima. En efecto, los romanos construyeron los “trinquetes”, una especie de pasarela que lanzaban contra los barcos enemigos para poder abordarlos e iniciar una lucha típica de “tierra”, en la que los romanos habían alcanzado una especialidad altamente favorable. Los trinquetes revolucionaron la guerra marítima y los triunfos romanos no tardarían en llegar. En el año 260 a.C. el cónsul Duilio logró en Milete, en la costa oeste de Sicilia, la primera victoria naval de Roma sobre Cartago. Vencidos en su terreno, los cartagineses se pertrecharon en tierra, en el cabo Drépano, en el extremo occidental. La victoria romana trascendió su importancia coyuntural e inflamó las expectativas del Senado. De alguna manera quedaba claro para la dirigencia de Roma que podían ir por más.

La campaña de Régulo

El Senado romano comprendió muy pronto que la lucha en Sicilia estaba empantanada y el equilibrio era tal que difícilmente obtendría una victoria definitiva en la isla, por lo que decidieron trasladar la definición fuera de ella. La nueva carta de triunfo fue, entonces, invadir a los púnicos en su propia tierra. Para ello contaban con un

antecedente que les brindaba alguna esperanza, como la invasión que había emprendido tiempo atrás Agatocles, que por muy poco no culminó con éxito.

Embarcado en dicho plan, el Senado romano le encomendó la expedición a los cónsules L. Manlio y Atilio Régulo.

Manlio y Régulo hallaron bastante resistencia a su emprendimiento. Las fuerzas púnicas procuraron interceptarlos varias veces, pero un encuentro que tuvo lugar en el litoral de Marsala precipitó las cosas: los romanos llevaron la mejor parte, y perdieron veinticuatro naves contra treinta de los cartagineses. Finalmente los romanos desembarcaron en el norte de África, en el cabo Bon, con una fuerza de 150.000 hombres al mando de Régulo. Desde allí arrasaron el país sin hallar mayores dificultades, siempre apoyados por los nativos númidas, quienes se mostraron gustosos de poder también ellos emprenderla contra su opresor cartaginés. Manlio, en tanto, regresó a Roma llamado por el Senado, y Régulo continuó la campaña solo. La misma se prolongó exitosamente, llegando a tomar el actual territorio de Túnez y asediando de tal modo a sus enemigos que los cartagineses optaron por pedir la paz. En tales circunstancias, Régulo impuso tan rigurosas condiciones que resultaron inaceptables para los púnicos, que entendieron las mismas como una pretensión de ser reducidos al rol de meros súbditos de Roma.

Así las cosas, los cartagineses reemprendieron la guerra con nuevos bríos y nuevo jefe: Jantipo o Xantipo, un experimentado mercenario lacedemonio que llegó acompañado por un importante contingente de soldados provenientes de Grecia. Poco tiempo pasaría hasta que la incorporación de Jantipo variara el curso de la guerra.

En efecto, capacitado en el arte de los mandos y la estrategia, y apoyado por una numerosa caballería y una dotación de elefantes que causaban terror en las filas enemigas, Jantipo venció a Régulo en una batalla decisiva que tuvo lugar cerca de Túnez. Del ejército romano sólo se salvaron dos mil hombres –que se resguardaron en el cabo Bon–, y el propio Régulo fue capturado. Corría por entonces el año 255 a.C.

La derrota de Régulo no fue el único desastre que conmovió a los romanos. También su flota, enviada para recoger a los supervivientes, fue destruida por un temporal que la azotó de tal manera que, de un total de 464 naves, sólo quedaron a flote 80. Así, entre la derrota de Régulo y la ayuda del irascible clima marítimo, Cartago recuperó el control de las aguas y asestó un golpe demoledor a Roma.

La guerra continuó por nuevos rumbos.

Las fuerzas de Cartago, ya recuperadas y con nuevos ánimos,

saquearon Agrigento en el año 254 a.C. Los romanos, por su parte, se apoderaron de Palermo, una de las ciudadelas y bases navales más importantes de los púnicos. Quizá este último éxito es el que llevó a los romanos a intentar un nuevo avance sobre África, logrando desembarcar e incursionar sobre varias ciudades enemigas costeras. Pero una vez más, a su regreso, una tempestad volvió a diezmar su flota. Este último fracaso convenció a los romanos para no volver a intentar, al menos en lo inmediato, un nuevo ataque en el continente negro, centrando de ahora en más todos sus esfuerzos en la isla de Sicilia.

Hacia el año 250 a.C. los cartagineses reconocieron su imposibilidad de vencer por completo a los romanos, más aún cuando fracasaron en su tentativa de recuperar Palermo, dejando unos veinte mil hombres muertos en el campo de batalla. En tales circunstancias, utilizaron a Régulo, a quien mantenían prisionero, para acercar una propuesta de paz. Régulo tendría la misión de convencer a los senadores de tal conveniencia, bajo el expreso juramento de que si la propuesta no era aceptada, debía regresar a Cartago para continuar en calidad de detenido.

Régulo viajó a Roma pero, para sorpresa de los cartagineses, una vez en el Senado impugnó la proposición de paz púnica y convenció con vehemencia al Senado para una posición continuista de las hostilidades; luego, cumpliendo lo convenido y haciendo gala de su valor individual y su honorabilidad a la palabra empeñada, regresó a Cartago, donde previsiblemente lo aguardaba el peor de los destinos. En efecto, con los cartagineses irritados por su actitud desafiante, el cónsul sabía, o por lo menos podía prever, que su suerte estaba echada. Y no se equivocaba. Una vez de regreso en Cartago fue nuevamente detenido, y sometido a una tortura atroz, ya que le fueron cortados los párpados para que no pudiera dormir jamás. En tales condiciones, Régulo murió al cabo. Cuenta la tradición que sus hijos, en Roma, vengaron el martirio y asesinato de su padre de la misma manera, y tras tomar a dos prisioneros cartagineses de alto rango, los mantuvieron despiertos hasta que también ellos murieron.

Capítulo III
Amílcar Barca en escena

La guerra, pues, continuó con los mismos reveses alternados para ambos contendientes, mas esta vez apareció, por parte cartaginesa, un nuevo protagonista: Amílcar Barca, padre de Aníbal y comandante supremo del Ejército y de la Armada púnica. Unos y otros tenían victorias y derrotas casi en la misma proporción. El equilibrio, en definitiva, no podía ser alterado, aunque los cartagineses tenían motivos para sentirse más satisfechos con el curso de la guerra. El episódico dominio marítimo conquistado por Roma volvió a manos cartaginesas, y en tierra las operaciones eran más o menos igualitarias, en cuanto a triunfos y pérdidas respecta.

Amílcar Barca fue un jefe eficaz y renovador, tanto para la moral de combate de sus hombres como en las tácticas empleadas. Fue el que introdujo en el ejército púnico la actuación de lo que luego se popularizó como “comandos” y comenzó a lanzarlos con efectos devastadores hasta en las costas de la península, dando a los romanos la impresión de que se avecinaba un gran desembarco. El Senado de Roma, temeroso de semejante rival, no estaba en condiciones de arriesgar otra flota contra él. Las levas militares habían llegado al límite y las arcas del Tesoro estaban sumamente debilitadas, al grado que debió acudir al auxilio de los ciudadanos más ricos para solventar la construcción de una armada de doscientas naves. La nueva flota romana fue puesta a disposición del cónsul Lutacio Catulo, que en el año 241 a.C. bloqueó los puertos de Drepano y Lilibeo. Los cartagineses mandaron por su parte una flota mucho mayor, de cuatrocientas unidades, cargada de refuerzos, armas y provisiones. Si conseguían desembarcar, ello sería el fin para los romanos en Sicilia. Contra las órdenes del Senado, que le prohibían iniciativas marítimas, Catulo, aunque gravemente herido, ordenó a su flota atacar, y enfrentó a la escuadra cartaginesa en las islas Egadas, sorprendida en plena tarea de abastecimiento. Las naves cartaginesas, entorpecidas por la carga que llevaban, no lograron maniobrar con prontitud y ciento veinte de ellas fueron anuladas –cincuenta hundidas y setenta capturadas–, en tanto que las otras ponían de nuevo rumbo a Cartago. Amílcar, pues, quedó aislado de la madre patria, y a pesar de sus

probados éxitos anteriores, el Senado cartaginés se apresuró a solicitar un tratado de paz.

Lutacio Catulo había aprendido bien la experiencia de Régulo y, lejos de entusiasmarse con una profundización del enfrentamiento, acogió la propuesta de paz concediendo incluso a Amílcar el honor de conservar las armas y permitirle la retirada con sus hombres. Las condiciones finales serían de exclusiva competencia de los senadores.

En Roma, algunos de ellos –excitados por el resonante éxito– reprocharon a Catulo tanta indulgencia, y propusieron reemprender las hostilidades hasta la derrota definitiva del enemigo. No obstante, esta propuesta no prosperó entre la mayoría de la dirigencia política que, gustosa, aceptó lo actuado y conservó en sus manos un triunfo notable.

No se equivocaron. La derrota de los cartagineses se coronó con una paz sumamente ventajosa para Roma, que exigió como condiciones el abandono de Sicilia, la restitución sin rescate de los prisioneros y el pago de tres mil doscientos talentos en el curso de los siguientes diez años. Eran condiciones durísimas pero, en términos concretos, realizables, de ahí que Cartago se apresuró a aceptarlas.



Aníbal Barca mostró poseer de un refinado manejo de las estrategias militares; sus maniobras ofensivas, modificaron la historia de la milicia de forma tan absoluta que fue tomado como influencia por los más prestigiosos generales del mundo.

Ambos contendientes salieron maltrechos de semejante guerra, pero las consecuencias fueron más gravosas para Cartago que para Roma. Aquella no sólo tuvo que ceder toda Sicilia, comprometerse al pago de una crecida indemnización y aceptar la competencia del comercio romano en todo el Mediterráneo, sino que cayó en la anarquía por el desencadenamiento de conflictos internos. Así, tras casi un cuarto de siglo de lucha –desde el año 265 a.C. al 241 a.C.– acabó la llamada “Primera Guerra Púnica”. El saldo de víctimas resultó, hasta entonces, el más elevado de la Antigüedad. Según acota Kienitz:

“…unos 300.000 romanos e itálicos perecieron o se ahogaron en el mar durante el transcurso de la guerra. La pérdida en hombres de los cartagineses –finaliza– *que luchaban sobre todo con mercenarios, fue menor, pero el comercio se vio económicamente mucho más afectado”.*

Vencidos, los cartagineses vieron reproducirse los problemas en progresión matemática. Uno de los más graves, como suele suceder entre los sometidos durante la inmediata posguerra, tuvo que ver con

la desmovilización de los combatientes.

La guerra contra los mercenarios

Durante la lucha por Sicilia, los cartagineses habían reclutado innumerables mercenarios procedentes de los países helénicos *("A los ricos mercaderes de Cartago les interesaba poco hacer la guerra por sí mismos",* acota Grimal) y en sus ejércitos abundaban los galos, los númidas e incluso íberos e itálicos de la Campania. Los hombres desmovilizados fueron enviados al África para recibir la paga atrasada de sus salarios, pero la paga finalmente nunca llegó. Los mercenarios, pues, se alzaron en armas, guiados por tres jefes: el africano Mato; el itálico Espendio y el galo Autárites, quienes enfrentaron y vencieron al ejército cartaginés de Hanón.

La gravedad de la situación hizo que la elite púnica entrara en pánico, intentando en un principio detener la sublevación con promesas de pago y hasta con la contratación de galeras que se ocuparían de trasladar a los mercenarios a sus países de origen. La oscura sombra de las sublevaciones en Mesina y Regio amenazó a las clases dirigentes, que temían ver caer la ciudad en manos de los mercenarios. Para peor, carecían de fuerzas suficientes para enfrentar el conflicto y sus arcas, demasiado debilitadas por entonces, no podían soportar nuevas contrataciones mercenarias. Por otra parte, la inercia iba en su contra y los mercenarios continuaban avanzando. De hecho, extendieron su influencia hacia el Este tunecino y sitiaron las ciudades de Utica y Bizerta, a la vez que bloquearon a la mismísima Cartago. Tal era la cantidad de sublevados que al acampar frente a Cartago:

"El campamento parecía una ciudad –al decir de Flaubert–, *tal era la muchedumbre y la agitación que en él reinaba".*

Los dirigentes cartagineses convocaron entonces a un general que se había destacado en la guerra de Sicilia, Amílcar Barca, para solucionar de raíz el nuevo conflicto. De alguna manera, los acontecimientos estaban por catapultar definitivamente a Amílcar Barca como un líder capaz de resolver los más graves problemas. Los dirigentes cartagineses confiaron entonces en su autoridad de mando y su probada lealtad, y le dieron carta libre para actuar. Será este un hecho decisivo, ya que la campaña de Amílcar fue el paso previo para encumbrarlo posteriormente al mando de todo el ejército cartaginés.

La fama de Amílcar era inmensa entre los combatientes, y su imagen imponente le correspondía a aquella.

"Llevaba alrededor de la cintura láminas de hierro relucientes – retrata Flaubert– *un manto rojo pendía de sus hombros, dejando ver sus brazos;*

dos perlas muy largas colgaban de sus orejas, y le caía sobre el pecho su barba negra y poblada".

En principio, Amílcar alcanzó algunos éxitos menores que le permitieron aventurar un diálogo con sus ex combatientes, pero en tanto los jefes de éstos se mantuvieron en la sublevación, la confrontación se hizo completa. Más aún: cuando según la tradición los rebeldes hubieron cortado las manos y despedazado las piernas a su colega Cesco y enterrado vivos a numerosos cartagineses que mantenían como rehenes –algunos autores hablan de hasta setecientos hombres–, ninguna conciliación pudo prosperar. Amílcar, pues, se decidió a actuar ejemplarmente. Llamó a las armas a todos los jóvenes que halló dentro de los muros de la ciudad asediada y los sometió a un duro y sintético adiestramiento militar; requisó caballos y mulas; mandó fabricar calzado fuerte y espadas cortas y confiscó las que se guardaban en los templos. Incluso reclutó a delincuentes y a los hijos de los bárbaros, a quienes les prometió en recompensa los mismos derechos que gozaban los cartagineses. Finalmente organizó un ariete de aproximadamente 72 elefantes, proveyendo a sus conductores de pesadas masas para quebrarles el cráneo si acaso perdieran dominio de ellos y pudieran convertirse en una amenaza para las fuerzas propias. Además exigió de los nobles importantes contribuciones en dinero y víveres para las nuevas tropas. Una vez seguro de contar con un ejército capaz de enfrentar a los expertos mercenarios, quienes por otra parte ya nada tenían que perder y estaban dispuestos a dejar sus vidas en el campo de batalla, Amílcar puso manos a la obra. Atacó finalmente con diez mil hombres al enemigo, que contaba con cincuenta mil, rompió su asedio, lo alcanzó en un angosto valle cuyas dos salidas obstruyó, y se puso a aguardar su muerte por hambre y sed.

La situación había cambiado radicalmente. Los sitiadores eran ahora los sitiados, y quienes sufrían la falta de provisiones. Cuenta la tradición que una vez que se acabaron sus víveres, los mercenarios se comieron primeramente a los caballos y mulas, luego a los rehenes cartagineses que aún conservaban con vida, después a los esclavos y finalmente a los heridos. Flaubert se hace eco de estas versiones y relata una de las páginas más escalofriantes de *Salambó:*

"... como se morían de hambre, degollaron a los aguadores, a los palafreneros, a los criados de los mercenarios. Todos los días mataban a alguno de éstos... Enseguida llegó a faltar este recurso. Entonces la gula se volvió hacia los heridos y los enfermos. Puesto que no podían curarse, era preferible librarles de sus tormentos; y tan pronto como un soldado se tambaleaba, todos gritaban que ya estaba perdido y que debía servir de alimento a los demás".

Finalmente, desesperados, los sublevados enviaron a Espendio en demanda de paz, pero ya era demasiado tarde para establecer un diálogo con posibilidades de prosperar. El Senado cartaginés estaba resuelto a terminar con la sublevación rápida y eficazmente. Así las cosas, Espendio mereció por toda respuesta de Amílcar la orden de ser crucificado. Luego los mercenarios intentaron una salida por la fuerza, pero fueron también vencidos y en gran número degollados. La suerte de otros jefes sublevados no fue mucho mejor. Magón, hecho prisionero, fue muerto impiadosamente a latigazos.

El enfrentamiento entre las fuerzas de Amílcar y la de los insurrectos se demoró un tiempo más, y por fin, en el año 238 a.C., luego de tres años y cuatro meses de enfrentamientos y sitios, la guerra contra la sublevación mercenaria culminó. Fue tal la carnicería que el propio Polibio la consideró la más sangrienta y despiadada guerra de la Historia. El saldo fue cuantioso: la gran mayoría de los sublevados murió, al igual que sus tres indómitos jefes. Para las fuerzas “regulares” de Cartago también significó un desgaste importante de hombres y recursos, aunque en términos políticos la confrontación permitió emerger a un líder que en breve se destacaría en otras tierras: Amílcar Barca.

Mientras tanto, la vencedora Roma siguió de cerca los acontecimientos que abrumaban a los cartagineses y que de alguna manera le eran funcionales, y creyó propicias las circunstancias para avanzar en sus reclamos. Exigió entonces la entrega de Cerdeña, la que finalmente los púnicos cedieron por completo, permitiendo a sus enemigos la conquista del interior de la isla. No les sería sencillo, y sólo después de dos siglos de campaña tendrían por fin el control absoluto de la bravía población sarda.

Capítulo IV
Los Barca y la conquista de Iberia

La pérdida de Sicilia, Cerdeña y Córcega representó para Cartago una derrota inapelable y dramática, que sembró en el país púnico una enemistad vigorosa contra Roma (en definitiva y a simple vista, la madre de todos sus males). En ese marco, no resultó extraño que los sectores que alimentaban una creciente hostilidad contra los romanos fueran creciendo en número e influencia política. Entre ellos, destacaba una familia que supo ganarse en los campos de batalla el apoyo popular: los Barca. Era el inicio de una dinastía que, en muy pocos años, volvería a dar a Cartago un papel predominante en el Mediterráneo.

Los Barca constituyeron un clan poderoso que no tardó en formar un linaje militar que sobrepasó en gloria a cualquier otro de Cartago. Ya el nombre de Amílcar, el patriarca, señalaba la impronta familiar, puesto que derivaba del término *Melkart,* con el que se identificaba a una de las divinidades más importantes de Cartago, a su vez asimilada al Heracles griego. El apellido Barca, por su parte, significaba en lengua fenicia *rayo*, *fulgor* o *relámpago.* El legado que representaba, pues, era de grandes designios.

Amílcar se convirtió rápidamente en un militar de gran prestigio y popularidad, cimentada tanto en su empecinada resistencia en Sicilia como en las posturas que tomó frente a la rebelión de los mercenarios, quienes otrora habían combatido bajo sus órdenes. El hecho de haberse distanciado inicialmente de una salida represiva contra sus antiguos hombres le valió el respeto de los soldados y el pueblo. Pero cuando la intransigencia de los jefes mercenarios derivó en la mutilación de las manos y piernas de su lugarteniente Cesco y en el enterramiento de centenares de cartagineses vivos, su firme decisión de terminar con el foco de rebelión lo catapultó como un dirigente de mando y carácter, capaz de resolver los acuciantes problemas que se le presentaban a la dirigencia púnica.

Ya hemos señalado cómo Amílcar sublevó a los jóvenes que pudieran empuñar las armas contra los mercenarios y los entrenó con dureza en las artes del combate, y cómo posteriormente, con un ejército de más de diez mil hombres, atacó a los mercenarios que lo

quintuplicaban en número, y tras romper el cerco alrededor de la ciudad los forzó a aislarse en un pequeño valle cuyas salidas obturó. El hambre hizo el resto. Cuando los mercenarios, desesperados por la falta de comida, ofrecieron la paz, ya era tarde. Amílcar, decidido a terminar de raíz con la sublevación, los aplastó con todo el rigor de sus fuerzas.



Amílcar Barca se convirtió rápidamente en un militar con gran raigambre popular. Formaba parte del grupo de hombres influyentes que apoyaban la idea de emprender una avanzada militar sobre Roma. Esta posición era compartida por amplios sectores de la política cartaginesa.

Es probable que la derrota que sufriera en Sicilia le haya dado a Amílcar una aversión especial contra los romanos. De todos modos, no era esta una posición descabellada en el seno de una ciudad imperial que había observado, horrorizada, cómo sus conquistas se derrumbaban ante Roma. De tal forma, es verosímil pensar que Amílcar se convirtió en un militar popular, en tanto encarnación de la resistencia antirromana y del anhelo de reconstrucción de cierto orgullo “nacional”.

Por otra parte, habiendo perdido Sicilia, Cerdeña y Córcega, no era impensable un futuro en el que Roma la emprendería directamente contra Cartago, la que –de tan debilitada– caería inexorablemente. Por lo tanto, la búsqueda de compensaciones a lo perdido se presentaba como una opción reivindicativa en lo inmediato, pero sumamente cautelosa y preventiva para el futuro. Un nuevo plan expansionista, pues, tenía una evidente intencionalidad racional y política que lo sostenía.

Con sus antecedentes a cuesta, Amílcar Barca no tardó en convertirse en el representante dilecto del sector anexionista del Senado cartaginés, en franca oposición a los sectores más

tradicionalistas que veían en cualquier aventura bélica –sobre todo en las de dudosa fortuna– un obstáculo para el desarrollo del comercio marítimo.

Así las cosas, resulta curioso que una abrumadora mayoría de historiadores, de todas las épocas y procedencias, le atribuyan a Amílcar un particular sentimiento vengativo para con los romanos, soslayando los aspectos políticos de la crisis abierta. Según esta óptica, será este sentimiento el origen de un odio que distintos autores han interpretado como una de las herencias familiares más importantes, la que encarnará en su yerno Asdrúbal y en sus tres hijos (Asdrúbal, Magón y Aníbal), alcanzando en éste último las dimensiones de un dramático e inviolable mandato.

Como fuere, lo cierto es que Amílcar y la "camada del león", como gustaba llamar a su prole, ofrecieron a Cartago una apuesta de revancha y reivindicación. Por supuesto, en el seno de las clases altas y medias –ligadas especialmente al comercio– sobrevolaba un interés en el que se apoyaba semejante proyecto: recuperar la hegemonía en el Mediterráneo que tantas satisfacciones económicas les diera. En minoría, las elites cuyos intereses se basaban en la explotación agraria desconfiaban y temían. La guerra, se sabe, no es buena ni para cosechas ni siembras, amén que el producido de la tierra suele ser confiscado para aprovisionamiento de las tropas.

Finalizada la represión contra los mercenarios, Amílcar creyó oportuno poner en práctica su plan de reconquista. Su idea no era, ciertamente, descabellada. No pretendía emprenderla directamente contra Roma, sino establecer una base desde donde, en un futuro, poder atacarla. Hispania era su primer peldaño. La opción, sin duda, era la más apropiada: Cartago y numerosos pueblos de la península ibérica venían manteniendo estrechas relaciones comerciales y políticas desde antaño, y las afinidades entre unos y otros se habían ido acrecentando.

No queda enteramente claro en qué condiciones inició Amílcar su proyecto. Polibio indica que fue directamente por orden senatorial, aunque otros autores, como acota Grimal, *"aseguran que lo hizo por propia decisión"*. Más allá de quién fue el autor de la iniciativa, propia o senatorial, para emprender su empresa Amílcar contó con un apoyo explícito de la dirigencia política de la metrópolis, que desafectó a Hannón como jefe militar de las fuerzas de Libia y le entregó a Amílcar aquella designación, es decir, le confirió las fuerzas necesarias para invadir Hispania. Es de creer que el pueblo cartaginés acompañó la maniobra, ya que por entonces Amílcar se hallaba en el cenit de su popularidad.

Lo cierto es que Amílcar invadió el territorio íbero con una

organizada y experimentada dotación de soldados y oficiales, a los que se les sumaron, como era propio en la estrategia cartaginesa, numerosos mercenarios. Lo acompañaba su yerno Asdrúbal, al frente de la flota, y sus tres hijos.

Cuenta la tradición que a su hijo Aníbal, de sólo nueve años, le hizo jurar ante el altar de Baal-Haman la continuación de su venganza. De todos modos, este episodio se basa fundamentalmente en autores como Polibio, Apiano y Nepote, rezumantes de un especial encono contra Cartago, lo que bien pudo establecer las bases de un relato que, por lo menos, debe establecer un manto de sospecha.

Amílcar condujo su ejército por la costa africana y cruzó el Mediterráneo con unos treinta navíos a través del pequeño estrecho que lo separaba de Hispania. Lo seguía una nutrida caballería númida y una dotación de elefantes. En el año 237 a.C. desembarcó por fin en el continente, en la antigua ciudad fenicia de Gadir, e inició de inmediato las operaciones de conquista. Sus primeros pasos estuvieron dirigidos a consolidarse en la costa, situando bajo su dominio a varios pueblos íberos que ofrecieron escasa resistencia, sobre todo porque su previa y extensa relación con los púnicos les había dotado de cierta familiaridad que no rechazaban de plano. Luego se dedicó a invadir el interior, tomando como bases aquellas ciudades que seguían fieles a Cartago, a la vez que fomentó el reclutamiento de sus poblaciones.

En poco tiempo redujo las oposiciones de los *turdetanos* al mando de Istolacio e Indortes, quienes intentaron detener el avance de Amílcar hacia Sierra Morena. La suerte de los resistentes fue magra: Istolacio murió en batalla y sus aproximadamente tres mil guerreros –tomados prisioneros– fueron incorporados al ejército cartaginés. Indortes, por su parte, que había levantado un ejército de unos 50.000 hombres, también presentó batalla, pero la gran mayoría de sus infantes fueron aniquilados y unos 10.000 hechos prisioneros. Indortes se decidió entonces por la fuga, pero fue capturado antes de que pudiera concretarla; luego fue sometido a la tortura, el cegado de sus ojos y a la crucifixión. Por supuesto, el resto de su ejército fue perseguido y diezmado.

En aproximadamente ocho años de campaña, Amílcar Barca ocupó una extensa franja que pertenecía a los *bástulos* y los *mastienos.* El territorio conquistado se extendía entre el Betis (Guadalquivir) y el Mediterráneo, fundando en la punta nordeste del mismo la ciudad de *Akra Leuke* (Punta Blanca), probablemente la actual Alicante.

La que se preciaba como una expedición sin fisuras, no obstante se vio ocasionalmente interrumpida por una insurrección en el norte africano.

Aprovechando la ausencia de Amílcar, un sector númida se levantó

en armas, obligando a Barca a desviar su atención de la campaña íbera para controlarla. Amílcar envió entonces a su yerno Asdrúbal con la misión de sofocar la rebelión. El joven no defraudaría al patriarca, y tras enfrentar con decisión a los amotinados dejó en el campo de batalla más de 8.000 númidas muertos y tomó alrededor de 2.000 prisioneros.

El éxito en Hispania, de todos modos, era notorio y fue rápidamente advertido en Cartago, ya que durante su campaña Amílcar explotó los yacimientos argentíferos de la Sierra Morena, lo que le permitió enviar a la metrópolis importantes remesas de plata con las que la ciudad enfrentó los cuantiosos pagos indemnizatorios que debía abonar a Roma por su derrota en la Primera Guerra Púnica. En esos años, Amílcar Barca concentró su dominio en la Andalucía oriental, el sureste y el Levante, y regiones ricas en plata como Cartagena y Cástulo, y en hierro y en cobre del litoral de Murcia, Málaga y Almería.

Roma cobraba sus deudas, lo que no dejaba de tranquilizarla, pero temía el asentamiento cartaginés en la vecina Hispania. Incluso advirtió a Amílcar, por intermedio de una embajada en el año 231 a.C., que la conquista que había emprendido reñía con el espíritu del tratado de paz concertado entre ambas potencias en el año 348 a.C., pero el general púnico, haciendo gala de una particular diplomacia, contestaba invariablemente lo mismo: la conquista de Hispania sólo perseguía el cumplimiento de las deudas de guerra contraídas.

Es probable que en Roma algunos senadores vieran sin mayor preocupación las aventuras bélicas de los púnicos en Hispania y que incluso las tomaran, como sugiere algún autor, con cierto agrado en tanto se mantenían activos muy lejos de sus fronteras, pero en general el Senado de Roma era más precavido y no creía en Amílcar y, mucho menos, en sus justificaciones. No se les escapaba por ejemplo que, a menos de cinco años de haber sido vencida, Cartago había reemprendido exitosamente sus actividades expansionistas. Por otra parte, la justificación de la campaña en Hispania como una estrategia para cumplir con los pagos indemnizatorios impuestos tras el fin de la Primera Guerra Púnica no eran seriamente creíbles, ya que de hecho a Cartago sólo le faltaba cumplir para aquel entonces sólo una de las cuotas adeudadas. Quedaba claro, entonces, que semejante esfuerzo conquistador era desmesurado en relación al saldo pendiente.

Pero Roma también estaba herida por la larga guerra contra Cartago y precisaba recuperar fuerzas. Y esa recuperación, en términos materiales, significaba contar con el tiempo suficiente para reorganizar sus líneas de ataque y reaprovisionamiento. Por lo pronto, los romanos no atinaron más que a lanzar advertencias más o menos

amenazantes que, a las claras, los cartagineses ignoraron diplomáticamente. En un tenso clima de mutua y creciente desconfianza, Roma y Cartago sabían que se avecinaba una renovada confrontación.

Para los cartagineses, no obstante, no todo marchaba exitosamente. En el año 229 a.C., en Hélike, durante una rebelión de la tribu de los orisos, en el alto valle del Betis, Amílcar persiguió a una banda de rebeldes creyéndolos aislados. Se equivocaba. En efecto, se trataba de una estrategia de su jefe, Orisón, quien por medio de un cebo atrajo a las confiadas fuerzas púnicas a una emboscada. Una vez atrapados en ella, las fuerzas locales cayeron sobre los cartagineses utilizando una curiosa táctica: toros con haces de hierba ardiendo en sus cuernos que, en su alocada estampida, hicieron precipitar la huída de los púnicos con graves pérdidas, entre ellas la del propio Amílcar, quien al intentar cruzar un río murió ahogado, (según la versión más difundida y originada en Diodoro), o en manos de sus atacantes en campo abierto, como sugiere en cambio Apiano.

Como fuere, el fundador de la dinastía Barca había dejado su vida en Hispania. Legaba, empero, una colosal herencia que Cornelio Nepote sintetizaba en pocas líneas:

"Llegó a Hispania donde realizó grandes hechos con buenos resultados; fue él quien sometió a varios pueblos, tan poderosos como guerreros, y enriqueció a todo África con caballos, armas, hombres y dinero".

En la óptica de Nepote, no fue lo único que dejó Amílcar tras su paso por Hispania:

"Fue su eterno odio contra Roma – señala – *el que, al parecer, hizo que se declarara la segunda guerra púnica, ya que por sus insistentes peticiones su hijo Aníbal prefirió la muerte antes que abandonar medir sus fuerzas contra los romanos".*

Más allá del remanido argumento del mandato paterno que Nepote enfatiza, no hay dudas que Aníbal vivenció muy especialmente el drama que envolvió a su padre. Años más tarde, durante su campaña en Italia, él mismo utilizaría reiteradamente el método de la emboscada para acabar con sus enemigos, e incluso pondrá en práctica la misma treta de utilizar bueyes con antorchas en sus cornamentas para diezmar a las tropas del adversario. Observador juicioso de los acontecimientos, el joven Aníbal supo tempranamente asimilar de los diferentes pueblos lo mejor de sus tácticas guerreras, sin dudas una de las claves que lo catapultarán como un estratega exitoso.



Asdrúbal. Formaba parte del clan Barca por estar casado con la hija de Amílcar. Asumió el control del ejército cuando su suegro murió. Se destacó por su destreza en el campo de batalla y por su refinada sensibilidad política.

Cartago Nova, nuevo punto de partida

El sucesor natural de Amílcar era su yerno Asdrúbal, tan hábil en las artes de la guerra como de la política. La muerte de su suegro lo sorprendió cuando aún peleaba contra los númidas, pero apenas se enteró de la grave noticia regresó de inmediato a Hispania. Como era habitual entre los cartagineses, los soldados lo ungieron como nuevo jefe, designación que el Senado de Cartago refrendó de inmediato.

El nuevo jefe vengó la muerte de su suegro como primer acto de su liderazgo, utilizando en la empresa un poderoso ejército de 50.000 hombres, 6.000 jinetes y una dotación de aproximadamente 200 elefantes. Respaldado por semejante fuerza no le costó saldar deudas con el rey de los *orisios* y conquistar toda la Oretania (por otra parte, región de gran valor estratégico por sus riquezas mineras y caminos que la conectaban con la costa), reduciendo a sus tribus a la categoría de meras tributarias. Luego se esforzó en consolidar las conquistas de Amílcar y para ello fundó la ciudad de *Qart-Hadashat* (Ciudad Nueva), hacia el año 229-228 a.C.

También citada como *Cartago Nova* y, posteriormente, como *Cartagena,* la ciudad estaba emplazada en la antigua Mastía, y fue consagrada a Baal, el dios de la metalurgia. La dedicación a Baal no es un dato menor y preanuncia un destino calculado. *Cartago Nova* muy pronto se convirtió en el centro púnico de producción militar en Hispania.

Así las cosas, los viejos sueños de Amílcar Barca se fueron cumpliendo, aunque ahora con otros protagonistas. Asdrúbal muy pronto se transformó en amo y señor de gran parte de Hispania, y su poder le confería ciertamente dones de un auténtico rey: acuñó monedas con su rostro, estableció pactos con numerosas tribus y hasta se casó con una íbera, hija de un rey local, lo que le otorgó una mayor condescendencia de la población y de líderes de la península. Huss señala que su prestigio entre los íberos:

"…se elevó a una nueva cumbre: los príncipes ibéricos le abrieron sus casas y los miembros responsables de las tribus lo reconocieron –caso único– 'como general dotado de poder absoluto', esto es, le dieron el mando supremo de todas las fuerzas armadas ibéricas".

No obstante, acota el autor, ni su poder de rey ni la edificación de una "nueva" Cartago tenían el signo de una independencia respecto de la metrópolis madre, y no registraba ninguna concepción de autonomía. Por el contrario, Asdrúbal era la avanzada europea del Estado cartaginés, e Hispania una nueva provincia de aquel.

Cartago Nova progresó con rapidez en un territorio riquísimo en cultivos y metales y, por encima de todo, con un puerto ideal para el emplazamiento púnico; se convirtió, pues, en la capital de la Hispania cartaginesa y en el centro neurálgico de sus intereses en el continente. Dicho en otros términos, en el nuevo punto de partida desde donde iniciar la expansión.

Una vez más fue Polibio quien dejara un pormenorizado relato de la ciudad; describe a *Cartago Nova* rodeada de cuatro cerros, cada uno de ellos correspondiente a la ubicación de espacios religiosos vinculados al culto púnico de la ciudad, y que habrían adoptado posteriormente un nombre griego. Según este autor, la ciudad:

"Está situada hacia el punto medio del litoral español, en un golfo orientado hacia el Sudoeste. La profundidad del golfo es de unos veinte estadios (unidad de longitud que en los griegos equivalía a 192 metros) y la distancia entre ambos extremos es de diez; el golfo, pues, es muy semejante a un puerto. En la boca del golfo hay una isla que estrecha enormemente el paso de penetración hacia dentro, por sus dos flancos. En el fondo del golfo hay un tómbolo (franja de tierra que une una isla a la costa), encima del cual está la ciudad, rodeada de mar por el Este y por el Sur, aislada por el lago al Oeste y en parte por el Norte, de modo que el brazo de tierra que alcanza al otro lado del mar, que es el que enlaza la ciudad con la tierra firme, no alcanza una anchura mayor que dos estadios. El casco de la ciudad es cóncavo; en su parte meridional presenta un acceso más plano desde el mar. Unas colinas ocupan el terreno restante, dos de ellas muy montuosas y escarpadas, y tres no tan elevadas, pero abruptas y difíciles de escalar. La colina más alta está al Este de la ciudad

y se precipita en el mar; en su cima se levanta un templo a Asclepio. Hay otra colina frente a ésta, de disposición similar, en la cual se edificaron magníficos palacios reales, construidos, según se dice, por Asdrúbal, quien aspiraba a un poder monárquico. Las otras elevaciones del terreno, simplemente unos altozanos, rodean la parte septentrional de la ciudad. De estos tres, el orientado hacia el Este se llama el de Hefesto; el que viene a continuación, el de Altes, personaje que, al parecer, obtuvo honores divinos por haber descubierto unas minas de plata; el tercero de los altozanos lleva el nombre de Cronos. Se ha abierto un cauce artificial entre el estanque y las aguas más próximas, para facilitar el trabajo a los que se ocupan en cosas de la mar. Por encima de este canal que corta el brazo de tierra que separa el lago y el mar se ha tendido un puente para que carros y acémilas puedan pasar por aquí, desde el interior del país, los suministros necesarios".

Cartago Nova desbordaba de almacenes que nutrían a las tropas conquistadoras, a la vez que constituía su base naval más importante. Férreamente amurallada, desde allí se emanaban las directivas para consolidar el poder de la metrópolis en el viejo continente. Por otra parte, *Cartago Nova* era el epicentro urbano comercial que animaba no sólo la ocupación de Hispania sino también la economía de la Cartago originaria, rol que se acentuó aún más cuando Asdrúbal mejoró la organización de la explotación de los yacimientos de plata y de los de oro que halló en sus expediciones. La nueva ciudad ocupaba, pues, un lugar estratégico y se desarrolló con rapidez –estimativamente contaba con una población de 40.000 habitantes, en gran parte artesanos, trabajadores especializados, marinos y siervos–, ya que desde allí bien se podía controlar la periferia y disponer de un puerto que servía de trampolín hacia las costas del norte de África.

Un renovado aliento de recursos, entonces, reanimó al imperio cartaginés que en un tiempo record dio muestras de recuperación, alimentando sus pasadas pretensiones imperiales en toda la región. La prosperidad aumentó la influencia cartaginesa en la zona, solidificada mediante pactos diplomáticos con diversas tribus locales. Es que Asdrúbal era más propenso a la diplomacia si podía con ella alcanzar los mismos objetivos. Estos pactos, además de brindarle a Asdrúbal una mayor estabilidad local, le permitieron reclutar nuevos refuerzos para sus tropas originales, creando un impresionante ejército "multinacional" cada vez más experimentado y eficiente. Los nuevos reclutas, aceptados en tanto súbditos de Cartago, desplazaron en parte a los mercenarios, cambiando de esta manera la antigua estructura del ejército púnico. Seguía siendo en gran medida un crisol de pueblos, aunque la paga dejaba de ser la principal motivación.

La fundación y desarrollo de *Cartago Nova* fue ciertamente

conmocionante para Roma, ocupada, por otra parte, en su guerra con los galos cisalpinos.

El Senado romano evitó abrir un nuevo frente de conflicto y, adelantándose con su diplomacia, intentó conjurar la crisis de una nueva guerra. Para ello se mostró ciertamente conciliador con los púnicos, a quienes les ofreció un tratado de buena vecindad. El pacto, conocido como "Tratado del Ebro" y firmado en el año 226 a.C., involucraba a Asdrúbal, mas no a Cartago, un detalle que no inquietó mayormente a los romanos ya que a éstos lo que realmente les preocupaba era aquél. ¿Por qué los romanos se apresuraron a suscribir un pacto con un jefe militar y no con las autoridades senatoriales de la metrópoli? Es posible que Roma, apremiada por el conflicto con los galos, deseara evitar todo tipo de dilaciones diplomáticas en una coyuntura altamente volátil, en la que cualquier incidente con los púnicos podría provocar una reacción que involucrara un conflicto generalizado. No es extraño, en estas circunstancias, que Roma haya apurado un trato tan particular para asegurarse la paz.

El tratado estableció que Asdrúbal se comprometía a no traspasar la frontera del río Ebro en plan de guerra. Por su parte, los romanos le concedían todos los derechos para operar libremente hacia el sur de dicha frontera. Esto dejaba a los romanos con la espalda cubierta para concentrarse en los galos, quienes fueron completamente derrotados en Telamón (Toscana); posteriormente Roma tomará la iniciativa y fundará las colonias de Cremona y Placentia y ocupará Mediolanum (Milán), la capital de los *galos ínsubros.*

Para Asdrúbal, el citado tratado tenía también sus ventajas. Mientras Roma se desgastaba en una guerra, él consolidaba sus posiciones y entrenaba un ejército mayor, preparándolo para un enfrentamiento de envergadura.

Aníbal jefe

En plena conquista y largamente respetado por sus hombres, Asdrúbal morirá apuñalado. Algunos autores señalan que Asdrúbal fue víctima de la *devotio,* un juramento que vinculaba a los guerreros españoles con sus jefes y que ni la muerte podía interrumpir. La *devotio* era una práctica de honor más o menos extendida, y comprometía a una gran legión de hombres en la defensa y –si fuera necesario– la venganza de sus jefes. Como los caídos en manos de los ejércitos de Asdrúbal no fueron pocos, una gran cantidad de hispanos fieles a sus mandos estaban en condiciones de practicarla. Y el crimen de Asdrúbal parece haberse dado en ese contexto. Huss hace referencia, en cambio, a que

el matador fue un esclavo celta, para vengar la muerte de su amo condenado por Asdrúbal. Como fuere, lo cierto es que en el otoño del 221 a.C. el ejército cartaginés en Hispania nuevamente había quedado acéfalo, aunque, como en el caso de la continuidad entre Amílcar y Asdrúbal, también en esta oportunidad la nueva dirección estaba de antemano establecida.

Aníbal, el mayor de los hermanos Barca, había cimentado una extraordinaria relación con los soldados y sus mandos medios, relación trabajada en más de quince años de haber compartido tiendas y batallas con ellos, y en las que se había destacado por su valor e inteligencia. Que recayera en él el mando supremo, pues, no podía causar sorpresa alguna. Por otra parte, el apellido Barca convocaba la exaltación conquistadora y la sed de revancha contra Roma, un pleito y una herida que seguían abiertos.

No obstante, el nombramiento de Aníbal inquietó a los sectores más conservadores del Senado cartaginés, quienes veían con semejante jefe más cerca la posibilidad de una guerra con Roma. Defensores del nombramiento de Hannón, y opositores a los Barca, debieron confirmarlo a su pesar tras el visto bueno dado por la Asamblea del Pueblo de Cartago y la presión de los sectores más belicistas del propio Senado.

Con sólo veintisiete años, Aníbal se puso al frente del ejército cartaginés. Desde entonces, su política expansionista lo llevaría a enfrentarse con diferentes pueblos íberos a los que uno a uno irá sometiendo. En menos de dos años extendió la frontera cartaginesa en Hispania hacia el noroeste. Triunfante en sus campañas contra los *olcades, vacceos* y *carpetanos,* ubicados en la meseta castellana, sus cualidades como jefe se consolidaron aún más tras realizar un generoso reparto del botín entre sus hombres. No sólo crecía la popularidad de Aníbal, sino también su ejército, cada vez más poblado de soldados íberos que engrosaban su infantería ya sea de manera voluntaria o como parte de las condiciones del vencedor. En sus expediciones, Aníbal sometió a las ciudades de los adversarios, como Althea, capital de los *olcades,* y Helmántica (Salamanca), capital de los *vacceos,* y otros importantes enclaves como Arbúcala (Toro). Luego regresará a *Cartago Nova* atravesando los pasos de la sierra de Guadarrama y bajando por el río Jarama, aplastando a una coalición desesperada encabezada por los que aún resistían el ataque púnico: *olcades, carpetanos* y algunos fugitivos del sitio de Helmántica. Este último triunfo le brindó a Aníbal aún más popularidad entre sus hombres, sobre todo teniendo en cuenta que puso en derrota a una fuerza calculada en unos 100.000 hombres, a quienes enfrentó con muchos menos y con una dotación de 40 elefantes. La superioridad de

su calidad estratégica, pues, quedó definitivamente sellada.

Con el fin de esta última resistencia, anotarán Polibio y Tito Livio, ya no habrá pueblo íbero que le hiciera frente hacia el sur del Ebro. No se equivocaban: la influencia cartaginesa había llegado hasta la sierra de Guadarrama, consolidando su control entre el suroeste y el noroeste de la península, a la vez que se aseguraba el camino libre hacia el valle del Duero, fundamental para obtener suministros para las tropas, tributos económicos de los pueblos sometidos y mano de obra esclava para la explotación minera.

En muy poco tiempo, pues, Aníbal se había convertido en el héroe de los suyos y en la pesadilla de los íberos y romanos, adorado por sus hombres y temido por los adversarios.

En definitiva, era el hijo pródigo de Cartago, dueño de una inteligencia madurada en el estudio –tenía conocimientos de historia y hablaba griego y latín–, y por sobre todas las cosas era el representante del anhelo de oposición a Roma, enemigo que había aprendido a conocer en las campañas de su padre y en los relatos de los veteranos que ahora estaban a su servicio. Muy pronto llegaría el tiempo de incorporar sus propias experiencias.

Tito Livio ha destacado magníficamente la dimensión de este hombre arrollador e inteligente:

"Era, pensaban los viejos soldados, Amílcar joven redivivo; veían en él el mismo vigor en la expresión, la misma energía en sus ojos, el mismo talante, los mismos rasgos. Luego Aníbal obró enseguida de manera tal que todo cuanto había en él de su padre quedó rápidamente ensombrecido por sus otras muchas cualidades. Jamás un mismo carácter fue más apto para los comportamientos más opuestos, la obediencia y el mando. También resulta difícil calibrar quién le apreciaba más, si el general Asdrúbal o el ejército: de entre todos sus oficiales, Asdrúbal siempre recurría a él para las acciones que requerían mayor intrepidez y energía, y ningún otro jefe despertaba en los soldados el grado de confianza y de admiración que suscitaba Aníbal. Nadie tenía tanta audacia para afrontar el peligro, ni más sangre fría en medio del peligro. Ninguna fatiga podía agotar su cuerpo ni vencer su alma; resistía igual el frío y el calor; en cuanto a la comida y la bebida, se acomodaba a sus necesidades, no a su placer; para vigilar y dormir no hacía ninguna diferencia entre el día y la noche; el tiempo que le dejaban sus obligaciones lo dedicaba al sueño, y ese sueño no lo buscaba en un lecho blando o en el silencio: muchos le vieron muchas veces cubierto con un abrigo de soldado, acostado en el suelo en medio de los centinelas y de los puestos de guardia. Sus ropas no eran en nada distintas a las de los jóvenes de su edad: eran sus armas y sus caballos los que llamaban la atención. De todos los jinetes y de todos los soldados de infantería era, de lejos, el mejor; iba el primero al combate y era el último

en retirarse. Pero estas grandes cualidades contrastaban con vicios enormes: una crueldad inhumana, una perfidia más que púnica, ningún anhelo por la verdad, ni sentido de lo sagrado, ni temor de los dioses, ningún respeto por los juramentos ni escrúpulo religioso. Con este carácter, modelado por estas cualidades y estos vicios, sirvió tres años bajo el mando de Asdrúbal, siempre haciendo lo que había que hacer o lo que había de ver para llegar a ser, un día, un gran jefe".



ANIBAL, enemigo de ROMA Tito Livio escribió una historia de Roma, desde la fundación de la ciudad hasta la muerte de Druso en 9 a.C.

También Polibio destacará sus dones de comandante en una prosa que no puede ocultar cierto rasgo admirativo. Dice Polibio en su *Historia:*

"Pero eran tan extraordinarias sus dotes de mando que las grandes diferencias entre sus soldados no perturbaban la disciplina y eran ejemplares la obediencia y la diligencia con que se ejecutaban sus órdenes y deseos".

No obstante, fiel representante de los intereses latinos, Polibio

enfatizará también su *"extraordinaria crueldad"* y una supuesta avidez de riquezas.

La crisis de Sagunto

La asunción de Aníbal al frente de las tropas púnicas replanteó una vez más a los romanos el débil equilibrio que subsistía con sus vecinos cartagineses. El Tratado del Ebro, en sí mismo, no constituía una garantía fiable y sólo había logrado darles el tiempo necesario para deshacerse de los galos. No era poco, pero a las claras resultaba insuficiente para detener la nueva amenaza en ciernes. Roma, pues, era consciente de que el mismo tiempo no había sido desaprovechado por sus adversarios, quienes continuaron ocupando regiones de Hispania y potenciando la fuerza de su ejército.

Como era de prever, el Tratado del Ebro no tardó en caer en el olvido, y una cuestión de precisión de límites sería el desencadenante de una nueva crisis.

El río Ebro, denominado Iberus en la antigüedad, nace en el noreste de España y, tras recorrer unos 1.000 kilómetros en línea más o menos paralela a los Pirineos, desemboca en el Mediterráneo, a 160 kilómetros al norte de la ciudad de Sagunto. De tal manera que, según el mismo Tratado, la ciudad quedaba lejos del protectorado romano.

Esta grosera exclusión de Sagunto ha promovido diversas conjeturas. ¿Podía el Senado romano tener una idea tan inexacta de la posición de Sagunto respecto al Ebro? Es difícil que así fuera. Hay suficientes registros arqueológicos que señalan la presencia itálica en la ciudad, lo que habla, de manera inequívoca, de un comercio y relación cierta entre la ciudad y Roma y, por lo tanto, una exacta referencia geográfica de aquella.

Tampoco resulta verosímil, preocupados los romanos como lo estaban con el avance cartaginés, que hubieran decidido abandonar a su suerte a una ciudad afín a ellos. Más verosímil, en cambio, parece ser la versión que indica que por el río Ebro los romanos identificaron el río Júcar, cuya desembocadura sobre el Mediterráneo se halla a unos 60 kilómetros al sur de Sagunto. Esta hipótesis se refuerza con el hecho de que Asdrúbal organizó sus conquistas hacia el centro de Hispania, sin pasar jamás la marcación del Júcar, lo que hablaría de alguna manera de un respeto estricto a lo pactado.

Por último, si los romanos hubieran acordado que el río Ebro fuera la última frontera púnica en Hispania, significaba una entrega de casi toda la actual España a sus adversarios, quedando apenas una breve franja hacia los Pirineos y, por lo tanto, a las puertas mismas del

Imperio; una concesión que no cabía esperar del cauto Senado romano. En este sentido es válido tomar como cierta la versión que indica al río Júcar como última frontera indicada por los romanos.

Lo cierto es que, cualquiera haya sido la marca original del Tratado del Ebro, Sagunto era una ciudad aliada a Roma que se relacionaba con las ciudades griegas del levante, Ampurias y Rodas, colonias massaliotas que también gozaban de la protección romana. Sagunto era, además, la única que no había caído bajo el dominio cartaginés. El enfrentamiento entre ambas potencias, pues, no tardaría en desarrollarse en torno a esta.

Para Tito Livio y Polibio las causas del nuevo enfrentamiento tenían antigua data. Para el primero, Aníbal sólo aguardaba la oportunidad de una situación propicia, evitando precipitarse a la guerra. Es en ese marco que se entiende la dilatación de la toma de Sagunto por sus fuerzas. Por su parte, en coincidencia con el anterior, Polibio sostiene que si el cartaginés evitó durante algún tiempo el choque contra Sagunto fue porque el mismo provocaría la inmediata reacción romana antes de que los cartagineses hubieran tenido tiempo de extender y consolidar su autoridad en el resto de Hispania, albergue principal de sus bases de retaguardia más importantes.

Mientras tanto, Sagunto, emplazada en lo alto de un promontorio rocoso que domina el paso desde Valencia hacia el Ebro a través del litoral valenciano, continuaba su vida, alterada por los acontecimientos que se preveían. Dividida su dirigencia en dos sectores, uno pro romano y otro pro cartaginés, en lo inmediato los primeros se apoderaron del poder, desplazando a los sectores de influencia púnica. La situación generó más tensión entre Roma y Cartago, y mientras velaban secretamente las armas pusieron en juego su diplomacia.

En el año 220 o 219 a.C., los embajadores romanos P. Valerio Flaco y Q. Bebio Tánfilo solicitaron en *Cartago Nova* el alejamiento de las fuerzas de Aníbal de Sagunto, que se hallaba bajo su protección. Aníbal escuchó pacientemente a los representantes de la Loba, pero aumentando sus preocupaciones les remarcó que no serían ellos los que diseñarían la política cartaginesa en Hispania. De todos modos, y haciendo uso de una hábil maniobra diplomática, Aníbal les hizo saber a los romanos que sólo intervenía para poner fin a la disputa que enfrentaba a los saguntinos con los *turboletas,* una tribu vecina, instalada al norte del río Júcar en la región de Cuenca. Los romanos, claro está, no creyeron demasiado en sus argumentos, y se marcharon convencidos de que esa era una excusa que justificaba la intervención.

Polibio reseña que, entonces:

“Aníbal envió correos a Cartago para saber qué debía hacer, puesto que

los saguntinos, fiados en su alianza con los romanos, dañaban a algunos pueblos de los sometidos a los cartagineses".

Siempre según Polibio:

"Aníbal, en resumen, estaba poseído de irreflexión y de coraje violento. Por eso no se servía de las causas verdaderas y se escapaba hacia pretextos absurdos. Es lo que suelen hacer quienes por estar aferrados a sus pasiones desprecian el deber". Finalmente:

"Los embajadores romanos, al comprobar que la guerra era inevitable, zarparon hacia Cartago, pues querían renovar allí sus advertencias. Evidentemente, estaban seguros de que la guerra no se desarrollaría en Italia, sino en España, y de que utilizarían como base para esta guerra la ciudad de Sagunto".

En este contexto, Aníbal se decidió finalmente a presentar sus fuerzas a las puertas de Sagunto, iniciando un cerco bien nutrido de hombres, artillería, arietes y torres de asalto. El ataque a ciudades amuralladas era una de las más arriesgadas operaciones. La diferencia entre el estar adentro y afuera solía constituir una ventaja para los primeros, cuyas fuerzas se veían multiplicadas por efecto de las empalizadas que los resguardaban, y de las torres desde las cuales los lanzadores de jabalinas y lanzas lograban hacer estragos entre los atacantes. En Sagunto, pues, los muros también aguantaron impertérritos las embestidas púnicas desesperando al confiado Aníbal, que incluso llegó a caer herido en una pierna o en su cadera en plena batalla, por lo que debió delegar el mando del asedio por un tiempo en Maharbal, un extraordinario y experimentado combatiente que ungía como su jefe de caballería.

Sagunto, pues, resistió los ataques púnicos, los impactos de las piedras lanzadas por la artillería, y los intentos de invasión con las torres de asalto, muy a pesar de la notable superioridad cartaginesa. La lucha, entonces, se mantuvo con final abierto, indecisa. La resistencia saguntina era tan tenaz y eficaz que alentó a los sitiados a realizar salidas inesperadas, ya no defensivas sino ofensivas, que obligaban a los sitiadores a emprender una impensada huida. Pero con el tiempo y las reservas a su favor, el poder de los sitiadores desequilibró la balanza. Paulatinamente el asedio cartaginés comenzó a dar sus frutos y la resistencia disminuyó en su efectividad. La maquinaria de guerra cartaginesa fue poco a poco acabando con las fuerzas y los soldados de los defensores.

Los saguntinos todavía recurrieron a un procedimiento que les dio cierto respiro. Usaban una especie de lanza, la falarica, de madera y con un extenso cabezal y punta de hierro, a la que cubrían con estopa mezclada con brea para luego prenderle fuego. El hierro de esta lanza tenía tres pies de largo, para que pudiera atravesar fácilmente el

cuerpo del enemigo, pero aun cuando se quedaba clavada en el escudo producía el espanto de los cartagineses, porque, como estaba encendida la estopa, el fuego se propagaba por la madera. El cartaginés, para no quemarse, no tenía otro remedio que despojarse de sus armas y huir muchas veces desnudo, lo que le hacía más humillante la apresurada retirada. Este recurso, si bien provocó numerosas bajas entre los cartagineses, en definitiva sólo alargó un poco más la agonía de la ciudad. Al tiempo, quebrado el inicial equilibrio, la paz se impuso como única salida para los saguntinos.



La imagen del historiador griego Polibio, tallada en una columna de Kleitor en Arcadia. Polibio suponía que Aníbal estaba poseído de irreflexión y coraje violento, y que por eso no se servía de las causas verdaderas y se escapaba hacia pretextos adsurdos. El historiador opinaba que eso es lo que suelen hacer quienes por ester aferrados a sus pasiones desprecian el deber.

Dos fueron las personas responsables de tratar las condiciones de paz con Aníbal. Uno era saguntino y se llamaba Alco. El otro era Alorco, un hispano que tenía cierta afinidad con los cartagineses y a su vez era huésped de la ciudad sitiada. Como de costumbre, las condiciones que estableció el general púnico resultaron draconianas: en pocas palabras, los saguntinos tenían que abandonar la ciudad sólo con lo puesto, dejando tras de sí todo lo que tenían, si es que querían

conservar la vida. Alco pensó que si planteaba esta propuesta a los saguntinos sería tan férreamente rechazada y hasta su vida estaría en peligro, y prefirió la seguridad de la deserción antes que la amenaza de muerte. Sin más se quedó refugiado en los campamentos de Aníbal.

Alorco, en cambio, juzgó necesario arriesgarse y se ofreció a ser el mensajero de las condiciones de paz. Así dispuesto, poco después llegó a Sagunto, y explicó al detalle los puntos propuestos por Aníbal, asegurándose de dejar bien en claro que si no se avenían al sitiador, el cartaginés ingresaría a Sagunto por la fuerza, asesinando a toda la población. Además, debería entregársele todo el oro y la plata, fuera ya de dominio colectivo o individual.

La Asamblea de los saguntinos enmudeció ante las propuestas de Aníbal. Y las opiniones se dividieron una vez más. Algunos postularon renunciar a cualquier acto glorioso y entregar la ciudad a los sitiadores, salvando si no los bienes, por lo menos la vida de la población; los más pro romanos, en cambio, redoblaron su apuesta guerrera y optaron por hacerle al enemigo una invasión aún más costosa para su ejército. Por lo pronto, reunieron todo el oro y la plata de la ciudad y los fundieron con plomo, cobre y estaño, para que los púnicos, cuando alcanzaran el interior de la ciudad, no pudieran aprovechar sus riquezas.

La decisión de los saguntinos decepcionó grandemente a Aníbal, quien no gustaba desangrar a sus fuerzas a sabiendas de los compromisos militares que se avecinaban, pero ante la negativa de aquellos, procedió al asalto final con toda decisión.

Comenzaba otra historia, la de la legendaria heroicidad de los sitiados: algunos relatos atestiguan que éstos llegaron a prender fuego a la ciudad para luego arrojarse ellos mismos a las llamas. Aníbal, furioso por haber perdido tanto tiempo y hombres frente a una pequeña ciudad que le robaba no sólo el botín, sino la propia victoria, se ensañó cruelmente con los pocos supervivientes. En el año 219 a.C., y tras un sitio de ocho meses, Sagunto quedó completamente arrasada.

Con la caída de la ciudad, el poder de Aníbal se consolidó en extensión. Sagunto se sumaba así a Cartago Nova, Barcino y Mahón, en las Baleares. Casi toda la mitad sur de la península ibérica le pertenecía y muy poco lo separaba del extenso territorio de la Galia.

Político sagaz, Aníbal también procuró la punización de las poblaciones sometidas, estableciendo relaciones privilegiadas con algunas de ellas. A las ciudades fenicias conquistadas, por ejemplo, les otorgó categoría de aliadas, permitiéndoles cierta independencia política y administrativa. Por otra parte, Aníbal envió importantes contingentes de africanos a la península, procediendo a su vez a enviar a los íberos al norte africano: buscaba no sólo desarraigarlos de

sus pueblos de origen, sino someterlos a la influencia púnica hegemónica en África.

En Hispania brotaron numerosos núcleos urbanos compuestos por africanos, sobre todo líbico-beréber y númida, con cierto status de colonos militares, a quienes se les asignaba una porción de tierra para explotar a cambio de servicios bélicos cuando la oportunidad así lo requiriese. Estos núcleos fueron especialmente importantes a los lados del río Guadalquivir, en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar y en la región de Cádiz y al sur de Extremadura.

La caída de Sagunto presenta ciertos interrogantes políticos de importancia. Es cierto que Aníbal debió luchar poco más de ocho meses para doblegar a la ciudad, pero no es menos cierto, y sospechoso a su vez, que Roma no intervino con todas sus fuerzas para sostenerla militarmente. En otras palabras: ¿Hasta dónde es posible pensar que los romanos no sacrificaron concientemente a Sagunto para dar como consumado un estado de guerra total contra los cartagineses?

La situación en la propia Roma contribuye a echar un poco de luz sobre el asunto.

En efecto, el poder político de Roma había sufrido ciertos cambios de notoria influencia para definir las relaciones con Cartago. La fracción dominante de la nobleza tradicional, representada por los Fabios, se había manifestado opositora a cualquier aventura bélica marítima y, consecuentemente, era partidaria de cierto equilibrio regional. Empero, el poder de los Fabios se había visto limitado por el ascenso político de otras dos familias, la de los Cornelios y la de los Emilios, cuyos intereses corrían por otros andariveles. Éstos, a diferencia de los Fabios, se apoyaban en una vasta clientela comercial, y propugnaban por una ampliación de los mercados ultramarinos. Cartago, pues, se les presentaba como un obstáculo principal a resolver de inmediato. Su cada vez mayor presencia en el Senado romano y en los círculos de poder y decisión fue inclinando la balanza a su favor. Decididos partidarios de la liquidación de Cartago, pues, abogaron para una ruptura final de relaciones y la declaración formal de las hostilidades. La guerra sería sangrienta y costosa, pero confiados en la victoria final, aguardaban un futuro de expansión hasta entonces desconocido.

El historiador Pierre Grimal sintetiza que es inevitable:

"…llegar a la conclusión de que Roma y Cartago estaban obligadas, una y otra, a romper la paz, y esto a causa de Aníbal. La responsabilidad inmediata de la guerra recae, sin duda, sobre éste, independientemente de que se considere que Sagunto estaba 'más acá' o 'más allá' del Ebro".

No obstante el peso individual de Aníbal en las responsabilidades, Grimal sostiene que:

"Roma y sus aliados marselleses tenían el firme propósito de no compartir eternamente con Aníbal los beneficios que pudieran obtenerse de los mercados españoles."

Dicho en otras palabras, Roma calibraba correctamente el valor de la explotación de oro y plata que los cartagineses realizaban en Hispania, y precisaba de esos metales preciosos para sostener su propia expansión económica.

Como fuere, la crisis de Sagunto dio curso, en definitiva, al fin de la paz equilibrada y medida. La guerra dirimiría el nuevo mapa económico mediterráneo.

Así las cosas, tras la caída de la ciudad de Sagunto, una embajada de Roma volvió a presentarse en Cartago, esta vez para definir el futuro. La pretensión romana expuesta en Cartago era tan simple como inaceptable: entregar a Aníbal. En caso contrario, la guerra quedaría establecida. Polibio relata en un bello pasaje la negociación entre romanos y cartagineses:

"…el más viejo de los embajadores romanos mostró a los senadores la borla de su toga en la que traía la guerra y la paz; la vaciaría y soltaría lo que ellos desearan. Los cartagineses replicaron que bien podían soltar la opción que preferían, y cuando el romano amenazó con soltar la guerra, varios senadores cartagineses gritaron que la aceptaban".

La respuesta obtenida por los embajadores, pues, fue clara y la guerra quedó definitivamente establecida.

Se iniciaba así la Segunda Guerra Púnica, la *bellum Hannibalicum:* la guerra de Aníbal.

Capítulo V
Aníbal y la campaña italiana

Por supuesto, Aníbal llegó a la crisis de Sagunto con un objetivo largamente acariciado. Su inequívoca intención era dirimir cuentas con Roma, y no hay dudas de que hizo todo lo necesario para que aquella no esquivara el desafío. Por su parte, Roma sabía lo que se avecinaba, y también había tomado sus precauciones. De hecho, ambas potencias mediterráneas estaban preparadas para una confrontación de largo aliento y definitiva, que cerrara por completo lo iniciado en la primera guerra púnica.

¿Cómo se habían preparado los bandos? Roma aguardaba las definiciones púnicas con dos poderosos ejércitos consulares dispuestos a partir de inmediato, tanto hacia Hispania como hacia África. El plan romano, en definitiva, no guardaba grandes secretos estratégicos y contemplaba que el cónsul Publio Cornelio Escipión –hijo del general que había doblegado la última resistencia cartaginesa en Córcega y Cerdeña– marchara sobre la península ibérica para atacar a Aníbal, mientras el cónsul Tiberio Sempronio Longo desembarcaría con su ejército en África, para acosar a Cartago. Los estrategas romanos habían decidido derrotar a Aníbal en Hispania, para luego reunir sus fuerzas y arrollar la capital púnica. Las cosas, sin embargo, tomarían un rumbo muy diferente.

Aníbal sabía que sus fuerzas marinas eran, en comparación a las romanas, mucho más exiguas, y que su triunfo seguramente no vendría de la mano de una aplastante victoria naval.

Consciente de esta inferioridad manifiesta y de que debía procurar no sólo defender las costas de Hispania sino también a la propia Cartago, se decidió por una estrategia que, hasta la actualidad, es considerada la más audaz de toda la historia bélica de la Antigüedad. Se propuso, pues, llevar la guerra al corazón mismo de su enconado enemigo, y dispuso sus ejércitos para emprender la invasión. Por supuesto, la operación era "impensada", ya que entre Hispania y Roma mediaban ni más ni menos que los Alpes, una cadena montañosa que jamás había sido atravesada por un ejército de grandes proporciones. Desde entonces, las "defensas naturales" cobrarán una atención diferente en los grandes estrategas militares y, como

veremos, también los romanos aprenderán la lección y la utilizarán para su provecho en Hispania. Pero no nos adelantemos en el curso de los acontecimientos.



Aníbal sabía que a pesar del poderío de sus barcos, presentarle batalla naval a los romanos sería un error. Por eso preservó las embarcaciones para proteger sus propias costas. En imagen, una moneda cartaginesa con una nave de guerra.

Por lo pronto, y ya con las decisiones tomadas, Aníbal movió rápidamente sus piezas. Primero, trató de ganarse el apoyo de las tropas ibéricas que debían acompañarlo en su fatigosa empresa, y por ello les concedió la autorización de pasar el invierno en sus propias tierras. Luego envió secretamente mensajeros a las diferentes tribus celtas cuyo territorio debía atravesar para llegar a Italia, con promesas y presentes para incentivar su apoyo. Además, los mensajeros deberían regresar con indicaciones precisas sobre las regiones por las que debería pasar el ejército púnico. Los resultados no tardaron en estar a la vista, y en breve numerosos príncipes celtas enviaron a Aníbal embajadores aceptando acuerdos de colaboración recíproca.

Las cosas, pues, marchaban bien para el púnico. Resuelto a emprender la campaña, restaba ocuparse de su retaguardia, ya que era de esperar alguna respuesta militar romana contra sus posiciones tanto en Hispania como en África. Para conjurar este peligro, organizó la presencia de fuertes contingentes de infantes y jinetes en ambas regiones, tratando de asegurarse la más completa fidelidad de sus unidades. Reflexivo y experimentado, Aníbal conjeturó sobre la

posibilidad de una deserción en masa de hispanos y africanos que, probablemente, ante un ataque romano podrían refugiarse en sus propios territorios. Para evitar esta eventualidad, Aníbal intercambió el destino de unos y otros, enviando al norte africano contingentes íberos y a Hispania los africanos. Según detalla Huss, Aníbal:

"…trasladó 13.850 infantes y 1.200 jinetes de los pueblos hispanos de los tersitas, mastienos, oretanos ibéricos y olcades –y además 870 baleares– a África; la mayor parte de estas unidades, a la llamada Metagonia de África, y una parte menor, a la misma Cartago… A España envió a 12.650 infantes, o sea 11.850 libios, 300 ligures y 500 baleares, además de 450 libiofenicios, 300 lergetes, y 1.800 jinetes númidas de los pueblos de los masilios, masesilios, de los macios y de los maurusios."

Además, las tropas en Hispania, cuyo mando ejercería su hermano Asdrúbal, fueron fortalecidas con una flota de 57 naves, aunque un tercio de la misma carecía de tripulación.

El cruce de los Alpes

Convencido de lo acertado de su estrategia, Aníbal se puso al frente de sus hombres e inició la marcha. Era la primavera del año 218 a.C.

Las características de su ejército eran más o menos las previsibles, es decir, numerosa tropa de origen íbero, procedente de las tribus conquistadas, honderos baleares, africanos, y una importante cantidad de mercenarios, principalmente celtas y griegos. La proporción de éstos era menor a la de otras campañas púnicas, puesto que ya desde las conquistas de Amílcar y Asdrúbal la presencia de mercenarios no era tan pronunciada. De todos modos, la heterogeneidad en la composición de los ejércitos púnicos era un dato notablemente cierto, sea ya por el origen étnico o "nacional" de los combatientes.

La cantidad de efectivos con los que contaba Aníbal también es un dato confuso que ha dado lugar a ciertas controversias. Algunos autores señalan un total de 50.000 a 70.000 infantes y unos 12.000 jinetes, a los que se les sumaron alrededor de cincuenta elefantes de carga y ataque. Grimal, en cambio, habla de 90.000 infantes, 9.000 jinetes y sólo 38 elefantes. Las diferencias, sobre todo de infantes, no son menores, aunque lo más probable es que sean producto de una estimación en diferentes momentos de la campaña, esto es: cuando Aníbal inició la marcha hacia los Alpes y cuando efectivamente se halló a sus pies, ya dispuesto a escalarlos. Lo cierto es que Aníbal alcanzó los Alpes con un ejército no mayor de 60.000 hombres, incluida la caballería.

Quedaba atrás el cruce del Iberus, donde derrotó a las tribus locales,

dejando a Hannón al mando de aproximadamente 11.000 hombres y unos 1.000 jinetes. Quedaba atrás también el ingreso a la Galia, donde libró batalla contra las tribus aliadas a la pro romana Marsella. En cambio, no tuvo mayores obstáculos con los pueblos del Mediodía galo, a cuyos líderes invitó a una conferencia de paz, donde los halagó y obsequió presentes para garantizar su confianza.

Durante este tiempo, los problemas no fueron pocos, y uno de los síntomas más elocuentes fue la merma de combatientes, sobre todo cuando una importante cantidad de efectivos *carpesios* –posiblemente alrededor de tres mil– decidió sencillamente abandonar a Aníbal cuando aún no habían alcanzado los Pirineos. A estos se les sumaron otros 7.000 íberos que el propio Aníbal decidió licenciar en virtud de la poca confianza que le inspiraban. El general cartaginés no tomó ninguna represalia contra los desertores, pero la actitud asumida por estos deja en tela de juicio el *éxito* del púnico para atraerse la fidelidad de por lo menos algunos de los pueblos conquistados.

Luego Aníbal llegó al Ródano, posiblemente a mediados de octubre. Durante el seguimiento del curso fluvial debió enfrentar la resistencia de algunas tribus celtas que no se habían avenido a convenio alguno, pero rápidamente los puso en fuga. Más trascendente fue un episódico enfrentamiento con tropas romanas, el primero de esta campaña. El suceso se desarrolló tras una increíble coincidencia: enterado Aníbal de que una parte de la flota romana había llegado a una de las desembocaduras del río, envió unos 500 jinetes númidas con la misión de investigar su posición. Publio Cornelio Escipión, comandante de la flota, por su parte había ordenado a una fuerza de inspección de 300 jinetes que hicieran lo mismo con el enemigo. Coincidentemente, ambas fuerzas se encontraron en mitad de camino y tras enfrentarse brevemente regresaron a sus posiciones originales acreditándose cada uno la victoria.

A finales de mes Aníbal alcanzó la confluencia del Ródano con el río Isère, al pie de los Alpes. Esta región estaba dominada por los *alóbroges,* un pueblo que por entonces dirimía su liderazgo entre dos hermanos. Aníbal acordó con Braneo, el mayor de los hermanos, a condición de que le ayudara en su propia empresa. Braneo cumplió lo pactado, incluso acompañando a Aníbal cuando remontó parte del curso del Isère.

Poco después las tropas emprendieron de inmediato el ascenso a los Alpes. Ya en la travesía de las montañas, Aníbal continuó concertando con las tribus locales pactos de no agresión mediante un generoso reparto de obsequios y la promesa de compartir con no menos generosidad parte del botín que conquistaran más allá de las montañas.

Era su prioridad atravesar los Alpes lo más velozmente posible, razón por la cual evitó los enfrentamientos y la hostilidad con quienes frecuentaban el terreno de una manera habitual. Conocedor de la magnitud del esfuerzo que realizaban sus hombres, reservó la guerra sólo para contra los romanos y apresuró el paso. Por el momento, otros graves problemas debía resolver con decisión. En primer lugar, la estrechez de algunos pasos hacía virtualmente imposible la marcha de la tropa y, mucho más aún, la de los elefantes y animales de carga. Los desmoronamientos eran continuos y cualquier desbandada de los animales producía una auténtica catástrofe en vidas humanas y equipos, amén del retraso considerable que ello representaba. Aníbal debió apelar, pues, a toda su creatividad para disminuir las pérdidas materiales y de tiempo, creando ingeniosos puentes para asegurar el paso de sus hombres, carros y animales. Se cuenta incluso que despejó caminos obturados por grandes rocas recurriendo a métodos singulares, como el de calentar al rojo las enormes piedras y verter sobre ellas vinagre, deshaciéndolas por la acción química y del calor. Cornelio Nepote señala en su *Vidas,* que Aníbal logró preparar rutas para conseguir:

"…pasar un elefante equipado por donde antes un solo hombre, incluso sin armas, no había podido pasar arrastrándose".

Por otra parte, debió apelar a toda su rigurosidad de mando, ya que el ascenso era tan dificultoso que las deserciones estaban a la orden del día.

De todos modos, el cansancio y el intenso frío de las cumbres se cobraron numerosas víctimas, tanto de soldados como de animales de carga, y tras nueve días de marcha forzada, el ejército de Aníbal sólo conservaba alrededor de 25.000 hombres, es decir, poco más de un tercio de su dotación inicial.

Los especialistas acuerdan en no saber identificar exactamente por dónde Aníbal condujo a sus tropas, aunque una mayoría se inclina a señalar que lo hizo por el Mont Genèvre. Desde esas altas cumbres habría dedicado a sus tropas una alocución esperanzadora, prometiéndoles en breve la gloria de vencer a Roma:

"¡He ahí Italia! – les habría dicho Aníbal–. *Son sus murallas las que acabamos de franquear. Muy pronto, el país estará en nuestras manos".*

Tras el descenso, y ya en tierra italiana, *boyanos* y *galos* recibieron al ejército de Aníbal amistosamente, permitiendo su reparador descanso y abasteciéndolo de víveres. Luego, uniendo sus fuerzas, se aprestaron a batirse contra el enemigo principal. Muy pronto las noticias más adversas para los romanos correrían rápidamente.

De Tesino a Trasimeno

Mientras Aníbal marchaba con dificultades pero a paso seguro hacia Italia, los romanos habían desplegado su estrategia. Por sobre todas las urgencias, les era imperioso vencer al púnico en tierras hispanas. Hacia allí se había dirigido P. Cornelio Escipión, quien tras hacer escala en Marsella se encontró con la ingrata sorpresa de que su enemigo se había marchado a invadir sus propios territorios. Burlado por su adversario, Cornelio Escipión envió hacia Hispania a una pequeña porción de sus tropas, mientras él mismo desembarcó en la región del delta del Ródano para continuar, a paso forzado, remontando el río por la orilla izquierda con la intención de interceptar a Aníbal. Sin embargo, vanos serán sus esfuerzos, ya que aquel le llevaba mucha ventaja y la empresa era a esa altura ciertamente descabellada. Decidió entonces regresar de inmediato a Italia por vía marítima, intentando recuperar el tiempo perdido. Creía firmemente que, de esta manera, podría alcanzar al púnico del otro lado de los Alpes.

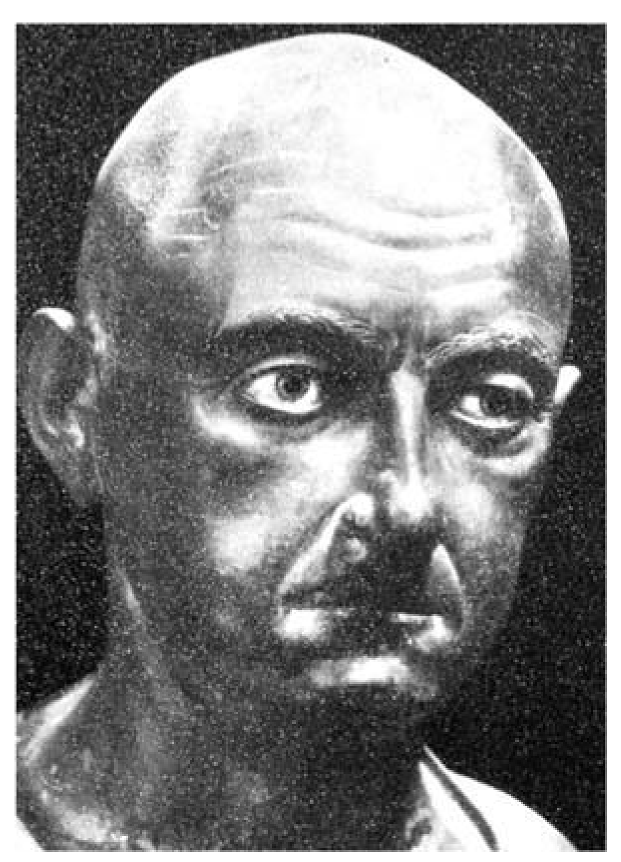
Por lo pronto, la ventaja estratégica estaba en manos de Aníbal, quien con su osada travesía por los Alpes había desbaratado los planes romanos. Se iniciaba una invasión al imperio que nadie había tenido en cuenta como posible, y todas las elaboraciones estratégicas de la Loba se habían desvanecido de pronto.

Cornelio Escipión desembarcó en Pisa y emprendió una inmediata marcha a través de los Apeninos hacia la Cisalpina, donde la situación romana era indudablemente inestable. *Ínsubros* y *boios* se habían sublevado contra Roma y tenían bajo su acechanza a Módena. Aunque Cornelio Escipión restableció rápidamente el dominio romano, quedaba claro que los *galos cisalpinos* sólo aguardaban la llegada de Aníbal para emprender una nueva ofensiva. El equilibrio era crítico y la inestabilidad creciente. Tal era el temor romano que las fuerzas concentradas en Sicilia recibieron la urgente orden de dirigirse hacia la llanura del Po para detener la invasión púnica.

Así las cosas, Cornelio Escipión salió al encuentro de Aníbal, y tras haber franqueado el río Tesino, que desemboca en el Po desde el norte, le presentó batalla. Sus fuerzas eran cuantitativamente muy superiores a las de Aníbal, llegando a contar con unos 300.000 soldados y 14.000 jinetes. No obstante, la fortuna estuvo de parte del general cartaginés, cuya caballería númida arrolló a los romanos. El propio Cornelio Escipión resultó herido en la confrontación, y sólo gracias a la oportuna intervención de su hijo –quien en el futuro se convertiría en una auténtica pesadilla para los Barca– salvó la vida. Luego renunció a movilizar a su infantería, y dejando un tendal de

muertos y equipo se retiró hacia Piacenza, para reagruparse. No obstante, Aníbal siguió sus pasos, reforzado por las huestes galas. Finalmente ambas fuerzas acamparon expectantes, cada una a un lado del Trebia, río que desemboca en el Po desde el sur.

Cornelio Escipión aguardaba ansioso la llegada de los refuerzos de Sicilia, comandados por Sempronio Longo. Es probable que Aníbal también lo esperara para batirse en una batalla definitiva que le daría al vencedor el control total de la Galia Cisalpina. Poco después, la espera terminó. Por fin los ejércitos romanos se reunieron y Aníbal, de mayor experiencia militar, una vez más se alzó con la victoria.



Publio Cornelio Escipión. General romano que le dio a su imperio aplastantes victorias. Por la lograda frente a Aníbal lo apodaron “El africano”.

Según opinión de algunos autores, Aníbal no subestimaba la capacidad de mando de sus adversarios. Respetaba a Cornelio Escipión, a quien consideraba un militar reflexivo y juicioso, a la vez que conocía el carácter impulsivo de Sempronio Longo. Como la jefatura era compartida día por medio, se dice que Aníbal aguardó a que el mando recayera en éste último, para montar contra él una trampa fatal. En concreto, el cartaginés apeló a una estrategia común

en sus campañas, haciéndole creer al enemigo que los púnicos rehuían la confrontación debido a un estado de inferioridad, y esperando pacientemente que los romanos, provocados e incitados a un triunfo seguro, marchasen contra él. Lo que no sabían sus enemigos era que los aguardaba la temible caballería númida, que solía arrasar cualquier fuerza que se le antepusiese, por más que fuera numéricamente muy superior.

Con esta estrategia en su mente, cuando el mando recayó en Sempronio Longo, Aníbal activó la trampa enviando una pequeña dotación de jinetes a hostilizar el campamento romano y emprender una rápida huida. Toda una invitación a ser perseguidos. Mientras tanto, su hermano menor, Magón, aguardaba –con mil infantes y otros mil jinetes númidas ocultos– a que pasaran los incautos romanos.

Sempronio Longo, tal como esperaba Aníbal, se entusiasmó con el retroceso de los atacantes, y decidió ir tras ellos hasta el campamento mismo de su jefe. Ansioso por la victoria y su gloria, movilizó de inmediato a sus hombres en un número superior a 30.000. El plan de Aníbal dio, pues, los resultados ansiados: las legiones siguieron a la caballería númida y atravesaron el río Trebia, alcanzando la orilla completamente empapados y helados por el frío del agua casi congelada.

En tales circunstancias, fue la hora del general cartaginés, quien lanzó contra los romanos al grueso de su caballería, alerta y completamente seca, mientras Magón salía de su escondite para atacar por la retaguardia.

Lo que siguió fue una auténtica masacre. Los romanos que pudieron huir debieron atravesar una vez más las aguas del río y, dadas sus condiciones, muchos perecieron ahogados. Apenas unos 10.000 hombres lograron escapar con vida replegándose a Piacenza primero y luego a Cremona, ahora bajo la conducción de Cornelio Escipión. Sempronio Longo, por su parte, huyó con sólo cincuenta legionarios hacia Roma, adonde llegó en diciembre con la peor de las noticias: la Galia Cisalpina, aquella que Roma había puesto bajo su control sólo cuatro años atrás, había sido perdida.

Tras sus primeras y aplastantes victorias, Aníbal decidió darle un respiro a sus tropas, las que descansaron en la controlada Galia Cisalpina. Era su intención dejar que el crudo invierno pasara, mientras establecía un renovado cronograma de conquista y reforzaba sus ejércitos con nuevos reclutas, principalmente en las poblaciones que fue tomando a su paso.

Llegada la primavera, pondría a su experimentado ejército una vez más en movimiento. Ahora Roma era el objetivo más preciado.

A los pocos meses, pues, Aníbal se dirigió hacia los Apeninos, desde donde se abría una ruta directa a Roma. La región estaba poblada por galos cuya relación con Roma era por demás conflictiva, por lo que dicha zona constituía para Aníbal un acceso sin mayores inconvenientes, salvo, claro, los que representaban una geografía hostil, plagada de pantanos que fatigaban el andar de hombres y bestias.

Es probable que Aníbal no haya desestimado estos aspectos, pero a sabiendas de que sus mejores hombres habían logrado atravesar los Alpes, difícilmente hubiera podido temer esta nueva y esforzada empresa.

Mientras tanto, los romanos no se desanimaron demasiado por sus sucesivas derrotas y elaboraron un plan para detener al púnico. No había tiempo para perder en lamentaciones y reproches. Roma, la cuna del Imperio, estaba en peligro y todas las fuerzas y las inteligencias se pusieron al servicio de su defensa. Por lo pronto, enviaron a Escipión nuevamente a Hispania, para mantener un estado de presión y beligerancia contra los púnicos que guardaban la retaguardia de Aníbal. Luego se concentraron en componer las fuerzas en su propio territorio: fueron enviados efectivos a Sicilia y Cerdeña, se organizaron fuerzas aliadas y se emplazaron importantes depósitos de víveres. Además se apresuró el reclutamiento de legionarios y se reconstruyeron dos ejércitos. Uno de ellos, a cargo del cónsul Cornelio Servilio, ocupó la región de Arímino, obstruyendo la Vía Flaminia, la más directa hacia Roma. El otro ejército se estableció en Arezzo, a cargo de C. Flaminio, con un total de 25.000 hombres. A sus espaldas, Sempronio Longo atravesó los Apeninos con los sobrevivientes de su anterior ejército, acantonado en Piacenza y Cremona.

El plan romano, en principio, contemplaba el reagrupamiento de fuerzas para atacar conjuntamente. Sin embargo, tal vez por inexperiencia, C. Flaminio, apenas recibió noticias sobre la cercanía de Aníbal, se aprestó a intervenir. En un principio, se aferró al plan original de aguardar la unión de los ejércitos, pero cuando Aníbal comenzó a provocarlo incendiando todo a su alrededor, C. Flaminio decidió salir a su encuentro.

Las consecuencias de tanta impaciencia fueron fatales. Aníbal, conociendo los movimientos de su enemigo, lo atrajo con una hábil maniobra, ya que eludiendo una batalla frontal se aseguró de que su enemigo se confiara, mientras en verdad lo conducía a una llanura a orillas del lago Trasimeno, rodeado de colinas y de bosques donde aguardaba expectante la caballería púnica. Finalmente C. Flaminio cayó en la trampa; cuando se dio cuenta de ella ya era demasiado tarde.

En efecto, Aníbal alcanzó el lago al atardecer; Flaminio poco después, y ambos bandos se dedicaron a velar las armas dispuestos a saldar sus cuentas en el campo de batalla al día siguiente. Pero al amanecer del 21 de junio del año 217 a.C., Aníbal levantó rápidamente su campamento y se marchó. Cuando Flaminio fue informado, creyó que su adversario rehuía el combate y ordenó que todo el ejército romano lo persiguiera.

La estrategia de Aníbal, una vez más, dio el resultado esperado. Los romanos emprendieron la marcha sin notar que tras la gruesa neblina que rodeaba al lago se hallaba el ejército cartaginés en pleno, el cual, a la orden de su jefe, se cerró alrededor de las sorprendidas legiones.

Lo que aconteció de inmediato fue un nuevo y auténtico exterminio: las pérdidas romanas ascendieron a 15.000 muertos y 10.000 prisioneros, es decir, casi todas sus fuerzas. Los cartagineses, por su parte, sumaron 2.500 muertos, una pérdida relativamente baja en comparación a lo logrado. Todos los prisioneros no romanos, como era costumbre en Aníbal, fueron liberados sin pago de rescate.

Para peor, la caballería romana que tenía que unirse a Flaminio ingresó en la confusión y también fue virtualmente aniquilada, perdiendo más de la mitad de sus 4.000 jinetes cuando las tropas comandadas por Aníbal y la caballería de Maharbal los atacaron sin miramientos. Los que pudieron salvar su vida se atrincheraron en Umbría, pero al día siguiente fueron hechos prisioneros.

El mismo C. Flaminio resultó muerto, según parece por un jinete ínsubro. De esta manera, en la última semana de junio del año 217 a.C., Roma recibió la trágica novedad que el pretor Marco Pomponio comunicó en el Foro: *"Hemos sido derrotados en una gran batalla"*.

Aníbal, el púnico, una vez más había arrollado a las resplandecientes legiones. Las cadenas que –según se cuenta– C. Flaminio había llevado para hacer prisionero al gran cartaginés, quedaban por el momento sin usar.

Como no podía ser de otra manera, el peor de los presagios sobrevoló al Senado romano.

Sin embargo, cuando todo hacía prever que Aníbal marcharía sobre Roma, una vez más el curso de los acontecimientos se mostró burlón frente a los analistas. Aníbal se trasladó hacia el Piceno. Imprevistamente, Roma había quedado fuera de sus objetivos inmediatos.

¿Qué es lo que había sucedido para que el cartaginés, vencedor en todos los combates contra los romanos hasta ese momento, hubiera cambiado de estrategia?

Las victorias de Aníbal habían tenido también su costo. Sus hombres

estaban agotados, padecían escorbuto, y buena parte de sus cabalgaduras estaban afectadas de sarna. Además, la capacidad de captación y reclutamiento del cartaginés seguía siendo menor que la de sus enconados enemigos. Las campañas, pues, representaban para uno y otro bando una sangría importante de soldados, equipos y recursos, carencia que los púnicos padecían con menor capacidad de reestablecimiento.

Cuando Aníbal en su marcha triunfal atravesó la región de Etruria, al norte de Roma, confirmó cada uno de estos presupuestos. En efecto, la población que halló no estaba tan dispuesta hacia él como los galos cisalpinos, y sus incursiones se vieron entorpecidas por una enconada resistencia que lo debilitó grandemente. De hecho, fue rechazado de Espoleto con enormes pérdidas. Tito Livio expresó magistralmente una de las posibles conclusiones que Aníbal extrajo entonces:

"…Imaginó, por la energía que le había opuesto victoriosamente una sola colonia, la enorme cantidad de dificultades que encontraría en Roma".

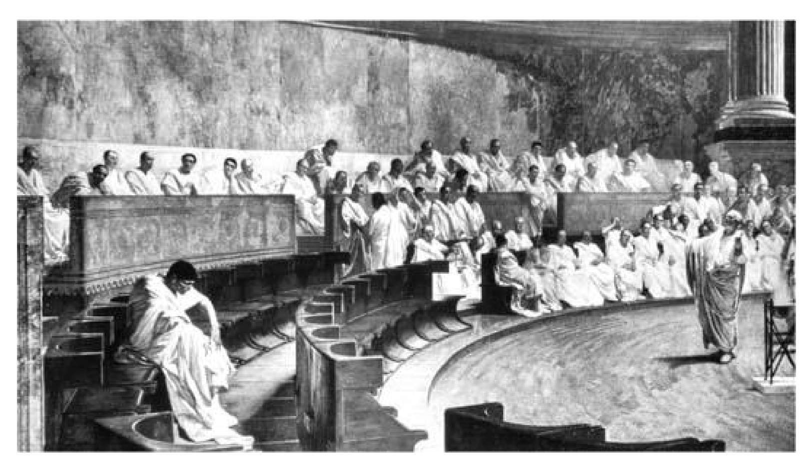
Como fuere, lo cierto es que los ejércitos de Aníbal se vieron reducidos en número, amén de que hombres y caballos estaban enormemente fatigados por la extenuante campaña. Ya no le quedaban elefantes, o apenas unos pocos. Incluso el propio Aníbal, que había perdido recientemente un ojo, se hallaba enfermo y padecía una aguda dolencia. También en Toscana y en Umbría recibió más hostilidad que reconocimiento libertador, y sus problemas de abastecimiento no terminaban de resolverse, a pesar de que instrumentó medidas para ganarse a la población de los territorios que atravesaba, como por ejemplo dejar en libertad a los prisioneros no romanos. Para peor, las deserciones comenzaron a constituir una peligrosa tendencia, en especial entre los aliados galos; la ayuda solicitada a Cartago no terminaba de concretarse y su hermano Asdrúbal, establecido en Hispania, poco podía hacer para auxiliarlo, ya que la amenaza romana de atacar en la península ibérica seguía latente. Aguardar un momento de recuperación propia parecía lo más oportuno, y Aníbal decidió hacerlo.

Un dictador contra Aníbal

El Senado romano respiró hondamente con la determinación del cartaginés de apartarse de un ataque directo y frontal contra Roma. También ellos precisaban de tiempo para reorganizar defensas y tramar una estrategia que les devolviera la iniciativa.

Por lo pronto, decidieron destruir todos los puentes sobre el Tíber y

nombrar a un solo jefe que comandara la difícil situación, con el cargo de Dictador. La medida tomada revestía característica de extraordinaria y, por lo menos, inusual en los últimos treinta años. En general, el Senado no era amigo de concentrar todo el poder en una sola persona, pero en este caso se vio forzado a hacerlo. Al dictador lo nombraba el cónsul, pero en esta oportunidad tampoco era posible: el cónsul Flaminio estaba muerto, y su otro colega se hallaba lejos de Roma. El Senado, pues, debió hacer la elección, que recayó sobre un candidato de la aristocracia, el noble Quinto Fabio Máximo, nieto del general que había derrotado a los galos ochenta años antes.



El senado romano, obligado a decidir contra reloj, optó por centralizar el poderío militar romano en manos de una sola persona: Quinto Fabio Máximo.

Por entonces, Quinto Fabio Máximo contaba con 58 años y atesoraba una rica experiencia política y militar. Previamente a su elección, había sido dos veces cónsul, en el año 233 a.C. y cinco años más tarde, y ocupó el cargo de censor en el año 230 a.C. Su apelativo "Máximo" lo había heredado de su abuelo, quien lo había conseguido luego de vencer a los *samnitas,* y como bien señala Goldsworthy:

"La familia adoptó permanentemente ese nombre, pues la aristocracia senatorial no dejaba escapar ninguna oportunidad de celebrar de manera pública los grandes hechos de sus antepasados y de promocionar el éxito electoral de la generación del momento y de las futuras".

Quinto Fabio Máximo, además, era un hombre profundamente religioso, y antes que nada dedicó buena parte de sus esfuerzos a realizar rituales que garantizaran el éxito de su campaña; consultó los Libros Sibilinos y consagró ceremonias para ganarse el favor de los dioses.

Al Dictador debía acompañarlo un ayudante que, a la sazón, era el jefe de su Caballería, bajo el cargo de *magister equitum.* Habitualmente

lo elegía el propio Dictador, pero esta vez también las cosas fueron diferentes y el Senado fue quien tomó a su cargo la designación. La misma recayó sobre Marco Minucio Rufo, quien en el año 221 a.C. ya había conocido las responsabilidades consulares.

Con un mando renovado, único y fuerte, Roma se aprestó a contragolpear.

Mientras tanto, Aníbal había reanudado la marcha, esta vez hacia las costas del Adriático, donde intentó sumar poblaciones contra Roma. Finalmente se estableció en Sulmona, localidad que le permitía tanto incursionar hacia el este como hacia el oeste.

Quinto Fabio Máximo se aprestó entonces a seguir de cerca a los ejércitos púnicos –en general, a uno o dos días de marcha de su rival–, evitando presentar una batalla definitiva, pero sin dejar de hostigarlo cuando la ocasión le era propicia, en cada uno de sus flancos. Esta táctica le era sumamente productiva al Dictador ya que, por un lado, le permitía a sus hombres más noveles adquirir una experiencia de combate necesaria y, por otro lado, por más pequeños que fueran sus éxitos, todo servía para acrecentar la moral de las tropas que, como era de prever, los triunfos aplastantes de Aníbal habían dejado muy por debajo de lo recomendable para un ejército en operaciones.

La pretensión inmediata de Fabio, pues, era dejar pasar el tiempo, acumular experiencia, fuerza y moral combativa, mientras impedía que su enemigo recibiera reabastecimientos de víveres y hombres sometiéndolo a una suerte de sitio ambulante. Confiaba, entonces, en que la falta de recursos hiciera mella en el ejército cartaginés. De alguna manera, la estrategia de Quinto Fabio Máximo era de cierta inacción activa, razón por la cual se lo conoció rápidamente como el *Cunctactor,* “el que dilata”. Su estrategia incluía reforzar las guarniciones de sus aliados, lo que redundaba en mayores dificultades para Aníbal, a quien ya no le resultaba tan sencillo tomar los víveres almacenados en las ciudadelas pro romanas. La táctica tuvo pleno éxito, ya que ninguna ciudad aliada a Roma abandonó su alianza con ella.

La situación inquietó al púnico, ya que el estado de cosas no terminaba de definirse y, efectivamente, el paso del tiempo conspiraba contra sus aspiraciones. Para romper el equilibrio, Aníbal buscó realizar una expedición ejemplar hacia la Campania, intentando hallar ahí pueblos decididos a sumarse contra Roma.

Hasta entonces, si bien los romanos no habían obtenido ningún triunfo rutilante, tampoco habían sido nuevamente vencidos, y en definitiva la iniciativa cartaginesa se hallaba en una suerte de meseta, de estancamiento, sin lograr coronar ninguna acción.

En los inicios del año 216 a.C. Aníbal, pues, movilizó una vez más a sus tropas, en dirección al sur, arrasando el territorio samnita en Benevento y Telesia, siempre seguido de cerca por Quinto Fabio Máximo, quien evitó caer en la tentación de enfrentarlo.

La cercanía del invierno preocupaba a Aníbal, a esa altura muy necesitado de provisiones para los duros meses venideros, y en un nuevo intento de forzar un enfrentamiento definitivo dio órdenes de incendiar las tierras de cultivo y propiedades agrícolas en los alrededores de Capua. Se cuidó, además, de que las propiedades de Quinto Fabio Máximo no fueran violadas ni dañadas, con la pretensión de desprestigiar al dictador romano ante los ojos de los campesinos de la región. Esta táctica implicaba, de hecho, una activa "inteligencia" del ejército cartaginés, que además solía infiltrar espías adiestrados en los territorios a conquistar.

Pero Aníbal se había encontrado frente a un general reflexivo y astuto, y cada una de sus estratagemas se volvía fracaso. Sin víveres ni apoyo regional y ante un invierno de lo más crudo, a Aníbal sólo le restaba salir de la Campania. El general romano muy pronto se enteró de sus planes y entonces sí creyó oportuno emboscarlo y presentarle batalla.

El lugar indicado para la encerrona era cerca de Cales. Allí, Quinto Fabio Máximo dividió sus fuerzas, dejando unos 4.000 hombres para proteger el desfiladero, y apostando al grueso de su ejército en un monte cercano, desde donde podía dominar la entrada del mismo. El romano sabía que, situado en alguna altura, quedaba en mejor posición frente a la caballería númida de Aníbal, imbatible sobre terreno llano.

Lo que siguió fue una intensa partida de estrategias, tácticas y audacia.

Aníbal previó el movimiento que estaba realizando el enemigo, y entonces ideó una manera fantástica de salir indemne de la celada romana, seguramente recordando una estrategia similar, pero que tuvo como blanco a su propio padre, justamente en el episodio que le costara la vida.

Primero reunió unos 2.000 bueyes, a los que les hizo atar haces de ramas secas en sus cuernos; luego los trasladó hasta las cimas que dominaban el paso, e hizo formar a sus hombres por detrás de los animales; entre las bestias ubicó a muchos de sus más experimentados infantes, que tenían la misión de mantener ordenados a los animales. Así se alineó en orden de aparición la infantería ligera, la infantería pesada, la caballería y los aliados hispanos y galos. Dispuestos de tal forma, aguardaron en silencio durante la noche. Finalmente, poco antes del alba, las ramas secas amarradas a la cornamenta de los

bueyes fueron encendidas y los animales se desplegaron en una violenta e impensable corrida.



Estela funeraria usada por los cartagineses. En ella se puede ver tallada la figura de un elefante. Los elefantes fueron poderosas armas de combate empleados por los cartagineses, y fue Aníbal, quien provecho de la función intimidatoria que tenían éstos animales.

Cuando los romanos vieron desde lejos semejante espectáculo, confundidos por la noche, el humo de las antorchas y la polvareda que levantaban las bestias en su embestida, creyeron que quien huía era el ejército púnico, por lo que salieron presurosos a interceptarlo. Por supuesto, se encontraron con una embestida tremenda que muy pronto puso a las ordenadas legiones romanas en una desesperante confusión y fuga, a la vez que eran atacados por la infantería ligera de Aníbal, los galos y los hispanos, sufriendo enormes pérdidas.

Mientras tanto, el grueso del ejército de Aníbal franqueaba el paso,

escapando intacto del acoso romano. El genio de Aníbal, una vez más, había demostrado su colosal dimensión, y Quinto Fabio Máximo quedó desairado.

En ese mismo año (216 a.C.) un nuevo cambio en la dirección política y militar romana traería consecuencias gravosas para el imperio invadido. Según algunos senadores, Quinto Fabio Máximo abusaba de paciencia, y se irritaban con su estrategia, a la que tachaban sin más de cobarde y huidiza. La oposición belicista mantuvo su ofensiva contra Quinto Fabio Máximo y un hecho acudió para legitimar sus reclamos de mayor acción.

El dictador romano debió regresar a la ciudad de urgencia, probablemente para atender personalmente la conspiración en curso contra él, aunque algunos autores se refieren a ciertos servicios religiosos que precisaban de su estancia en Roma; tratándose de un hombre religioso como él, la hipótesis es verosímil. Como fuere, lo cierto es que el mando militar en el teatro de operaciones quedó en manos de Marco Minucio Rufo, con quien, parece ser, el Dictador no coincidía en el manejo de las cuestiones militares. Quinto Fabio Máximo, pues, le recomendó mantener la estrategia de no aceptar provocaciones; pero no sabía hasta dónde sus órdenes serían cumplidas.

En efecto, Minucio Rufo tenía sus propios planes y, proclive a entablar combate, poco tuvo en consideración la sugerencia de su jefe.

Por entonces Aníbal atacó Gerunio y Luceria, en el norte de Abulia, ciudades donde había abundantes depósitos de granos y víveres. Luego de un breve sitio, las fortalezas cayeron en manos del púnico, siendo sus poblaciones masacradas.

Cuando Minucio Rufo se enteró de las operaciones de Aníbal, se dispuso a marchar con las legiones hacia la región, donde por fin podría entablar batalla. Cuando finalmente arribó, Minucio Rufo desplegó sus tropas, a la vez que envió a su caballería contra los cartagineses, quienes se hallaban en plena tarea de acopio de forrajes. Aníbal, sorprendido por el contraataque romano, apenas pudo contenerlo, y sólo gracias a la oportuna intervención de refuerzos pudo sostener su posición y no desbandarse en derrota. Así las cosas, Minucio Rufo se retiró del campo. Podía sentirse satisfecho: había enfrentado al terror de Roma, ocasionándole numerosas bajas.

Muy pronto la novedad recorrió la península y llegó a Roma, donde despertó la más absoluta admiración, aun más en tanto se había distorsionado por completo la dimensión del combate y la valía del triunfo romano. La Loba precisaba de buenas noticias para infundir ánimo a ciudadanos y tropas, y no desaprovechó la oportunidad presentada.

Lo cierto es que la crónica de los sucesos alentó a los belicistas como hacía tiempo no ocurría. De alguna manera, para ellos quedaba demostrado que a Aníbal podía enfrentárselo con éxito y que las medidas cautelosas de Quinto Fabio Máximo ya no tenían razón de ser. La oposición, pues, se explayó a sus anchas y de inmediato impuso un cambio de importancia en su intento de desplazar a Quinto Fabio Máximo.

Minucio Rufo fue nombrado también dictador, con la misma jerarquía que aquel, por lo que el ejército romano contaba desde entonces con dos mandos, ciertamente de estrategias disímiles. Tal era la diferencia entre ambos jefes que terminaron dividiendo sus fuerzas y acampando separadamente, a unos dos kilómetros de distancia entre sí.

Por supuesto, nada de esto resultó intrascendente para Aníbal, a quien gustaba descubrir las fisuras de sus enemigos antes de tomar una iniciativa.

Dispuesto a darle una lección a su imprudente adversario y vengar el contraataque que le había lanzado en Gerunio, Aníbal lo atrajo a una celada mortal. Especialista en emboscadas y en las artes del engaño, primero ocupó una colina próxima al campamento de Minucio Rufo, donde ocultó varios grupos: unos 5.000 infantes ligeros y 500 jinetes. Luego, al amanecer del día siguiente, Aníbal envió a sus hombres a buscar forraje para los animales, en una maniobra que sólo buscaba ser advertida por los romanos, provocándolos a atacar. Minucio Rufo, alentado por su exiguo triunfo anterior, se entusiasmó, y sin reparar en precauciones envió a su infantería ligera para desalojar a los cartagineses. Luego envió a la caballería y, por último, fue él mismo con la infantería pesada.

La táctica de Aníbal dio una vez más los resultados previstos (evidentemente, como ya había sucedido en otras ocasiones, ayudado por la incompetencia del mando romano, o por lo menos de parte de él).

La batalla fue breve y cruel. Aníbal atacó con su caballería, arrollando a los infantes ligeros romanos. Minucio Rufo sólo pudo escapar de una matanza absoluta gracias a la providencial aparición de Quinto Fabio Máximo, quien acudió con sus tropas evitando el exterminio de las legiones romanas atacadas.



Escultura de guerrero galo. Aliados con los cartagineses, contribuyeron a engrosar las fuerzas de Aníbal.

La política de alianzas con los pueblos enfrentados o sojuzgados por Roma, constituyó una táctica bélica permanente llevada a cabo por el general cartagines a lo largo de todo el tramo de las Guerras Púnicas que lo tuvo como protagonista.

La derrota de Minucio Rufo volvió a poner en tela de juicio la estrategia belicista de algunos sectores del Senado romano, pero el tiempo había pasado y el plazo de mando de Quinto Fabio Máximo llegaba a su fin. El Dictador dejaba su puesto y regresaba a Roma con resultados nada despreciables: bajo su conducción, Roma no había perdido ninguna gran batalla y paulatinamente sus fuerzas se habían recompuesto. Pero la suerte volvería a cambiar en breve, y no pocos añorarían la dirección del jefe saliente. También Rufo fue apartado de su puesto.

El cambio de mando puso al frente de los ejércitos romanos a dos hombres que reunían casi las mismas características de los que cesaban en su cargo: el cónsul Lucio Emilio Paulo y el cónsul Cayo Terencio Varrón. El primero era un aristócrata juicioso, más cercano a

la política diseñada por Quinto Fabio Máximo que a los sectores militarmente más frontales. Varrón, en cambio, era un general plebeyo y, según los juicios de sus contemporáneos, tan patriota y entusiasta como imprudente y apresurado, tal vez con mayor sintonía con el ya conocido Flaminio y el propio Minucio Rufo. Como aquellos, sería Varrón el mayor responsable de la tragedia romana que se avecinaba, en los campos de Cannas, en una batalla casi definitiva en la que las legiones romanas serán aniquiladas.

Capítulo VI
Cannas: los ejércitos en pugna

Y

a hemos dado numerosos datos acerca de los ejércitos romanos y púnicos. No obstante es conveniente, por los graves acontecimientos que se aproximan en el relato, sistematizar algunos aspectos.

No hay dudas de que el ejército romano había evolucionado al punto de ser uno de los más exitosos, aunque ciertamente sus experiencias recientes con los púnicos no acreditaban semejante balance. Pero al menos hasta la confrontación con Aníbal, el desarrollo de las legiones romanas había dado excelentes resultados.

Es de suponer que hacia el siglo VIII a.C., los etruscos establecidos al norte del río Tíber, en la Toscana actual, realizaron su primer gran cambio táctico en la forma de establecer combate, adoptando desde entonces la "falange de hoplitas" utilizada con tan buenos resultados por los griegos.

Durante el reinado de Lucio Tarquino –según la tradición, el quinto de los reyes de Roma (616-578 a.C.)–, el ejército estaba integrado por tres contingentes: uno de etruscos, otro de romanos y, finalmente, el tercero de latinos. Más tarde, bajo el monarca etrusco Servio Tulio, sexto rey de Roma, el ejército fue organizado a partir de un censo lustral que establecía la población apta para el servicio militar. Desde entonces se concibieron seis clases de integrantes, siempre según su fortuna. La primera clase aportaba hombres para la infantería política, quienes en virtud de su disponibilidad de dinero podían contar con armamento y defensas completas –casco, coraza, escudo, espada y lanza–; luego, en forma decreciente, se enlistaban las otras clases, siendo conformada la última por los desposeídos, los que mayormente carecían de equipamiento adecuado. La caballería, por su parte, estaba formada por los ciudadanos más acaudalados y de familias patricias, razón por la cual era el arma menos poblada.

La característica más notable de este tipo de ejército era su poca capacidad de maniobra, aunque ciertamente le resultó útil a Roma en su lucha de subsistencia a lo largo del siglo VI a.C., como así también para consolidar su posición predominante durante el siglo siguiente. No obstante, demostró sus límites e ineficacia en el siglo IV a.C.,

cuando la violenta invasión celta a la Italia septentrional y central derivó, finalmente, en el incendio de Roma en el año 390 a.C., provocando el fin de la hegemonía romana en la región. La crisis abonó numerosos movimientos separatistas, como la sublevación de Etruria meridional, en el sur; la reacción de los *volscos,* en el este; la reacción de los *hérnicos;* y las dislocaciones en el seno de la confederación latina, como las de Tibur y Preneste.

La sucesión de conflictos políticos devino en crisis militar, y los romanos comenzaron el restablecimiento de su hegemonía en la Italia central basándose en dos nuevos pilares: la fortificación defensiva de Roma y su reorganización militar, sobre todo a partir de la batalla del Allia (390 a.C.), donde los romanos fueron arrollados por el combate ofensivo y móvil de los galos, que pusieron en fuga a las legiones.

A mediados del siglo IV a.C., pues, se impuso una serie de reformas en las tácticas y armamentos de las milicias latinas.

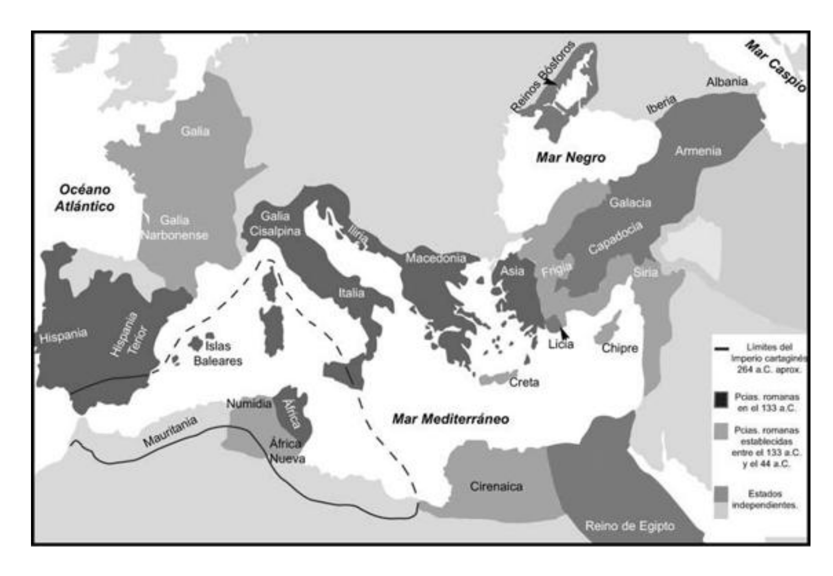
La principal reforma que el ejército romano implantó entonces fue el cambio de la falange heredada de los etruscos por la formación *manipular,* que le otorgaba a la legión una mayor flexibilidad ya que los manípulos se encontraban separados por intervalos, lo que les permitía operar en forma autónoma tanto en acciones ofensivas como en oportunas y veloces retiradas. Esta táctica de frente discontinuo fue ya utilizada, según Polibio, en el año 206 a.C. durante la batalla de Ilipa, en Hispania, donde posiblemente por primera vez se haya efectuado la combinación de tres manípulos encolumnados formando una *cohorte.* Ya a partir del siglo II a.C., la nueva formación se adoptaría con mayor frecuencia.

Otra de las innovaciones tácticas implementadas consistió en el lanzamiento del *pilum* (jabalina) en forma sucesiva, en lugar de hacerlo de manera simultánea, como era tradicional. El dictador Sulpicio había notado que el resultado era de una incomparable eficacia. Estas innovaciones se debieron en primer lugar a Camilo y a los generales que se formaron en su escuela, como T. Manlio Torcuato, M. Valerio Corvo, C. Marcio Rutilo y C. Sulpicio.

A lo largo del siglo IV a.C., Roma se recompuso merced a una política expansionista y agresiva, y hacia mediados del siglo siguiente dominaba un territorio de unos 6.000 kilómetros cuadrados. Muy pronto su importante concentración poblacional y sus abundantes recursos la convirtieron en la principal potencia de Italia central.

Las reformas en el ejército y el arte de la guerra continuaron perfeccionándose en el marco de continuos enfrentamientos con pueblos vecinos, siendo particularmente importantes las innovaciones en el arte de la maniobra de envolvimiento y la maniobra por líneas interiores. La primera fue experimentada exitosamente contra los

samnitas en la campaña de Apulia (320-317 a.C.); la segunda se puso en práctica hacia el año 312 a.C., cuando la formación de la primera coalición itálica contra Roma obligó a su ejército a combatir en dos frentes: uno defensivo, en el sur, y otro ofensivo, en el norte. Los movimientos por las líneas interiores le permitieron a los romanos descargar todo su poder sobre el frente más vulnerable y, tras una hábil maniobra de diversión realizada por los cónsules C. Fulvio y L. Postumio Metello, las legiones romanas lograron dividir a la alianza formada por *etruscos, umbríos, galos* y *samnitas,* venciendo por completo a estos dos últimos pueblos en la batalla de Sentinum (295 a.C.).



Hacia el año 280 a.C. el poder de Roma se extendió aún más, cubriendo ahora una superficie de 82.000 kilómetros cuadrados, es decir, casi tres cuartas partes de la Italia peninsular, con la sola excepción del Brutium y de la Magna Grecia, en el sur.

Pero la táctica de combate no era la única particularidad del ejército romano. Había otra que, por su singularidad, le daba una cohesión fundamental a la hora del llamado de la guerra: su conformación ciudadana. En efecto, el ejército romano estaba integrado por ciudadanos propietarios de tierras, a quienes se recurría para la defensa del Estado. En términos generales, el ejército romano no era un cuerpo profesional, sino una conjunción de ciudadanos que servían a su Estado ocasionalmente y en forma obligatoria. Era, pues, un ejército de reclutas cuyo servicio podía prolongarse voluntariamente, pero siempre dispuesto a ser interrumpido en virtud del licenciamiento dispuesto por el Senado merced a lo inconveniente de mantener las legiones en tiempos de paz sostenida. De todos modos, el

Senado podía convocar nuevamente al reclutamiento si así lo creyera necesario, dándole al ejército romano su característica de no permanente y sujeto –según las circunstancias– a organizarse una y otra vez. Por supuesto, esta modalidad le confería características singulares: por un lado, sus filas siempre estaban pobladas de soldados –sobre todo infantes– inexpertos; por otro lado, dotó a la dirigencia política de una enorme capacidad organizativa para responder en tiempo y forma según las artes de la movilización y desmovilización generalizada de tropas, amén de una práctica economía de recursos.

De hecho, en tiempos de sostenida paz, el erario romano no malgastaba fortunas en mantener a millares de ciudadanos en una tarea tan poco productiva como la preparación bélica. Sólo se limitaba a sostener a una sí experimentada camada de oficiales. Para los ciudadanos era una obligación responder a la convocatoria anual preparatoria, y eran ellos el núcleo central de la infantería pesada que se dividía en unidades de batalla llamadas *legiones.*

Por entonces, todos los años durante el mes de marzo, cuando se iniciaba el calendario romano, se elegían dos cónsules como máximas autoridades del Estado. Éstos, debido al mandato que poseían, eran también los comandantes en jefe del ejército. De esto se deduce, como bien señala Goldsworthy, que:

“En Roma, guerra y política se hallaban inseparablemente unidas y, según exigía su condición, se esperaba que sus líderes fueran capaces de guiar la vida pública en el Foro o de dirigir un ejército en campaña”.

Los cónsules tenían la responsabilidad del reclutamiento. Habitualmente, el infante *(pedites)* debía cumplir un período de seis años de servicio en el ejército, normalmente de marzo a octubre. De acuerdo con la fecha fijada por los cónsules, se realizaba la selección *(dilectus)* de todos los ciudadanos varones entre diecisiete y cuarenta y seis años. Para los más jóvenes se trataba de su primera experiencia militar; para los que ya habían pasado por ella, una suerte de estado de “disponibilidad” que, en caso de emergencia, se convertía automáticamente en un nuevo ingreso al servicio activo *(evocatus).* Esta responsabilidad no sólo recaía en los ciudadanos romanos, sino que también era compartida por los aliados de Roma, según disponían los tratados bilaterales que reglamentaban tanto sus derechos como sus obligaciones.

En general, los aliados compartían con Roma –en igualdad de condiciones– el *dilectus* para la infantería, pero debían aportar un número mayor de seleccionados para la caballería, por lo general el triple, con lo que Roma compensaba su debilidad en esta arma. Luego, teniendo en cuenta su condición económica, estado físico y edad, se los asignaba a cada una de las cuatro líneas de batalla que presentaba

la legión, integrada ésta por unos cuatro mil doscientos hombres, salvo en contadas ocasiones en que su número se elevaba a cinco mil, dependiendo esto último del enemigo a combatir.

La infantería romana, pues, conformaba el núcleo central del ejército, y en formación de batalla presentaba la siguiente disposición por legión:

1ª Línea	Infantería *(Velites)*	ligera1.600 hombres
2ª Línea	Infantería *(Hastati)*	pesada1.400 hombres
3ª Línea	Infantería *(Príncipes)*	pesada1.400 hombres
4ª Línea	Infantería *(Triarios)*	pesada600 hombres

La infantería ligera estaba integrada por los hombres más jóvenes y de condición económica menos dotada. La responsabilidad de esta formación era la de tomar contacto con el enemigo por medio de breves escaramuzas y hostigamientos, sin comprometerse en una confrontación abierta y prolongada. Su armamento era el elemental, generalmente espada y algunas jabalinas *(verutas),* y escaso su equipo de defensa: pieles de lobo u oso en la cabeza y un escudo redondo de madera forrado en lona o cuero, de unos 90 cm de diámetro. Ninguna armadura cubría su pecho, y sus brazos y piernas estaban desnudos. Por su inexperiencia y su endeble equipamiento, esta unidad retrocedía inmediatamente después de haber arrojado sus jabalinas, cobijándose en los espacios dejados por la siguiente línea de ataque.

Tras la infantería ligera se alineaba la infantería pesada, sobre quien recaía la mayor responsabilidad del combate. Estaba compuesta por hombres no tan jóvenes como los de la infantería ligera, pero de excelente condición física y de recursos económicos más elevados, lo que les permitía disponer de una armadura más completa, preferentemente una cota de malla compuesta por anillos de hierro cosidos sobres tela o cuero. Algunos de menores recursos, empero, sólo se protegían con un pectoral metálico de unos 20 cm de lado, las más de las veces de bronce o de hierro. Su cabeza estaba protegida por un casco de bronce adornado con tres plumas de unos 40 cm, habitualmente negras o rojas. El arma clásica de la infantería pesada era el *pilum,* una suerte de lanza a la que, hacia el siglo IV a.C., se le agregó una varilla de hierro dulce que extendió su longitud hasta poco más de dos metros y medio. Por lo general, cada infante portaba dos *pilum,* uno pesado y otro ligero. También llevaban una espada de hoja recta cuya longitud alcanzaba unos 45 o 50 cm. Como arma era por

demás eficaz, ya que su doble filo permitía hacer tajos y estocadas a muy corta distancia, especialmente durante la lucha cuerpo a cuerpo. Los legionarios la llevaban del lado derecho de la cadera, y los oficiales mayores del lado izquierdo, colgando de un cinturón o un tahalí. Para su defensa, la infantería pesada contaba con un escudo *(scutum)* de superficie convexa que asemejaba a un rectángulo de extremos redondeados, de unos 70 cm de ancho por 120 cm de largo. Este estaba armado con dos tablas pegadas revestidas con una lona, y finalmente cubierto con piel de becerro o de buey, lo que hacía que su espesor fuera considerable: 7 cm. Para darle mayor fortaleza, solían tener en su centro un tachón de hierro, eficaz para contener una jabalina o el golpe de espada enemigo. Los bordes estaban recubiertos por varillas de hierro, para evitar el desgaste y el desmembramiento durante el combate. A diferencia de los soldados más pobres, los miembros de la infantería pesada calzaban botas de cuero.

Finalmente, la cuarta fila de la legión estaba formada por los *triarios,* soldados veteranos, entre los cuarenta y los cuarenta y seis años, y que sólo eran utilizados como último recurso o para custodiar el campamento. Su equipamiento era similar al de la fila que los precedía, con la salvedad de que utilizaban lanzas de unos 4 m de largo en vez del clásico *pilum.* También era distinta su protección, ya que usaban grebas o canilleras de bronce en la pierna izquierda, que es la que se adelanta cuando se combate.

Por fuera de la formación clásica de las legiones se hallaba el cuerpo de Caballería, conformada por los *equites,* cuyo reclutamiento se efectuaba entre los ciudadanos de nivel económico más elevado. Hasta principios del siglo II a.C., según Polibio, se seleccionaban unos 1.200 caballeros; 300 para cada una de las cuatro legiones establecidas. Esta evidente debilidad de efectivos era compensada con la caballería aliada, que aportaba el triple de jinetes. Su equipamiento consistía en un casco estilo tesálico o ático etrusco, muy posiblemente cota de malla, un escudo redondo llamado *parma* y de 90 cm, *gladio* (espada) y una lanza resistente, del tipo de la *kamax* griega. La caballería romana de cada legión se dividía en diez unidades llamadas *turmae,* cada una integrada por treinta jinetes distribuidos en tres escuadrones cuyo mando lo ejercía un *decurión* y su *optio* (ayudante). En el caso de la caballería aliada, la organización táctica era similar, con la diferencia de que el número de *turmae* por legión debía ser de treinta unidades.

La unidad táctica de la legión era el *manípulo* (puño, literalmente) que estaba integrado por dos centurias de sesenta a ochenta hombres. En total, había treinta manípulos, diez por cada línea de batalla de la legión, excepto la infantería ligera. La división manipular se mantenía

en las legiones aliadas.

La formación de combate de un ejército consular compuesto por cuatro legiones era la siguiente: dos romanas, que ocupaban el centro del dispositivo, y dos aliadas que lo hacían invariablemente a la derecha e izquierda de las anteriores. Cada ala se dividía en diez *cohortes,* manteniendo la división en *hastati, principes* y *triarii* con diez *manípulos* cada una.

También de las tropas aliadas se seleccionaban hombres para organizar una fuerza de élite, los " *extraordinarii",* formada por unos mil seiscientos infantes y seiscientos jinetes. Éstos se agrupaban en cuatro *cohortes* y eran utilizados como guardia consular y pantalla durante las marchas del ejército.

El mando manipular estaba ejercido por los *centuriones,* en número de treinta, elegidos por la legión. A su vez éstos nombraban un segundo centurión, haciendo un total de sesenta por legión, los cuales pasaban a elegir a sus ayudantes. El primero de los centuriones –*primus pilus* o centurión primipilo– era el de más alto rango y podía participar en el consejo del cónsul. El mando general de las legiones lo ejercían seis *tribunos militares* que recibían las órdenes del cónsul. En el caso de las legiones aliadas, el mando recaía sobre tres *prefectos,* también nombrados por el cónsul.

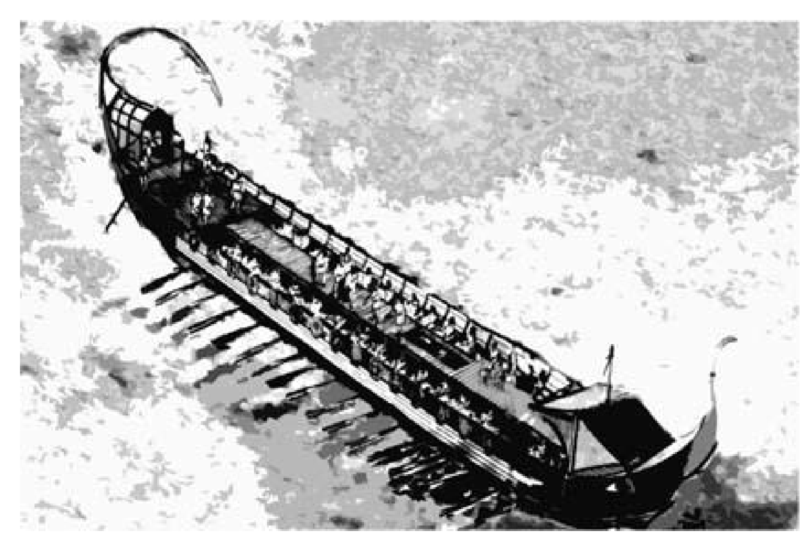
Un elemento a destacar dentro del ejército romano, que en buena medida puede ser extendido también al ejército cartaginés, es la libertad que tenían los mandos principales en dirigir las operaciones según su propia inteligencia, puesto que las limitadas comunicaciones que podían establecerse con la metrópolis hacían virtualmente imposible una consulta colegiada. Sobre todo –como acota Goldsworthy– cuando las operaciones militares se llevaban a cabo más allá del propio territorio:

"Por todo ello – señala este autor – *los comandantes militares romanos tenían la posibilidad de dirigir las operaciones a un nivel mucho más inmediato y personal… En campaña, y durante las batallas y los sitios, los generales romanos se mostraban muy activos, pasando una buena parte del tiempo cerca del enemigo y expuestos, por ello, a heridas o a la muerte producidas por alguna arma arrojadiza o por atacantes que actuaban de improviso".*

El ejército púnico

También el ejército cartaginés evolucionó a lo largo de su historia, debiendo lidiar con dos grandes pesos sobre sus hombros: en primer lugar, el carácter motor de la flota naval como principal unidad

guerrera púnica, y en segundo término la condición esencialmente mercantil de Cartago, lo que aparejó una especial restricción en el interés de crear un poderoso ejército propio. De hecho, la ciudad apelaba a la contratación de mercenarios a la hora de enfrentar un conflicto bélico. Las llamadas Guerras Púnicas, no obstante, cambiaron sustancialmente las cosas.



Los barcos cartagineses contaban con un sofisticado diseño que permitía agrupar a los remeros, maximizando el espacio, y la construcción del casco rompía las olas evitando que la tripulación se mojara. El barco también disponía de espacio para repuestos y víveres

Es poco lo que se conoce del ejército cartaginés inicial. Los datos más abundantes provienen de las Guerras Púnicas y los ha proporcionado Polibio. Según él, durante la Primera Guerra Púnica, fue Xantipo, el Espartano, quien habría organizado e instruido al ejército de Cartago en el año 255 a.C., tras el desembarco en el norte africano de 15.000 soldados romanos bajo las órdenes del cónsul Atilio Régulo. En esa desesperada ocasión, Cartago recurrió a Xantipo, quien rápidamente organizó un ejército de 12.000 infantes, 4.000 jinetes y 100 elefantes, y los instruyó en las artes militares helénicas, cuya principal manifestación táctica era la falange macedónica.

A pesar del breve tiempo preparatorio, el ejército cartaginés combatió bravía y ordenadamente, logrando en la llanura de Bagradas, al noroeste de Cartago, aniquilar por completo a la fuerza invasora. Mucho tuvo que ver en la victoria la exacta coordinación de la falange macedónica con la caballería númida, que desde entonces se convertiría en la unidad combativa más importante de los púnicos. La utilización de elefantes no fue un dato menor, ya que su incorporación al ataque no sólo llenó de pavor a los legionarios que los veían

avanzar contra sus filas, sino que permitieron con su empuje dispersar las ordenadas formaciones romanas. De alguna manera, los elefantes fueron para los cartagineses un ariete poderoso que abría las filas enemigas. Posteriormente, ya con la familia Barca como jefes militares, la caballería númida, íbera y gala, tendrían las principales responsabilidades en el arrollamiento del enemigo.

El ejército púnico estaba conformado por ciudadanos libio-fenicios, conducidos por oficiales cartagineses, pero la mayor parte de la infantería pesada era mercenaria, generalmente de origen ibérico, galo, ligur y norafricano. Esta diversidad se prolongaba a las características de sus armas, tácticas de combate y mandos medios, lo que le confería al ejército cartaginés una falta singular de cohesión interna, aunque a su vez se tratase de hombres experimentados en numerosos enfrentamientos y de comprobado valor.

La formación púnica por excelencia era la *falange,* que alistaba en su seno alrededor de 16.000 hombres. Su unidad táctica era la *syntagma* o batallón, que constaba de 256 hombres, alineados en un cuadrado formado por dieciséis hombres de frente y dieciséis de fondo bajo la conducción de un *syntagmatarca.* La falange, pues, se conformaba de 62 a 64 *syntagmas.*

Los hombres marchaban ordenadamente, llevando en las cuatro o cinco primeras filas de cada batallón sus lanzas en ristre, de manera que sobresalían por delante de la primera línea. Los demás mantenían sus lanzas en alto, paralelas a sus cuerpos.

La mitad de la falange formaba un ala o *kera* comandada por un *kerarca* o jefe de ala. La falange completa era dirigida por un *estrategos.*

Durante los combates, las falanges y medias falanges podían adoptar diversas formas, ya sea recta tradicional, oblicua o en media luna, entre otras; a pesar de sus diversas maneras, la falange pecaba de ser una formación pesada, sin demasiada capacidad de movilidad, lo que la hacía especialmente frágil en sus flancos y retaguardia.

La caballería de los cartagineses, en cambio, era un cuerpo eficaz y mortífero, y entre ella sobresalía la formada por los jinetes númidas. La velocidad de sus caballos y la pericia en su manejo le daba a este cuerpo una notoria superioridad. Tácticamente, también supieron explotar estas ventajas: ligeramente armados, solían incursionar rápidamente sobre el enemigo a quien sorprendían, y luego se alejaban con la misma premura con la que habían llegado. Golpeando y sin dejarse golpear, la caballería númida acechaba a los romanos hasta el cansancio, y en el momento de mayor desasosiego y debilidad de aquellos emprendía un ataque final que en casi todas las campañas de Aníbal culminaron con el arrollamiento y la matanza de las

legiones.

Ya hemos dicho que cada grupo tribal o "nacional" que integraba el ejército púnico llevaba al combate sus propias armas, de ahí que resulte difícil realizar una generalización si se trata de describir el armamento de dicho ejército. Es probable que Xantipo le haya dado a su falange un equipamiento similar al de los helenos, es decir, una *sarissa* o pica de cinco a siete metros de longitud, casco y grebas de bronce, coraza de bronce o lino, espada de unos cincuenta centímetros de largo y hoja curvada, o la recta de doble filo de similares medidas. El escudo era circular, de cuero o de madera, forrado en bronce, e iba sujeto al cuello por correas para poder utilizar la pica con ambas manos liberadas.

La infantería española portaba un escudo oval parecido y ligeramente más pequeño que el romano; varias jabalinas; el *saunión,* una lanza de hierro y de punta de bordes dentados que alcanzaba un largo de 1,60 metro; casco metálico o de cuero, túnica blanca de algodón con guarda púrpura y un sable pesado –la *falcata*– de 45 centímetros, o la espada recta de doble filo.

El armamento de los galos consistía en una espada de doble filo y de unos 80 centímetros de largo, de gran poder en el golpe de arremetida. Sus escudos eran ovalados o redondos, forrados en cuero, y siempre pintados con vistosos colores. Por lo general, iban desnudos al combate, aunque cubiertos de tatuajes y pinturas rituales. Algunos, en cambio, llevaban casco metálico y en el torso una cota de malla que consistía en una prenda compuesta por anillos de hierro ligados unos a otros y cosidos sobre una tela o cuero. Esta armadura "flexible" podía llegar a pesar unos 9 kilos aproximadamente. En batalla, las tropas celtas se agrupaban por compañías, cada una con el estandarte correspondiente.

La infantería ligera, responsable de abrir el combate en escaramuzas y emboscadas, la integraban los honderos baleares, que Aníbal utilizara tan eficazmente en sus campañas. Los baleares se valían de tres tipos de hondas, según las distancias que debiera recorrer su proyectil, generalmente de piedra o plomo. Muy pronto su enorme precisión los convirtió en una unidad de saturación y desgaste de gran utilidad, y será también una de las preferidas de Aníbal.

La caballería númida era en gran parte ágil gracias a su liviana indumentaria: no llevaba casco ni coraza, volcando toda su carga en portar varias jabalinas y un escudo de protección. La caballería ibérica, en cambio, vestía en forma similar a la infantería y utilizaba *la falcata,* escudo y una lanza.

Pero así como las diferentes unidades púnicas tenían sus propias armas, el ejército todo contaba con una ayuda que se develó

invalorable: la de los famosos elefantes cartagineses.

Que los Barca no hayan sido los primeros en utilizarlos en formaciones de ataque está suficientemente acreditado. En efecto, ya habían sido parte de la estrategia combativa de Alejandro, quien los empleó en la batalla de Gaugamela, en la que el 30 de septiembre del año 331 a.C. derrotó al rey Darío III de Persia. Según parece, Alejandro habría utilizado quince de estos animales en aquella batalla, y volvió a contar con ellos en la India, en el año 326 a.C., cuando se enfrentó en el Hidaspes con el rey Poros, que también disponía de elefantes en un número cercano a doscientos animales. Desde entonces, los elefantes estuvieron presentes en varios escenarios bélicos, y bajo la conducción de diversos ejércitos. El mismo Pirro los sumó a sus fuerzas durante su invasión al territorio italiano, beneficiándose con el terror que infundían entre las legiones romanas. La acción de los elefantes tendía a ser eficaz en dos campos diferentes. Por un lado, causaban pánico entre los soldados enemigos y espantaban a sus caballos, produciendo un incontenible desbande y confusión que era aprovechada convenientemente. Por otro lado, el tamaño y la fuerza de los paquidermos los convertía en arietes móviles que abrían cualquier formación de batalla, por más organizada y uniforme que fuera.

Los Barca supieron utilizar una especie africana –posiblemente capturados en Marruecos y Argelia– de contextura menor a los de la sabana africana y los de la India –de tres metros y medio y tres metros respectivamente–, alcanzando una altura aproximada de dos metros y medio.

Los cartagineses dispusieron a los elefantes en auténticas brigadas de ataque, y montaron sobre ellos pequeñas construcciones desde donde varios arqueros no dejaban de arrojar sus dardos contra las fuerzas enemigas, a la vez que el animal se iba abriendo paso entre ellas.

Las armadas

Históricamente, al menos hasta sus enfrentamientos con los romanos, Cartago había sostenido una completa hegemonía en el Mediterráneo. Sabemos, gracias a los autores clásicos, que la composición de la flota cartaginesa estaba nutrida de *quinquerremes,* su principal navío de combate. Tal como lo indica su nombre, cada nave contaba con cinco remeros por bancada a ambos lados por sección de tres remos, en proporción de dos remeros en los dos remos superiores y uno en el inferior. Su uso se difundió desde el siglo IV a.C., lo mismo que en

Grecia, y fue habitual en los siguientes.

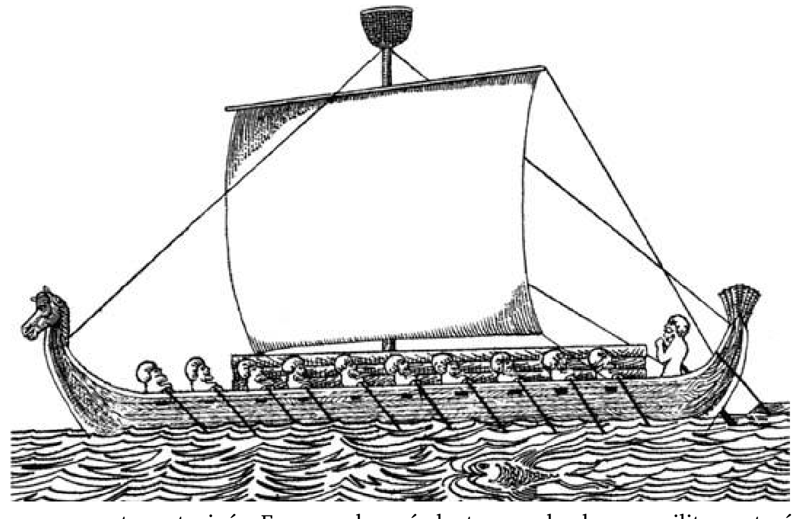
El antecedente del *quinquerreme* o *penteras* había sido el *trirreme,* en especial desde el siglo VII a.C., una nave inspirada en las antiguas galeras fenicias. Durante el desarrollo de las Guerras Púnicas, fue reemplazada por los *quinquerremes,* ya que estos otorgaban mayor capacidad de maniobra y velocidad.

Las características de los *quinquerremes* han podido ser reconstruidas merced a una serie de hallazgos arqueológicos realizados en 1971, en las cercanías del puerto de Marsala, en Sicilia. Así pudo establecerse que la quilla de estas naves era de arce, las cuadernas de roble y el revestimiento de pino. Las posibles filtraciones de agua se conjuraban con una mezcla de cera y resina o brea que se aplicaba a manera de masilla, y luego se revestía el casco con láminas de plomo. La proa, por su parte, contaba con un gran espolón recubierto en bronce, lo que lo convertía en un ariete formidable para embestir a las naves enemigas.

Las dimensiones del *quinquerreme* eran de entre 35 y 42 metros de eslora o largo, y 5 metros de manga o ancho; su peso aproximado era de entre 42 y 46 toneladas, y su velocidad promedio alcanzaba los seis nudos (11 km/h). Se calcula que podían recorrer una distancia de 130 kilómetros a lo largo de una jornada diurna y hasta 110 kilómetros durante la noche.

Los *quinquerremes* albergaban una tripulación promedio de trescientos hombres, a los que se les sumaban los infantes en un número apenas superior a los cien hombres. Como es sabido, Cartago poseía una flota de alrededor de 350 de estas naves, lo que explica de por sí el porqué de su preeminencia en el Mediterráneo.

Junto a los *quinquerremes,* los cartagineses contaban también con barcos mercantes o de carga *(oneraria),* todos ellos de características mucho más pesadas y lentas; de hecho, su velocidad no superaba los cuatro nudos (unos siete kilómetros por hora). Impulsados por velas situadas en uno o dos mástiles, llevaban cincuenta remeros. Su función principal era la de transportar mercancías, y en tiempos de guerra víveres y equipos.



Barco mercante cartaginés. Eran mucho más lentos que los barcos militares; tenían grandes bodegas y estaban impulsados por velas y remos.

Por su parte, Roma también contaba con una importante flota que había sido desarrollada con urgencia desde el enfrentamiento con los cartagineses en la Primera Guerra Púnica. Hasta entonces, los romanos sólo habían contado con una modesta marina de guerra compuesta de grandes botes (caudices) aptos sólo para navegar los ríos, y pequeñas embarcaciones marinas, más ligeras y rápidas.

Con el estallido de la Primera Guerra Púnica, los romanos se vieron obligados a modelar en muy pocos meses una flota de guerra capaz de hacerle frente a la de los cartagineses, por lo que no tuvieron mejor idea que copiar el diseño de estas y reproducirlo para su utilización. Es decir, la marina de guerra romana fue por completo tributaria de la de su más enconado enemigo. En poco más de dos meses, y luego de recaudar importantes sumas de dinero entre las familias más poderosas, Roma construyó alrededor de cien quinquerremes. Claro que si bien un objeto podía ser reproducido hasta en sus más mínimos detalles, nada de eso ocurría con la experiencia en las artes de la navegación y el combate marino, razón por la cual los cartagineses continuaron gozando del dominio del Mediterráneo un tiempo más. En principio, pues, la experiencia histórica de los cartagineses en el mar constituyó un privilegio que no podía ser superado con esfuerzo y buenas intenciones.

A los romanos no se les escapaba su atraso en tradición marina comparada con la de Cartago, así que decidieron equilibrar las desventajas apelando a una estrategia tan creativa como eficaz. Si los púnicos eran maestros en la batalla naval, había que llevar la batalla terrestre, en la que los romanos sí eran mejores, al propio Mediterráneo.

Fue entonces que los romanos pusieron en práctica un recurso que revolucionó el enfrentamiento entre flotas: un puente de abordaje que permitía a las legiones pasar de su barco al de los enemigos, donde luego se libraba una lucha cuerpo a cuerpo por la toma de la nave. Esta innovación romana pronto dio sus frutos y en el año 260 a.C., en Mila, el cónsul Cayo Duilio obtuvo la primera victoria naval para los romanos, logrando destruir cincuenta naves cartaginesas.

Por otra parte, los romanos fueron aquilatando la experiencia naval de los púnicos y de los griegos, entrenando cada vez más mandos capaces de dirigir exitosamente una flota, y reconociendo y realizando mapas de zonas propicias para el resguardo de sus naves.

Paulatinamente al principio, y progresivamente después, el predominio marítimo fue equilibrándose, hasta pasar a ser dominado por los romanos. Los efectos se hicieron sentir profundamente, y no sólo en el aspecto militar. Desde el punto de vista moral, a los púnicos se les arrebataba uno de sus más grandes orgullos, lo que minó considerablemente su confianza en las artes guerreras.

Capítulo VII
La batalla de Cannas

H

acia el año 216 a.C. y tras la invasión púnica a territorio italiano, la situación entre ambos contendientes se planteaba ciertamente de manera paradójica.

Por un lado, las batallas libradas entre cartagineses y romanos habían culminado invariablemente con el éxito de los primeros, con la particularidad de que ninguna de ellas había tenido un curso incierto. Por el contrario, los romanos fueron una y otra vez humillados estratégicamente y avasallados materialmente. No había, pues, ninguna duda sobre la superioridad del mando cartaginés, y las enormes pérdidas en hombres y equipos de los romanos redujeron –al menos por el momento– las diferencias de estructura y conformación existentes entre uno y otro ejército.

Pero por otro lado, y no obstante lo anterior, Aníbal no había podido marchar sobre Roma, y lo que parecía en principio una expedición imposible de detener, comenzaba a hallar obstáculos de importancia. Dicho en otras palabras, la superioridad militar púnica no se tradujo en hegemonía política, y la Roma herida se mantuvo firme y resuelta a defender sus posesiones, apoyada por aliados que permanecieron, aun a pesar de los fracasos militares de las legiones, en el seno del imperio madre.

En este sentido, el desvío del general cartaginés hacia el mar Adriático bien puede entenderse como una expresión de sus limitaciones.

Así las cosas, en la primavera de ese año 216 a.C., Aníbal se dirigió hacia el norte de Apulia, una región que albergaba la ciudadela de Cannas, cuyos almacenes rebosantes de granos y víveres resultaban de vital importancia para uno y otro ejército. En ese escenario se dirimiría en breve el pleito mayor.

Del lado romano, la preparación de una confrontación decisiva fue precedida por amplias movidas políticas y militares.

Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón resultaron electos nuevos cónsules, y los del año anterior –C. Servilio y M. Régulo– recibieron la envestidura de procónsules, a cargo de las legiones que

hasta entonces habían sido comandadas por Quinto Fabio Máximo y Marco Minucio Rufo. Las directivas que recibieron fueron claras y concisas, y de alguna manera, continuadoras de la táctica de Quinto Fabio Máximo, es decir, no entablar combates decisivos y ocasionar, mediante refriegas y enfrentamientos en pequeña escala, el mayor desgaste posible a los ejércitos de Aníbal.

Por otra parte, Roma tomó medidas a un nivel mayor (si se quiere, de alcance “nacional”), enviando al pretor Lucio Postumio Albino a la Galia para establecer firmes alianzas contra los cartagineses. Finalmente, la flota de guerra romana establecida en Sicilia, conformada por 150 naves, fue puesta bajo las órdenes del pretor Claudio Marcelo y se la alistó presta a apoyar las maniobras terrestres. Además se enviaron refuerzos militares a Hispania con la inequívoca intención de mantener un segundo frente que impidiese a Aníbal recibir ayuda de sus nuevas colonias.

El Senado romano, pues, se dispuso a librar una batalla definitiva no desestimando ningún recurso, una batalla que si bien se libraría en territorio itálico dependía, en buena manera, de la marcha de los acontecimientos en otros escenarios.

Los romanos no eran, ni mucho menos, los únicos que tomaban sus recaudos. Toda Italia y la Galia estaban convulsionadas, y las diferentes ciudades y tribus también hacían sus cálculos, midiendo por conveniencia política y económica o por afinidades culturales, los próximos pasos a dar. Para cartagineses y romanos estaba en juego la hegemonía territorial y mediterránea; para el resto de los pueblos, el acompañamiento a tal o cual imperio, en un contexto de reivindicación de sus particulares intereses locales, históricos y culturales.

Por supuesto, Aníbal se debatía en cavilaciones. Tras pasar el invierno en Gerunium y tomar la ciudadela de Cannas, pretendió forzar una batalla de inmediato, en un intento por evitar el rearme y la recomposición de los romanos. Sabía perfectamente que sus anteriores triunfos militares bien podían revertirse con el paso del tiempo, y que Roma no era una fortaleza que podría tomarse por asalto. La oportunidad le había sido militarmente propicia, pero no alcanzó para quebrar ni la animosidad del Senado ni sus alianzas. Un nuevo triunfo en los campos de batalla le daría al púnico el marco necesario para volcar el destino definitivamente a su favor. Sin embargo, esta vez sus provocaciones no tuvieron éxito, y los jefes enemigos se limitaron a enviar continuos correos al Senado informando sobre sus movimientos. En las jornadas siguientes, los preparativos en uno y otro bando serán vastos y urgentes.

Alos romanos sólo les quedaba entablar batalla, ya que la pérdida

de sus almacenes de Cannas los privaba de víveres necesarios para cualquier campaña de largo aliento. Se aprestaron, pues, a saldar cuentas con el enemigo. En total, Roma alistó ocho nuevas legiones, elevando su número de 4.200 hombres a 5.000 cada una, formación que sólo se utilizaba en caso de emergencia. La caballería era escasa, y apenas sumaba alrededor de 6.000 jinetes. En total, la fuerza concentrada sumaba aproximadamente 87.000 hombres.

Este impresionante ejército, en el que participaba la flor y nata de la aristocracia romana, se dirigió al encuentro de Aníbal en la llanura de Cannas, adonde llegó a finales de julio. Hasta entonces, jamás Roma había formado un ejército más importante.

El cartaginés aguardaba con una potencia de infantería inferior en número, alrededor de 40.000 hombres, y sólo era superior en el arma de caballería, en la que casi duplicaba a los romanos.

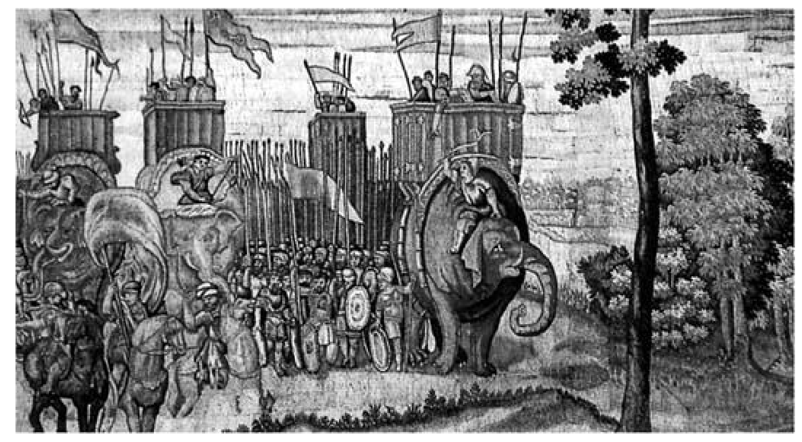
Se estaba por desencadenar la batalla más notable de la Antigüedad, y las fuerzas militares velaban sus armas.

Una vez más, era la hora de los ejércitos.

Preparativos y escaramuzas

La dirigencia compartida en el bando romano mostró muy rápidamente sus diferencias y fisuras. Paulo Emilio, hombre de mayor experiencia y capacidad reflexiva, instaba a evitar una confrontación a campo abierto, consciente de la histórica debilidad de la caballería propia y de la notable superioridad en esa arma de los cartagineses. Varrón, en cambio, subestimaba el cálculo de su colega y depositaba toda su confianza en la superioridad numérica de sus legiones que, efectivamente, doblaban a la infantería púnica. Confiaba, pues, en que nada podía hacer naufragar su triunfo en un ataque masivo y frontal.

Aníbal, mientras tanto, aguardaba recibiendo de sus espías informes precisos acerca de los movimientos en el campamento enemigo.



Tapiz en el que se puede apreciar la compacta fila de guerreros esperando la orden para entrar en batalla. La presencia de elefantes en las líneas de combate ayudaba a los cartagineses a infundir temor en sus adversarios

Hacia finales de julio, los cónsules romanos hicieron contacto con las fuerzas de Aníbal, y establecieron su campamento a unos diez kilómetros de la línea enemiga. La zona era un llano extremadamente liso y desprovisto de árboles, lo que acentuó aún más las preocupaciones de Paulo Emilio. En otras palabras, temía que en semejante escenario la caballería cartaginesa se hallara a sus anchas para arremeter contra ellos. El ansioso Varrón, por su lado, se apegó a su argumento y aprestó a sus hombres para lo que sería, en su imaginario, un auténtico avasallamiento.

Empero, los dos cónsules concensuaron proteger sus tropas para evitar las conocidas maniobras envolventes de Aníbal, de ahí que hayan escogido para la batalla la llanura que se prolongaba desde el río Aufidio hasta la ciudadela de Cannas, la que, tras el paso de los cartagineses, había quedado destruida. Esta llanura presentaba una característica que, confiaron, conspiraría contra una maniobra de pinzas de Aníbal, ya que estaba flanqueada por el río y un monte. Esas defensas naturales serían, en definitiva, las que cuidarían los flancos de su ejército. Así cubiertos, todo dependería del incontenible empuje de las legiones.

También Aníbal fijó sus ojos en el terreno escogido, y no opuso reparo alguno. Por el contrario, creyó firmemente que le era por entero propicio ya que la estrechez del frente impediría a los romanos hacer valer su gran superioridad numérica, a la vez que el cartaginés tendría campo llano para la incursión de su caballería.

Según la costumbre romana, los jefes se alternaban en la comandancia superior. Esta tradición, sumada a las diferencias que mantenían los dos cónsules, confería a las fuerzas romanas una falta de cohesión mayúscula, sobre todo porque impedía una acción

conjunta cuando más se necesitaba.

Así las cosas, a principios de agosto el belicoso Varrón aprovechó su oportunidad cuando tuvo el mando principal, y avanzó con sus tropas hacia el campo cartaginés para medir la reacción inmediata del enemigo.

Aníbal, lejos de rehuir la prudente ofensiva romana, inmediatamente envió a su infantería ligera junto con la caballería, sorprendiendo a los romanos en pleno recorrido, creando confusión y desorden en la legión. No obstante Varrón había tomado sus precauciones y había intercalado con su infantería ligera algunos hombres de la infantería pesada, gracias a lo cual resistió la embestida de la caballería púnica, a la vez que sus arqueros hacían llover centenares de flechas sobre ella. Fue sólo una escaramuza y los cartagineses no tuvieron mayor éxito. Con la caída de la noche, ambas avanzadas regresaron a sus respectivas líneas.

A la mañana siguiente, bajo la comandancia de Paulo Emilio, todo volvió a la tensa calma. Sea ya por táctica o por tener tan pronunciadas diferencias de criterio, ambos cónsules se separaron, estableciendo sus campamentos a una distancia de dos kilómetros de distancia entre uno y otro. Las dos terceras partes del ejército, con Paulo Emilio a la cabeza, se instalaron en la margen norte del Aufidio; Varrón, por su parte, ocupó la margen sur del río, con el resto de las fuerzas.

El 2 de agosto del año 216 a.C., con Varrón nuevamente al mando, los acontecimientos se precipitaron.

El alba anunciaba un día caluroso, que no mejoraría con las fuertes corrientes del viento del suroeste.

Entonces Varrón ordenó a los dos ejércitos romanos realizar urgentes preparativos, y en unas pocas horas los miles de legionarios ya se hallaban desplegados para iniciar la batalla. Sólo quedaron afuera de la maniobra 10.000 *triarios,* que debían custodiar los campamentos.

Mientras tanto, en Roma, se multiplicaban los sacrificios y vaticinios favorables para la contienda. Los templos estaban abarrotados de suplicantes y en cada casa se repetían las ceremonias y ruegos a los dioses.

La batalla

Varrón dispuso a sus tropas según la manera clásica, es decir, una línea de *velites* en vanguardia tras la cual se alistó la infantería pesada

en tres líneas consecutivas. También en línea hacia el fondo se ubicaron las legiones compuestas por los aliados, razón por la cual la profundidad de la columna romana era enorme. Cubriendo los flancos, la caballería romana se posicionó a la derecha, mientras la caballería de los aliados, mucho más nutrida, se estableció a la izquierda.

Por su parte, Aníbal dispuso a sus hombres de la siguiente manera: los mercenarios íberos y galos en el centro, en una formación de media luna con la parte convexa orientada hacia los romanos. En cada extremo situó dos columnas de contingentes de infantería pesada africana. A su vez, en los extremos de aquellas se situó la caballería, ocupando el flanco izquierdo la de origen íbero-galo, al mando de Asdrúbal, y el flanco derecho la temida caballería ligera númida, dirigida por Maharbal, apartada del curso del río y con mayor libertad para movilizarse.

Las tácticas, pues, estaban planteadas, y cubrían un frente de casi 3.000 metros de longitud. Muy pronto el curso de la batalla premiaría con la victoria a uno de los contendientes, castigando con una de las mayores masacres habidas hasta entonces a los vencidos.

El inicio de la lucha fue precedido por una gritería fenomenal de los contendientes: celtas, íberos y africanos profirieron sus lemas guerreros, mientras los romanos golpeaban *sus pilum* y espadas contra los escudos. El espectáculo era dramático y de honda tensión: todos se alentaban a su manera para iniciar un combate sin desmayos.

Por fin, el enfrentamiento comenzó, como era previsible, con el avance de las tropas ligeras situadas en la primera línea de ambos ejércitos. *Velites* romanos y honderos baleares intercambiaron jabalinas y proyectiles en un ritual bélico de características iniciáticas. Luego se acercaron y se trenzaron en una lucha cuerpo a cuerpo tan parejamente feroz que ninguno pudo acreditarse mayores logros.

La batalla se había desencadenado, pero aún no había alcanzado una escala generalizada. Eso ocurrió al cabo, cuando las caballerías entraron en acción.

Poco tiempo pasó hasta que Aníbal ordenara actuar a su más preciada formación. Entonces la caballería cartaginesa, compuesta por 6.000 galos y celtas al mando de Asdrúbal, se adelantó para arremeter contra su par romana, a la que superaban en número en una proporción levemente mayor de tres por uno. Aníbal también ordenó la movilización en el otro flanco, por lo que sus jinetes númidas, conducidos por Maharbal, atacaron a la formación de Varrón, compuesta de unos 4.800 jinetes.

Los combates fueron de una inmensa intensidad y favorecieron a los púnicos: Asdrúbal consiguió un rápido repliegue de su contraparte

romana, lo que le permitió reordenar sus fuerzas y enviar refuerzos a Maharbal, quien tenía serias dificultades en doblegar a los romanos. La ayuda de Asdrúbal resultó decisiva y, finalmente, la caballería legionaria fue desbaratada con una suma de bajas casi total.

Deshechas estas formaciones romanas, Maharbal se encargó de perseguir a sus enemigos, mientras Asdrúbal reorganizó sus escuadrones a la espera de las nuevas directivas de Aníbal. Sin que lo pudieran haber previsto los cónsules romanos, el cartaginés contaba ahora con una formidable unidad presta a atacar por la retaguardia.

Entre ambos flancos comenzaron a marchar en impecable formación las unidades legionarias, directamente hacia el centro de la línea de infantería cartaginesa.

¿Qué es lo que esperaba Aníbal? Exactamente eso. No había renunciado a sus famosas estrategias envolventes y, ante la imposibilidad de realizarla por los precisos límites que imponían el bosque y el río, forzó con el triunfo de su caballería un doble callejón por los flancos donde sus jinetes correteaban a sus anchas. Así las cosas, el plan del genial cartaginés comenzaba a dar sus frutos: los legionarios avanzaban con sus flancos descubiertos o, peor aún para ellos, controlados por los jinetes púnicos que sólo aguardaban una nueva orden de ataque. La maniobra envolvente, pues, se daría de manera inequívoca, una vez más.

Las legiones romanas continuaron avanzando hasta chocar con la medialuna cartaginesa, donde fueron recibidos por los bravos guerreros íberos y galos. El choque fue tremendo y las bajas numerosas, pero a pesar de la resistencia del ejército de Aníbal, la presión de las legiones fue paulatinamente quebrando la línea. La convexidad de la medialuna púnica poco a poco se fue transformando en una línea de dirección opuesta, es decir, cóncava.

El mando romano observó en este cambio un signo de triunfo. Creyó ilusamente que se trataba del quiebre de la línea central enemiga, que obligaba a su infantería a un repliegue en derrota. Muy pronto se darían cuenta de cuán equivocados estaban.

Lo que había sucedido era, en verdad, la coronación de la estrategia de Aníbal, es decir: hacer ingresar a los legionarios a una suerte de túnel estrecho a cuyos márgenes se acumulaba la infantería pesada cartaginesa, deseosa de caer sobre las interminables columnas legionarias que cada vez más se apretujaban en su impulso arremetedor. Aníbal mismo dirigía desde la retaguardia los movimientos y no cejaba en arengar a sus bravos. Se trataba de un esfuerzo mayúsculo que en breve daría sus frutos.



Pintura de Giovanni Francesco Penni en la que se retrata la batalla de Cannas. En ella, los legionarios sufrieron devastadoras bajas.

En efecto, las legiones terminaron atascadas en el túnel abierto por los púnicos, comprimidas, casi sin capacidad para moverse ni disponer con destreza de sus armas. De hecho, los legionarios apenas atinaban a dar torpes pasos entre los cadáveres que comenzaron a poblar el campo, siendo siempre atacados por los flancos, desde donde no dejaban de caer jabalinas que, en esas circunstancias, raras veces no hacían blanco.

Mientras tanto, Aníbal ordenó a sus unidades de infantería que se hallaban apostadas en los extremos de los flancos –y que ya habían sido rebasadas por las columnas romanas– volcarse sobre los lados del "túnel" y atacar con sus lanzas y picas a los infortunados romanos empujados por las legiones que venían marchando detrás.

El resultado fue tremendo para las tropas de Varrón: los testimonios señalan que apenas podían alzar sus escudos para defenderse, a la vez que caían tropezando con los miles de muertos que entorpecían sus pasos. Cuando las últimas legiones terminaron de ingresar a la trampa, Aníbal dio la orden capital: la caballería de Asdrúbal –que aguardaba en la retaguardia romana– debía regresar de inmediato para cerrar la trampa mortal.

La medialuna había devenido en una extensa U, y ahora la caballería cartaginesa la cerraba definitivamente.

Las legiones se defendieron desesperadamente, pero ya nada podía salvarlas. En su frente y sus flancos eran atacadas por la infantería

cartaginesa casi a su antojo, mientras que desde la retaguardia las caballerías númida, íbera, gala y púnica arremetían libremente, empujando aún más a los romanos a un encapsulamiento completo y fatal.

Lo que siguió fue una matanza de proporciones dantescas. Los romanos habían perdido por completo el orden y caían bajo las jabalinas, picas y espadas del ejército púnico, apenas pudiendo aisladamente contestar la agresión. Amontonados como estaban, sólo atinaron a morir en sus puestos, con una dignidad que honraba sus esfuerzos.

La victoria cartaginesa era total, tras consumarse la masacre. Se impuso, pues, el sosiego de las armas, sobre un enorme monte de cadáveres que tiñeron virtualmente de rojo los campos de Cannas.

Las pérdidas romanas fueron cuantiosas, y aunque algunos autores han relativizado las cifras, casi todos los historiadores coinciden en una suma dramática: 50.000 muertos, cifra cercana a las calculadas por Plutarco y Tito Livio. Polibio, en cambio, las realza aún más, elevándolas a 70.000. Entre los muertos había veintinueve tribunos militares y ochenta patricios con jerarquía senatorial. También fueron capturados alrededor de 10.000 legionarios, casi todos los que se habían quedado resguardando los dos campamentos madre.

Las pérdidas cartaginesas, por su parte, fueron extraordinariamente más bajas, aunque por la proporción de hombres no dejaron de ser sumamente importantes: 8.000 muertos según la mayoría de los investigadores del tema, aunque Polibio habla de una cifra levemente menor: 5.700 caídos. Casi todas las bajas púnicas correspondieron a su infantería celta.

En una sola jornada de batalla, Roma había perdido la sexta parte del total de sus hombres alistados para la guerra, y Cartago poco más del diez por ciento de sus fuerzas.

El cónsul Emilio Paulo murió también en combate, y Varrón apenas pudo escapar angustiosamente, acompañado por una guardia de setenta jinetes, primero en dirección a Chiusi, y desde allí a Roma.

El mayor ejército que Roma había organizado yacía en su mayor parte en las llanuras de Cannas. La estrella de Aníbal, en cambio, había alcanzado su mayor luminosidad. Nunca antes se había concebido victoria más brillante, tanto por la estrategia utilizada como por los daños infligidos a los vencidos.

Entre los cartagineses todo era euforia, y las presiones para marchar hacia la capital del imperio vencido se multiplicaron.

En Roma, en cambio, cundió el pánico. Sólo habían sobrevivido unas pocas tropas y en total estaban disponibles dos legiones en la

ciudad, otras dos en el valle del Po y otras tantas distribuidas en Hispania, Sicilia y Cerdeña. Parecía poco para detener a Aníbal.

No obstante, cierta animosidad de resistencia quedó firmemente establecida. De hecho, el Senado no pensó ni remotamente en solicitar un cese de hostilidades ni mucho menos hablar de paz. Antes bien, la jerarquía dirigente se aprestó a reorganizar sus fuerzas, por lo que no dudó en apelar al reclutamiento de esclavos y delincuentes en prisión, a quienes se les ofreció la libertad por su enrolamiento en nuevas legiones.

La paz estaba tan lejos como la rendición, y nuevas batallas se avistaban en el horizonte inmediato.

El mensaje de la Loba romana era inequívoco: jamás aceptarían capitular.

Capítulo VIII
A las puertas de Roma

T

ras la fantástica victoria de Aníbal en Cannas, el camino hasta las puertas de Roma había quedado allanado por completo. Al menos, desde el aspecto puramente militar, era una alternativa que quedaba confirmada por el desarrollo mismo de los últimos enfrentamientos. En efecto, desmoralizadas y disminuidas, las legiones romanas no estaban en condiciones inmediatas de ofrecer una resistencia capaz de limitar los movimientos del púnico, y mucho menos detenerlo.

Cuenta la tradición que el propio jefe de la caballería púnica, Maharbal, aguardó que su jefe le diera las órdenes pertinentes para el avance y, como no las daba, lo instó con vehemencia en ese camino. Tito Livio relata que Maharbal insistió: “Sígueme, yo iré delante con la caballería, y dentro de cinco días darás un banquete de vencedor en el Capitolio”. Pero su jefe hizo caso omiso a tan atractiva sugerencia. Incluso se le atribuye un ríspido diálogo en el que su lugarteniente le habría dicho: “Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes qué hacer con tus victorias”.

Sea real o inventado ese episodio, lo cierto es que el gran cartaginés no lanzó las directivas aguardadas por sus hombres. Desoyó los consejos más optimistas y se decidió a tomar otro rumbo. Roma no sería el objetivo inmediato. La tradición indica también que Aníbal se arrepentiría de haber asumido semejante decisión. No obstante, hay indicios sólidos que ponen en duda la justeza de esta última afirmación.

Pero vayamos por partes.

¿Por qué Aníbal, triunfador inobjetable en los campos de batalla, no se presentó ante las puertas de Roma para tomarla?

La cuestión, en verdad, presenta múltiples lecturas, y en definitiva contribuye a develar tanto la historia política militar del púnico como algunas de las leyendas que se tejieron a su alrededor.

En primer término, la decisión de no avanzar sobre Roma pone en un plano de sospecha el tan mentado juramento de odio y venganza como motivo principal de la ofensiva contra el Imperio Romano. En efecto, un individuo motivado esencialmente por semejante

presupuesto no dudaría un instante en concretar el anhelo primordial. Otra cosa es que lo logre exitosamente. Pero el intento, en condiciones subjetivas y objetivas especialmente favorables para él, tendría un peso decisivo para llevar a buen puerto las acciones. Al no concretarlas, Aníbal da una inequívoca imagen de un hombre templado en la experiencia, sabio en las artes militares y políticas, y por ende incapaz de permitirse arrebatos y pasiones subjetivas que pudieran comprometer una planificación racional y largamente meditada.

Desechado el arrebato vengativo, queda analizar hasta dónde las condiciones objetivas de la reciente derrota romana en Cannas eran suficientes para intentar el asalto a la fortaleza mayor: Roma; sea ya por la situación en la que había quedado el enemigo o en la que propiamente vivía el ejército púnico.

Ahora bien: ¿cuál era el panorama que enfrentaba Aníbal a la hora de tan crucial encrucijada?

Por un lado, las legiones romanas habían sido aplastadas, pero Roma continuaba representando un enemigo de peso. Sus murallas se extendían a lo largo de casi siete kilómetros, y cada uno de sus puntos estaba fuertemente defendido. La población romana –por entonces alrededor de 300.000 individuos– tenía motivos para estar preocupada, pero a su vez mantenía una disposición resuelta para defender su ciudad. De hecho, los ciudadanos se habían armado lo más convenientemente posible, y la dirigencia política, que había nombrado a M. Junio Pera como nuevo dictador, había ordenado sin dilaciones la formación de dos nuevas legiones integradas por esclavos comprados a sus amos y deudores sacados de las cárceles, los que fueron rápidamente equipados con las armas guardadas en los templos como botines de anteriores campañas. También se había reclutado a los jóvenes mayores de 17 años. Evidentemente era una preparación apresurada y pobre para oponerse a quien llegaba venciendo una y otra vez, pero demostraba que la resolución de la ciudadanía y de la dirigencia romanas no contemplaba ni por un instante la hipótesis de una claudicación sin más. Para acompañar la decisión de presentar batalla, los oficios y ritos religiosos se multiplicaron en templos y hogares, y hasta se realizaron sacrificios humanos.

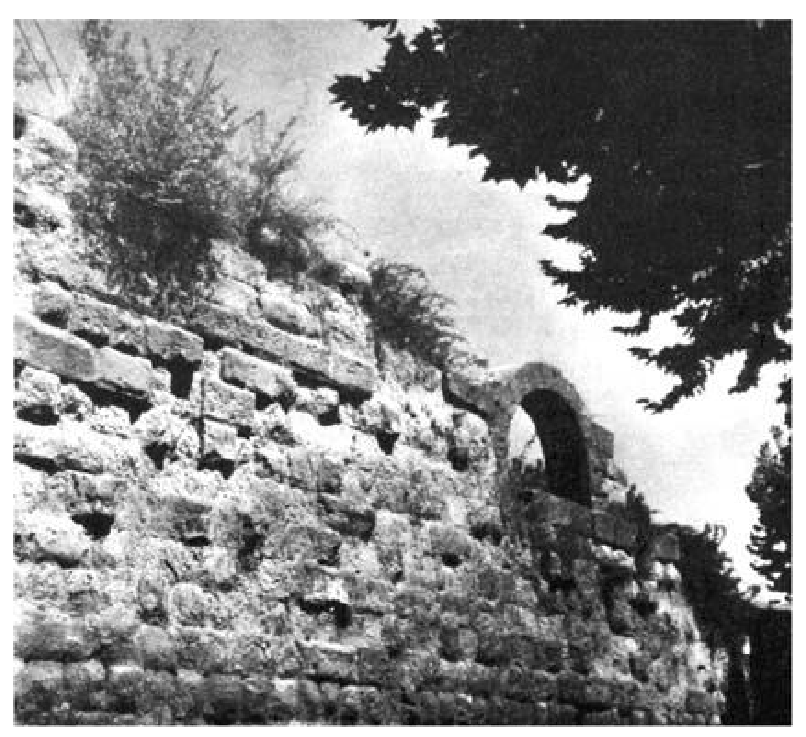
Es cierto, pues, que Roma estaba herida, pero no indefensa, y Aníbal no era hombre de tomar con liviandad a sus enemigos.

Las fuerzas de Aníbal no sumaban más de 40.000 efectivos, los que por otra parte venían de una prolongada y fatigosa campaña. Además no contaba con suficientes elementos de asalto, y la inferioridad numérica se acentuaba considerablemente en el asedio a una fortaleza tan bien protegida.

Para Aníbal, entonces, quedaba claro que una cosa era llegar a las puertas de Roma, y otra muy distinta tomarla. Podía sitiarla, pero no iniciar un ataque directo; bloquear sus accesos, pero a expensas de dividir sus fuerzas y quedar, a su vez, expuesto a contraataques en inferioridad de condiciones.

Aníbal meditó largamente los determinantes protagónicos, y concluyó que su mayor fuerza residía en la superioridad estratégica y en la capacidad de maniobra y movilidad en campo abierto. Estacionado frente a las murallas de Roma, en cambio, su ejército perdería su característica sorpresa, amén de que sus tácticas de emboscada y su unidad predilecta –la caballería númida– quedarían también prácticamente anuladas.

La posibilidad de derrotar a Roma merced a un largo sitio aguardando a que el hambre hiciera lo suyo, como operó su padre con los mercenarios años atrás, no era para Aníbal una opción seria. Roma había tomado sus precauciones y tampoco él tenía suficientes provisiones para estacionarse frente a aquélla hasta que agotaran sus recursos.



Restos de las antiguas murallas romanas, que simbolizaban no sólo el poderío del imperio sino su infranqueabilidad.

La elección no era sencilla, y todo hacía prever que mejores resultados le daría organizar una gran federación de pueblos que,

aunando sus esfuerzos, recursos y tropas, bien podrían rendir a Roma y reducirla a un mero estado más de Italia.

Y Aníbal se decidió por esta opción.

Por lo pronto, el púnico procedió como era su costumbre: liberó a todos los prisioneros no romanos que habían capturado en Cannas, aunque esta vez dio un paso más audaz:

"Diez de los prisioneros romanos elegidos como hombres de confianza – señala Huss – *fueron enviados a Roma para conseguir del Senado su conformidad con las condiciones que Aníbal proponía para la liberación de prisioneros. Con ellos llegó Cartalón para presentar al Senado las condiciones de paz del vencedor. Pero el Senado ni compró la libertad de los prisioneros ni entró en conversaciones de paz".*

La caída definitiva de Roma debía aguardar aún un tiempo más. Aníbal decidió entonces aprovechar las consecuencias inmediatas de su triunfo en Cannas, y prepararse para un futuro asalto final.

Consecuencias de Cannas

La derrota romana en Cannas y la del pretor L. Postumio Albino en la Galia Cisalpina, donde perdió a sus 25.000 hombres, sacudieron no sólo a Roma, sino también a los numerosos pueblos que hasta entonces vivían dominados por los romanos.

En muy poco tiempo las noticias sobrevolaron por el cielo del maltrecho Imperio Romano, y numerosos pueblos festejaron el triunfo púnico contra la potencia que los dominaba: *atellianos, catalinis, hirpinos, apulios, samnitas* –con excepción de los *pentios–, brutios, lucanios* y *uzentinos* no se demoraron en romper las cadenas que los ataban a Roma y cambiaron gozosos de bando. El período inmediatamente posterior al triunfo de Aníbal, pues, se caracterizó por estos movimientos de reacomodamiento político y militar generalizado en toda Italia, estableciéndose nuevas fidelidades sostenidas por el resultado de Cannas.

Alarmada, Roma hizo también sus movimientos diplomáticos para evitar el completo aislamiento. De hecho, fue enviada a Delfos una comitiva en calidad de embajadora para consultar a Apolo Pitio sobre cómo apaciguar la ira de los dioses que se mostraban tan crueles con Roma. Por supuesto, no se trataba de una mera expresión de religiosidad de los latinos, sino de una clara demostración de cuán cerca se hallaban ellos de los griegos, cuya defección del lado romano temían.

Por lo pronto, Aníbal, descartada la idea de tomar Roma por asalto,

incursionó de inmediato sobre el resto del mapa itálico con el fin de consumar su gran alianza antirromana.

Abandonó su campamento en la Apulia y marchó hacia la ciudad de Compsa, donde ya había iniciado negociaciones para que la ciudad le fuera entregada. Allí dividió a sus fuerzas y ordenó a Magón conquistar las plazas de la región, mientras él se dirigió a Neápolis, donde derrotó a unas pocas fuerzas napolitanas para luego continuar su marcha hacia un nuevo objetivo, esta vez de mucha mayor envergadura: Capua, punto neurálgico de la Campania, ciudad a la que deseaba convertir en el nuevo centro cartaginés de la Italia invadida.

La elección de Capua no fue improvisada. La ciudad estaba conectada a Roma a través de la Vía Apia, la primera de las vías en ser pavimentada. El acceso a Roma desde Capua, pues, era tan directo como veloz.

La dirigencia de Capua no era afecta a romper con Roma, a la que le ataban múltiples lazos comerciales y familiares, pero después de Cannas su indefensión fue tan grande que se vio obligada a repensar su futuro. En lo inmediato, la ciudad envió embajadores para entrevistar a Varrón, pero les fue suficiente observar el estado de las legiones y mandos romanos para entender que la suerte de Capua estaba echada. Poco después, el Senado capuense, apoyado por una mayoría popular, aceptó cooperar con Aníbal.

Por supuesto, el cartaginés recibió encantado la iniciativa y se avino a firmar un tratado de paz con Capua, por el cual ésta mantendría su propia administración y ningún ciudadano podría ser convocado para la beligerancia u otros servicios a favor de los púnicos. Para Aníbal estas condiciones eran suficientes. De hecho, evitaba una sangría de su propio ejército para ocupar la ciudad, además de que la autodeterminación de las ciudades itálicas –aunque forzadas por la amenaza cartaginesa– no hacía sino aislar cada vez más a Roma.

De esta manera, el Lacio y la Campania quedaron bajo la soberanía de Aníbal, pero aún restaban muchas ciudades por pronunciarse a su favor, y no era del todo seguro que lo hicieran sin esfuerzos bélicos de por medio.

Roma, por su parte, logró mantener la fidelidad de Nápoles y Regio y algunas ciudades griegas costeras, y sus ejércitos se limitaron a merodear por las nuevas fronteras de los territorios dominados por el cartaginés. La ciudad de Nola, a las órdenes de Claudio Marcelo, se constituyó en el nuevo centro de la resistencia romana contra los púnicos. Poco después, hacia los inicios del año 215 a.C., fue nombrado un nuevo cónsul, Fabio, quien inició una serie de acciones para recuperar Capua, mientras Aníbal asediaba a los pueblos de la

región que aún no se le habían plegado.

Así, los futuros escenarios de guerra quedaron establecidos, al igual que las estrategias de ambos bandos.

Con el paso del tiempo, Aníbal comprendió la dificultad de establecer su hegemonía en la Campania y mudó de estrategia. Dirigió entonces su mirada hacia la Italia del sur y Sicilia, donde tenía nuevos aliados que le convencieron de la oportunidad de constituir un gran bloque antirromano. La importancia de contar con el apoyo de la Magna Grecia le era ahora decisiva.

En el año 214 a.C., el plan de Aníbal comenzó a materializarse con la ocupación de las ciudades griegas de Locros y Crotona, donde, según expresa Grimal:

"…sólo la aristocracia era favorable a los romanos, mientras el pueblo se inclinaba hacia los cartagineses."

Los romanos intentaron neutralizar la arremetida del púnico, pero la metodología escogida les dio magros resultados. El desmoronamiento romano definitivo no tardó en producirse, pero esta vez como consecuencia directa de su impotencia. Por entonces, varios tarentinos y túricos se hallaban en Roma en calidad de rehenes, cuando un emisario tarentino quiso liberarlos y huir. Su objetivo se cumplió a medias, ya que si bien lograron escapar, apenas llegados a Tarracina fueron nuevamente capturados y devueltos a la metrópoli. Roma se ensañó con los fugitivos y les infligió un castigo ejemplar: luego de azotarlos, fueron arrojados desde la roca Tarpeya. La noticia corrió rápidamente, y cuando llegó a Tarento la indignación fue completa, generándose una oposición a Roma en un importante sector de la dirigencia que devino en un alineamiento pro cartaginés. Una comitiva tarentina se entrevistó con Aníbal y estipularon las bases de un pacto común: la ciudad mantendría su autonomía y sus posesiones serían respetadas; la guarnición romana en Tarento, en cambio, pasaría a jurisdicción púnica.

Una vez más, Aníbal aceptó de buena gana lo pactado y partió con una fuerza de 10.000 infantes y jinetes para Tarento; los romanos estaban a punto de perder toda la Magna Grecia.

Aníbal llegó de noche a las cercanías de la ciudad, mientras en ésta se efectuaba una celebración religiosa, y con la colaboración de sus aliados locales sorprendió a la guardia romana. De todos modos, el comandante romano y buena parte de su dotación lograron refugiarse en la fortaleza, separada de la ciudad por un angosto istmo que la unía a tierra y dominaba el puerto, donde lograron resistir. Corría el verano del 213 a.C. y comenzaba un asedio que llevaría a Aníbal a un desgaste imprevisto.

Tampoco le iba mejor a Roma en Sicilia, donde después de Cannas perdería a uno de sus principales aliados: Siracusa.

La muerte del rey Hierón II de Siracusa, en el 215 a.C., precipitaría las cosas. La sucesión lógica del trono debería recaer en Gelón, el hijo del rey, pero como había muerto antes que su padre, el sucesor fue Jerónimo, el nieto de sólo 15 años del anciano rey. El nuevo e inexperto monarca se vio rodeado de influyentes personeros de Cartago, quienes lo convencieron de la necesidad de establecer un trato con Aníbal. Las tratativas avanzaron prontamente, y el general púnico envió a Siracusa a dos de sus mejores hombres, Hipócrates y Epícides, quienes habían nacido en aquella ciudad. Entre adulaciones y promesas oficiales, Jerónimo sintió la suficiente confianza para reclamar el control de toda Sicilia a cambio de no intervenir en favor de Roma y apoyar los planes púnicos en la Italia continental. Para Aníbal, en lo inmediato, era suficiente, y la alianza quedó firmemente establecida. Tiempo después, Jerónimo fue asesinado en las cercanías de Leontino, al norte de Siracusa, y tras la conjura accedieron al máximo poder Hipócrates y Epícides. En otras palabras, tras una hábil maniobra diplomática y una traicionera conspiración palaciega, Siracusa había quedado en manos del propio Aníbal.

Cartago festejó largamente la resolución de la cuestión siracusana. Sicilia volvía a ser una realidad en el mapa imperial púnico.

Una alianza oportuna

Durante la primavera del año 215 a.C. llegó a Capua, enviada por el rey Filipo V, una embajada procedente de Macedonia, encabezada por Jenófanes de Atenas. Los embajadores tenían la orden de pactar con Aníbal una alianza contra Roma, lo que de hecho significaba la ampliación de la guerra con el protagonismo de actores alejados geográficamente del teatro de operaciones original. Ya no se trataba, pues, de los pueblos de la península itálica que se alineaban con uno u otro contendiente. El ingreso de Macedonia en la guerra constituía, por así decirlo, la propia internacionalización del conflicto. Sin duda, Aníbal confiaba en que esta primera alianza tendría un efecto multiplicador; en el peor de los casos, aquellos pueblos y reinos que no quisieran comprometerse abiertamente en la disputa se verían, por lo menos, presionados para adoptar cierta abstención. En todos los casos, la táctica servía para aislar y debilitar a los romanos.

El pacto entre púnicos y macedonios tenía objetivos de corto y largo plazo y tendía a satisfacer las aspiraciones de las partes concordantes. Por un lado, Filipo V de Macedonia se comprometía a invadir la

península itálica con una flota poderosa, cuyas doscientas naves les devolverían a los cartagineses el control de las aguas mediterráneas. Además, los macedonios se comprometían a no reclamar territorios ni botines de guerra en la Italia invadida. Por su parte, Aníbal había aceptado, una vez concluida la guerra contra Roma, trasladar sus ejércitos a Grecia para luchar junto a Macedonia, reino que ansiaba expandirse por esos territorios.

La alianza entre púnicos y macedonios quedó finalmente sellada. Los romanos, por supuesto, no tardaron en enterarse de las novedades, e incluso capturaron a los embajadores de Filipo V cuando regresaban a su tierra. Pero la nueva entente era un hecho. La guerra tomaba caminos impensados.

Además de establecer la alianza con Macedonia, Aníbal recurrió a la ayuda de Cartago, utilizando para ello la mayor carta de éxito: Cannas. Envió entonces a su hermano Magón con la intención de negociar una rápida y conveniente asistencia; enviaba, también, las pruebas de su triunfo: una enorme cantidad de anillos de oro que otrora portaron los patricios de la caballería romana. El presente de Aníbal para Cartago era ciertamente escalofriante, pero hablaba inequívocamente de su poderío. La flor y nata de la caballería romana se había reducido, simbólicamente, a los anillos dorados que ahora estaban en su poder.

La metrópolis no pudo menos que responder de inmediato al pedido de Aníbal, pero no en las cantidades que aquel esperaba. En efecto, Cartago le envió a su general sólo 4.000 nuevos jinetes númidas y alrededor de 40 elefantes, además de dinero –1.000 talentos de plata– y víveres para la continuación de la campaña: una cosecha demasiado magra para los objetivos impuestos.

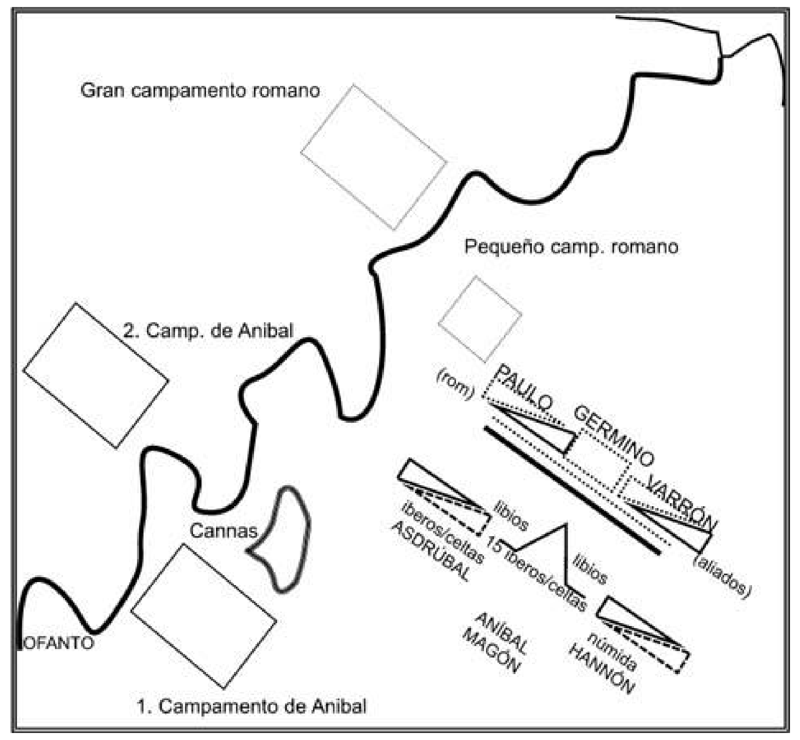


Diagrama de la disposición militar que ordenó Aníbal para enfrentar al ejército romano en Cannas.

Ahora bien: ¿Por qué Cartago no asistía con mayor vehemencia a Aníbal?

Es probable que algunos senadores e importantes dirigentes no se sintieran tan a gusto con los continuos triunfos de su general, triunfos que redundarían invariablemente en su posicionamiento político en la propia Cartago de manera excluyente. Semejante recelo era suficiente para dejar a Aníbal, si no librado a su suerte, por lo menos con ciertas dificultades logísticas que ensombrecieran su accionar.

De todos modos, Cartago estaba inquieta también por la contraofensiva romana en Hispania, la que por otra parte le brindaba excelentes argumentos para ocuparse prioritariamente de ella y no tanto del propio Aníbal.

Como fuere, lo cierto es que Roma también había maniobrado con inteligencia y procuró minar las bases ibéricas del poder de su enemigo. La multiplicación de frentes de batalla, pues, le servía a Roma para debilitar al púnico en su peregrinar itálico. Y a los enemigos internos de Aníbal, la estrategia romana les resultó por demás funcional.

Para Cartago, entonces, era prioritario reclutar infantes y jinetes con destino a Hispania; Aníbal, mientras tanto, debía conformarse con

mucho menos.

Un nuevo frente: Cerdeña

Hacia el año 215 a.C., un nuevo problema se les presentó a los romanos, esta vez en Cerdeña. No obstante –paradojas de la Historia–, este conflicto terminaría reforzando su situación.

Por entonces, cierto sentimiento antirromano se extendió en dicha isla, y Cartago creyó oportuno aprovechar la crisis para desestabilizar más a su rival. Enviaron entonces a Asdrúbal el Calvo con una poderosa dotación de infantes y jinetes. No obstante, la flota que comandaba Asdrúbal fue derrotada en las Baleares y los romanos pudieron, una vez más, retomar la iniciativa, emprendiéndola de inmediato contra el pro cartaginés local, Hampsícora.

Asdrúbal, finalmente, llegó a destino y unió sus tropas con los restos de las de Hampsícora, pero cuando marchaban al encuentro de las tropas romanas –en Carales–, fueron interceptados por el ejército de T. Manlio Torcuato. La batalla resultó feroz y las fuerzas sardo-cartaginesas fueron completamente arrolladas, muriendo en combate no menos de 12.000 de sus hombres, mientras unos 3.500 cayeron prisioneros, entre ellos el propio Asdrúbal el Calvo. Hampsícora, por su parte, se quitó la vida al enterarse de que su hijo también había muerto. Lo que quedaba del ejército sardo-cartaginés huyó hacia Corno, pero la ciudad cayó poco después en manos romanas y la iniciativa púnica en Cerdeña se derrumbó.

Los cartagineses habían perdido no solamente posiciones, sino también hombres y recursos que tanto les costaba reponer. Por otra parte, y tan importante como lo anterior, la recuperación moral de los romanos tras el desastre de Cannas iba en ascenso. Por donde se viera, las novedades de Cerdeña eran demasiado adversas para Aníbal.

Capítulo IX
El Imperio contraataca

Y

a hemos señalado que después de Cannas, lejos de amilanarse, Roma se aprestó a resistir. Luego, las limitaciones de Aníbal para progresar en un asalto final terminarían por convencer a la Loba de que ya era tiempo de retomar la iniciativa.

La dirigencia romana vislumbró tres tipos de operaciones tácticas que implementó de inmediato, aunque no siempre a un mismo tiempo. Por un lado, se decidió por volver a las viejas maniobras de Quinto Fabio, es decir: acosar al enemigo sin presentar una batalla definitiva en campo abierto. Roma había aprendido la lección y comprendía que, al menos por el momento, nada peor para ella que encarar a Aníbal en una batalla frontal. Por otro lado, inició operaciones militares para recuperar territorios perdidos, como la ciudad de Capua. Finalmente, procuró cortar todo tipo de comunicación entre Aníbal y sus posibles fuentes de reabastecimiento, tanto de hombres como de víveres; esto último implicaba, sobre todo, quebrarle la ayuda que podía recibir desde Hispania.

Roma, entonces, puso manos a la obra.

La campaña romana para recuperar Capua se inició rápidamente, comandada por el cuatro veces cónsul electo Quinto Fabio Máximo. Aníbal intentó ponerle límites a su avance, pero su éxito fue escaso. Por otra parte, el cartaginés no sólo era incapaz de impedir el asedio de Capua, sino también de emprenderla contra Nola, que –defendida por el cónsul Marcelo– había resistido todos los embates. Con la insatisfacción de una expedición fracasada, Aníbal regresó a Abulia, a la espera del fin del invierno.

Hacia el año 214 a.C. Fabio tenía reclutadas dieciocho nuevas legiones, parte de ellas destinadas a la guerra en Italia. Así, rearmada y reorganizada, Roma persistió en su ofensiva contra Capua, recuperando en primera instancia Casilino, la ciudadela más próxima a aquella.



Estela líbica en piedra con la representación de un jinete númida. Éstos tuvieron un rol decisivo en todo el período de las guerras púnicas. La perdida de la caballería númida habría de ser, para Aníbal, uno de los factores decisivos que provocaría su ocaso militar.

El revés sufrido en Casilino se sumó a la grave situación de indefinición en Tarento, cuyo puerto, aún en manos romanas, le era necesario al cartaginés para el envío y la recepción de insumos y recursos para la guerra.

Por donde se viera, la situación del púnico comenzaba a debilitarse. Los próximos años tendrían para él la misma impronta. En ese marco, la caída de Siracusa en manos romanas no hizo más que confirmar el nuevo curso de la guerra.

La situación en Sicilia se había mantenido en cierto equilibrio inestable. Siracusa se hallaba en manos de los cartagineses, pero asediados de continuo por dos legiones romanas dirigidas por Apio Claudio y el cónsul Claudio Marcelo.

Evidentemente, Siracusa era una fortaleza que no podía tomarse por asalto con relativa facilidad. Su sistema defensivo era extraordinario, y quizás uno de los más eficaces de la Antigüedad. Diseñado por el científico e inventor Arquímedes por pedido del rey Hierón, contaba con máquinas lanzadoras de proyectiles de todos los tamaños y grúas gigantes que, según cuenta la tradición, hasta podían atrapar un navío del mar, para luego dejarlo caer hecho pedazos.

Las defensas de Siracusa habían impedido a los romanos tomarla durante casi dos años de asedio, pero en el 212 a.C. la ocasión se presentó propicia, y los romanos no la desaprovecharon. La ciudad fue saqueada y el propio Arquímedes halló la muerte a manos de un soldado romano que, al no reconocerlo, lo atravesó con su espada.

Con la caída de Siracusa, el panorama de Aníbal se ensombreció. Cartago ya no tendría una nueva oportunidad de reconstruir su hegemonía en Sicilia, y las protestas –abiertas o encubiertas– de algunos senadores cartagineses en su contra recrudecieron.

¡Hannibal ad portas!

La situación del general púnico no mejoró en lo inmediato. De hecho, durante la primavera del año siguiente, el asedio a Tarento no prosperó y las legiones romanas continuaban el sitio de Capua sin presentar batallas a campo abierto, pero indeclinables en su bloqueo. Entonces Aníbal se acercó a Capua con fuerzas escogidas y 33 elefantes, tomó la ciudad de Calacia y finalmente, para descomprimir el bloqueo, arremetió contra los cuarteles romanos de Pulcro, pero el enemigo una vez más rechazó el enfrentamiento abierto. Los romanos habían aprendido la lección: no entraban en las provocaciones de su rival.

Entonces Aníbal ensayó una táctica sorprendente y apostó todo a un simulacro de ataque contra Roma, con la inequívoca intención de hacer retroceder a las fuerzas apostadas alrededor de Capua.

No obstante, la alarma inicial que produjo la presencia del cartaginés en las inmediaciones de la Puerta Colina de Roma pronto fue conjurada. El grito de *¡Hannibal ad portas!* se convirtió rápidamente para los romanos en un signo de debilidad de su enemigo, y para los cartagineses en una gran frustración. *“Los romanos comprendieron el sentido de la maniobra”,* sintetiza Kienitz. Capua continuó cercada y el sitio no fue levantado ni siquiera ante la amenaza de Aníbal de atacar Roma. A manera de prevención, sólo una pequeña porción de las fuerzas apostadas en la Campania fue requerida por el Senado romano, alrededor de 15.000 hombres

comandados por el cónsul F. Flaco, que regresó siguiendo la vía Apia para apostar sus fuerzas al norte de Roma. Aníbal, por su parte, se estableció a sólo cinco kilómetros del corazón imperial enemigo, pero los políticos romanos estaban en lo cierto y, finalmente, el púnico se retiró.

La maniobra de Aníbal resultó un doble fiasco. Roma no sólo no se doblegó: además, aquella operación fracasada tuvo una repercusión negativa en Capua, donde sólo la caballería púnica podía romper el cerco que cada vez se estrechaba más.

Los jefes cartagineses en Capua, Bostar y Hannón, invocaron una vez más la ayuda de Aníbal, y enviaron a jinetes númidas con su correo de auxilio, pero el cerco romano era tan efectivo que esta vez lograron capturar a los jinetes y el recado jamás llegó a manos del general.

En cambio, los romanos devolvieron a los mensajeros a Capua tras amputarles las manos, con la intención de dejar claramente establecido que nada podían esperar de su máximo jefe. La repercusión en Capua fue estremecedora: el Senado local terminó por ceder, y abrió finalmente las puertas de la ciudad a los sitiadores. Capua sufrió la represalia romana de una manera que no había imaginado: una suerte de ejercicio de escarmiento ejemplar que, a su vez, estaba dirigido a todos aquellos que dudaban de la temeridad de la Loba. En lo inmediato, las tierras fueron confiscadas, al igual que el oro y la plata, y una gran parte de la población resultó muerta o deportada; el castigo para aquella dirigencia política que se había unido a los cartagineses también fue impiadosa, y las cabezas de los mentores del pase de bando no tardaron en rodar.

En los hechos, Roma iba paulatinamente reposicionándose con firmeza, mientras Aníbal deambulaba por el territorio sin lograr un éxito efectivo. De hecho, enterado de la caída de Capua, el cartaginés peregrinó una vez más hacia el sur extremo, donde intentaría capturar la ciudadela de Tarento. Mientras tanto, en Apulia, las ciudades aliadas de Arpi y Salapia caían también bajo dominación romana.

La alianza de púnicos y macedonios tampoco había progresado demasiado en el terreno de los hechos. Roma había tomado sus precauciones y había enviado a P. Valerio Flaco con una flota de veinticinco naves hacia Macedonia como una primera avanzada; por todos los medios, debían impedir que los macedonios salieran de sus tierras. Tiempo después, Filipo V era vencido en Iluria, en el año 214 a.C., aunque posteriormente se resarció en Liso y Atintania. Pero se hallaba muy lejos de ocasionar gravosas pérdidas a Roma.

De todos modos, los romanos buscaron cómo anularlo definitivamente, y para ello concibieron una alianza con la Liga Etolia,

con lo que lograron poner en pie una vieja rivalidad que mantendría a los macedonios ocupados en resolverla. Kienitz juzga como *"un pacto de ladrones"* la alianza entre la Liga Etolia y Roma, basada en una ecuación económica simple:

"…la tierra conquistada sería para los etolios, en tanto que los prisioneros y el botín transportable pasarían a manos romanas".

La estrategia de Roma muy pronto dio resultados notables, ya que Filipo V se vio comprometido en una confrontación que amenazaba directamente su reino desde casi todas sus fronteras. Los macedonios continuaron la alianza con Aníbal, pero su posición se debilitó grandemente por la presión de los etolios. Finalmente, años después, en el 206 a.C., firmaron una paz por separado y al siguiente establecieron el pacto de Fénice, que distanciaba a macedonios y cartagineses. De esta manera, Roma lograría neutralizar una relación que no le era nada propicia.



En imagen, coraza muscular romana. Los legionarios estaban mejor equipados que los cartagineses para las batallas.

Durante mucho tiempo, ni los mejores pertrechos militares ni la superioridad numérica de los romanos pudieron con las sorprendentes tácticas bélicas de Aníbal.

Hacia el año 209 a.C., la suerte parecía inclinada por completo hacia los romanos. Fabio Máximo, ahora por quinta vez elegido cónsul y ostentando el título *de primus inter pares* o príncipe del Senado, dirigió sus fuerzas hacia Tarento, un enclave que por entonces resultaba ya un problema irresoluble para Aníbal. Por su parte, C. Marcelo, también electo cónsul a la vista de sus éxitos militares, se trasladó con sus fuerzas hacia Apulia, donde debía atacar a Aníbal para evitar que éste entorpeciera a Fabio en su misión. Curiosamente fue Aníbal quien esta vez intentó evitar la confrontación, pero las maniobras del romano fueron tales que la lucha no pudo evitarse. Finalmente, tras dos jornadas de combates dispersos y de éxitos alternantes, C. Marcelo logró rechazar a los ejércitos de Aníbal, quien se retiró con destino a Tarento. De todos modos, los esfuerzos del púnico serían vanos. Los romanos llegarían primero y la ciudad, ya en manos cartaginesas, caería antes de que Aníbal pudiera auxiliarla. Cuenta la tradición que Roma se mostró impiadosa con los sobrevivientes y 30.000 tarentinos fueron vendidos como esclavos.

“La toma de contacto con la realidad italiana – sostiene Susini – *indujo a Aníbal a rever algunas de sus convicciones: ante todo, había desaparecido la esperanza de que los romanos cedieran fácilmente…”.*

Sumando la situación en Hispania, no hay duda de que es muy probable que esto haya sucedido. Esta convicción, si no de derrota por lo menos de graves dificultades, fue para Susini el disparador de *“ciertos accesos de furia”* que atacaron a Aníbal y que provocaron, en definitiva, acciones que poco contribuían a ganarse las simpatías de algunos pueblos itálicos. En esta perspectiva, se entiende el saqueo realizado por el púnico en el santuario de la diosa Feronia, al norte de Roma, en el año 211 a.C., amén de la necesidad de apoderarse de las riquezas que allí se custodiaban. De alguna manera, un síntoma de impotencia ante una realidad que se le mostraba cada vez más adversa.

Capítulo X
La guerra en Hispania

D

esde los inicios mismos de la expedición de Aníbal contra Roma, Hispania constituyó una posesión de primordial importancia. Por un lado, los yacimientos de plata que albergaban los nuevos territorios conquistados proveían convenientemente a Cartago de fuentes de recursos económicos de gran envergadura, lo que permitía solventar adecuadamente, a su vez, las expediciones en Italia. Por otro lado, Hispania, como así también la Galia, albergaba a numerosas tribus aliadas que contribuían con miles de hombres a acrecentar las fuerzas de Aníbal, y a los que el gran estratega cartaginés podía convocar cuando más los precisara.

Roma tenía muy en cuenta estos dos aspectos centrales del interés púnico en la península ibérica, y en esa etapa de su enfrentamiento con Aníbal creyó conveniente debilitarlo atacando su principal fuente de recursos humanos y materiales. Hispania, pues, era un objetivo excluyente para unos y otros. Para los cartagineses, se trataba de mantener las posesiones conquistadas; para los romanos, liberarlas del dominio de aquellos.

Un aspecto más hacía de Hispania un enclave estratégico. Simbólicamente, representaba para los cartagineses el inicio de un nuevo período imperial. Una suerte de rampa de despegue hacia las viejas glorias del pasado y la llave de su nueva hegemonía en el Mediterráneo. Roma supo captar desde un inicio este significado, aunque en un principio no pudo evitar allí el avance púnico en función de estar librando batallas decisivas en su propio territorio. Pero jamás se desentendió del peligro en ciernes que, finalmente, se desató con la ya comentada crisis de Sagunto.

Así las cosas, y muy especialmente desde la derrota sufrida en Cannas, Roma se dispuso a jaquear Hispania como parte de una estrategia global. Si aún las condiciones no les eran propicias para golpear el corazón de Aníbal, hostigarían sus pies, es decir, sus principales puntos de apoyo. Por otra parte, Roma conocía cuán importante era para un sector de la dirigencia de Cartago la conservación de Hispania y sus riquezas, y sabía que atacándola, como represalia de la campaña de Aníbal en Italia, no tardaría en quebrar la

unidad en torno a su principal y belicoso general. Con esta decisión táctica, la dirección política romana se aprestaba a exhibir en las estrategias a largo plazo las mismas características que hicieron de Aníbal un militar prácticamente invencible en campo abierto: audacia y capacidad de movilización.

Por entonces la situación en Hispania era de cierto equilibrio dentro del marco de la dominación cartaginesa. Los púnicos, liderados por Asdrúbal, controlaban una enorme franja del territorio íbero, y sólo se inquietaban a medias por las operaciones al mando de los hermanos Escipión –Publio Cornelio y Gneo–, quienes si bien no habían logrado grandes éxitos militares, por lo menos evitaban el libre albedrío de sus enemigos. Asdrúbal debía mantenerse alerta y vigilante de la acechanza romana, lo que le impedía auxiliar como deseaba y necesitaba Aníbal.

En un inicio, pues, las tropas romanas en Hispania se conformaron con limitar el margen de maniobra de Asdrúbal, evitando confrontar abiertamente con él. Unos pocos triunfos militares habían bastado, sin embargo, para aumentar la moral romana. Cornelio Escipión merodeó en la desembocadura del Ebro, conquistando algunas ciudades y levantando guarniciones costeras. Luego se dirigió hacia el interior, entre el Ebro y los Pirineos, y en la ciudad de Kissa enfrentó a las fuerzas de Hannón, a quien derrotó e hizo prisionero. Además, capturó una importante parte del botín que Aníbal había resguardado en Hispania.

La táctica romana incluía, además, el dominio del mar, fundamental para romper los lazos entre Cartago y sus ejércitos en el continente europeo. Como los romanos se mostraron más eficaces en mar que en tierra, lograron en lo inmediato sus dos objetivos. Incluso, con el tiempo, se aventuraron a castigar poblaciones costeras pro cartaginesas, incursionando en Onusa, en las inmediaciones de Cartago Nova, en Logúntica y Ebuso, entre otras.

Mientras Aníbal estaba aislado en Italia, Asdrúbal lo estaba en Hispania. El Senado cartaginés no tardó en inquietarse: los flujos de plata para sus arcas se hallaban seriamente amenazados.

Con posterioridad a Cannas, el equilibrio de fuerzas cedió. Curiosamente, el momento de mayor éxito militar de Aníbal representó, a su vez, el inicio de la recomposición romana. Y el primer peldaño de esta recomposición fue Hispania, donde los romanos comenzaron a recuperar territorios y ciudades de gran importancia. De hecho, los hermanos Escipión derrotaron incluso a Asdrúbal en el año 216 a.C., al grado que Cartago se vio obligada, un año más tarde, a enviar a Magón con refuerzos para apuntalar su posición. Aun así, la iniciativa romana no pudo ser detenida y en el año 214 a.C.

reconquistaron Sagunto, saldando así una de las mayores afrentas que habían sufrido a manos de los púnicos. Como era de prever, la repercusión de este acontecimiento trajo aparejado nuevos reacomodamientos políticos, y algunas ciudades aliadas a los cartagineses –como Cástulo– no dudaron en mudar de bando.

Ahora bien: la Historia no presenta jamás una linealidad absoluta, y así como en el momento de mayor gloria de Aníbal los romanos comenzaron a tener la fortuna de su lado, también ellos durante su "clímax" hispano estuvieron a punto de sucumbir.

En efecto, en el año 211 a.C., Publio Cornelio Escipión inició una nueva campaña, pero fue rodeado por la caballería númida de Massinisa –cerca de Cástulo–, quien arrasó sus fuerzas, muriendo el mismo Publio en combate. Menos de un mes más tarde, su hermano Gneo, esta vez cerca de una colina ubicada a veinte kilómetros al norte de Murcia, siguió una suerte similar. En el lapso de unas pocas semanas, pues, Roma había perdido importantes fuerzas y a sus dos principales mandos. Una vez más, la situación de los romanos había empeorado, y hubiera sido catastrófica de no mediar la oportuna intervención de Tito Fonteyo –lugarteniente de Publio– y Lucio Marcio Séptimo, ambos electos generales por los propios soldados: en efecto, bajo su mando lograron contener a los cartagineses el tiempo suficiente para que Roma organizara y enviara una nueva expedición. La situación emergente generó una conclusión fundamental: los nuevos mandos romanos fueron ciertamente efectivos, pero no menos cierto fue que Asdrúbal careció del poder necesario para arrollar a las legiones cuando se hallaban acéfalas de dirección o cuando la jefatura fue improvisada. Con esta lectura de los últimos acontecimientos, Roma creyó que la hegemonía púnica en Hispania llegaba a su fin y envió nuevas legiones bajo el mando de Claudio Nerón para liquidar la cuestión.

Hacia principios del verano del año 211 a.C. Claudio Nerón arribó finalmente a Hispania, pero muy pronto su campaña se develó menos efectiva de lo esperado. Incluso dejó pasar la oportunidad de vencer a Asdrúbal y su ejército –en inferioridad de condiciones respecto a las renovadas legiones–, cuando en las cercanías de la actual Cataluña ambos bandos midieron fuerzas. Por incapacidad estratégica de Nerón, o por la conocida astucia de los Barca, lo cierto es que Asdrúbal logró burlar a los romanos y alejarse airoso, protegido por la noche.

Pero Roma estaba decidida a terminar con la base cartaginesa en Hispania y procedió con firmeza y sin dilaciones. Afines de ese mismo año o a principios del siguiente, se llevó a cabo la elección de un nuevo procónsul para comandar las operaciones en el país íbero, cargo que recayó en el joven Publio Cornelio Escipión, hijo del cónsul

recientemente muerto.

La elección del nuevo Escipión no estuvo exenta de curiosidades. Según cuenta la tradición, nadie se había ofrecido para el mandato, y entonces Publio se postuló con tal resolución que –sumada al hecho de ser el hijo de una víctima de Asdrúbal– convenció rápidamente al auditorio. Los votantes, pues, hicieron caso omiso a sus 24 años de edad y a su nulo ejercicio previo del consulado o la pretura, y lo aclamaron como nuevo jefe. Goldsworthy descree de que, en verdad, las cosas hubieran seguido ese camino y, teniendo en cuenta que la fuente es Tito Livio, destaca que la narración de éste es *"muy extraña"*, ya que *"no existe evidencia alguna de que los romanos hubieran actuado de esa manera en ninguna otra ocasión…"*. Sugiere que el Senado romano ya tenía decidida la elección del joven Escipión y organizó una elección pública para legitimar a su candidato.

Como fuere, la esperanza de establecer la hegemonía romana en Hispania y evitar por todos los medios que desde allí pudieran los cartagineses auxiliar a Aníbal recayó, entonces, en un joven inexperto, pero de una temeridad, audacia y herencia combativa acorde con la misión.

De la vida de Escipión se han recuperado trazos muy interesantes, que configuran en suma el rol destacado que cumpliría primero en Hispania y, más tarde, en África, cuando su éxito le daría el apelativo con el que sería conocido históricamente: *el Africano*. Su padre, homónimo, había sido cónsul en el año 218 a.C. y, como era costumbre entre las familias patricias, llevaba consigo a su hijo, con quien compartía la tienda de campaña durante las expediciones bélicas. Así, el joven Escipión conoció los rigores de las campañas y la dura vida de los soldados. Según la tradición, su padre fue herido durante un enfrentamiento contra fuerzas dirigidas por el propio Aníbal, y sólo la oportuna intervención del muchacho, que tuvo el impulso de salir a enfrentar solo a quienes habían herido a su padre, hizo que el cónsul salvara su vida. También se sabe que era sumamente religioso y tenía la costumbre de asistir al templo de Júpiter, en el Capitolio, para reflexionar en solitario.



Imagen de Claudio Nerón, quien intentó afianzar el poderío romano frente a los cartagineses, pero no tuvo los mejores resultados.

Por fin, Escipión partió hacia su objetivo; al frente de 30 naves, unos 10.000 infantes y 1.000 caballos. Con ellos llegó a la base romana de Tarragona, donde de inmediato confirmó en sus puestos de mando a Marcio y Fonteyo; Cayo Lelio, hombre de confianza de Escipión, tomó bajo su dirección la caballería.

La presencia de las legiones romanas obligó al ejército cartaginés a dividirse para cubrir el vasto territorio conquistado: Asdrúbal Giscón comandaba una fuerza apostada en las proximidades de Cádiz, dominando parte de la costa; Magón había establecido sus tropas cerca de Cástulo, en la Alta Andalucía; y Asdrúbal, finalmente, se había concentrado en la región de los carpetanos, en Castilla. Todos ellos se hallaban a no menos de diez días de marcha de *Cartago Nova,* lo que hacía de la capital púnica en Hispania un blanco ideal si acaso podía ser atacada antes de que recibiera el auxilio de sus tres ejércitos diseminados. Para fortuna de los romanos, *Cartago Nova* estaba defendida por una dotación de sólo mil infantes y su puerto custodiado por apenas dieciocho naves. En términos generales, una defensa muy escasa, y por ello atractiva, para las legiones romanas.

Escipión no dudó. Confirmada la distancia de los ejércitos púnicos

de su capital, decidió poner en movimiento a 25.000 infantes y 2.500 jinetes –posiblemente apostados en las orillas del Ebro– y marchó hacia *Cartago Nova,* adonde llegó tras una semana de dura marcha. La flota romana seguía el mismo curso, custodiando a su vez el peregrinar de las tropas terrestres. La táctica de Escipión fue de una audacia fenomenal. Se trataba de ganar tiempo para llegar primeros, lo que en resumidas cuentas significaba marchar alrededor de 65 kilómetros diarios para dar por cumplido el objetivo, es decir, un ritmo demoledor que sólo puede darse bajo una dirección de reconocida autoridad y determinación.

Ya a los pies de la amurallada *Cartagena,* Escipión arengó orgulloso a sus legionarios. Según cuenta la tradición, gritó con todas sus fuerzas: "¡Capta Carthaginem, capta Hispaniam!", es decir, "¡Conquistada Cartagena, conquistada toda Hispania!".

Luego Escipión bloqueó su puerto y acampó al este de la ciudad, para abocarse a la planificación del asalto final que, a pesar de la enorme superioridad romana, por tratarse de una fortaleza amurallada podía inferirle cuantiosas bajas.

El combate por *Cartago Nova* se inició cuando una fuerza púnica intentó salir de la ciudad por la puerta principal, siendo inmediatamente interceptada por los legionarios. Luego los romanos intentaron tomar una sección de las murallas por asalto, pero lejos de tener éxito sufrieron numerosas bajas y se retiraron. Por otra parte, el tiempo apremiaba. No era extraño que Asdrúbal ya estuviera advertido de los movimientos de Escipión, y sin duda se hallaba en camino para auxiliar a la capital. Escipión sabía que podía sitiar a *Cartago Nova,* pero si los ejércitos cartagineses acudían rápidamente, el sitiado sería él. Fue entonces cuando el cónsul romano obtuvo un dato que, en definitiva, le garantizaría el triunfo: unos pescadores y marineros de la aliada ciudad de Tarragona, conocedores expertos de las aguas de la región, le informaron que al atardecer la marea bajaba de tal forma que la laguna salada que se hallaba al norte de la ciudad quedaba prácticamente desagotada, dándole a los romanos una opción de ataque en un lugar habitualmente no custodiado, justamente por tratarse de una defensa natural.

Con esta información, Escipión pergeñó una nueva táctica: enviaría a unos 500 infantes con escaleras para que se aprestaran a escalar las murallas cuando el agua ya les permitiera acercarse a ellas. Mientras tanto, y a manera de distracción, Escipión mantendría el asedio en otros sectores de la ciudad, a la vez que una escuadra de 35 naves atacaría la zona portuaria bajo el mando de Lelio, uno de sus hombres de mayor confianza.

Dos días después de haber alcanzado *Cartago Nova,* Escipión

desencadenó el ataque final: Lelio incursionó por el puerto, en tanto que unos 2.000 infantes partían a su vez del campamento central, hacia la ciudadela. Desde las murallas, recibieron una nutrida cantidad de jabalinas, mientras que desde la puerta principal de la ciudad emergían numerosos infantes dispuestos a arrebatarles la iniciativa a los romanos. En un principio, la batalla se equilibró: la experiencia y combatividad de los púnicos podía con la superioridad numérica de los romanos, pero paulatinamente Escipión echó mano a sus grandes reservas de hombres, un recurso que el jefe cartaginés no tenía. El resultado fue el inevitable, y poco a poco el arrebato de los defensores de la ciudad comenzó a ceder terreno. Los muertos y heridos se agolpaban en el campo de batalla y la gritería, tanto desde el campamento romano como desde las murallas de *Cartago Nova,* era ensordecedor. La confusión fue completa cuando la avanzada cartaginesa, ya doblegada por el empuje romano, se replegó hacia las puertas de la ciudad. Según Polibio, Escipión participó de la batalla, siempre protegido por escuderos y dirigiendo las operaciones desde diversos lugares, sin dejar de infundir ánimos y dando, con su presencia, mayor coraje a sus hombres.

La batalla continuó con un fragor extraordinario. Los púnicos que habían retrocedido se agruparon una vez más, apoyados desde las murallas por sus correligionarios que no dejaban de lanzar sus jabalinas y proyectiles, causando numerosas bajas entre los romanos. Al cabo de varias horas, Escipión ordenó el cese de los ataques y el júbilo cubrió a los cartagineses, seguros de haber propinado a los rivales una lección que no olvidarían. Sin embargo, las cosas eran muy distintas.

Llegaba el atardecer: la trampa por la zona de la laguna estaba ya perfectamente coordinada y los soldados apostados dispuestos a realizar su trabajo. Guiados posiblemente por los tarraconenses que habían informado de la singularidad de la laguna que rodeaba una parte de la ciudad, los romanos llegaron a pie hasta las murallas y, tras colocar sus escalas, ascendieron sin que nadie advirtiera su operación. Las maniobras distractivas de Escipión habían dado resultado y ningún cartaginés custodiaba, curiosamente, el lugar más débil de la defensa.

"Tras colocar las escalas contra la muralla – señala Goldsworthy – *la escalaron y comenzaron a avanzar por el camino de lo alto del muro hacia la puerta principal. Los pocos defensores con quienes se encontraron fueron muertos o puestos en fuga con facilidad, ya que el largo escudo y la corta espada de los legionarios romanos eran especialmente adecuados para luchar en un espacio tan estrecho".*

Lo que siguió fue una perfecta coordinación entre los atacantes

romanos que habían ingresado a la ciudad y sus colegas que comenzaron a redoblar la presión por la puerta principal. Al tiempo, unos y otros la destrozaron con sus hachas y espadas, y la puerta cedió. Los defensores de *Cartago Nova* se desesperaron y el pánico sobrevoló sus filas. Mientras tanto, los romanos ingresaban por varios lados, ya que todo el sistema defensivo de la ciudad acababa de colapsar. Por el puerto, Lelio y sus hombres también penetraron, como así también por distintos puntos del muro exterior. Muy pronto las fuerzas romanas se diseminaron por las calles de la ciudad, mientras Escipión enviaba escuadrones para acallar la resistencia que aún persistía en algunos puntos. Pero la suerte de Cartagena estaba echada, y poco después se rindió por completo.

Lo que siguió fue un ordenado pillaje, habitual tras la caída de una importante plaza. Se dividió la ciudad en zonas, asignándosele a cada manípulo una de ellas, para juntar todos los objetos de valor. Luego se subastó lo obtenido entre los comerciantes romanos que solían acompañar al ejército en sus operaciones punitivas y, finalmente, se premió a los hombres con una parte proporcional del botín, siempre según su categoría. Con la ciudad bajo su protección, Escipión recaudó un botín de gran envergadura: tesoros en oro y plata, víveres en grandes cantidades y todas las naves que se hallaban en su puerto –algunos autores hablan de 18, pero otros de unas 60–, muchas de ellas con costosos cargamentos.

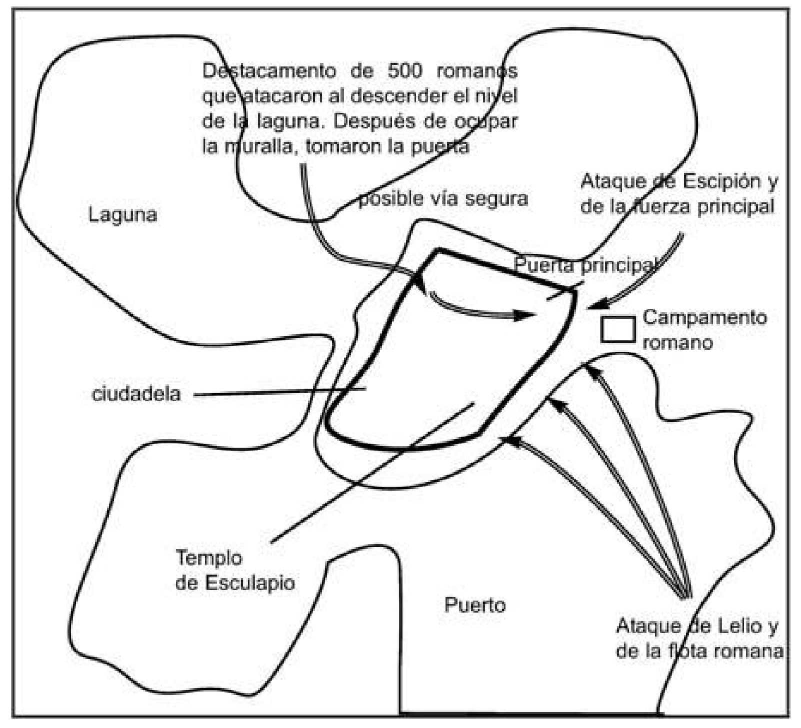
Había caído, finalmente, la capital púnica. El imperio de los Barca en Hispania comenzaba a deshilvanarse. En breve, las consecuencias estuvieron a la vista, sobre todo cuando numerosas tribus locales comenzaron a declamar su nueva fidelidad a la gran Loba romana. Mucho contribuyó a ello la actitud que el propio Escipión mostró después de la victoria, como la protección de las mujeres hispanas nobles capturadas. Un episodio, luego largamente difundido en pinturas y tapices, recuerda justamente uno de estos singulares actos de respeto que engrandecieron aún más la fama de Escipión: se cuenta que entre las prisioneras se hallaba una noble y bella doncella esposa de un príncipe de la Celtiberia, de nombre Alucio. Los padres de la muchacha se apersonaron ante el general romano con una gran cantidad de oro para ofrecerlo como rescate, pero Escipión, lejos de tomarlo para sí, rechazó la fortuna y devolvió a la joven a su familia.

También liberó a los esclavos que otrora servían a los cartagineses –pero a cambio de su fidelidad–, e igual procedió con los dos mil artesanos que fueron destinados a fabricar armas para su ejército o a realizar diferentes reparaciones.

Para Cartago y Aníbal, en cambio, la caída de la ciudad-puerto constituyó el mayor revés estratégico sufrido hasta el momento y,

según el curso de los acontecimientos, del que jamás podrán recuperarse.

Con su hermano aislado en Italia, y *Cartago Nova* y otras antiguas ciudades aliadas en manos romanas, Asdrúbal creyó oportuno romper la iniciativa de Roma con una gran confrontación definitiva, en la que se jugarían los destinos de la guerra tanto en Hispania como en la península itálica. Así, en el 208 a.C., forzó una batalla en Baecula (Bailén), en donde Escipión derrotó al cartaginés, aunque no pudo evitar que escapara con casi todas sus fuerzas –alrededor de 10.000 hombres– en dirección al norte. Si bien parece ser que la derrota de Asdrúbal no fue tan resonan te y la batalla de Baecula pareciera casi un episodio marginal en la campaña de Escipión, es indudable que éste le causó al púnico suficientes bajas como para forzarlo a una retirada de Hispania, desequilibrando aún más la correlación de fuerzas entre cartagineses y romanos en la península ibérica.



En imagen el orden en el que se dispusieron las fuerzas en la batalla de Cartago Nova.

Asdrúbal se dirigió hacia Navarra, para cruzar los Pirineos rumbo a Italia. Allí, en los Abrucios, al sur de la Apulia, aguardaba Aníbal, quien se había atrincherado tras la pérdida de Tarento a la espera de refuerzos, siempre vigilado celosamente por las legiones de C. Claudio Nerón.

En verdad, la huida de Asdrúbal significó un revés para Escipión, puesto que su misión prioritaria era evitar que aquel reforzara las unidades de su hermano en Italia, aunque ciertamente también Asdrúbal ahora se hallaba también sin posibilidades de reaprovisionamiento desde Hispania. De hecho, para evitar ser seguido por Escipión, Asdrúbal debió tomar un camino más largo para llegar a Italia, y recién en la primavera del año 207 a.C. alcanzó la Galia Cisalpina. Muy pronto se las vería cara a cara con los romanos, y esta vez el encuentro sí sería decisivo.

Por su parte, y durante los años siguientes, Escipión continuó recibiendo las adhesiones de las tribus locales y acrecentando su fama de gran estratega. Según Grimal, el romano:

"Había sabido atraerlos por su valor, por su humanidad y también por la aureola de leyenda de que se había rodeado. Se contaban acerca de él cosas extrañas (que pasaba largas horas en el Capitolio conversando con Júpiter o que había recibido la ayuda de Neptuno cuando había atacado a Cartagena)".

Ilipa, el último peldaño

Con Asdrúbal Barca fuera de Hispania, Escipión se ocupó de los demás ejércitos púnicos, acosando a Asdrúbal Giscón en el suroeste de Andalucía, y derrotándolo en la batalla de Ilipa, en el 206 a.C. La importancia de esta batalla reside, esencialmente, en su gran trascendencia simbólica puesto que, a pesar de no haber sido de gran envergadura, constituyó de hecho el fin del Imperio Cartaginés en la península ibérica.

Por entonces, Asdrúbal Giscón había unido sus fuerzas con las de Magón Barca, conformando un ejército con un apreciable poderío: entre 50.000 y 70.000 infantes según las fuentes, alrededor de 4.000 jinetes y no menos de 30 elefantes. La caballería, como siempre fundamentalmente númida, estaba dirigida por el príncipe Masinisa. Contra ellos, Escipión reunió unos 45.000 infantes y 3.000 jinetes, es decir, su inferioridad era notoria.

No obstante, los romanos habían asimilado las experiencias del pasado y habían adquirido, ciertamente a un costo demasiado alto, una destreza estratégica en sus mandos que en breve se pondría de manifiesto. Sin duda Escipión era un comandante notable y su agudeza e inteligencia habían sido sobradamente confirmadas en la batalla de *Cartago Nova,* pero a su vez era tributario de las tácticas empleadas por el propio Aníbal y las desastrosas empresas militares romanas sucedidas hasta Cannas. Todo ello, sumado a la pericia

propia, convirtieron a Escipión en un jefe triunfador, capaz de vencer en el terreno de batalla al mismísimo hijo pródigo de Cartago.

Por lo pronto, Escipión había devuelto a Roma la confianza en el éxito y era bendecido por el apoyo del pueblo y de sus legionarios. Y ahora iba por más. Ilipa constituiría el último peldaño de su escalada hispana.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez.

Cuando los romanos estaban organizando su campamento, y estudiando la manera de distribuir sus fuerzas de la manera más conveniente para neutralizar su inferioridad numérica, cayeron bajo el ataque de la caballería púnica. Magón y Masinisa encabezaban la inesperada incursión, haciendo gala una vez más de la combinación de dos de sus más eficaces armas: la sorpresa y la caballería. Pero Escipión conocía estas tácticas, o por lo menos había podido prever que algo así sucedería contra sus propias fuerzas, y tomó precauciones suficientes. En efecto, el general romano había dispuesto una importante fuerza de caballería oculta detrás de una colina, por lo que de inmediato estuvieron en condiciones de iniciar un contraataque fulminante tomando por detrás a los cartagineses, a la vez que grupos compactos de legionarios resistían la avanzada púnica. De esta manera, los sorprendidos fueron los cartagineses, quienes comenzaron a ceder terreno. Finalmente, y tras haber sufrido numerosas bajas, la caballería de Magón y Masinisa se retiró en estampida. Si habían imaginado que su incursión provocaría caos entre sus enemigos, el resultado fue exactamente el contrario: los desorganizados y confundidos resultaron ser ellos.

Este tipo de escaramuzas solía preanunciar las grandes batallas, y su desarrollo no parecía ser tan decisivo. Servían para medir fuerzas, conocer la disposición en campo de las fuerzas adversarias y templar los ánimos guerreros, y en general habían sido favorables a los púnicos. Sin embargo, esta vez los romanos llevaron la mejor parte, y los jefes cartagineses bien pudieron comprobar que ante ellos había un enemigo alerta y que también podía dar muestras de astucia militar. Es probable que ello provocara la dilación de los púnicos para iniciar un ataque a fondo, incluso con la ventaja numérica que ostentaban. Vista retrospectivamente, aquella inicial escaramuza fue toda una señal.



Soldado romano tallado en placa de marfil, probablemente a mediados del siglo III a.C. Fue hallada en Palestrina. La imagen da cuenta de la atención y el cuidado que el imperio ponía en uniformar a sus ejércitos. Roma invertía muchos recursos económicos en su aparato militar.

Así las cosas, ambos ejércitos se desplegaban, uno frente a otro, y durante horas se mantenían en posición de combate, pero al anochecer cada uno regresaba a sus propios cuarteles para velar sus armas en espera de la batalla definitiva. Estos movimientos se convirtieron en una rutina que se prolongó varios días: los cartagineses tomaban la iniciativa y desplegaban su ejército desde una altura, formando sus líneas hasta abarcar buena parte de la llanura que estaba a sus pies. Delante se hallaba la dotación de elefantes y en el centro la infantería; los flancos eran ocupados por los íberos, y en las alas se ubicaba la caballería.

Los movimientos de fuerza de los cartagineses, como era de esperar, fueron respondidos al unísono por los romanos, con sus legionarios en el centro y sus propios íberos en los flancos. La caballería romana, por su parte, acertaba colocarse enfrente de su par enemiga.

No hay demasiada coincidencia entre los autores especializados a la hora de individualizar cuál de los dos ejércitos se propuso, por fin,

iniciar la batalla decisiva. Siguiendo a Goldsworthy, fue Escipión quien decidió el comienzo, pero con la novedad de que para ese momento alteró la formación de sus escuadras, siendo:

"…los aliados españoles quienes ocuparían la posición central de la línea de ataque, mientras que dividió las mejores tropas entre los dos flancos… Una vez formadas las tropas, avanzó con mayor audacia que en los días precedentes y no se detuvo hasta encontrarse a la mitad de la llanura abierta".

Una vez más, los cartagineses fueron sorprendidos y se vieron en la obligación de desplegar sus tropas rápidamente, tal como lo habían hecho antes, con la diferencia de que ahora la iniciativa era de los romanos –por primera vez en aquellos días– y el asombro fue tan grande que ni siquiera estaban preparados ni alimentados convenientemente cuando las órdenes de movilización tronaron. Apenas los púnicos terminaron de desplegarse, pudieron observar que Escipión había reposicionado a sus fuerzas y que sus mejores tropas iban directamente hacia las más débiles de los cartagineses. Por supuesto, este cambio implicaba a su vez una contrapartida a favor de los púnicos, es decir, las mejores tropas cartaginesas bien podían arremeter contra las menos preparadas de los romanos. Pero lo que parecía cierta igualdad de condiciones no era, en verdad, enteramente cierto. A esa altura de la guerra y con Escipión al mando, el ejército romano era más poderoso que el de su contrincante, y su preparación y ánimo combativo superaban al de aquel. El romano contaba con que tras deshacerse rápidamente de los apoyos de la experimentada infantería y caballería de su enemigo, arremetería con todas sus fuerzas contra el núcleo más duro de los púnicos que, hasta llegado ese momento, debía ser contenido por las legiones. Muy pronto el desarrollo del combate le daría la razón.

Mientras tanto, las caballerías de uno y otro ejército comenzaron a enfrentarse, aunque sin resultados claros para ninguno de los dos bandos. De inmediato Escipión reinició el avance de su infantería ligera, pero realizando maniobras de envolvimiento de tal disciplina y velocidad que los púnicos no atinaron a cerrar una defensa conveniente. Los elefantes poco pudieron contra la arremetida romana, y ante la lluvia de jabalinas que la infantería legionaria les arrojaba huyeron espantados contra las propias filas cartaginesas, sumando aún más confusión.

Paulatinamente los sorprendidos cartagineses comenzaron a retroceder, mientras las legiones iban renovando sus vanguardias con tropas de refresco y bien preparadas para una encarnizada lucha. Poco después la resistencia púnica colapsó: sus flancos cedieron y el retroceso se convirtió en desbandada, quedando la infantería pesada

sin custodia en sus lados. Los romanos, pues, cerraron el cerco provocando una matanza de proporciones. Según señalan algunos investigadores, quiso la suerte que una violenta tormenta cayera sobre el campo de batalla, impidiéndoles a los romanos continuar con lo que parecía un seguro arrollamiento. Pero el destino de Giscón estaba echado: al caer la noche, muchos de sus aliados desertaron en masa, por lo que él mismo decidió retirarse vencido.

Lo que siguió fue un desmembramiento completo del ejército cartaginés: Giscón se refugiaría con sus supervivientes en Gades, mientras que Magón abandonaría Cádiz con los restos de su ejército y flota, refugiándose en las islas Baleares.

Sin ejércitos cartagineses de peso en Hispania, Escipión detuvo su campaña: primero, por una enfermedad que lo postró momentáneamente; luego, para atender situaciones no muy claras de sublevaciones en su propia tropa. De todos modos, muy pronto se ocupó de saldar cuentas con aquellas poblaciones hispanas que aún no se habían decidido a doblegarse ante Roma, muy especialmente las ciudades de Ilurgia y Castace. Pero eso no sería un gran problema para Escipión, decidido resueltamente a acabar con esos focos de resistencia. Según refiere Huss:

“Él en persona y Lelio tomaron Ilurgia y causaron en la ciudad un inhumano baño de sangre. Séptimo debió de asediar a Castace: pero la ciudad se rindió nada más ponerse P. Escipión delante de sus murallas…”.

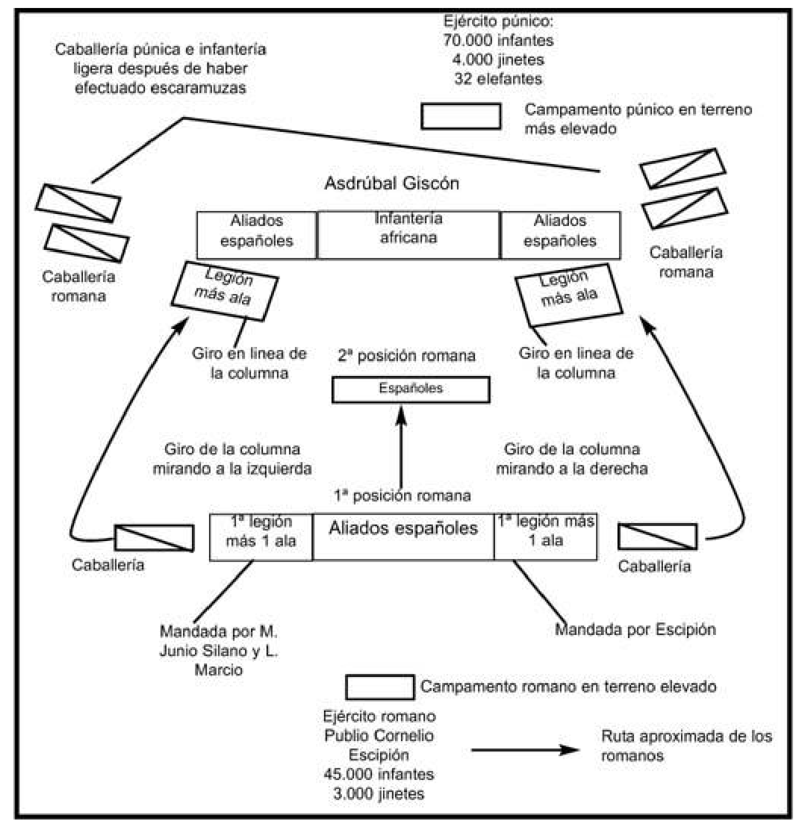


Diagrama que esquematiza la disposición de las tropas romanas y cartaginesas en la batalla de Ilipa

Luego, progresivamente cayeron otras ciudades menores, como Ostipo.

Por su lado, Cartago estaba sumida en la mayor desesperanza. La única alternativa que le quedaba, ya fuese para alcanzar algún triunfo resonante o para negociar con Roma una paz desde alguna posición de fuerza, era apoyar a Aníbal, por lo que se ordenó a Magón partir en su auxilio, justamente cuando éste alumbraba una vana esperanza de hacer pie nuevamente en Hispania alentado por la resistencia de aquellas mismas ciudades que Escipión no tardó en aplastar.

En este marco, en el año 205 a.C., el menor de los Barca partió desde la isla de Menorca con 30 naves y 4.000 infantes, llegando finalmente a la costa de Liguria, desde donde marchó para conquistar exitosamente Génova y Savona. No obstante, sus triunfos se empañaron de alguna manera pues, tras su partida, Gades se entregó también a los romanos.

Desde entonces, quedaba un solo poder en toda Hispania: el de Roma.

La batalla final contra Cartago, pues, ya no se establecería en esas tierras, y Escipión comenzó a pergeñar su última estocada. El objetivo ahora era la propia Cartago, en el norte de África.

Capítulo XI
El principio del fin

S

i la pérdida de *Cartago Nova* y la presurosa huida de Asdrúbal hacia Italia habían herido seriamente los planes de Aníbal, la abrumadora derrota cartaginesa en Ilipa y en las ciudades que aún resistieron un tiempo más el predominio romano terminó por sellar su suerte. Empero, aún las legiones no podían acreditarse un triunfo definitivo sobre su gran enemigo. De todos modos, el mapa de la guerra se presentaba ampliamente favorable a la gran Loba romana. Y no sólo en Hispania: si allí el saldo era negativo para los cartagineses, en Italia las cosas no resultaban diferentes.

Por lo pronto, la tensa calma y la indefinición en territorio latino se mantuvo durante casi todo el año 208 a.C. Aníbal continuó con su aislamiento, a la vez que se debilitaba cada vez más su ejército, a esa altura más preocupado en sobrevivir a las penurias de una campaña extensa y agotadora y sin que pudiera recibir suficientes reservas y abastos. Por su parte, los romanos, más desahogados desde el punto de vista militar, persistieron en la iniciativa, pero perdieron en aquel año a una de sus figuras más emblemáticas: el por cuarta vez electo cónsul Claudio Marcelo, quien se había dirigido - junto al también cónsul T. Crispino - al Brutio para no perderle pisada a Aníbal e incluso, si la oportunidad era propicia, enfrentarlo en una batalla definitiva.

Con ese inocultable propósito, Claudio Marcelo y Crispino establecieron sus campamentos en una zona límite entre la Lucania y la Apulia, apenas separados del de Aníbal por una colina. Como la altura divisoria era sumamente arbolada, el púnico destacó a un grupo importante de jinetes númidas para que, ocultos entre los árboles, aguardara el paso de patrullas enemigas. La emboscada quedó tendida y muy pronto le daría a Aníbal resultados insospechados. Tal como el púnico había previsto, una escuadra romana acertó pasar en misión de reconocimiento por el lugar, pero grande sería la sorpresa cartaginesa cuando se descubrió que, en vez de tratarse de expedicionarios, los que se aventuraban hasta allí eran los dos cónsules en persona, apenas acompañados por una pequeña escolta. El combate fue tan breve como mortal para los romanos: Marcelo cayó atravesado por una lanza y Crispino, herido de gravedad, apenas logró huir para morir poco

después.

El año se cerraba así con episodios gravosos para ambos ejércitos. El siguiente, en cambio, volvería a poner a los romanos en una situación de superioridad para entonces prometedoramente definitiva, que los acontecimientos militares en Hispania ya relatados confirmaron en plenitud.

La batalla de Metauro

Como queda dicho, Asdrúbal huyó con buena parte de sus fuerzas desde tierra hispana hacia Italia con el objetivo de unir sus tropas a las de su hermano Aníbal. Juntos, confiaban, podrían batirse contra los romanos y devolverles la afrenta sufrida en tierras íberas.

La situación para Roma, en cambio, era paradójica. Por un lado, se había expulsado de Hispania al general púnico más peligroso y audaz, dejando el campo abierto para la reconquista de la península. Por otro lado, Roma volvía a tener en su territorio a un ejército cartaginés poderoso que, si llegaba a tener éxito en su misión de acople con el de Aníbal, reanimaría la guerra en Italia con una envergadura por demás preocupante. De todos modos Roma contaba con la invalorable herramienta de conocer los objetivos cartagineses, y puso manos a la obra para impedirlos. Por otra parte, contaba con tiempo suficiente para lograrlo: Asdrúbal incursionaba desde el norte y Aníbal se hallaba en el extremo sur de Italia; además, aquel venía de una derrota (Baecula) y extenuado por el cruce de los Alpes, y su hermano se hallaba virtualmente sitiado, debilitado y acechado por las legiones. Por donde se viera, la empresa de los Barca parecía destinada al fracaso. En todo caso, eran dos Barca, y el Senado romano no escatimó esfuerzos y cuidados para neutralizarlos. En lo inmediato, y tras las elecciones de cónsules del año 207 a.C., los cargos recayeron en Claudio Nerón y M. Livio Salinator, desde entonces los encargados de conjurar la amenaza.

Mientras tanto, Asdrúbal alcanzó en abril el valle del Po y sitió Piacenza, una plaza fuerte que demoró aún más su marcha. Igualmente se acreditó algún éxito, sobre todo porque se le unieron contingentes galos y ligures con los que continuó su travesía por la Romagna. También envió emisarios a su hermano detallándole sus progresos y trayectos, emisarios que al caer en manos romanas revelaron a éstos las rutas que tomaría hacia el sur: una información estratégica que, en conocimiento de sus enemigos, selló su suerte.

Los romanos decidieron atacar a los hermanos Barca por separado. Livio enfrentaría a Asdrúbal, y Nerón a Aníbal. El dominio de las vías

interiores les permitiría acercarse a ellos con mayor velocidad y economía de esfuerzos. Así, Nerón alcanzó a Aníbal en Grumento, con una fuerza poco mayor de 40.000 hombres, de los cuales unos 2.500 integraban la caballería. El choque fue feroz y el púnico llevó la peor parte, debiendo replegarse con grandes pérdidas. Una vez más, Aníbal quedó cercado y celosamente vigilado por las legiones. Tras su éxito, Nerón se dirigió hacia el norte con una fuerza de 7.000 infantes experimentados, con la idea de unirse a Livio para, juntos, saldar cuentas con Asdrúbal.

Livio, en tanto, siguió de cerca al otro Barca, y cuando éste se estableció en las proximidades del río Metauro, el romano hizo lo propio aguardando los refuerzos. Cuando Nerón llegó con sus hombres, los dos cónsules convinieron en presentar batalla de inmediato.

Asdrúbal no tardó demasiado en caer en la cuenta del peligro que lo acechaba y eligió evadir la confrontación. Mas era demasiado tarde. Procuró entonces cruzar el río, pero sus esfuerzos fueron en vano: sin mayores conocimientos de la región en la que se hallaba, no supo por dónde hacerlo. Y los romanos estaban cada vez más cerca.

En efecto, las legiones habían iniciado su avance desplegándose en tres flancos: Livio comandaba el ala izquierda, Lucio Porcio el centro y Nerón el ala derecha. Asdrúbal, por su parte, casi de espaldas al Metauro, atinó a colocar a sus diez elefantes en el centro, y detrás él mismo se ubicó dirigiendo a sus ligures; hacia la derecha dispuso a sus aliados hispanos, y a la izquierda la caballería e infantería celta.

La batalla fue cruenta y breve. Los romanos dieron una vez más una muestra cabal de su organización, disciplina y velocidad, y tras realizar varios intentos y movimientos envolventes lograron arrollar el flanco derecho de los cartagineses y su retaguardia. El desbande se generalizó entre las fuerzas púnicas, que cayeron en una proporción cinco veces superior a la de sus enconados enemigos: finalmente, el campo quedó abonado por más de 10.000 cartagineses y unos 2.000 romanos. La victoria había sido completa, y como preciado premio Roma se había cobrado la vida de Asdrúbal.

Tras la matanza, quedaba aún un acto a realizar. Claudio Nerón partió de inmediato a su campamento de Apulia llevando consigo un mensaje para Aníbal: la cabeza de su hermano que, según refiere Kienitz, fue arrojada *"a los pies del centinela de Aníbal"*. Otros autores refieren que el macabro presente llegó al jefe púnico por intermedio de dos prisioneros, o que simplemente se la hizo rodar hasta el campamento de aquel. Cualquiera haya sido la forma en que la cabeza cercenada de Asdrúbal fuera llevada hasta su hermano, lo cierto es que llegó con la carga de una premonición: tarde o temprano,

cualquier Barca que se enfrentase a Roma terminaría de igual manera.

No es difícil imaginar la reacción de Aníbal. La guerra contra la Loba ya se había cobrado la vida de su padre y de su cuñado en Hispania y la de varios de sus más aguerridos jefes. Ahora había sido el turno de Asdrúbal. ¿Cuándo sería el suyo?

Por lo pronto, sumido en el dolor y la derrota, congregó a su ejército y partió hacia el Brutio, en el confín sur de Italia. La fantástica empresa de unir sus fuerzas con las de Asdrúbal había concluido en el mayor de los fracasos y sólo le quedaba recuperarse para intentar, una vez más, continuar una guerra que ya se revelaba perdida. De la leyenda de Cannas sólo quedaba eso: una leyenda. La realidad mostraba, en cambio, que de los cartagineses en Italia sólo restaba un ejército extenuado y desmoralizado, confinado en una pequeña región que, de tan extrema, parecía no ser, siquiera, una parte de la península.

Capítulo XII
Derrota en África

El año 205 a.C. se presentó para los cartagineses más comprometido que los anteriores. Quedaban atrás las pérdidas de Hispania 'y el rotundo fracaso de Asdrúbal en Italia. Aníbal, por su parte, estaba sumido en la mayor inmovilidad, que Huss explica por la acción de tres factores básicos: los reveses de los últimos años; *"una epidemia devastadora"* que diezmó aún más su ejército y, finalmente, la falta de refuerzos que Magón debía aportar y que no llegaron. Para completar su delicado cuadro, los romanos se hallaban más fuertes militar y anímicamente que nunca, habían hallado un jefe –Escipión– que se erguía como un triunfador incansable y las legiones no dejaban de acosar a las huestes púnicas. Por último, los retrocesos de Aníbal debilitaron la base de sus acuerdos con los aliados que hasta entonces lo habían apoyado, lazos de conveniencia que no tardaron en quebrarse y mudar de intereses. En este sentido, el cambio de signo de los númidas será el paso previo de la derrota definitiva del gran cartaginés.

Por su parte, lejos de conformarse con los éxitos alcanzados, Escipión continuó solidificando el dominio romano, y con los ojos puestos en la costa africana se dirigió hacia allí para preparar su última cruzada.

No obstante, Escipión también afrontaba algunas contrariedades, sobre todo en el Senado romano, donde muchos hombres de la política estatal veían con renuencia el engrandecimiento de un general que, según Huss, amenazaba llevar su plan *"ante la asamblea del pueblo en el caso de que el Senado no lo aprobase"*. La situación era compleja:

"El Senado – acota Grimal – *había querido privar de recursos a Escipión y sólo había conseguido hacer de él un héroe de todo el pueblo…"*.

Por lo pronto, los senadores le dieron autorización para llevar adelante su estrategia africana, pero ya llegaría el tiempo en que podrían saldar cuentas con aquel militar que, de hecho, jamás alcanzaría a desarrollar una carrera política acorde a lo que sus éxitos en los campos de batalla presagiaban.

Como fueran las cosas, lo cierto es que Escipión organizó una primera expedición hacia el otro margen del Mediterráneo, encomendada a su lugarteniente Lelio, aquel que dirigiera la flota romana cuando la caída de *Cartago Nova.*

La misión de Lelio fue coronada exitosamente, y tras desembarcar sus treinta navíos en Hippo Regio, ocupó los alrededores de la ciudad portuaria. Hasta allí llegó Masinisa, el númida, para concertar un pacto de mutuo apoyo. La debacle de Cartago traería en el norte africano una lucha impiadosa por la hegemonía regional, y los príncipes númidas hacían ya sus cuentas. En el futuro cercano sería por demás importante contar con el apoyo romano y había que dar muestras de "lealtad" con suma prisa. El rey númida Sífax no tendría un comportamiento distinto, y muy pronto ambos númidas pelearían por la bendición romana. Pero no nos adelantemos.

La presencia romana en el norte africano no pudo menos que desatar el pánico en Cartago, cuya dirigencia bien sabía que Roma cobraba cada una de sus deudas. Y a esa altura, eran demasiadas las facturas que la Loba tenía pendientes con la ciudad que catapultó a Aníbal. Sin pérdida de tiempo, el Senado cartaginés entonces se movilizó: reclutó nuevas tropas, se preparó para un largo sitio militar y envió emisarios para pedir ayuda tanto a los diferentes reinos africanos como así también a Magón y a Aníbal, enclavados lejos de su metrópolis.

A pesar de sus avatares bélicos, Cartago seguía siendo una potencia, y muy pronto destinó una flota de cien navíos colmados de hombres y abastos para sus dos generales. Confiaba en que entregándoles fuerzas suficientes bien podrían reanimar la guerra en Italia y desactivar los planes de invasión romana en África. Pero grande fue su desilusión cuando parte de la flota cayó en manos de Octavio, aunque otra sí logró alcanzar a Magón, según Huss, en una localidad cercana a Génova. Así, Magón reforzó sus filas y se aprestó a reclutar mercenarios. La empresa, empero, demoraría el tiempo suficiente para que los romanos colocaran a su alrededor un cerrado dispositivo que limitase sus movimientos.

Aníbal, por su lado, no tuvo mayor fortuna, y para colmo de males perdió la ciudad de Locros sin que pudiera auxiliar a la guarnición cartaginesa que la controlaba.

Así las cosas, en el año 204 a.C. el mapa del conflicto entre Roma y Cartago se había reducido considerablemente. Hacia el oeste, Hispania estaba liberada de presencia púnica, y en la propia Italia Magón y Aníbal se hallaban cercados. Hacia el este, las aventuras guerreras de Filipo V de Macedonia también habían concluido. Para Roma sólo restaba África, es decir, poner de rodillas a Cartago de manera

definitiva. En los años venideros, pues, también esto debería quedar resuelto.

Preludio africano

Mientras Escipión ultimaba sus planes de invasión, otro Asdrúbal, hijo de Giscón, entabló una alianza con el rey Sífax para enfrentar a los romanos. La actitud de Sífax era ciertamente ambigua. Por un lado buscaba erguirse como mediador entre romanos y cartagineses; por otro lado, en tanto Masinisa se ponía del lado de los primeros, apoyaba a los segundos pensando en terminar con las apetencias de su competidor númida. Más allá de las alternativas duales de Sífax y la entrega resuelta de Masinisa a los brazos romanos, lo cierto es que también se avecinaba una definición dentro del reino númida, y los márgenes de acción de uno y otro se agotaban rápidamente.

Por su lado, Escipión se decidió por invadir África y, con una poderosa flota de 400 navíos de carga, trasladó sus fuerzas en dirección al cabo Tarina. Luego dirigió sus legiones hacia Útica, al noroeste de Cartago, donde también congregó sus tropas su aliado Masinisa. En dicha región se darían las primeras batallas entre romanos y cartagineses.

Según Huss:

“En el primer choque de las fuerzas enemigas en suelo africano los cartagineses llevaron la peor parte”.

En adelante las cosas seguirían el mismo camino. Escipión y Masinisa arrollaron a las fuerzas cartaginesas apoyadas por Sífax, cuyos campamentos quedaron envueltos en llamas.

“Un contraataque de Sífax y de los cartagineses, en la primavera del 203 a.C, acabó en un desastre para ellos”, sintetiza Grimal.

La guerra se extendió un poco más, y hacia junio ambas fuerzas volvieron a confrontar, esta vez en los Grandes Campos, donde unos 30.000 cartagineses, númidas y aliados celtas chocaron con Escipión. El resultado fue el mismo: los romanos y los númidas de Masinisa aplastaron a la alianza que los púnicos habían estructurado, y sobrevino otra derrota.

Los númidas de Sífax, empero, intentaron una última reacción, y tras reagruparse presentaron nueva batalla. Fue el final para Sífax. El triunfador aún tuvo espacio para dar una estocada final: se casó con la esposa de su rival y tomó la ciudad de Cirta, la más importante que se mantenía fiel a Sífax, para emprenderla luego contra las ciudades más pequeñas que aún manifestaban su fidelidad al rey muerto. Por

supuesto, Masinisa resolvió a su favor la interna númida y Cartago perdió a uno de sus últimos aliados.

La novedad volvió a causar pánico en Cartago, pero esta vez los senadores púnicos mudaron su orientación. Persistir en la guerra contra Roma sólo acarrearía mayores males a la ciudad, y nada hacía prever que podrían detener a los romanos. La paz se impuso, pues, como fruto de una derrota militar incuestionable. Por supuesto, Escipión festejó gozoso el cambio de actitud cartaginés y se abocó de lleno a imponer sus condiciones:

Devolución sin costo de los prisioneros de guerra. Inmediato retiro de los ejércitos cartagineses aún establecidos en la Galia y en Italia.

Abandono de toda pretensión en Hispania.

Abandono de todas las posesiones cartaginesas en las islas ubicadas entre ambos continentes.

Desarme de la flota de guerra y mantenimiento de no más de veinte navíos.

Pago de una indemnización de 5.000 talentos de plata.

Liberación de los rehenes de guerra.

Cartago aceptó las condiciones de Escipión y encomendó una embajada para formalizar en Roma los nuevos términos de paz.

Todo hacía prever que la guerra había concluido. Pero aún faltaba un punto a resolver: Aníbal.

El regreso de Aníbal

El Senado cartaginés también mantuvo un doble discurso. Por un lado, la inmediata aceptación de conversaciones de paz libraba a la ciudad de una catastrófica invasión romana; por otro lado, y en tanto Aníbal mantuvie ra viva la esperanza de cierta recomposición de sus fuerzas, el Senado confiaba en sus habilidades militares y políticas para, al menos, obtener una posición negociadora más óptima.



Encuentro entre Aníbal y Escipión. En este tapiz se puede observar con claridad los modos de negociación de la época.

Como las negociaciones de paz con los romanos se fueron dilatando, el Senado cartaginés optó por llamar a su hijo pródigo para que regresara a la metrópolis, lo mismo que le solicitaron a Magón.

El primero emprendió el cruce durante el otoño del año 203 a.C. Ubicado en el sur de Italia, su viaje no demandaría demasiado tiempo. Magón, en cambio, se hallaba hacia el norte y en malas condiciones; de hecho, había sido herido y no sobrevivió a la travesía, muriendo al sur de Cerdeña.

La llegada de las tropas de Magón y las de Aníbal dieron un vuelco a la situación planteada. La paz había quedado clausurada nuevamente y ambos bandos volvieron a aprestarse para la batalla. El Senado romano protestó airadamente, pero los púnicos habían optado por las armas.

Hasta dónde los mandos romanos respetaban a Aníbal lo demuestra la extensa preparación a la que se sometieron para vencerlo de una vez y para siempre. A pesar de que tenían controlada la región que rodeaba a Cartago y contaban con el apoyo númida de Masinisa –deseoso de incorporar territorios púnicos a los propios– no la emprendieron contra la capital cartaginesa. En cambio, Escipión dirigió, como señala Huss, *"una expedición de castigo a través del interior del país",* capturando numerosas ciudades menores y reduciendo a su población a la esclavitud.

Aníbal, mientras tanto, se encargaba de reclutar nuevos aliados y fortificar su ejército, empresa que le llevó alrededor de un año.

Hacia el otoño siguiente, el cartaginés reunió sus fuerzas en las proximidades de Zama, a unos 160 kilómetros al suroeste de Cartago, donde se libraría el último gran combate de las Guerras Púnicas.

Desde Zama, Aníbal envió emisarios al campamento de Escipión

para concertar una entrevista. El romano aceptó el convite, pero no precisó ni lugar ni fecha del encuentro, y se demoró en resolver esa cuestión: buscaba ganar tiempo para permitir el arribo del conjunto de sus fuerzas y las de su aliado Masinisa, quien finalmente le aportó la nada despreciable cantidad de 6.000 infantes y 4.000 jinetes de la tan temida caballería númida. Poco después, habiendo completado sus ejércitos, Escipión se trasladó hacia Naraggara, donde estableció su campamento. Entonces convocó a Aníbal para realizar el encuentro que había quedado pendiente. El cartaginés movilizó también su ejército hacia donde se hallaba Escipión y, en un lugar a igual distancia de ambos ejércitos, Aníbal y Escipión finalmente se encontraron.

"No se puede afirmar con seguridad el contenido de las conversaciones mantenidas por ellos – señala Huss – *pero, no obstante, parece que una cierta verosimilitud habla a favor de que Aníbal propuso la renuncia definitiva de Cartago a todas las posesiones anteriores de fuera de África con la condición de que los romanos se retirasen de ésta…"*

Escipión, por supuesto, consideró inaceptable la propuesta y presumiblemente exigió la rendición de los cartagineses. El diálogo entre los dos más brillantes generales de la guerra no podía terminar sino en un palmario fracaso. Se despidieron, pues, con el convencimiento de que las armas darían el último veredicto.

La batalla de Zama

En la antesala de Zama, nada hacía prever que una batalla como la de Cannas podía llegar a reproducirse. Ninguna condición era similar.

Las fuerzas con las que contaba Aníbal no superaban los 40.000 infantes y unos 5.000 jinetes, a los que se les sumaron 80 elefantes, una cantidad de bestias con la que jamás anteriormente había contado. A pesar de que se trataba de una fuerza de significativo poder, era también una tropa desalentada y ya sin los mejores cuadros militares púnicos, que habían ido cayendo en las sucesivas derrotas de los últimos años. Por otra parte, era por demás claro que los cartagineses se hallaban en una contienda defensiva y no ofensiva, donde la iniciativa devenía de los rivales.

Por su parte, los romanos eran la contracara: cada vez más animosos y mejor dotados, contaban con suficientes tropas de refuerzo, toda ellas bien alimentadas y con creciente experiencia en la organización y disciplina militar. Difícilmente podían ser barridos por una fuerza compuesta en su mayoría por mercenarios ignorantes de las artes de la formación bélica colectiva.

Así las cosas, Aníbal distribuyó su ejército en tres líneas y colocó a su caballería en las alas. Como siempre, los elefantes serían la fuerza de choque central, tras la cual se agrupaba la infantería.

Escipión, por su lado, también desplegó sus legiones, que numéricamente eran un tanto inferiores al oponente, pero en los flancos ubicó a la caballería númida, aquella que otrora fuera su condena y ahora ungía como una de sus piezas claves.

Aníbal sabía que poco podía esperar de su caballería, inferior en número y en calidad a la de los númidas pro romanos, razón por lo cual apostó a que los elefantes del centro lograran sembrar la confusión y la mayor destrucción posible. En teoría, eso era correcto, pero al frente de las legiones se hallaba ahora Escipión, quien también sacó conclusiones similares. Al menos eso se desprende de la táctica que utilizó: abrir grandes pasillos para que los animales pasaran en su estampida sin provocar mayores daños a sus filas.

Neutralizada la primera táctica de Aníbal, la batalla se desarrolló cruelmente en dos direcciones. Aníbal intentó que la caballería de Masinisa, que atacaba por la derecha, no se uniera con la de Lelio –que hacía lo propio desde la izquierda–, lo que hubiera significado una encerrona mortal. Para ello había enviado a sus mercenarios apoyados por los cartagineses y libios, aguardando finalmente la entrada en acción de sus veteranos, quienes debían decidir el resultado de la lucha. Escipión, por su parte, también tenía sus planes trazados, y confiaba en que sus jinetes doblegarían los flancos púnicos apoyados por sus movedizos cuerpos legionarios.

De todos modos, una auténtica desgracia se desató entre los púnicos, cuando los mercenarios –cansados de no obtener el apoyo deseado– la emprendieron por igual contra romanos y cartagineses-libios, quebrándose por completo el juego de equilibrios que hasta entonces venía desarrollándose. Por supuesto, en ese caos, las columnas de Aníbal cedieron y poco quedó de sus vanguardias. Ordenó entonces el repliegue hacia donde se hallaban los veteranos, a quienes debían cubrir por sus lados.

Escipión había dado órdenes de perseguir a los restos de los flancos de Aníbal, y cuando la caballería de Masinisa y la de Lelio regresaron de su persecución, atacaron a los veteranos y sus flancos desde su propia retaguardia. Por el lado opuesto, tanto en el frente como en los flancos, la infantería romana también avanzó, provocando una auténtica masacre. Si algo se asemejaba a Cannas, era exactamente en sentido inverso. Los encerrados ahora eran los púnicos, quienes, a pesar de resistir heroicamente, fueron finalmente arrollados.

Al final de la sangrienta jornada –19 de octubre del año 202 a.C.– poco quedaba del ejército cartaginés: sus pérdidas alcanzaron los

25.000 muertos y casi 10.000 prisioneros. El propio Aníbal debió huir apresuradamente para conservar la vida, refugiándose primero en Andrimes y por último en la propia Cartago.

Los romanos sumaron unos 2.000 legionarios y casi 3.000 jinetes númidas muertos (cifra, ésta última, que distingue hasta dónde la caballería soportó el mayor peso en la lucha).

Tras la batalla, y tributario de las experiencias que hablaban de una gran capacidad de recomposición de los cartagineses, Escipión no dudó un instante y ordenó marchar velozmente hacia Cartago, adonde deberían confluir los ejércitos romanos para acabar cualquier intento de resistencia. También ordenó a su flota dirigirse hacia aquella ciudad, mas su intervención no sería necesaria.



Vista general de la ciudad de Cartago antes de la destrucción que produjeron los romanos.

El Senado cartaginés, conocedor del resultado de la batalla de Zama, envió emisarios de paz para frenar a Escipión.

Y esta vez sí la paz se impuso como consecuencia de una derrota definitiva.

La paz romana

Las condiciones impuestas por los romanos fueron de una dureza extrema. Se trataba, pues, de no dejar posibilidad alguna a otra aventura militar de parte de los púnicos. Por lo pronto, Escipión les señaló a los embajadores cartagineses cuatro condiciones para entrar

en negociaciones, tras lo cual les haría conocer sus exigencias específicas. Huss las señala:

1. Los cartagineses repararán el perjuicio originado a los romanos durante el anterior armisticio a causa del apresamiento de sus barcos de carga y del cargamento.

2. Los cartagineses responderán, mientras dure el armisticio, de la asistencia y del estipendio de las tropas romanas.

3. Los cartagineses entregarán –hasta la conclusión del tratado de paz– 150 rehenes jóvenes, elegidos por generales romanos.

4. Los romanos suspenderán desde el primer día del armisticio todos los saqueos."

Las condiciones de paz propuestas por los romanos eran similares a las que habían impuesto cuando la debacle púnica en Útica, aunque ahora, ciertamente, resultaban más rigurosas. Por lo pronto, el poderío de Cartago quedaba desmembrado ya que se les conminaba a hacer regresar a toda tropa que aún quedara en la zona de Liguria y se les exigía la entrega de toda su flota de guerra, pudiendo mantener desde entonces no más de diez navíos de batalla. También les quedaba terminantemente prohibido amaestrar elefantes con fines militares, debiendo entregar a los romanos todos los que aún conservaran. Finalmente, se les prohibía reclutar mercenarios ligures y celtas y apoyar a los enemigos de Roma.

Desde el punto de vista geográfico y político, Cartago se comprometía a ceder al númida Masinisa todas las ciudades y regiones africanas que en algún tiempo pertenecieron a él o a sus antepasados y que posteriormente fueron incorporadas al imperio cartaginés. Además, Cartago se comprometía a no hacer la guerra fuera de África, mientras que en su continente sólo podía hacerla con expreso permiso romano.

Finalmente, Cartago debería hacerse cargo de una indemnización de guerra de 10.000 talentos de plata (300.000 kilos), pagaderos en cuotas durante los siguientes cincuenta años, y entregaría a manera de rehenes – y como garantía – cien jóvenes mayores de 14 años y menores de 30, elegidos por un general romano.

En su provecho, por decirlo de alguna manera, desde el tratado de paz los cartagineses serían considerados aliados y amigos de Roma, conservarían su autonomía, no serían ocupadas sus ciudades y no se tocarían sus esclavos, ganados y propiedades.

En términos políticos, geográficos, económicos y militares, Cartago quedaba, pues, atada de pies y manos. Al decir de Kienitz:

"El tratado de paz significó el fin de Cartago como poder independiente, no en la forma, pero sí de hecho".

Cumplidas las formalidades, Escipión fue llamado a Roma para firmar la paz.

“Cuando atravesó las ciudades italianas – señala Grimal – *los habitantes, y también a lo largo de los caminos los campesinos, le hacían una acogida triunfal. Y sin que se supiera exactamente quién había sido el primero, todos empezaron a añadir a su nombre el* cognomen *de ‘Africano’”.*

Capítulo XIII
El fin de Aníbal

A

unque vencido por demolición, la estrella de Aníbal no se apagó de inmediato. Por el contrario, continuó siendo considerado un hijo pródigo de Cartago, y a los pocos años de Zama, más precisamente en el 196 a.C., fue elegido sufete, cargo con el que regresó a los primeros planos de la política púnica.

Desde su nueva función, el experimentado general se abocó al ordenamiento de la economía cartaginesa, entrando desde entonces en continuos choques con algunos miembros de los sectores aristocráticos. Aníbal fue más lejos aun, e introdujo en la Constitución cartaginesa una modificación que equivalía, en los hechos, a una estocada mortal contra sus adversarios políticos: anuló la permanencia vitalicia de los Ciento Cuatro y la reemplazó por una elección anual, es decir, le quitó a la aristocracia púnica su inmovilidad en el poder local.

La iniciativa de Aníbal, por supuesto, no pasó desapercibida, y recreó entre los sectores aristocráticos la mayor repulsa contra su persona. Huss señala que:

"Los rivales aristocráticos de Aníbal llegaron tan lejos en su odio que fomentaron la sospecha de que Aníbal colaboraba con Antíoco en contra de Roma".

Y, en efecto, la relación de Aníbal y Antíoco dejó de ser un secreto: por lo pronto contribuyó para que sus rivales, más que desacreditarlo frente a los romanos –como si tal cosa fuera necesaria–, generaran entre estos últimos una preocupación extrema que los llevaría a perseguir a Aníbal hasta el exterminio. Y de alguna manera lo lograron. De hecho, la presión que Aníbal recibió y los peligros que se cernieron sobre su cabeza muy pronto lo animaron a abandonar Cartago, mientras Roma por su parte seguía atentamente los movimientos que realizaba. Quedaban cuentas pendientes con el gran general, y la Loba jamás las condonaría.

Así, en el año 193 a.C., Roma envió a tres de sus grandes hombres para interiorizarse en la cuestión Aníbal. Ellos eran P. Cornelio Escipión, C. Cornelio Cetego y M. Minucio Rufo.

Aníbal, en tanto, persistió en su intento contra Roma y, refugiado en la corte de Antíoco, comenzó a preparar una nueva guerra. En lo inmediato le pidió a su anfitrión que pusiera a su servicio una flota para regresar. Era el año 192 a.C. y Antíoco accedió a su solicitud.

El momento le era propicio: al menos, eso Aníbal habrá pensado. El reino de los selúcidas de Antíoco había entrado en conflicto con los romanos e invadido Egipto; además, contaba entre sus aliados a los macedonios. Aníbal convenció al monarca para que lo ayudara contra el enemigo común –Roma–, prometiéndole derrotar a las legiones con su colaboración. Para ello precisaba que Antíoco atacara Grecia, una medida que distraería a Roma de su atención sobre Cartago.

Al año siguiente, Antíoco trasladó sus fuerzas hacia el este para ocupar Pérgamo –antigua aliada de Roma– y continuó su peregrinar conquistador más allá del mar Egeo: su objetivo era Grecia, tal el consejo que le había dado el cartaginés. No obstante, los resultados estuvieron lejos de lo que aquel le había augurado. En efecto, los romanos enfrentaron a Antíoco en las Termópilas y arrollaron al selúcida, que no tuvo más remedio que emprender la retirada.

El fácil triunfo obtenido por los romanos los entusiasmó para profundizar su campaña contra Antíoco, a quien por otra parte deseaban castigar ejemplarmente por haberse atrevido contra sus aliados. En este marco, la flota de Roma logró derrotar a la de Antíoco, para luego iniciar el primer desembarco romano en Asia. En el año 190 a.C. las aventuras bélicas de Antíoco fueron completamente sepultadas en la batalla de Magnesia, donde Lucio Escipión –hermano de “El Africano”– arrolló a su rival. Desde entonces, y tal como había ocurrido con su ilustre hermano, Lucio Escipión comenzó a ser reconocido como “El Asiático”.

La derrota de Antíoco significó un duro golpe para Aníbal, quien había depositado su confianza en que aquel llevaría adelante una larga guerra que extenuaría a las legiones romanas y a las arcas del imperio. Pero el fin de Antíoco implicaba para Roma un beneficio aún mayor: preludiaba también el suyo.

En medio de su desfavorable situación, Aníbal se refugió en un pequeño reino situado al norte de Pérgamo y Galacia gobernado por Prusias II. En lo inmediato los romanos perdieron de vista a su enconado enemigo, pero tiempo después, cuando Bitinia y Pérgamo midieron fuerzas con sus flotas, la presencia de Aníbal como consejero de Prusias II se develó.

Roma no desaprovechó la ocasión que se le presentaba, y en el año 183 a.C. envió una misión a cargo de Flaminio para exigirle al rey bitinio que entregase a Aníbal. Prusias II, incapaz de enfrentar a los romanos, aceptó el compromiso y reveló el sitio donde la Loba, por

fin, hallaría a su sombra más temida.

Aníbal no tardó en saber que sus días estaban contados. Estaba ciertamente agotado y sin tropas que lo acompañaran, y en ese marco toda resistencia sería inútil. Cuando advirtió que su casa estaba cercada por los legionarios, decidió privar a Roma del placer de capturarlo vivo para ser, seguramente, exhibido como trofeo. Entonces recurrió al frasco de veneno que siempre lo acompañaba y se suicidó. Su vida se apagó a los 64 años, tras haber luchado contra Roma en casi todos ellos. Ironías de la Historia, ese mismo año también moría su más implacable enemigo, Publio Escipión.

Una etapa de la Historia quedaba concluida y sepulta. Cartago sobreviviría unos años más. Roma, en cambio, tendría aún un largo trecho de esplendor imperial.

Capítulo XIV
El último escarmiento

La desaparición de Aníbal constituyó el coronamiento de las guerras púnicas. Roma no sólo controlaba gran parte del territorio itálico y había extendido su poder y su influencia hacia el este y el oeste; también se había desembarazado finalmente del único rival que bien podía acreditarse notables triunfos sobre ella. De esta manera, la soberanía de la Loba se extendió en términos geográficos, militares, políticos y económicos, bendecida a su vez por una similar contundencia simbólica.

El mensaje era ejemplar: quien osara levantarse contra Roma, acabaría con sus huesos en tierra. La muerte de Aníbal, aun con su aureola de heroico resistente, no dejaba dudas. Su destino había sido el mismo que el de su familia, y se prolongó a la propia Cartago. El mundo antiguo entero fue testigo, entonces, de la severidad e implacabilidad romana.

No obstante el nuevo mapa político mediterráneo, o mejor aún, como consecuencia del mismo, Roma todavía debió involucrarse en un nuevo conflicto militar, la llamada Tercera Guerra Macedónica.

Filipo V, quien había tenido tratos con Cartago y luego se había avenido a pactar con los romanos, persistió en su afán de convertir a Macedonia en un imperio tan amplio como poderoso, tanto fortaleciendo su poderío militar como alentando entre los griegos una cada vez mayor aversión ante la dominación de Roma. Los deseos del rey no alcanzaron para concretar sus objetivos, pero tras su muerte asumió su hijo Perseo, quien sostuvo como preciada herencia los mismos ideales que aquél. La posibilidad de una guerra de expansión macedónica alarmó a los reinos vecinos, especialmente al de Pérgamo –antiguo aliado de Roma–, y el Senado romano echó cartas en el asunto. Ante la inminencia de un nuevo peligro, tomó la iniciativa, y en el año 172 a.C. la emprendió contra Perseo.

El devenir de la guerra fue, en principio, ciertamente ambiguo. Macedonia sufrió la deserción de quienes creía sus aliados –griegos y bitinios–, pero a su vez levantó un ejército monumental que tuvo a raya a las legiones romanas. La suerte cambiaría definitivamente años

más tarde, cuando el general Lucio Emilio Paulo –hijo del cónsul muerto en Cannas– tomó el mando romano, y arrolló por completo a las falanges enemigas en la batalla de Pidna. Corría por entonces el año 168 a.C. y Roma saldaba cuentas definitivas con Macedonia. Perseo fue llevado a Roma, donde finalmente murió, y con él los anhelos imperiales macedónicos. Tal como ocurriera con los Escipiones, Emilio Paulo fue conocido desde entonces como "el Macedónico".



Filipo V, rey de Macedonia. Estableció una alianza con Aníbal para invadir la península itálica.

Alentada por su exitosa campaña en el este, Roma continuó combatiendo contra aquellos que sostenían alguna simpatía con Perseo o se habían mostrado dubitativos. Paulatinamente, los reinos de Epiro y Rodas, e incluso la Liga Aquea sufrieron las consecuencias de dobleces que la Loba no estaba dispuesta a tolerar. El mensaje, una vez más, era inequívoco: o se estaba con Roma o se estaba contra ella.

En este contexto, se suscita un nuevo conflicto que tendrá como protagonistas centrales a nuestro ya conocido númida Masinisa y Cartago. Roma, expectante, sólo aguardaba el momento propicio para intervenir.

Los años habían pasado, Cartago se hallaba sometida a Roma y

Aníbal sólo era un recuerdo, pero las heridas abiertas por el gran general cartaginés aún no se habían sellado del todo y el deseo de venganza histórica y ejemplar aún vagaba inquietantemente en el Senado romano. En definitiva, cualesquiera fuesen las raíces del conflicto, Cartago debía pagar.

Las andanzas de Masinisa

Desde los tiempos de Zama, Masinisa se obsesionó contra aquella que alguna vez fue su dominadora: Cartago.

Derrotado Aníbal, acometió contra la metrópolis en cuanta oportunidad tuvo, y mantuvo persistentemente un reclamo territorial que parecía no tener límites. De hecho, como ya ha sido citado, la paz concertada entre romanos y cartagineses implicó que éstos últimos devolvieran a Masinisa territorios que reclamaba como propios. Aun así, el númida fue más lejos, y acunó la idea de un gran imperio africano que incluyera al que otrora ostentó Cartago. En definitiva, se trataba de la eliminación lisa y llana de los cartagineses. Contaba para ello con una ayuda invalorable: la rivalidad jamás suprimida entre púnicos y romanos.

De todos modos, Masinisa no las tenía todas consigo. El reino númida incluía a numerosas tribus que no acataban ciegamente y aún deseaban desembarazarse de su autoridad. Por otra parte, los romanos lo tenían como un aliado de importancia estratégica, pero no eran pocos los que desconfiaban de su ambición desmedida que, hipotéticamente, bien podría conducirlo en algún contexto determinado contra la propia Roma.

Especulaciones al margen, lo cierto es que Masinisa continuó con su estrategia para estrangular a Cartago y la emprendió contra los Grandes Campos y la región de las cincuenta ciudades, cuyo enclave principal era Mactar.

Desde la paz concertada tras la derrota de Zama, los cartagineses eran “aliados” y “amigos” de Roma, y acreditando esa identidad impuesta reclamaron ante el Senado romano contra lo que legítimamente consideraron una invasión. Pero Roma tenía una particular visión de sus “aliados” y “amigos”, y sólo envió una embajada exploratoria cuando Masinisa ya había concretado sus objetivos expansionistas. Entre los enviados se hallaba M. Porcio Catón, un personaje al que desde entonces le cabría un rol preponderante en el destino cartaginés.

Mientras tanto, las incursiones de Masinisa habían provocado un auténtico vendaval en el Senado cartaginés. Algunos representantes se

habían mostrado proclives al númida, incluso como parte de una estrategia que consideraba toda situación beligerante como nociva para la economía y los negocios locales. Otro sector, por el contrario, opositor sin medias tintas a entablar cualquier diálogo con Masinisa, alertó y movilizó al pueblo cartaginés, exaltando la necesidad de defender a ultranza la soberanía ya alicaída de Cartago.

La crisis establecida en las cumbres dirigenciales de Cartago produjo, como no podía ser de otra manera, resultados dispares. Por un lado, Roma observó atentamente la vigencia en Cartago de una movilización política y militar de proporciones, lo que aportaba como peligroso dato de la realidad que la ciudad y varios de sus jefes no se daban por vencidos. Por otro lado, los sectores pro númidas del Senado fueron expulsados del mismo y desterrados de la metrópolis, lo que los llevó, en número de cuarenta, a pedir la directa intervención de Masinisa en el conflicto.

El númida, hombre casi anciano y experimentado, creyó llegado el momento de una intervención más puntual, y envió a sus hijos Gulusa y Micipsa como observadores. Por supuesto, no llegaron demasiado lejos. Con el control del Senado en manos de los más “nacionalistas”, se les prohibió ingresar a Cartago. Masinisa entonces tuvo su esperada excusa y comenzó a hostilizar militarmente a los cartagineses, emprendiéndola contra la ciudad de Horóscopa.

Así las cosas, númidas y púnicos se aprestaron a dirimir sus diferencias por las armas.

¿Estaban los cartagineses en condiciones de emprender una nueva campaña militar? El tratado de paz con Roma los había dejado, en términos bélicos, prácticamente desarmados y sin flota de guerra. No obstante, para ese año 150 a.C. algunas novedades dieron renovado aliento a los más belicosos.

De hecho, tras la devolución de los últimos rehenes cartagineses en manos de Roma y con el pago de las últimas cuotas de las indemnizaciones de guerra, Cartago había rearmado un ejército a la sombra de los romanos. Como consecuencia, otro general llamado Asdrúbal contaba con unos 25.000 infantes y 400 jinetes para defender a la ciudad, a los que muy pronto se les sumaron 6.000 jinetes númidas opositores a Masinisa. Además, una convocatoria a las armas en el interior del país atrajo a casi otros 25.000 hombres, con los que en total Cartago levantó un poderoso ejército de casi 56.000 soldados. Una cantidad impensable a casi tres décadas de la muerte de Aníbal.

Masinisa, por su parte, concentró una fuerza cuantitativamente apenas inferior, aunque más y mejor entrenada.

La batalla se desarrolló finalmente en una llanura rodeada de cumbres, y el resultado favoreció al viejo rey númida. Cartago, una vez más, había sido vencida.

Tras la contienda, vencedores y vencidos se reunieron en el campamento de los primeros, en el que además se hallaba una inesperada visita: Cornelio Escipión, *el Joven,* quien había observado las maniobras desde el lado númida.

Según la tradición, Asdrúbal negoció con Escipión y convino, como anota Huss:

"…en renunciar definitivamente a las ciudades y regiones enclavadas en la Pequeña Sirte y a los Emporios y sus territorios interiores, y a pagar de momento 200 talentos y 800 más tarde".

Pero lejos de resultar suficiente para Masinisa, éste exigió la inmediata entrega de los númidas que peleaban a favor del púnico. Las negociaciones entonces se estancaron: Cartago no podía entregar a sus aliados sin que perdiera, por consecuencia lógica, el apoyo de otras tribus númidas opositoras a Masinisa, lo que a todas luces significaría renunciar definitivamente a cualquier otra posible opción de rebelión contra su enconado enemigo. La guerra, pues, debía continuar hasta la rendición incondicional de uno de los bandos. Para el númida no representaba esto un problema acuciante, ya que la fortuna en el campo de batalla se había mostrado de su lado. Para los cartagineses, en cambio, significaba aceptar un conflicto que terminaría con ellos.

Como era previsible, la catástrofe cayó sobre el ejército de Cartago: vencidos, sin provisiones y acosados por epidemias que se gestaron en sus malas condiciones físicas, muy pronto se doblegaron. Pocos fueron los que salvaron sus vidas refugiándose en Cartago, adonde llegaron tras una travesía que resultó un calvario.

Catón, el destructor

Roma seguía atentamente el curso de los acontecimientos, y los resultados resonaban fuertemente en el Senado, donde Catón y Nasica lideraban distintas estrategias para con númidas y cartagineses. Según sostenía el primero, lo prioritario era acabar de una vez por todas con Cartago. Rabioso opositor a cualquier síntoma de complacencia o negociación con los púnicos, Catón había experimentado en carne propia el amargo sabor de enfrentarse a ellos cuando bajo el mando de Flavio luchó contra Aníbal y después participando en la batalla de Zama. Luego, cuando viajó a Cartago como embajador de Roma ante el diferendo surgido entre cartagineses y Masinisa, pudo observar sin

mediaciones cómo la ciudad aún progresaba económicamente, lo que en términos políticos lo llevó a suponer un futuro enfrentamiento bélico. Sus conclusiones, pues, eran claras y precisas: para terminar con la amenaza de Cartago, había que borrarla desde sus cimientos.

La posición de Nasica parece haber sido ciertamente más escrupulosa y sensiblemente menos brutal, confiando en primera instancia en contener a los púnicos sujetándolos al tratado de paz firmado tras Zama. No obstante, cuando los cartagineses levantaron un ejército contra Masinisa sin autorización de Roma –lo que evidentemente violaba lo pactado en la paz– no parece haberse opuesto a emprender acciones punitivas de envergadura.

La situación política, pues, había cambiado abruptamente, y ahora Cartago debía pagar su rebelión.

En la capital púnica el desánimo era completo. Amenazados por Roma y vencidos por Masinisa, ninguna salida parecía posible. Para colmo de males, la ciudad de Útica decidió autónomamente abrir sus puertas a las legiones.

Por lo pronto, y casi como una concesión a los romanos, el Consejo de los Ciento Cuatro sentenció a muerte a los generales Asdrúbal y Cartalón, a los que responsabilizó por la aventura militar; pero el gesto, si bien no pasó desapercibido en Roma, no produjo ningún cambio sustancial. Roma estaba decidida a intervenir ejemplarmente siguiendo las observaciones de Catón, y apostar un impresionante ejército en el norte de África, desalentando a la vez cualquier otra idea aventurera de los númidas. Para el caso, la Loba fletó hacia Cartago alrededor de 80.000 infantes y 4.000 jinetes, además de una flota de guerra poderosa y decenas de naves con aprovisionamientos suficientes.

Ante tamaña expresión de fuerza, a los cartagineses no les quedaba otra alternativa que volver a negociar, aunque su margen de maniobra, ciertamente, ya era inexistente.

Los embajadores cartagineses ofrecieron lo que de hecho era una realidad: la rendición, propuesta que Roma recibió fríamente; sus pretensiones eran, por supuesto, aún mayores y los cartagineses muy pronto conocerían lo descabellado de las mismas.

Los negociadores romanos contestaron con ambigüedad: por un lado, les aseguraron a los púnicos su autonomía y seguridad; pero por otro lado, y como condición inapelable, exigieron la entrega de 300 rehenes –todos ellos hijos de senadores y miembros del gobierno cartaginés– en tanto los cónsules romanos les hacían llegar las nuevas directivas.

¿Qué podían hacer los cartagineses? Absolutamente nada. Todas las

condiciones conspiraban contra ellos y sólo restaba acatar. Así las cosas, en menos de treinta días los 300 rehenes fueron reunidos y entregados. Entonces, los cónsules dieron la primera de sus directivas: la ciudad debería desarmarse por completo, haciendo entrega de todas sus armas y máquinas de guerra. Cartago protestó sin demasiadas energías, argumentando que precisaba de fuerzas suficientes para defenderse de algunos rebeldes aún alzados en armas, pero los cónsules abortaron esta protesta haciéndose cargo, ellos mismos, de cualquier acción defensiva de la ciudad.



Soldados romanos en un desfile oficial. Se puede apreciar en la imagen el porte de dichos guerreros.

"A la expedición de los carros, cargados con más de 200.000 armaduras, unas 2.000 catapultas y un gran número de jabalinas y

proyectiles que se puso en movimiento desde Cartago en dirección a Útica – señala Huss – *seguían los emisarios, los hombres más prestigiosos del gobierno y del Senado, sacerdotes y otras conspicuas personalidades de la ciudad. Quisieron despertar con su desfile sumiso* – concluye el autor – *la compasión de los cónsules e inclinarlos a no formular nuevas exigencias".*

Ni Roma ni los jefes consulares se apiadaron de la desgracia cartaginesa, y los sumisos emisarios –librados ya a una suerte que se presentaba dramáticamente trágica– terminaron de escuchar la última exigencia romana: abandonar Cartago para levantar una nueva ciudad.

Hasta entonces jamás se había oído propuesta semejante. Pero lo que parecía una burla para ridiculizar hasta lo impensable a todo un pueblo era, sin embargo, una política de Estado planificada hasta el detalle. O los habitantes de la ciudad la abandonaban, o sólo había que esperar morir con ella.

Los emisarios cartagineses que debieron oír la exigencia romana regresaron con la infausta noticia, aunque en verdad muchos de ellos huyeron antes de ingresar a Cartago, temerosos de la reacción popular: no se equivocaron, y las muestras de descontento sin control se reprodujeron de inmediato. Al Senado púnico no le quedó más alternativa que rechazar el ultimátum romano y marchar a la guerra. El aparato bélico debió ser reconstituido con lo poco que se tenía, al grado de que los esclavos fueron liberados para que se incorporasen a la infantería, y el general designado para el mando fue el mismísimo Asdrúbal, aquel que poco antes fuera condenado a la muerte por el mismo Senado cartaginés.

La destrucción de Cartago

La ciudad fue inmediatamente sitiada por los romanos, que la cercaron por mar y por tierra. Pero cuando intentaron atacarla se vieron frustrados por la resistencia decidida. Aunque pareciera increíble, los cartagineses –guarecidos tras las murallas de la ciudad– aún mostraban voluntad de independencia y ofrendaban sus últimos suspiros a una soberanía rasgada por las legiones. Tal fue la enconada y heroica resistencia que los romanos decidieron retirarse y tomarse un tiempo antes del asalto final. Por el momento, se contentarían con fortalecerse en las cercanías y hacer que el tiempo y el hambre operasen a su favor. De todos modos tomaron sus precauciones, ya que fuerzas púnicas, al mando de Asdrúbal, amenazaban con una contraofensiva en campo abierto.

El acoso romano se reinició desde el istmo, pero fue rechazado una

y otra vez hasta que finalmente una de las murallas de la ciudad fue demolida. Pero lo que parecía el inicio del final se trastocó en horas: los cartagineses salieron por la muralla caída y atacaron a las legiones, destruyendo varias máquinas de asedio; luego regresaron y repararon la pared, tras la que se guarecieron nuevamente.

Los días siguientes mantuvieron la tónica. Los romanos atacando y los cartagineses defendiéndose con éxito e, incluso, realizando pequeñas escaramuzas ofensivas que causaron daños considerables entre las fuerzas enemigas como, por ejemplo, cuando enviaron botes encendidos contra varios barcos romanos, que terminaron ardiendo completa o parcialmente. Como fuere, la caída de Cartago no era empresa sencilla y los romanos comenzaban a darse cuenta de ello.

Por impotencia o por estrategia, las legiones acometieron contra el interior del país, donde la resistencia sería presuntamente menos esforzada. No obstante, como señala Huss, aquí también el éxito romano se vio limitado por los ataques de la infantería púnica dirigida por un tal Amílcar, que por entonces hacía honor al nombre que otrora identificara al patriarca de los Barca. Poco después esto cambiaría. Pero no nos adelantemos.

A casi un año del inicio de la nueva guerra romana-púnica, la situación era inestable y no se preveía en lo inmediato ninguna definición. Para mayor complicación de los romanos, su aliado númida, el infalible Masinisa, había muerto bordeando los noventa años y la sucesión del poder entre sus hijos auguraba, por lo menos, algún retraso en su colaboración.

Cuando finalmente Gulusa, uno de los hijos del fallecido Masinisa, unió sus fuerzas a las de Escipión, el equilibrio se rompió. Amílcar claudicó y abandonó la defensa de Cartago, para pasarse con buena parte de sus tropas –alrededor de dos mil hombres– al enemigo. Paulatinamente, varias ciudades comenzaron a ceder y cayeron en manos romanas, como Neferis y Neápolis. En otras, en cambio, la resistencia persistió, lográndose mantener un equilibrio inestable:

“No era de extrañar que la confianza de los cartagineses hubiera crecido después de dos años de guerra, 149 y 148 – subraya Huss –*: la ciudad, al principio inerme, se había mantenido, las tropas de Asdrúbal habían permanecido invictas, Aspis e Hippu Acra habían rechazado los ataques romanos y, además, el númida Bitia se había pasado de Gulusa a ellos con 800 hombres”.*

Un balance nada malo para un reino al borde de la destrucción.

Pero sea por cuestiones estrictamente militares o por crisis políticas internas devenidas de tan extrema situación, Cartago no podía sostenerse indefinidamente. En este contexto, el asesinato de un

comandante púnico aceleró los tiempos. En efecto, el militar fue acusado por una fracción del Senado de haber traicionado a su patria, y acabó muerto en el mismo recinto por los golpes que los propios senadores le propinaron con las patas de sus sillones. La estabilidad interna se resquebrajaba y la unidad en la defensa seguiría similar camino.

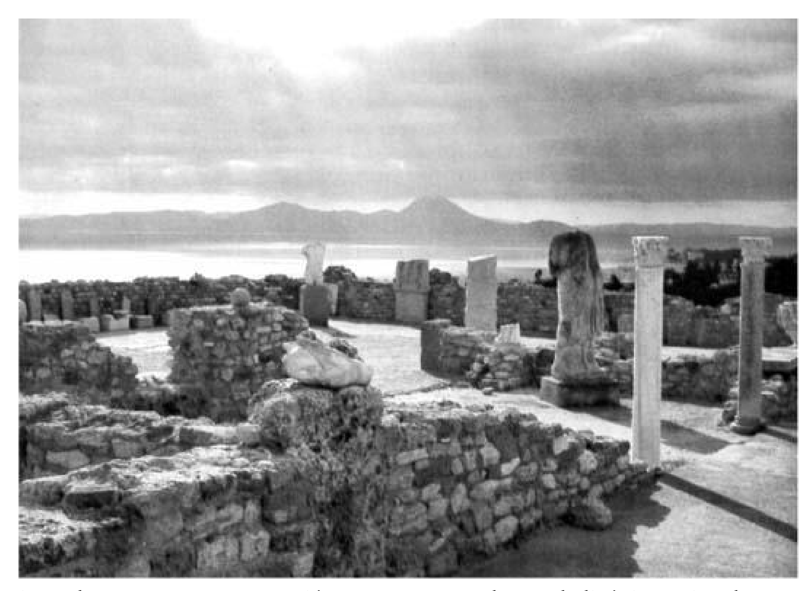
En tanto, Escipión había alcanzado por fin los poderes consulares en Roma, en el año 147 a.C., y se abocó a poner fin a la guerra con determinación, marchando sobre Cartago con las tropas apostadas en el norte africano –a las que les sumó nuevas que él mismo ordenó reclutar. Su ofensiva, no exenta de pasos en falso, alcanzó empero para tomar los alrededores de la ciudad e incluso penetrar en sus arrabales, aunque posteriormente se retiró, para procurar cortar todas las líneas de aprovisionamiento de la ciudad. Poco después los resultados le fueron más favorables, y el hambre comenzó a amenazar a los sitiados.

Aun así, los cartagineses dieron una nueva demostración de ingenio y capacidad, construyendo en el mayor de los sigilos una flota considerable que pusieron a navegar para el mayor de los asombros de sus enemigos. De todos modos, la estrategia púnica encontró un rival poderoso, y tras una breve batalla naval fueron derrotados por la flota romana.

Entre los años 147 y 146 a.C. la guerra se definió, cayendo primero enclaves importantes como Neferis, lo que provocó que varias ciudades menores abrieran sus puertas a las legiones. Cartago, pues, estaba condenada, y finalmente cayó. Escipión permitió que unos 50.000 pobladores abandonaran la metrópolis, salvándose así de una muerte segura o su esclavización, aunque al distribuirse y abarrotarse entre las pequeñas ciudades del interior también dominadas por los romanos, muy pobre será su destino.

La ciudad, antes de ser literalmente reducida a cenizas, fue testigo durante una semana de todo tipo de acción depredadora y de demolición. Las matanzas y saqueos se sucedieron tanto de día como de noche, y al cabo de seis jornadas poco quedaba de la orgullosa Cartago. Los que se rindieron salvaron sus vidas. Sólo Asdrúbal y un grupo de no más de 800 hombres resistieron hasta que las fuerzas físicas ya no les respondieron. Entonces el militar se rindió e imploró a Escipión clemencia para sí y los suyos. Cuenta la tradición que la esposa de Asdrúbal, acompañada por sus dos pequeños hijos, lo maldijo cuando observó semejante actitud y, tras matar a sus niños, ella misma se arrojó a las llamas que en distintos sectores abrazaban a la desquiciada ciudad. Dicen que antes de inmolarse gritó: *“Vosotros, que nos destruís con el fuego, con el fuego seréis destruidos”*. Un presagio

y un destino que se develaría cierto.



Ruinas de Cartago. La ocupación romana no solo se dedicó intencionalmente a destruir la ciudad sino que devastó todo patrimonio cultural.

Para la leyenda, el ciclo se cerraba con una fatalidad literaria. Como Dido –la reina fundadora que se había arrojado a las llamas antes de entregarse a un rey que no amaba–, la esposa de Asdrúbal, el último defensor de Cartago, seguía el mismo camino para no mancillar su honor con la esclavitud o el perdón que le dispensara la Loba.

La noticia de la caída de Cartago no tardó en llegar a Roma, cuyo Senado dispuso de inmediato bajar el telón sobre el imperio que había desvelado buena parte de sus últimos años. Escipión, desde entonces conocido como el destructor de la ciudad, recibió la orden de reducir a polvo lo que quedara de ella, suerte que deberían correr también cada una de las ciudades que se le mantuvieron leales hasta el último aliento.

Cartago fue convertida en cenizas y Roma, ahora sí, halló su definitiva satisfacción.

Conclusiones

L

a historia de Aníbal ha trascendido ampliamente los avatares de su propia vida -de por sí suficientemente provista de elementos 'subyugantes y de gran intensidad- para establecerse como una historia que comprende la de dos imperios en disputa y por consecuencia, la de todo un período de la Antigüedad.

¿Quién puede acaso poner en duda el rol fundamental que ejerció Aníbal en el establecimiento del Imperio Cartaginés y quién pondría en cuestión que Roma, su rival de siempre, templó su propia capacidad conquistadora combatiéndolo infatigablemente?

En este sentido, alrededor de Aníbal se conjugan las potencialidades de dos pueblos, en un mismo espacio geográfico y en un mismo tiempo histórico tuvieron el objetivo de la expansión. Y por ello mismo, la necesidad de neutralizarse mutuamente. De alguna manera, Aníbal ungió como una suerte de *alter ego* donde cartagineses y romanos reflejaron sus mayores grandezas, aunque también algunas de sus más indeseables pesadillas.

Desde esta perspectiva histórica, ningún arquetipo sesgado le hace justicia a Aníbal, sea ya el de brillante militar o el de político y diplomático de gran visión estratégica. Fue todo ello y mucho más, y ese crisol de cualidades en un contexto histórico es el que lo catapultó como emblema de una nación y como Némesis de otra.

Dice Polibio: "De todo cuanto de bueno o de malo le ha acontecido a los romanos y a los cartagineses, los mayores responsables fueron un hombre y una mentalidad: Aníbal". Y concluía con indisimulada admiración: "Tan extraordinaria es la influencia de este hombre y de su mente, capacitados para llevar adelante cualquier empresa que estuviera dentro de los límites humanos…".

Polibio, el gran historiador griego, supo entender al gran cartaginés como pocos lo han hecho en su tiempo, y su juicio tiene el mérito de sostenerse en la observación de un contemporáneo con la fuerza de un documento histórico. Es el analista agudo el que habla, tras haber vivido tanto las consecuencias políticas de las campañas de Aníbal como así también las penurias de quienes lo combatían en los campos de batalla. Y serán justamente estos dos parámetros, el político y el

militar, los que mejor contribuyen a desentrañar al personaje.

Aníbal ¿estadista?

Lejos de lo que pudiera creerse superficialmente, la política y la negociación tuvieron un lugar preponderante en el Mundo Antiguo en general y en el período de las Guerras Púnicas en particular, aun cuando el fragor de las batallas alcanzó una intensidad tal que implicó, como señala R. M. Ogilvie, "el mayor reclutamiento de ciudadanos varones que se conoce en la Historia".

Particularmente entre los cartagineses, la política de diálogo y pacto durante la confrontación con los romanos se respaldó en una antigua tradición mercantil que los fenicios desarrollaron a lo largo de siglos. El éxito del pragmatismo comercial se trasladó a todos los estamentos de la actividad social, y la política y la guerra no escaparon a él. Los cartagineses aprendieron, pues, que el trato conveniente les daba suculentos beneficios. Su expansión y desarrollo se apoyó entonces en la productividad, el intercambio y el comercio, respaldado por una clase dirigente que puso al servicio de la economía todos sus esfuerzos e ingenios diplomáticos.

La violencia de la guerra y la coerción se mimetizaban detrás de aquellas actividades principales, asegurando protección a los valores y mercancías, mano de obra esclava y la penetración en las regiones no exploradas. Cuando el desarrollo exigió nuevos puntos de venta y producción o cuando éstos se vieron amenazados por la presencia de otra nación, invariablemente el recurso de las espadas se estableció en los primeros planos.

Sin embargo, el arte de la negociación jamás fue abandonado por los cartagineses, y sólo cuando no tuvieron otra opción para lograr sus objetivos ocupó un rol secundario.

Los Barca, aun siendo considerados miembros del ala más "belicista" de la dirigencia púnica, dieron todos ellos cabal muestra de semejante tradición. Amílcar y Asdrúbal, para el caso, prefirieron siempre pactar y hacer tratos de conveniencia con cada uno de sus circunstanciales adversarios -aun cuando la calidad y cantidad de fuerzas garantizaban su éxito- en buena medida por la conciencia que los asistía acerca de lo que representaba levantar un ejército, ponerlo en marcha y mantenerlo en operaciones. Si podían lograr sus conquistas en una mesa de negociación lo hacían sin dilaciones. Los "honores" de la conquista violenta no los seducían y la campaña cartaginesa que aquellos realizaron en Hispania es una muestra

flagrante de tal conducta. Recordemos, por ejemplo, que Asdrúbal contrajo enlace con una princesa íbera con el inocultable objetivo de granjearse el apoyo de las tribus locales.

Aníbal recogería esa misma tradición y también la llevaría adelante a lo largo de su travesía itálica. De hecho, fue su política compartir botines y territorios con tribus ciertamente minoritarias- y a las que sin duda hubiera vencido-, antes que tener que combatirlas y doblegarlas en un campo de batalla.

Sin embargo, esta proyección del arte negociador, que denota equilibrio y racionalidad en las decisiones, tuvo ciertamente un límite preciso: no estuvo acompañado con una firme política integracionista de los aliados. Sólo en algunos casos Aníbal intentó acoplar políticamente a los pueblos que pactaron con él ofreciéndoles, por ejemplo, autonomía para decidir cuestiones propias de administración, pero las más de las veces se trataba de concesiones para ganarse la confianza o la neutralidad de otras ciudades.

Claro que para Aníbal esas limitaciones no eran de exclusiva incumbencia propia, y así como no logró seducir a sus circunstanciales aliados para estructurar relaciones perdurables, justo es decir que elementos ajenos a sus intencionalidades políticas le impidieron concretarlas.

En Hispania, donde la presencia púnica era muy anterior al estallido del conflicto con Roma, la relación que algunos pueblos costeros de la península venían manteniendo con la cultura y la economía cartaginesa permitió estrechar mejores y más rápidas negociaciones. Pero en la Galia Cisalpina, en cambio, dichas negociaciones sólo estuvieron signadas por un común encono contra la Loba y un mismo anhelo de dar por tierra con sus pretensiones de hegemonía en la región. Histórica y culturalmente, púnicos y galos no tenían un pasado que los uniera y sus pactos eran tan circunstanciales como limitados. Igual situación se planteaba con numerosas tribus íberas no costeras y la mayoría de las ciudades de Italia que cuestionaban el predominio de Roma. De allí que Aníbal no pudiera conseguir fidelidades duraderas y confiables. Por supuesto que estas premisas también eran válidas para los aliados circunstanciales, quienes no tuvieron ningún problema en cambiar de bando cuando los acontecimientos así se lo impusieron.

En este sentido, Roma siempre contó con una ventaja invalorable en su territorio, ya que estaba unida a decenas de ciudades y tribus por una misma raíz de origen, cultura e incluso lengua. En otras palabras, Roma pretendía formar y defender un imperio “nacional”; Cartago y Aníbal, sumar aliados que a su vez alentaban aires independentistas, separatistas e, incluso, imperiales, como el reino de Filipo V de

Macedonia.

¿Es probable que Aníbal, el principal impulsor de la campaña italiana, no haya contemplado estas cuestiones? Todo parece indicar que, efectivamente, así sucedieron las cosas o, por lo menos, que los cálculos que hiciera Aníbal sobre las adhesiones que cosecharía resultaron fallidos. Con los galos y celtas, la relación que establecieron los cartagineses fue esencialmente funcional para unos y otros, y no resulta impensable que en el futuro combatieran entre sí si Aníbal no abandonaba las regiones dominadas por sus nuevos aliados. En Italia, en cambio, las dirigencias locales de numerosas ciudades observaron a Aníbal como un conquistador de otro signo, y sólo aquellas enemistadas con el poder de Roma aceptaron tratos puntuales con él. Las más, desconfiaron de su campaña, y entre un nuevo amo y Roma prefirieron a ésta última, a la que se sentían unidos por cuestiones culturales y hasta familiares.

En términos concretos, esto le restó a Aníbal una considerable base de apoyo y le ocasionó un desgaste cuantioso de energías y recursos humanos y económicos. De hecho, una de sus más graves consecuencias fue la carencia de un asiento aliado de provisión de alimentos para mantener a su ejército en óptimas condiciones.

En este sentido, la ruptura con Roma y la posterior marcha sobre su territorio está signada por un voluntarismo casi sobrehumano, pero sin bases políticas sólidas que le hubieran permitido sostenerlo.

Cartago bien hubiera podido mantenerse en Hispania conquistando y “punizando” una extensa región que le era propicia, a la vez que permitía a la metrópolis enriquecerse con la plata extraída de los yacimientos íberos. En vez de ello, se lanzó a una confrontación a lo Pirro que culminó como tal.

¿Qué habría sucedido si Cartago y Aníbal se hubieran quedado con Hispania sin atacar Roma? ¿Roma los hubiera enfrentado, tarde o temprano? Es probable, mas las especulaciones están de más con la Historia ya escrita. La crisis de Sagunto terminó con los interrogantes y precipitó el enfrentamiento.

Algunos historiadores, sin embargo, proponen otra teoría: la de un Aníbal liberador cuyo peregrinar contra Roma perseguía el objetivo de evitar la extensión de un imperio avasallante. Es decir, el enfrentamiento con Roma no se trataría de un error político sino, por el contrario, de una planificada operación anti imperial. Curiosa idea de una Cartago que, justamente, conquistó parte de África e Hispania para someterlas a su designio. La desconfianza que despertara en las ciudades y regiones a “liberar” constituye, para el caso, una manifiesta expresión de conciencia acerca de sus intenciones y objetivos verdaderos.

Más cabría pensar que Aníbal, fogoneado en su "nacionalismo" por ciertos sectores expansionistas de Cartago, fue funcional a los intereses que apostaron a conquistar y dominar las rutas del Mediterráneo, asegurándose una dinámica comercial de excepción. En todos los casos, un triunfo de Aníbal sobre Roma hubiera traído como consecuencia inmediata el control de Córcega, Cerdeña y Sicilia, que juntamente con el dominio del litoral hispano le hubiera dado a los dirigentes cartagineses todo el poder sobre el gran "lago azul".

Conquistador o liberador, la idea de un Aníbal "gran estadista", pues, se diluye paulatinamente en la medida en que se analizan los pormenores de sus campañas. Esto no desacredita en absoluto sus capacidades como dirigente capaz de motivar a todo un pueblo a marchar a una guerra extenuante, pero sin dudas sus proyecciones políticas estuvieron signadas por una alta cuota de improvisación, subestimación del enemigo y sobreestimación de las fuerzas propias.

Un estratega ejemplar

Si como político Aníbal presenta más zonas oscuras que diáfanas, sus atributos como militar en cambio nos devuelven la imagen de un conductor extraordinario. De todos modos, conviene repasar algunos de los elementos que hacen a su dirección militar, para evitar idealizaciones apresuradas.

El propio Polibio sintetizaba lo que Aníbal significó en términos bélicos: "Durante dieciséis años continuos, Aníbal combatió a Roma en propio territorio italiano, sin darle reposo a su tropa y forzando a sus ejércitos a una actuación constante, dirigiéndolos como el más experto de los conductores, haciendo gala de una gran paciencia con todos, incluyéndose a sí mismo, y eso a pesar de que sus soldados formaban una fuerza heterogénea, tanto por la diversidad de nacionalidades que tenían como por las variadas razas que la componían… Sin embargo, sus dotes de mando eran tan extraordinarias que las grandes diferencias existentes entre sus hombres no llegaban a perturbar la disciplina, y así fue que eran ejemplares tanto la obediencia como la diligencia con que se ejecutaba cada una de sus órdenes…".

También el historiador romano Tito Livio rindió homenaje a las cualidades del cartaginés, de quien destacó su temerario "valor ante el enemigo", cualidad que estaba estrechamente unida a "una gran serenidad para afrontar el peligro".

Claro que el juicio de ambos historiadores clásicos estaba impregnado de su parcialidad romana, lo que de alguna manera les

dio legitimidad para relativizar sus admiraciones y trocarlas en una manifiesta hostilidad. Polibio, por ejemplo, caracteriza a Aníbal como “extraordinariamente cruel” y “ávido de dinero”, y Tito Livio lo define, sin más, como un ser inhumano, que ostentaba sin prejuicios “ningún temor hacia los dioses, ningún respeto hacia sus juramentos y los más escasos escrúpulos religiosos”. También Horacio, en sus *Odas,* lo tratará de “cruel”.

Que las críticas de estos historiadores están claramente determinadas por sus preferencias políticas no hay duda alguna.

Cualquiera sea el personaje a ser analizado, no puede ser abstraído de su contexto histórico, por lo que adjudicarle a Aníbal “crueldad” o “falta de escrúpulos” en el fragor de la guerra no tiene sustento.

La guerra fue y será la expresión colectiva más violenta del comportamiento humano y está íntimamente ligada a su devenir. Hallar en la guerra, por tanto, parámetros individuales es un ejercicio que está fuertemente condicionado y, de alguna manera, aporta elementos subjetivos que no alcanzan a quebrar el dominio histórico de la confrontación violenta, legitimada siempre por argumentos políticos, sociales, económicos e ideológicos.

Por entonces y tal como marcaba la cultura bélica dominante, las actuaciones de Aníbal, como así también de los demás Barca, no estaba disociada de la de sus enemigos, y los actos de “crueldad” y faltos de escrúpulos se reprodujeron en uno y otro bando a lo largo de la contienda: ejecuciones en masa, asesinatos, pillaje y saqueo, violaciones y todo tipo de abusos estuvieron presentes en una constante expresión de barbarie común a todas las civilizaciones que acometen el camino de la guerra. ¿Acaso la destrucción que los cartagineses propalaron en Sagunto o en otras ciudades leales a Roma puede ser considerada mayor o más “cruel” que la realizada por los romanos en la mismísima Cartago?

Desde este punto de miras, es evidente que las condenas morales contra Aníbal están viciadas de una parcialidad a todas luces.

Igualmente, sería una idealización otorgarle al general y estadista púnico virtudes éticas por liberar a prisioneros en muchas oportunidades sin que mediara a cambio una indemnización, tal como estipulaban las leyes guerreras de entonces. No se trató de actos de clemencia, sino de meditadas estrategias políticas para granjearse el respeto de las poblaciones comprometidas en la lucha.

La guerra, insisto, desconoce de éticas humanitarias.

En todo caso, y regresando a los juicios positivos que Polibio y Tito Livio vertieron sobre el cartaginés, se destacan aún más por provenir precisamente de los escribas de sus enemigos.

Volvamos al Aníbal estratega.

Karl von Clausewitz, el reconocido pensador de la guerra cuya influencia se hizo sentir en toda la historia bélica contemporánea, señaló que la audacia "es la más noble de las virtudes, el verdadero acero que da al arma su filo y su brillo, tanto en el corneta y en el civil que sigue al ejército como en el general… Es, en consecuencia, una verdadera potencia creadora". Si Aníbal hizo gala de alguna particularidad en especial como militar, la audacia es, sin lugar a dudas, la más sobresaliente de ellas.

Y la audacia de un individuo se convierte en potencia cuando logra penetrar en la masa, dirigiéndola y organizándola en actos contundentes. Militarmente hablando, la audacia de Aníbal cobró cuerpo en la táctica de la iniciativa permanente y, por supuesto, en la sorpresa.

Estos tres elementos: *audacia, iniciativa* y *sorpresa* fueron los que jaquearon durante años a las legiones romanas, cuyos jefes no podían descifrar de antemano los próximos movimientos de su enemigo.

El historiador Theodor Mommsen le hace justicia a Aníbal cuando escribe: "Estaba especialmente bien dotado de esa creatividad que es uno de los rasgos característicos de la personalidad fenicia; gustaba de buscar y adoptar soluciones originales e inesperadas; las celadas y los ardides de todo tipo le eran familiares; era meticuloso y siempre estudiaba con suma atención los hábitos y costumbres de sus rivales. Había organizado un eficaz espionaje -incluso dentro de Roma- gracias al cual estaba siempre bien informado de las intenciones de sus enemigos… Cada página de la historia de su época pone de relieve sus extraordinarias dotes de general y de político… Fue un gran personaje, que causaba la general admiración donde quiera que estuviese."

El insospechado cruce de los Alpes, prólogo de su campaña italiana, es la representación más flagrante de ello. La hazaña, hasta donde se cree la primera vez que se realizó con un poderoso ejército, cambió el curso de la Guerra Púnica y, de alguna manera, el de la estrategia militar posterior. Desde entonces, la iniciativa quedó establecida como un arma táctica de primerísima importancia, y si bien no puede acreditársele a Aníbal como el iniciador de dicha táctica, no caben dudas de que sí la dejó definitivamente instalada.

Ciertamente, puede pensarse, la sorpresa sólo es efectiva cuando va unida a la velocidad, es decir, cuando sus efectos son tales que no le brinda al adversario capacidad para reubicarse en la situación. Si esto es cierto: ¿hasta dónde en una época de comunicaciones y traslados lentos era tan importante? ¿Acaso los ejércitos no se establecían uno frente a otro, a veces por días enteros, hasta que iniciaban la batalla?

Entonces: ¿hasta dónde era importante el factor sorpresa?

En primer lugar, la táctica de Aníbal no buscaba exclusivamente el rédito de una victoria inmediata; socavaba también las bases de la moral combativa de las tropas enemigas, siempre más admiradas de sus pasos que del que proponían sus propios jefes. El efecto arrasador del cruce de los Alpes fue justamente ese: crear conciencia en el enemigo *de ser atacado en su propia tierra,* a pesar de las murallas naturales que, hasta entonces así lo creían, los mantenían protegidos. Aníbal creaba, pues, un sentimiento de *vulnerabilidad* en sus adversarios que le concedió el margen necesario con el que logró neutralizar los inconvenientes de combatir en tierras desconocidas y, en numerosas oportunidades, en inferioridad de condiciones.

El cruce de los Alpes fue extraordinariamente eficaz porque desconcertó a su enemigo, debilitó su ejército -no olvidemos que los romanos habían dividido sus fuerzas para enfrentarlo en Hispania- y ridiculizó a sus mandos. Los cartagineses, en cambio, aparecieron como una tromba poderosa, creativa y con una moral de combate capaz de tolerar largas marchas por peligrosísimos desfiladeros. No resulta extraño que poco después las desconcertadas legiones romanas cayeran pulverizadas en las batallas de Trebia, Ticino y el lago Trasimeno.

Ahora bien: algunos autores cuestionan la "genialidad" del cruce de los Alpes con argumentos entendibles, como por ejemplo que el esfuerzo implicó la pérdida real de casi el cincuenta por ciento de sus fuerzas. En efecto, las pérdidas de Aníbal en hombres y animales fueron enormes y de alguna manera ya no pudieron reponerse jamás, a pesar de que igualmente y hasta Cannas, continuó humillando a las orgullosas legiones.

Además, es lícito preguntarse si avanzar en territorio italiano con bases tan alejadas como Cartago Nova en Hispania y la propia Cartago, en el norte africano, fue una decisión correcta, aún más cuando los púnicos habían perdido en el trayecto su otrora dominio marítimo.

En base a este dato, es lógico preguntarse si el cruce fue un acierto o un error que condenó al fracaso la campaña posterior. ¿Se trató de una táctica razonablemente correcta? ¿Fue un error estratégico? ¿Acaso un movimiento de desesperación por atacar al enemigo? Ninguna de estas incógnitas pueden resolverse sin tener en cuenta los objetivos políticos de Aníbal. Si puede hablarse de error, habría que señalar el aspecto político que dio sustento a la campaña itálica. El cruce de los Alpes, aun con su secuela de enormes pérdidas, significó en términos políticos una victoria extraordinaria que luego fue refrendada en los campos de batalla. Otra consideración merece la

continuación de la guerra en forma inmediata, o si lo conveniente hubiera sido, aun ante los sucesivos triunfos obtenidos, detenerse controlando buena parte de Hispania, la Galia Cisalpina y el norte italiano.

Continuación de la táctica de la sorpresa fueron las continuas emboscadas que los púnicos tendieron a los romanos, aunque ciertamente en menor escala y con resultados más “morales” que definitorios en lo estrictamente bélico. En verdad, ninguna emboscada cartaginesa determinó el curso de una batalla, pero sumaba desconcierto en las filas del enemigo y otorgaba una confianza superlativa a sus propios hombres. Los réditos, pues, eran de gran importancia y hasta en una de ellas se cobró la vida de los cónsules Claudio Marcelo y Crispino, poco antes de la batalla de Metauro. Algo similar pasaba con los incesantes hostigamientos que la caballería númida de los púnicos llevaba adelante, repitiéndose en su “golpear y retirarse” de inmediato, provocando bajas y estableciendo una primacía moral efectiva. De esta manera, Aníbal forzaba a los romanos a mantener una guerra “defensiva”, mientras que él protagonizaba la ofensiva constante.

¿Dónde aprendió Aníbal los beneficios de estas tácticas que tanto esgrimía? No hay duda que fue tributario de las experiencias de su padre, Amílcar, quien las utilizó en numerosas oportunidades e incluso cayó en desgracia en una de ellas, tendida por las fuerzas de los *orisos* en la primera etapa de la campaña púnica en Hispania. Es decir, la embocada era puesta en escena por diferentes ejércitos y Aníbal la tomó como propia para no dejar ya de emplearlas.

La táctica de Aníbal de la sorpresa no se agotaba ni en las “mudanzas” de territorio -cruce de los Alpes, marcha hacia el Adriático o avance hacia el sur de Italia- ni en las emboscadas y “guerrillas” de la caballería númida. Por el contrario, y esto es quizá lo que más inquietaba a los romanos, continuaba en el curso de la batalla principal, con estrategias y movimientos que buscaban arrastrar al adversario a un envolvimiento mortal. Eso se evidenció claramente en la batalla de Cannas, posiblemente la más fantástica que haya diseñado el cartaginés y una de las más memorables de toda la historia bélica antigua.

El engaño premeditado de dejar ceder su línea central para que la infantería romana se introdujera en un “tubo” rodeado de cartagineses fue sin duda la mayor afrenta que las legiones sufrieron, evidenciando por otra parte que sus jefes poco tenían de suspicacia para entender las maniobras de su adversario, confiándose puramente en la disciplina y la superioridad cuantitativa. No en vano Quinto Fabio

Máximo, quizá uno de los pocos militares romanos que entendieron la capacidad de Aníbal, eligió la cautela y la observación de movimientos como táctica a seguir, tras haber acumulado la experiencia de lidiar contra un jefe tan ingenioso.

Si el atrevimiento del cruce de los Alpes significó en lo moral un golpe demoledor, Cannas lo consolidó en los campos de batalla con una matanza de proporciones desconocidas.

En este sentido, el genio militar de Aníbal revolucionó el arte de la guerra que precisó, de ahí en más, una cuota de estrategia y creatividad como acompañantes esenciales de la organización, la disciplina y la preparación.

Pero ni la audacia e iniciativa insospechada de Aníbal podían convertirse en éxito sin un caudillaje férreo y respetado, precisamente el otro gran logro que Aníbal conquistó como conductor militar, estableciendo una diferencia notable con sus oponentes.

El mando cartaginés era un haz surgido de los propios combates por su capacidad y valor. Los jefes púnicos, con Amílcar como ejemplo, tenían un contacto directo y cotidiano con sus hombres, compartiendo cada instancia de la dura vida de milicia. Aníbal mismo fue criado en esta escuela y nadie se asombró de que fuera él el designado como jefe tras el asesinato de Asdrúbal. Los hombres confiaban en sus mandos y los refrendaban colectivamente. En esa unión había más que un compromiso formal, y los combatientes estaban dispuestos a dar su vida en las batallas.

En el ejército cartaginés esta cuestión era doblemente importante por tratarse de una fuerza de características heterogéneas debido a la cantidad de soldados de diverso origen nacional y racial que lo conformaban, además de la fuerte presencia de los mercenarios, también ellos de los más diversos orígenes. Este elemento, completamente opuesto al que presentaba el ejército romano -formado esencialmente por ciudadanos- merecía de parte del jefe un conocimiento puntilloso de las potencialidades de cada grupo “nacional” o racial de soldados, y muy especialmente de sus principales habilidades y efectividad de sus armas. Sólo un conductor compenetrado con sus hombres y respetado por ellos podía asegurar la mejor producción de sus fuerzas, y Aníbal era, precisamente, ese tipo de conductor. El rendimiento de la caballería númida y los honderos baleares, por ejemplo, confirman lo antedicho. También conocía los límites de algunos de sus circunstanciales aliados, a quienes premeditadamente otorgaba lugares secundarios o de “señuelo” para atraer a los romanos hacia una emboscada. En base a esto, Aníbal siempre intentaba elegir el campo de batalla, que debía tener características que potenciaran a algunas de sus tropas, muy

especialmente la caballería, razón por la cual escogía campos llanos o que permitieran, por lo menos, explotar la velocidad y la destreza de sus jinetes.

Por supuesto, tanto las tácticas de guerra como sus capacidades de mando pudieron alcanzar los ribetes geniales que tuvieron gracias también a la incapacidad y mediocridad de los mandos enemigos, muchos de ellos políticos en carrera ascendente presurosos de obtener victorias que los catapultarían a los mayores peldaños del poder.

En buena parte de las Guerras Púnicas, efectivamente, Roma exhibió una calidad de mandos deficiente en su soberbia e inexperiencia, los que fueron de alguna manera coautores de las victorias más notables de Aníbal. Pensemos en Varrón, por ejemplo, uno de los principales responsables, si no el más, de la tragedia romana en Cannas.

Sólo cuando los romanos entendieron esta cuestión pudieron equilibrar las cosas e incluso hacer valer su superioridad cuantitativa. Pero para ello debieron primero padecer derrotas significativas y pérdidas inmensas de combatientes, equipos, maquinarias de guerra y recursos económicos.

En este sentido, bien puede afirmarse que Máximo Fabio Quinto fue el exponente de la transición hacia una renovada jefatura romana, tan audaz e inteligente como la de los cartagineses. Publio Escipión, el vencedor de Cartago Nova y luego de Zama, coronaría el proceso de recambio que llevó a Roma al triunfo contundente y definitivo. Ambos jefes marcaron momentos importantes en las legiones romanas y dejaron sus señales impresas en ellas. El primero, asumiendo una actitud de cautela y, sobre todo, de estudio del enemigo, intentando descubrir sus puntos endebles y escogiendo los momentos oportunos para entablar batalla, mientras lo seguía infatigablemente y acosaba con pequeñas formaciones de hostigamiento perpetuo para debilitarlo. El segundo, tomando la iniciativa y asumiendo expediciones completamente sorpresivas e impensables en su audacia. De alguna manera, ambos jefes romanos se pusieron a la altura del púnico cuando reprodujeron y tomaron como propias sus estrategias. Por supuesto no se trataba de una mera copia, y sólo jefes capaces estaban en condiciones de aprender las experiencias y volcarlas a su favor.

La toma de Cartago Nova por parte de Escipión es una clara demostración de este nuevo espíritu legionario, tan similar en su dirección y realización a las campañas del propio Aníbal. ¿Qué es lo que hizo Escipión? Lo que los cartagineses de Hispania jamás podían prever: marchar sobre su capital, que por entonces parecía inexpugnable. Escipión realizó una hazaña al trasladar miles de hombres en un tiempo record contra Cartago Nova, llegando lo suficientemente antes para evitar que los tres ejércitos cartagineses de

Hispania pudieran socorrerla. Luego se las ingenió para tomar la ciudad, haciendo gala de una creatividad digna del púnico. La campaña de Escipión contra la capital cartaginesa en Hispania, pues, tiene todas las características -aunque ciertamente en dimensiones menos epopéyicas- que el cruce de los Alpes de Aníbal, al concentrar en una misma y decisiva operación audacia, iniciativa y sorpresa.

Sin bases sólidas de reaprovisionamiento de hombres, víveres y animales y con un ejército romano renovado y adoptando las mejores armas del cataginés, poco es lo que Aníbal pudo hacer después de la pérdida de Hispania. Los términos se invirtieron y la iniciativa ya no dejó de ser romana. Las campañas de éstos en África coronaron con éxito el nuevo curso de la guerra.

Ahora bien: ¿cómo justipreciar finalmente el accionar de Aníbal en el marco histórico en que se desarrolló y actuó?

Me inclino a pensar que Aníbal debe ser considerado como un genuino producto de época, atravesado por los conflictos y crisis que heredó de una situación regional convulsionada por fuerzas que ya estaban dispuestas cuando él se vio involucrado.

Desde esta perspectiva, Aníbal operó tal como creyó oportuno, según las experiencias y enseñanzas que acunó y que le transfirieron las fuerzas sociales de entonces. Interpretó la realidad de su pueblo, el sentir del mismo y actuó en consecuencia con un mandato que unificó tanto las elecciones políticas de los púnicos que lo siguieron como la de los romanos que lo enfrentaron. Fue el fiel representante del desarrollo cartaginés, cuya primera y brillante exposición encarnara su padre Amílcar, el patriarca de los Barca.

Su capacidad política, su genialidad estratégica militar y su férrea convicción, es decir, el conjunto de sus características “subjetivas”, hicieron el resto. Fue entonces que Historia e individuo marcaron una época.

De alguna manera pudo lidiar contra todo lo que de él dependía, pero no contra las nuevas fuerzas históricas que del otro lado del Mediterráneo se estaban formando. Roma crecía, como señala Eduard Meyer, “de una potencia territorial, con intereses puramente locales, a una potencia mundial”.

Y contra ello ningún individuo podía lidiar exitosamente.

Cronología desde el inicio de la Primera Guerra Púnica hasta la muerte de Aníbal

264 a.C. Inicio de la Primera Guerra Púnica

263 a.C. Resistencia cartaginesa en Agrigento

262 a.C. Toma de Agrigento por los romanos

261 a.C. Construcción de la flota romana

259 a.C. Refuerzos púnicos a Cerdeña. Bloqueo romano de Cerdeña. Roma ocupa Córcega

256 a.C. Régulo en África

255 a.C. Derrota y captura de Régulo

249 a.C. Naufragio de la flota romana

247 a.C. Ofensiva de Amílcar Barca en Sicilia

241 a.C. Roma ocupa Sicilia

241-237 a.C. Revuelta de los mercenarios contra Cartago

241 a.C. Fin de la Primera Guerra Púnica. Tratado de Cayo Lutacio.

240-238 a.C. Rebelión de los mercenarios de Cartago (la Guerra Inexpiable). Roma anexiona Cerdeña y Córcega.

237 a.C. Amílcar desembarca en España iniciando el sometimiento de las tribus locales.

229 a.C. Muerte de Amílcar; lo sucede su yerno Asdrúbal. Consolidación de las conquistas en territorio español.

226 a.C. Fundación de Cartago-Nova (Cartagena), capital púnica de España. Asdrúbal y Roma firman el tratado del Ebro.

221 a.C. Asesinato de Asdrúbal. Asume como jefe supremo en España Aníbal Barca (hijo de Amílcar).

219 a.C. Toma de Sagunto por Aníbal.

218 a.C. Aníbal, luego de cruzar los Alpes, llega al norte de Italia iniciando la Segunda Guerra Púnica. Cneo Escipión desembarca en Emporión y derrota a los cartagineses en Cesse. En Italia, victoria de Aníbal en Ticino y Trebia.

217 a.C. El cónsul C. Flaminio es derrotado y muerto por Aníbal en la batalla del lago Trasimeno. Fabio Máximo es nombrado dictador en Roma. Asdrúbal Barca es derrotado por Cneo Escipión en la batalla

naval del Júcar.

216 a.C. Batalla de Cannas. Capua, los samnitas, los lucanios y los brutios se separan de Roma. Las legiones de Manlio son aniquiladas en Galia.

215 a.C. Aníbal y Filipo V de Macedonia firman un tratado de alianza. Muerte de Hierón II de Siracusa, aliado de Roma. Los Escipiones en España derrotan a Asdrúbal en la batalla de Hibera, impidiendo que refuerce a su hermano en Italia.

214 a.C. Aníbal se aproxima a Tarento. Hierónimo de Siracusa abandona la alianza con Roma. Claudio Marcelo pone sitio a Siracusa. Se inicia en los Balcanes la I Guerra Macedónica. El númida Sífax se levanta en África contra Cartago. Los romanos avanzan hacia Andalucía.

212 a.C. Aníbal logra tomar Tarento, pero la guarnición romana resiste en la ciudadela. Las legiones asedian Capua. Marcelo toma Siracusa por asalto; muerte de Arquímedes. En España, los Escipiones recuperan Sagunto.

211 a.C. Aníbal llega a las puertas de Roma sin decidirse a asaltarla. Capua se rinde a los romanos. En España, los Escipiones son derrotados y muertos.

210 a.C. En Sicilia, Agrigento es tomada por los romanos. Publio Cornelio Escipión (hijo) asume el mando de los ejércitos romanos en España.

209 a.C. Fabio Máximo recupera Tarento. Escipión toma por asalto Cartagena, en España. Los jefes íberos Mardonio e Indíbil se pasan a los romanos.

208 a.C. El cónsul C. Marcelo cae muerto en una emboscada. En España, Escipión derrota a Asdrúbal en la batalla de Baecula (Bailén), pero no logra impedir que éste escape hacia el norte y logre pasar a Italia con refuerzos para Aníbal.

207 a.C. Batalla del Metauro. Asdrúbal es derrotado y muerto por los cónsules C. Nerón y M. Livio. Aníbal se repliega al Brutio.

206 a.C. En España, Escipión obtiene la victoria de Ilipa, poniendo fin al dominio de Cartago en la península ibérica.

205 a.C. Escipión, nombrado cónsul, comienza los preparativos de invasión a Cartago.

204 a.C. Escipión desembarca en África.

203 a.C. Aníbal abandona Italia para defender a Cartago.

202 a.C. Batalla de Zama: Escipión derrota a Aníbal. Fin de la Segunda Guerra Púnica.

187 a.C. Roma vence a Antíoco. Aníbal huye al reino de Bitinia.

183 a.C. Acorralado, Aníbal se suicida.

Anexos
Semblanza de la familia Barca según Cornelio Nepote

Amílcar

“Antes de la llegada de Amílcar, de sobrenombre Barca, las tropas cartaginesas habían padecido una derrota tras otra, y ello tanto en la tierra como en el mar. Pero desde que Amílcar llegó, Cartago no cedió ante ninguno de sus enemigos y ya nadie pudo causarle daño. Amílcar, si acaso la ocasión se le presentaba oportuna, emprendía el ataque y salía victorioso. Fue él quien hizo la defensa de Sicilia, en Érix, y fue tan perfecta que pareciera que allí no había llegado guerra alguna.

En tanto, los ejércitos cartagineses habían sido derrotados en el mar, muy próximos a las islas Égatas, cuando enfrentaron al cónsul romano Cayo Lutacio, y decidieron que ya era hora de poner fin a la guerra. Esa decisión la dejaron en manos de Amílcar, quien a pesar de desear continuar con la lucha, entendió que el mejor servicio que podía causarle a Cartago era la paz, puesto que las pérdidas eran tan grandes que su patria no podría seguir sosteniendo semejante esfuerzo. Igualmente, Amílcar continuó con la idea de reanudar la guerra apenas Cartago pudiera reponerse de recursos, para perseguir a los romanos hasta vencerlos definitivamente o reconocer la propia derrota. Con estas ideas, Amílcar negoció la paz, y lo hizo con tanta altanería que Cátulo dijo que la guerra continuaría hasta que Amílcar y todos los que habían defendido Érix abandonaran Sicilia. Amílcar dijo que era indigno de su valor entregar las armas al enemigo y que prefería morir antes de cumplir esa exigencia. Por fin Cátulo aceptó las condiciones de su rival y selló el acuerdo.

Cuando Amílcar regresó a Cartago descubrió que la situación no era la que él había imaginado. Los desastres causados por la guerra ante los romanos habían provocado ahora una guerra interna, y Cartago estaba en peligro como nunca antes. Los mercenarios, aquellos que habían batallado contra los romanos en número de veinte mil, habían desertado, y habiendo levantado a toda África habían atacado incluso a Cartago misma. Los cartagineses estaban tan aterrados que llegaron incluso a pedir auxilio a Roma, que envió tropas.

Y ya sin esperanzas, decidieron nombrar a Amílcar como el general que debía salvarlos. Amílcar consiguió que los enemigos abandonaran el asedio contra las murallas de Cartago, aunque su número había crecido a más de cien mil hombres, y luego los encerró en una zona tan angosta que muchos de ellos murieron por el hambre y no en batalla. Útica e Hipona, dos de las ciudades más poderosas de África, que se habían sublevado como tantas otras, fueron devueltas a Cartago. Y como si eso fuera poca hazaña, extendió los límites de las propias fronteras, manteniendo la paz en toda África al grado que pareciera que allí nunca había llegado la guerra.

Luego de cumplir con todas estas hazañas, y motivado por sus éxitos y el odio que profesaba a los romanos, se hizo nombrar general del ejército cartaginés contra Hispania, donde para continuar la lucha llevó a su hijo Aníbal, que por entonces sólo contaba con nueve años. También fue con él Asdrúbal, un joven tan famoso como elegante, del que se decía que Amílcar le profesaba un amor más allá de lo conveniente. Es que la maldad no podía dejar de acusar a un hombre de su importancia. La consecuencia de estas habladurías fue que se prohibió que Asdrúbal estuviera a su lado. Entonces Amílcar le entregó como esposa a su hija, ya que las costumbres de la época no podían impedir que un yerno viviera con su suegro.

Nombro en esta crónica a Asdrúbal porque al morir Amílcar, fue él quien se hizo cargo del ejército cartaginés, con quien concretó grandes hazañas y consiguió para los cartagineses tantas donaciones de dinero que muy pronto se olvidaron de sus antiguas costumbres. Cuando Asdrúbal murió, el ejército quedó bajo el mando de Aníbal".

Aníbal

"Hijo de Amílcar, Aníbal sobresalió por encima de los demás generales por su talento militar, de la misma manera que Roma sobresalió por su valor entre todos los pueblos. Cuantas veces luchó en Italia salió victorioso, y si sus conciudadanos no lo hubieran envidiado tanto como para debilitar su poder, es posible que hubiera vencido totalmente a los romanos. Pero eso fue lo que pasó, y uno solo cayó por la envidia de tantos. Pero Aníbal persistió en su odio contra Roma, como si fuera la única herencia recibida de su padre, que murió con ella, y aun después de haber sido expulsado de su propia patria, no abandonó jamás la idea de luchar contra los romanos.

A la edad de nueve años, Aníbal marchó junto a su padre hacia

Hispania, y cuando su padre murió tomó el mando Asdrúbal, siendo Aníbal el nuevo jefe de toda la caballería. Y cuando Asdrúbal fue asesinado, el mando de todo el ejército pasó a sus manos.

Cartago, informada de lo acontecido, aprobó la designación. Así, cuando aún no había cumplido los veinticinco años de edad, Aníbal llegó a ser el jefe supremo de los cartagineses. Más tarde, en los siguientes tres años, conquistó a los pueblos de Hispania, capturó Sagunto, la aliada de Roma, y organizó tres poderosos ejércitos. A uno lo envió al África; a otro lo dejó en Hispania, bajo el mando de su hermano Asdrúbal, y al tercero lo llevó él mismo para atravesar los Pirineos y conquistar Italia.

Adonde iba, luchaba contra la población y salía victorioso. Al atravesar los Alpes, montes que salvo Hércules nadie había podido cruzar, derrotó a los pueblos alpinos que trataban de impedir su paso, abrió caminos, preparó rutas para conseguir pasar un elefante equipado por donde antes un solo hombre, incluso sin armas, no había podido pasar arrastrándose.

Aníbal había combatido en el Ródano contra el cónsul Publio Cornelio Escipión, a quien hizo huir; también lo enfrentó en Clastidio, en las cercanías del río Po, donde una vez más lo puso en fuga. Luego enfrentó al mismo Escipión, esta vez junto a las fuerzas de T. Longo, en Trebia, y a ambos venció. Después de estos éxitos, Aníbal atravesó los Apeninos por Liguria, en dirección a Etruria.

En esta campaña, Aníbal se vio afectado por una enfermedad en su ojo derecho, con el que ya no volvería a ver correctamente. Su dolencia continuó al grado de ser trasladado en litera, cuando su ejército dio muerte al cónsul G. Flaminio, quien había quedado aislado con sus tropas por una estrategia suya en Trasimeno, y poco después hizo lo mismo con el pretor G. Centenio. Más tarde se dirigió a Apulia, donde salieron a su encuentro los cónsules Cayo Terencio y Lucio Paulo. En un solo combate, Aníbal hizo huir a ambos ejércitos; fue muerto el cónsul Paulo y algunos otros consulares, entre los que se contaba a Cneo Servilio Gémino, que había sido cónsul el año anterior.

Tras esa batalla, Aníbal se dirigió a Roma, sin hallar en su camino resistencia alguna. Sólo se detuvo en las montañas cercanas a la ciudad, estableciendo su campamento que al cabo de unos días levantó para marchar de vuelta a Capua. Fue entonces que el dictador romano Quinto Fabio Máximo lo enfrentó en la llanura de Falerno, y a pesar de estar encerrado en un desfiladero, Aníbal supo salir airoso con su ejército, engañando al astuto general romano. La táctica de Aníbal fue audaz: cubierto por la oscuridad de la noche, ordenó prender fuego a unos

sarmientos que previamente hizo atar a los cuernos de unos novillos; luego soltó a éstos desparramados por todas partes. Cuando los romanos los vieron, se produjo tal pánico en sus filas que ningún soldado se atrevió a salir de sus defensas.

A los pocos días de semejante hazaña, Aníbal obligó a huir a Marco Minucio Rufo –jefe de la caballería y dotado de un poder igual al del dictador– tras haberlo forzado a enfrentarlo mediante una astucia.

También derrotó al cónsul electo por segunda vez Tiberio Sempronio, en Lucina, a quien derrotó tras haberlo conducido a una emboscada. A Marco Claudio Marcelo lo mató cerca de Venusia, cuando el cónsul elegido por quinta vez también cayó en una emboscada. Resulta prolijo enumerar cada una de sus batallas, pero basta con señalar una sola cosa que da cuenta de cuán grande era este general cartaginés: en Italia no hubo nadie que le resistiera en el campo de batalla, y tras su victoria de Cannas, nadie osó establecer campamento frente al suyo.

Tiempo después, y sin haber sufrido derrota alguna frente a los romanos, Aníbal fue llamado nuevamente para defender a su patria: hizo la guerra contra Publio Escipión, el hijo de quien puso en fuga en el Ródano, luego en el Po y finalmente en Trebia. Cuando Cartago se hallaba fatigada de tanta guerra, propuso un fin de las hostilidades para cobrar nuevamente fuerzas, pero tras entrevistarse con el jefe enemigo no llegó a ningún acuerdo. Luego de ello se enfrentó en Zama, donde fue vencido, y tras dos largas jornadas alcanzó Hadrumeto, a trescientas millas del lugar de la batalla. Los númidas, que habían fugado con él, entonces tramaron una celada contra su jefe, pero Aníbal logró vencerlos. Ya en Hadrumeto, convocó a nuevos reclutas y se preparó una vez más para la contienda. Pero para Aníbal ya era tarde: los cartagineses habían firmado la paz con Roma. No obstante ello, Aníbal y su hermano Magón continuaron combatiendo en África. Cartago, mientras tanto, se mostraba agradecida por la paz, y envió al pueblo y al Senado romanos, en tiempos de la magistratura de P. Sulpicio y C. Aurelio, una corona de oro como ofrenda de su reconocimiento. Solicitó, además, la devolución de los prisioneros de guerra, aunque Roma bien podía mantener sus rehenes en Fregelli.

El Senado romano contestó que aceptaba gustoso la ofrenda y que los rehenes se mantendrían en Fregelli, pero que no devolverían los prisioneros porque Aníbal, a quien consideraban el verdadero causante de la guerra, continuaba ostentando el máximo galardón en el ejército cartaginés, junto a su hermano Magón.

Los cartagineses entonces hicieron regresar a Aníbal y a Magón y nombraron a Aníbal rey, porque así como en Roma se nombraban dos

cónsules por año, en Cartago se elegían anualmente dos reyes.

Durante el ejercicio de su magistratura, Aníbal hizo gala de las mismas capacidades que dirigiendo la guerra, por lo cual logró recaudar el dinero suficiente que necesitaba Cartago para pagar los tributos a Roma e, incluso, consiguió remanentes del erario público.

Al año siguiente, Roma envió a Cartago a los cónsules M. Claudio y L. Furio, y Aníbal, pensando que venían para llevárselo a él, decidió embarcarse secretamente y se dirigió a Siria, para buscar refugio en la corte de Antíoco. Los cartagineses se dieron cuenta de esta maniobra tardíamente, y enviaron dos naves para darle alcance y detenerle, pero no tuvieron éxito. Luego confiscaron todos los bienes de Aníbal, dejaron en ruinas su casa y desde entonces pasaron a considerar a Aníbal un exiliado.

Tres años más tarde, cuando el consulado romano estaba en manos de L. Cornelio y Q. Minucio, Aníbal llegó a África con cinco naves, desembarcó cerca de Cirene, y una vez más intentó convencer a los cartagineses de reiniciar la guerra contra Roma, más aún cuando era apoyado por Antíoco. Y con ese fin envió a su hermano Magón. Pero los cartagineses, enterados de esta maniobra, castigaron a Magón y a Aníbal, aunque a este en ausencia. Finalmente se volvieron al mar y Aníbal regresó con Antíoco.

Magón, en cambio, murió, siendo dos las versiones sobre su desaparición: unos afirman que murió en un naufragio; otros, que Magón fue asesinado por sus propios esclavos.(…)

Luego de la huida de Antíoco, Aníbal se dirigió a Creta, temeroso de ser entregado, lo que seguramente hubiera sucedido si acaso se dejaba sorprender. En Gortina, Aníbal decidió dónde iba finalmente a buscar refugio. Aníbal, el más astuto de los hombres, se dio cuenta del riesgo que correría por la codicia de los cretenses, ya que portaba una gran cantidad de dinero, y entonces decidió echar plomo en numerosas ánforas, a las que coronó superficialmente con oro y plata. Luego, asegurándose de ser visto por hombres de gran importancia, depositó dichas ánforas en el templo de Diana, fingiendo dejar toda su riqueza bajo la protección de sus cuidadores. Después, seguro de haber engañado a los cretenses, llenó unas estatuas de bronce que llevaba consigo con todas las riquezas que tenía, y las dejó en el patio de su propia casa.

Luego de haber burlado a los cretenses y conseguido poner a buen resguardo sus riquezas, Aníbal se dirigió a la corte de Prusias, en el Ponto, donde se refugió. Allí Aníbal reveló sus intenciones de atacar Italia, invitando a su protector a unírsele.

Eumenes, rey de Pérgamo, se encontraba enfrentado a él, ya que era un aliado de los romanos, y hacía la guerra tanto por mar como en tierra, con

fuerzas muy superiores puesto que los romanos le prestaban su colaboración. Aníbal, pues, tenía como su mayor deseo vencerlo, y creía que al hacerlo desaparecerían las demás dificultades. Entonces Aníbal ideó la siguiente manera de matarlo: se avecinaba una gran batalla naval en la que Eumenes tendría gran ventaja. Entonces Aníbal dio orden de que se recolectara la mayor cantidad posible de serpientes venenosas y las colocaran en vasijas de barro. Luego, el día de la batalla, dio orden a sus soldados para atacar todos juntos a una sola de las naves de Eumenes, y en los demás navíos sólo debían limitarse a defenderse, lo que podían hacer gracias a las serpientes que llevaban. Aníbal mismo les diría a cuál nave atacar, en la que estaba el rey enemigo, y prometió a sus hombres una gran recompensa si lograban capturarlo prisionero o si le daban muerte. Después, Aníbal se aprestó a entrar en combate. Antes de que se iniciaran las maniobras, éste envió un mensajero a la flota enemiga llevando el caduceo y una carta para el rey. Los incautos recibieron al mensajero y, creyendo que éste llevaba una propuesta de paz, lo condujeron de inmediato ante Eumenes. Aníbal veía todo el movimiento y de esa manera descubrió en qué nave se hallaba el rey enemigo.

Cuando Eumenes abrió la carta descubrió que en ella sólo había burlas contra él, y acto seguido ordenó a sus naves atacar. Y entonces los hombres de Aníbal, según su indicación, se lanzaron a la vez contra la nave que llevaba a Eumenes. El ataque fue de tal bravura que Eumenes nada pudo hacer para repelerlo, y huyó para refugiarse en las defensas que tenía cercanas a la costa. Mientras tanto, el resto de la flota de Pérgamo comenzó a cercar a las naves de Aníbal, cuando de pronto fueron invadidos por una lluvia de jarros de barro que cayeron sobre ellos. En un principio, el contraataque de Aníbal causó sorpresa y burlas en la flota pérgama, pero muy pronto la hilaridad dio lugar al espanto, al descubrir sobre sus naves tantas serpientes venenosas. Finalmente, aterrados, sólo atinaron a buscar refugio en sus diques. De esta manera, Aníbal logró vencer a sus enemigos en el mar, como así también, mediante ingeniosas astucias, lo haría muchas veces en tierra.

Mientras estos acontecimientos se sucedían en Asia, quiso la casualidad que unos embajadores de Prusias se hallaran en Roma, invitados por el cónsul T. Quinto Flaminio. Allí se dijo que Aníbal se encontraba en el reino de Prusias, dato que Flaminio informó de inmediato al Senado romano. Los senadores tenían clara conciencia de que jamás se librarían de Aníbal y sus ingeniosas estrategias mientras siguiera con vida, y enviaron mensajeros, entre los que se contaba el propio Flaminio, para pedir al rey de Prusias que ya no retuviera al mayor enemigo de Roma y que lo entregara. Prusias apeló al principio de hospitalidad para no tener que ser él mismo quien entregara a Aníbal a los romanos, pero accedió a que los romanos mismos fueran quienes lo apresaran: la empresa no parecía difícil, ya que Aníbal vivía en una casa que el rey le había cedido y que el propio

Aníbal había reformado con varias salidas por si acaso se le tendía una trampa, como en realidad terminó ocurriendo.

Por fin los romanos llegaron hasta la casa de Aníbal y la rodearon con tantos soldados como nunca antes había sucedido. Aníbal le ordenó entonces a un esclavo inspeccionar las salidas, y como el esclavo le dijera que todas estaban bajo vigilancia redoblada, Aníbal comprendió que sus días estaban llegando a su fin. Decidido a no morir en manos de sus enemigos, y con gran valor, tomó finalmente un veneno que siempre llevaba consigo.

De esta manera, Aníbal, el más valeroso de los hombres, y tras haber sufrido cuantiosas penas, logró el descanso a los setenta años."

Reseñas biográficas

Aníbal Barca (247 a.C. - 183 a.C.)

Militar cartaginés nacido en Cartago, en el año 247 a.C. y muerto en Bitinia, actual Turquía. Hijo de Amílcar Barca, tras la muerte de su padre y el asesinato de su cuñado Asdrúbal, Aníbal asumió la jefatura del ejército cartaginés que había conquistado una importante franja de la costa hispana. Realizó varias expediciones hacia el altiplano central y sometió a numerosos pueblos íberos. En el año 219 a.C. conquistó la ciudad de Sagunto, aliada de Roma, y traspuso el río Ebro, fijado como límite para que cartagineses y romanos ejercieran sus respectivas influencias en Hispania. Iniciada la Segunda Guerra Púnica (219 a.C.), partió hacia Italia con su ejército y después de atravesar los Pirineos y los Alpes –una hazaña de dimensiones hasta entonces desconocida– alcanzó la llanura del Po, donde derrotó a las legiones en Tesino y en Trebia, y al año siguiente en el lago Trasimeno, conquistando la Italia central. Posteriormente, y tras haber llegado a las puertas mismas de Roma, decidió retirarse para conquistar los territorios meridionales. En el año 216 a.C. venció a los romanos en Cannas, donde arrolló a las tropas de Lucio Emilio Paulo y Marco Terencio Varrón, a pesar de contar con una fuerza notablemente inferior. Con las campañas romanas en Hispania, su suerte militar quedó sellada: sin provisiones suficientes ni bases de reaprovisionamiento seguras, sin el apoyo de las ciudades italianas y hostigado por las legiones que no dejaban de seguirlo, sus problemas aumentaron hasta quedar prácticamente confinado en el extremo sur de Italia, sin mayores probabilidades de vencer en una batalla frontal con las legiones. Una vez conquistada Hispania por los romanos, Publio Cornelio Escipión desembarcó en las cercanías de Cartago, forzando el regreso de Aníbal a su patria, donde fue completamente vencido en la batalla de Zama (202 a.C.). Cartago entonces se vio obligada a firmar una paz humillante que puso fin a su imperio en el Mediterráneo. No obstante ello, Aníbal fue electo sufete (197a.C.-196 a.C.), cargo desde el que intentó reorganizar las finanzas de la metrópolis y el otrora poderío militar. Sus planes se vieron una vez más frustrados por los romanos, que provocaron su fuga hacia la corte del rey Antíoco III de Siria, a quien propuso enfrentar juntos a Roma, apoyados a su vez por Filipo V de Macedonia. Las nuevas alianzas

resultaron frágiles contra el poderío romano y hacia el año 183 a.C. se hallaba refugiado en el reino de Bitinia, donde finalmente se suicidó ese mismo año.

Asdrúbal Barca (245 a.C. - 207 a.C.)

Militar cartaginés, tan reconocido por sus cualidades de estratega como por su política diplomática. Hermano de Aníbal, condujo los ejércitos cartagineses en Hispania. Publio Cornelio Escipión lo derrotó en Tortosa (215 a.C.), aunque se tomó revancha tres años después en Lorca, obligando a las legiones a retroceder hasta el Ebro. En el año 209 a.C. los romanos ocuparon Cartago Nova y luego lo vencieron en la batalla de Baecula, obligándolo a abandonar Hispania hacia Italia, donde pensaba llevarle refuerzos a su hermano. No obstante sus intenciones, los romanos lo interceptaron en Metauro (207 a.C.), donde perdió la vida en batalla.

Amílcar Barca (-229 a.C.)

Fundador de la dinastía, fue uno de los primeros representantes de la dirigencia púnica resuelta a combatir a Roma. Destacado militar durante la guerra en Sicilia, fue convocado cuando la rebelión de los mercenarios, que sofocó luego de tres años. Principal mentor de la invasión púnica a Hispania, redujo a numerosas tribus costeras y del interior de la región, fomentando la explotación de plata que produjo una admirable recuperación, tras la Primera Guerra Púnica, de la arruinada Cartago. Murió al ser embocado por el pueblo de los orisos en el año 229 a.C. Le sucedió su yerno Asdrúbal.

Magón Barca (- 203 a.C.)

Militar cartaginés. Hermano menor de Aníbal. Intervino tanto en las campañas de Italia como de Hispania. Tras la pérdida de Cartago Nova y la exitosa incursión romana en la península ibérica, fue derrotado por las legiones en la batalla de Ilipa, hecho que marcó el fin de la presencia cartaginesa en la península Ibérica. Posteriormente se dirigió a las Islas Baleares (206 a.C.) y desde allí, tras recibir la orden de Cartago de auxiliar a Aníbal, partió hacia Liguria. Se mantuvo durante unos pocos años en Italia sin poder socorrer a su hermano. Convocado una vez más por Cartago para contribuir a rechazar la invasión romana a África, intentó el regreso, pero falleció en camino

por las heridas que había recibido en batalla contra las legiones.

Claudio Marcelo (268 a.C. - 208 a.C.)

Político y militar romano. Cónsul en cuatro oportunidades, ocupó la Galia Cisalpina (222 a.C.) y Siracusa (212 a.C.). Contra Aníbal su suerte fue dispar, conteniéndolo en varias oportunidades, pero finalmente murió tras caer en una emboscada de la caballería púnica en el año 208 a.C.

Los Escipiones

Dinastía patricia de Roma, perteneciente a la *gens Cornelia.* De ella formaron parte varios políticos de los siglos IV y III a.C., que ocuparon cargos de *magister equitum,* tribuno, *interrex,* cónsul, dictador, pontífice máximo, legado, propretor, censor y edil.

Publio Cornelio Escipión (- 212 a.C.)

Nombrado cónsul en el año 218 a.C. y procónsul en el siguiente, participó en la Segunda Guerra Púnica dirigiendo las tropas romanas derrotadas por Aníbal en Marsella, Tesino y Trebia. Más tarde se unió a su hermano Gneo Cornelio Escipión para emprender operaciones en Hispania, siendo su mayor éxito la reconquista de la ciudad de Sagunto (217 a.C.). Murió en combate en el año 212 a.C.

Gneo Escipión (- 212 a.C.)

Hermano de Publio. Fue electo cónsul en el año 220 a.C. Acompañó a su hermano Publio Cornelio durante la campaña romana en Hispania. Murió en combate en el año 212 a.C., a casi un mes de diferencia que su hermano.

Publio Cornelio Escipión Africano (236 a.C.-183 a.C.)

Hijo del cónsul Publio Cornelio Escipión, fallecido en Hispania, será la sombra de Aníbal y su vencedor. En el año 211 a.C. obtuvo el mando de cuatro legiones en Hispania, donde desarrolló una campaña exitosa, uno de cuyos momentos cumbres lo representó la toma de Cartago Nova (209 a.C.). Posteriormente conquistó Andalucía, donde

fundó la ciudad de Itálica (Sevilla), destinada al establecimiento de sus veteranos. Tras haber conquistado Hispania, prosiguió su campaña en África (204 a.C.), donde hábilmente obtuvo la alianza de las tribus númidas de Masinisa, anteriormente la principal fuerza de Aníbal. En el año 202 a.C., tras el regreso de Aníbal a Cartago, derrotó a los cartagineses en la batalla de Zama, dando por terminada la Segunda Guerra Púnica. Posteriormente intentó realizar una carrera política en Roma, pero las envidias y recelos que sus trepidantes triunfos habían despertado entre varios senadores generaron un escollo que no pudo salvar. Aun así, fue nombrado censor y cónsul (194 a.C.). Su carrera se vio interrumpida abruptamente tras haber sido acusado de actos de corrupción, razón que lo llevó a forzar su retiro de la vida pública. Falleció en Campania, curiosamente el mismo año que su enemigo de siempre: Aníbal.

Lucio Emilio Paulo (- 216 a.C.)

Militar romano. Electo cónsul (219 a.C.), derrotó a los ilirios. Reelecto tres años más tarde, participó junto a Marco Terencio Varrón en la batalla de Cannas (216 a.C.), donde fue derrotado y muerto por las tropas de Aníbal.

Bibliografía

Fuentes clásicas y literarias

- Apiano, *Sobre Iberia, sobre África,* Planeta-De Agostini, Madrid, 1998.
- Aristóteles, *Ética a Nicómaco,* "La política", Porrúa, México, 1970.
- Estrabón, *Geografía,* Planeta-De Agostini, Madrid, 1998.
- Floro, Lucio Anneo, *Gestas romanas,* Austral, Bs.As., 1953.
- Flaubert, Gustave, *Salambó,* en Obras Inmortales, Edaf, Madrid, 1980.
- Heródoto, *Los nueve libros de la historia,* Océano, Barcelona, 1999.
- Nepote, Cornelio, *Vidas,* Gredos, Madrid, 1985.
- Plutarco, *Vidas paralelas,* Planeta, Barcelona, 1991.
- Polibio de Megalópolis, *Historia universal,* Hachette, Buenos Aires, 1965.
- Polieno, *Estrategias,* Gredos, Madrid, 1991.
- Tito Livio, *Desde la fundación de Roma,* Libros XXI-XXV y XXVIXXX, Alianza, Madrid, 1992.

Estudios contemporáneos

- Altheim, F, *Historia de Roma,* Uteha, México, 1961.
- Baldelli, Paci y Tomassini, *La batalla del Metauro,* Minardi, Fano, 1994.
- Barceló, Pedro, *Aníbal de Cartago,* Alianza, Madrid, 2000.
- Blázquez, J.M., *Los Bárquidas en la península Ibérica, Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente,* Cátedra, Madrid, 1992.
- Burckhardt, Jacob, Historia de la cultura griega, Iberia, Barcelona, 1974.
- Carcopino, Jerónimo, *Las etapas del imperialismo romano,* Paidós, Bs.As., 1965.
- Coll, Pieter, *Esto ya existió en la antigüedad,* Aymá, Barcelona, 1964.
- Connolly, Peter, *Aníbal y los enemigos de Roma,* Espasa Calpe, Madrid, 1980.
- Connolly, Peter, *Las legiones romanas,* E. Calpe, Madrid, 1980.
- Cornell, Tim y Matthews, John, *Roma, legado de un imperio,* Folio, Barcelona, 1993.
- Cotterell, Arthur, ed., Historia de las civilizaciones antiguas. Europa, América, China, India, Crítica, Barcelona, 1984.
- D'Ors, Álvaro, *Tres temas de la guerra antigua,* Consejo Superior de

Investigaciones Científicas, Santiago de Compostela, 1947.
- Fantar Hassine, *Los fenicios en el Mediterráneo,* Icaria, Barcelona, 1999.
- Fatás, G., *Roma, las primeras guerras púnicas,* Akal, Madrid, 1990.
- Finley, M. I., Historia antigua. Problemas metodológicos, Crítica, Barcelona, 1986.
- Finley, M. I, El nacimiento de la política, Crítica, Barcelona, 1986.
- Finley, M. I., El legado de Grecia. Una nueva valoración, Crítica, Barcelona, 1983.
- Fouillé, Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, Daniel Jorro Editor, Madrid, 1903.
- Gómez de Caso Zuriaga, J., *Amílcar y la política cartaginesa,* Universidad, Alcalá de Henares, 1996.
- Grimal, Pierre, *El helenismo y el auge de Roma,* Siglo XXI, México, 1992.
- Grimal, Pierre, Diccionario de mitología griega y romana, Paidos, Buenos Aires, 2005.
- Goldsworthy, Adrián, *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas,* Ariel, Barcelona, 2005.
- Harden, D. B., Los fenicios, Aymá, Barcelona, 1967.
- Healy, Mark, *Cannas 216 AC,* Del Prado, Madrid, 1995.
- Homo, León, *Nueva historia de Roma,* Iberia, Barcelona, 1971.
- Homo, L., La Roma imperial y el urbanismo en la Antigüedad, México, Uteha, 1956.
- Huss, Werner, *Los Cartagineses,* Gredos, Madrid, 1993.
- Huss, Werner, *Cartago,* Acento, Barcelona, 2001.
- Lancel, Serge, *Aníbal,* Crítica, Barcelona, 1997.
- Lancel, Serge, *Cartago,* Crítica, Barcelona, 1992.
- Livesey, Anthony, *Escipión el Africano,* Col. Grandes Batallas, Tomo XVI, Rombo, Barcelona, 1995.
- Menéndez Pidal, Historia de España, Tomo II, "España romana", Madrid, 1955.
- Meyer, Eduard, El historiador y la historia antigua, FCE, México, 1982.
- Millar, F., El imperio romano y sus pueblos limítrofes, Siglo XXI, Madrid, 1979.
- Mira Guardiola, M.A., *Cartago contra Roma,* Aldebarán, Madrid, 2000.
- Momigliano, A., La historiografía griega, Crítica, Barcelona, 1984.
- Mommsen, Teodoro, *Historia de Roma,* fragmento del Volumen III, Orbis, Hispamérica, Buenos Aires, 1983.
- Mommsen, Theodor, Historia de Roma, Turner, Madrid, 1983.
- Mommsen, Theodor, El mundo de los césares, FCE, Madrid, 1983.
- Montesquieu, *Grandeza y decadencia de los romanos,* Austral, Buenos

Aires, 1947.
- Moscati, S., *Los cartagineses,* Encuentro, Madrid, 1983.
- Nicolet, Claude, *La conquista del Mediterráneo,* 2 tomos, Nueva Clío, Barcelona, 1982.
- Ogilvie, R. M., Roma antigua y los etruscos, Taurus, Madrid, 1982.
- Ogilvie, R. M., Los etruscos, en Cotterell, Arthur, ed., Historia de las civilizaciones antiguas. Europa, América, China, India, Crítica, Barcelona, 1984.
- Piganiol, André, *Historia de Roma,* Eudeba, Buenos Aires, 1971.
- Valdeavellano, Luis, *Historia de España,* Tomo I, Alianza, Madrid, 1980.
- Vogt, J., Decadencia de Roma. La metamorfosis de la cultura antigua, Guadarrama, Madrid, 1968.
- Weber, Max, Historia agraria romana, Akal, Madrid, 1981.

Gabriel Glasman

ANÍBAL ENEMIGO DE ROMA

La historia de uno de los mayores estrategas militares de la Antigüedad que puso en jaque la existencia de la mayor potencia de la época: Roma. Aníbal Barca conquistó parte de la Península Ibérica, cruzó los Alpes y llegó hasta las mismas puertas de la ciudad del Tíber, desafiando el poder del Imperio.

Siglo III a.C., la Primera Guerra Púnica culmina con el éxito del Imperio Romano. El general cartaginés derrotado en el campo de batalla es Amilcar Barca, padre de Aníbal, quien por entonces era tan sólo un niño. Sin embargo, a pesar de su corta edad, la derrota de su padre y de su nación marcarán profundamente al pequeño, quien desde este momento comienza a alimentar en su espíritu un odio trascendental hacia los romanos. El tiempo diría hasta dónde las angustias y tribulaciones de estas experiencias le llevarían a encabezar una de las más impresionantes campañas militares contra Roma.





